

Tesis de Maestría

USOS Y DESTINOS DEL ARREGLO FÓBICO
Cuerpo, goce y espacio en la época del *parlêtre*

ANA CECILIA GONZÁLEZ

DIRECTOR: LUIS TUDANCA

Universidad Nacional de San Martín
Instituto de Altos Estudios Sociales
Maestría en Clínica Psicoanalítica

2019

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer en primer lugar a las directoras y docentes de la Maestría en clínica psicoanalítica, por abrir y sostener un espacio de aprendizaje sólido y riguroso en lo epistémico, cálido y generoso en el lazo social. También a mis compañeros de la 5ª cohorte, por dos años de camaradería e intercambios que dejaron huella, y en mi caso, representó un lugar de inserción invaluable recién llegada a la ciudad.

Muy especialmente agradezco a Luis Tudanca, por su dedicación y lectura generosa como director de esta tesis.

Un enorme agradecimiento para la Escuela de la Orientación Lacaniana, en cuyo marco inscribo mi formación y mi lugar como analista practicante. Cada uno de los diversos espacios de intercambio –Noches de escuela, seminarios, jornadas, congresos AMP, supervisiones, etc.– resultan una cantera fértil, en la que fui encontrando pistas, formulaciones y elaboraciones que resultaron indispensables para elaborar este tesis, orientada por los colegas que son mis referentes. En especial a los tres que he convocado como jurado de esta tesis.

Agradezco afectuosamente a los colegas y amigos con los que compartimos un seminario diurno sobre la clínica actual, por un espacio de investigación estimulante, del cual también se ha nutrido este trabajo. De igual modo agradezco a las colegas y queridas amigas de la fundación Hacer lugar.

A cada uno de los amigos que nacen del deseo y el trabajo compartido, que por fortuna son más de los que aquí podría enumerar.

A Enric Berenguer, por sus señalamientos indispensables, que orientaron la elaboración de este trabajo de escritura.

A mi esposo y mi hijito, mi amor y agradecimiento por la paciencia, siempre.

INDICE

INDICE	5
INTRODUCCIÓN	7
LA FOBIA ES ASUNTO DE CUERPO.....	8
LA FOBIA SEGÚN EL PSICOANÁLISIS: DE LA NOSOLOGÍA AL ARREGLO FÓBICO	10
EL ARREGLO FÓBICO: CUERPO, GOCE Y ESPACIO	14
<i>Preludio metodológico.....</i>	<i>14</i>
<i>Una hipótesis, tres aristas</i>	<i>17</i>
LA FOBIA EN LA ÉPOCA DEL PARLÊTRE.....	21
CAPÍTULO 1: BREVE HISTORIA DE LA FOBIA	27
1.1 LA FOBIA ANTES DE FREUD	27
1.1.1 <i>Antecedentes histórico-filosóficos.....</i>	<i>27</i>
1.1.2 <i>Psiquiatría clásica y clínica pre-freudiana.....</i>	<i>29</i>
1.2 LA FOBIA DESPUÉS DE FREUD	35
1.2.1 <i>Discípulos y posfreudianos: aportes y casuística</i>	<i>35</i>
1.2.2 <i>La fobia según la psiquiatría estadística.....</i>	<i>46</i>
1.2.3 <i>La fobia en la orientación lacaniana: aportes y casuística</i>	<i>49</i>
CAPÍTULO 2: LA FOBIA SEGÚN FREUD	57
2.1 DE LA FOBIA DE FREUD A LA FOBIA EN FREUD	57
2.2. LAS FOBIAS: ANGUSTIA Y GOCE EN LA NOSOLOGÍA FREUDIANA	61
2.2.1 <i>La angustia, entre psíquica y fisiológica: las fobias de la neurosis de angustia.....</i>	<i>63</i>
2.2.2 <i>La angustia, efecto de la represión: las fobias de la histeria de angustia.....</i>	<i>67</i>
2.2.3 <i>La angustia de castración, motor de la represión: las zoofobias de Juanito y el Hombre de los Lobos.....</i>	<i>74</i>
2.3 USOS Y DESTINOS DE LA FOBIA: CASUÍSTICA Y CLÍNICA FREUDIANA	77
2.3.1 <i>Clínica de la agorafobia: fantasma, tentación y masoquismo femenino.....</i>	<i>78</i>
2.3.2 <i>Clínica de las zoofobias</i>	<i>85</i>
2.3.2.1 <i>El pequeño Hans: las funciones del objeto fóbico.....</i>	<i>86</i>
2.3.2.2 <i>El pequeño Arpad: clave totémica y objeto de goce.....</i>	<i>91</i>
2.3.2.3 <i>El Hombre de los Lobos: fantasma, nombre y condición erótica</i>	<i>94</i>
2.3.3 <i>Clínica de lo ominoso: Objetos Fóbicos no Identificados.....</i>	<i>99</i>
CAPITULO 3: LA FOBIA SEGÚN LACAN	105
3.1 LA FOBIA EN LA ENSEÑANZA DE LACAN	105
3.2 USOS DEL CASO JUANITO: LA “DOCTRINA CLÁSICA” Y MÁS ALLÁ	108
3.3. EL LABORATORIO DEL OBJETO: LOS CASOS LACANIANOS	112

3.3.1	<i>La construcción del objeto fuera de cuerpo: un objeto salido de un sueño</i>	113
3.3.2	<i>Lo informe y el enforma: intrusión o extracción de un objeto inquietante</i>	119
3.3.3	<i>Objeto a e imagen especular: del desencadenamiento a la placa giratoria</i>	124
3.3	EL NÚCLEO AGORAFÓBICO	128
3.3.1	<i>El deseo de la madre: deslocalización, capricho, desmesura</i>	129
3.3.2	<i>Clínica de la agorafobia: la angustia, el espacio y el acompañante</i>	133
3.4	OTRA VUELTA DE LA MANO DE JUANITO	137
3.4.1	<i>El cuerpo en la fobia: angustia y disrupción de goce</i>	138
3.4.2	<i>De la resolución curativa al arreglo fóbico</i>	143
3.4.3	<i>El escabel de Juanito, o la invención de Herbert Graf</i>	150
CAPITULO 4: LA FOBIA EN LA EPOCA DEL PARLÊTRE		153
4.1	VARIACIONES SINGULARES DEL ARREGLO FÓBICO	153
4.2	UNA AGORAFOBIA CONTEMPORÁNEA	165
4.3	UN JUANITO DEL SIGLO XXI	169
4.4	UNA SANDY DE HOY EN DÍA	172
4.5	SABER HACER CON EL ESPACIO	174
	<i>Eugenio Trías (con Georges Perec)</i>	175
	<i>Sophie Calle (con Francesca Woodman)</i>	179
CONCLUSIONES		185
BIBLIOGRAFÍA		189

INTRODUCCIÓN

Esta observación está llena de puertas

Jacques Lacan, 1957

Por eso he mantenido siempre un talante lúdico al comentar a Lacan

Hay que divertirse comentándolo, inventar, plantearse problemas

El saber no tiene por qué ser triste

Jacques-Alain Miller, 2006

La etimología latina de la palabra “introducción” combina el prefijo *intro*, que significa en o hacia el interior, con el verbo *ducis*, cuyo significado es llevar, conducir, dirigir, guiar. Se añade, en castellano, el sufijo *-ción*, que indica acción y efecto. Se trata, pues, de conducir o guiar hacia el interior, presuponiendo cierta espacialidad. Introducir implica entonces delimitar un espacio –que en el caso de una tesis de maestría es un espacio teórico–, situando los mojones para no perderse en *terra incognita*. Así, la tesis tomará la forma de una suerte de mapa, organizado por una idea central –la hipótesis– que al modo de hilo de Ariadna, guiará el desarrollo y la argumentación. En verdad, la metáfora de las migajas de Hansel y Gretel resulta más ajustada, porque si hay un hilo conductor es sólo en tanto y en cuanto se va dibujando con pequeñas piezas, encontradas aquí y allá. En definitiva, escribir una tesis es un modo de salir a pasear por el terreno de la teoría, realizando un recorrido que pese a los meandros, se mantenga más o menos orientado por la brújula de la experiencia. Salir de paseo, por lo demás, es justo lo que no podía hacer el niño más famoso del psicoanálisis, el llamado Juanito (o pequeño Hans), en el momento de la eclosión de la angustia, correlativa de la constitución de

su archiconocida fobia a los caballos. Y este hecho conduce directo al meollo de esta investigación, que es la relación entre cuerpo, goce y espacio en esa “figura clínicamente ilustrada” (Lacan, 2011, p. 280) que es, según Lacan, la fobia.

La fobia es asunto de cuerpo

Un trabajo teórico riguroso, como el de una tesis de maestría, requiere comenzar por las preguntas más básicas. Entonces, ¿qué designa la palabra “fobia”?

Según la definición de la Real Academia Española, el término presenta una tensión entre dos afectos: el temor angustioso y la aversión exagerada.

De un lado, la fobia se enmarca en el campo de la psicopatología y desde la edad de oro de la psiquiatría clásica se han elaborado listas más o menos extensas de temores definidos en función de un objeto: aracnofobia, hidrofobia, agorafobia, claustrofobia, etc. La enumeración tiende al infinito, ya que a los ítems listados, que hoy forman parte del vocabulario coloquial, pueden sumarse indefinidamente los objetos más variados y extravagantes¹. En el terreno de la psicopatología –en sentido amplio– predomina la acepción de temor exagerado, acorde con la etimología del término, proveniente del griego *phobos*, que alude a miedo y huida, y que en la mitología da nombre a uno de los hijos de Marte y Afrodita, que acompaña a su padre en la guerra. Cabe añadir que por la vía mitológica se suma otro elemento al espectro semántico de la fobia, y uno privilegiado por la psiquiatría estadística de la segunda mitad del siglo XX, que bautizó como “ataque de *pánico* con o sin agorafobia” al paroxismo que otrora se llamaba ataque de angustia. El término deriva

¹ Por sólo dar algunos ejemplos, dignos de una enumeración borgeana: crisofobia (miedo al color naranja), xilofobia (miedo a los bosques), xenoglosofobia (miedo a las lenguas extranjeras), zemifobia (miedo a los topos), vicafobia (miedo a las brujas), vermifobia (miedo a los gérmenes), venustrafobia (miedo a las mujeres hermosas), urofobia (miedo a la orina), talasofobia (miedo al mar) etc., etc., etc.

de Pan, semidios de los pastores y rebaños, personaje salvaje, irascible y lujurioso, capaz de despertar un temor enloquecedor y la estampida de los animales si se interrumpía su siesta.

Del otro lado, la fobia es una “aversión apasionada contra algo” y esto extiende su alcance al malestar en la cultura y el síntoma social, cuando el rechazo se convierte en odio al otro en función de un rasgo más o menos específico. Xenofobia, homofobia, transfobia, islamofobia son términos que también se han vuelto coloquiales, designando algunos de los rostros más despiadados del horizonte contemporáneo, ese que Lacan vaticinaba, en 1967, como signado por procesos inéditos de segregación², hoy horrorosamente instalados en el campo social, y a escala global. Por otra parte, el sintagma “fobia social”, también acuñado por la psiquiatría estadística, designa de modo inespecífico un rasgo masivo de la época “del Otro que no existe” (Miller, 2005), que es la dificultad en el lazo social, en un espectro que va de la incomodidad a la fractura.

El psicoanálisis le agregó otro término, y uno fundamental, al campo semántico de la fobia al poner de relieve, ya desde los inicios de la teoría freudiana, la íntima relación que aquella mantiene con la angustia. De hecho, se podría afirmar que sólo a partir de su relación con la angustia la fobia adquiere estatuto conceptual en el marco de la teoría psicoanalítica.

Miedo, pánico, rechazo, aversión, odio, angustia, y, anticipadamente hay que añadir, goce, son una serie de nociones que por la vía del afecto remiten al cuerpo, configurando modos particulares de situarlo y darle consistencia. Esta es la hipótesis que a modo de esbozo está en el inicio de este trabajo de investigación: el síntoma fóbico, en su cuasi infinita variedad fenoménica, pone en juego una relación entre cuerpo, goce y espacio. En efecto, más allá o más acá de su armazón significante, la fobia atañe al cuerpo por unas vías que merecen ser exploradas.

² Vale la pena recordar la cita: “Nuestro porvenir de mercados comunes encontrará su contrapeso en la expansión cada vez más dura de los procesos de segregación.” (Lacan, 2012b, p. 276)

La fobia según el psicoanálisis: de la nosología al arreglo fóbico

La fobia es una categoría problemática, que de entrada se presenta tan difícil de delimitar como de eliminar, puesto que al tiempo que se expande hasta desdibujarse, permanece vigente para describir manifestaciones clínicas persistentes.

¿Dónde radica la especificidad de la fobia para el psicoanálisis? Tampoco esta pregunta tiene una respuesta fácil, ni mucho menos unívoca, teniendo en cuenta que ni la teoría de Freud ni la de Lacan dejaron de transformarse, en el esfuerzo por dar cuenta de los vericuetos, obstáculos e imposibles de la experiencia analítica.

En los albores del siglo XX y de su teoría, Freud se ocupó de la fobia, en el marco los cuadros clínicos que integran su incipiente nosología: de un lado la neurosis de angustia y la neurastenia, catalogadas bajo la rúbrica de “neurosis actuales”, del otro las “neuropsicosis de defensa”, más tarde rebautizadas “psiconeurosis”. En ese panorama clasificatorio la fobia encuentra trabajosamente su lugar, más bien se inmiscuye en todos los cuadros, resultando difícil aislarla como conjunto cerrado. Así, bajo la categoría nosológica de “histeria de angustia”, la posición de las fobias permanece indeterminada. En el historial de Juanito afirma: “Parece seguro que corresponde ver en ellas meros síndromes que pueden pertenecer a diversas neurosis, y no hace falta adjudicarles el valor de unos procesos patológicos particulares” (Freud, 1992j, p. 94). Más tarde, ya en la década del ‘20, la fobia ocupa un lugar central en la reformulación teórica que pone en el centro la angustia de castración.

En el capítulo 2 se detallarán los vaivenes de Freud realizó para delimitar y teorizar la fobia, en un notable esfuerzo por aislar los rasgos mínimos de una entidad clínica que hasta entonces –y después también– se deshacía en largas listas clasificatoria. Zoofobias y agorafobias constituyen el saldo de la operación de reducción sobre las variedad de

las presentaciones fóbicas, cuya riqueza clínica desplegaremos en función de la rica casuística freudiana.

En cuanto a Lacan, es conocido el modo en que zanjó la cuestión acerca del estatuto de la fobia en el *Seminario 16*:

No debe verse la fobia en absoluto como una entidad clínica, sino como una placa giratoria. Ese es el punto que quería esbozar hoy. Ella vira muy frecuentemente hacia los dos grandes órdenes de la neurosis, histeria y neurosis obsesiva, también realiza unión con la estructura de la perversión, nos ilustra en suma sobre todo tipo de consecuencias que tiene, y que no necesitan en absoluto limitarse a un tema particular para ser perfectamente perceptibles. Se trata mucho menos de una entidad clínica aislable que de una figura clínicamente ilustrada, de manera brillante sin duda, pero en contextos infinitamente diversos (Lacan, 2011, p. 280, las cursivas son mías)

Que la fobia no constituya un tipo clínico no implica, sin embargo, que se pueda descartar ni subestimar esta “figura clínicamente ilustrada”, sobre todo porque sigue presentándose de manera frecuente en la clínica actual, y porque en tanto “placa giratoria” está en la antesala de los tipos clínicos. Además, conviene tener en cuenta lo que recuerda Serge Cottet: “Lacan, pese a la hipótesis de la placa giratoria, según testimonios, no era reacio en el hospital a hacer de un paciente un ‘sujeto fóbico’” (Cottet, 2017, p. 128). En efecto, lo que no resulta eliminable, más allá de la categoría nosológica, es toda una serie de nociones en las que “fobia” deviene adjetivo, y que encuentran su lugar en diferentes momentos de la teoría de Lacan: objeto fóbico, deseo fóbico, síntoma fóbico (el primero y el último, ya presentes en la obra de Freud, cabe señalar).

Por otra parte, antes de desestimarla como tipo clínico, Lacan dedica doce clases del *Seminario 4* (1956-1957) al comentario magistral del caso Juanito, y allí hace su principal aportación para delimitar la escurridiza noción de fobia, que le confiere, por fin, su especificidad en psicoanálisis. Dice Lacan: “Cada vez que, en un sujeto joven, se enfrenten ustedes a una fobia, podrán advertir que el objeto de dicha fobia es siempre un significante” (Lacan, 1995, p. 397). Entonces, la operación lacaniana consiste, en primera instancia, en poner de relieve la “función metafórica” (Lacan, 1995, p. 401) de la fobia. En un texto reciente, J.-A- Miller

sostiene la vigencia de esta aproximación, ofreciendo una definición canónica: “[...] una fobia es una elucubración de saber ‘sobre’ o ‘bajo’ el miedo, en la medida en que ella es su armadura significativa” (Miller, 2017, p. 20).

Sin embargo, enseguida hay que añadir que este síntoma “a flor de significativa” –Lacan *dixit*–, no es tan simple como parece “[...] porque incluye elementos irreductibles, muy poco representativos” (Lacan, 1995, p. 246). En efecto, Miller (2011) señala, que en el *Seminario 4* Lacan anticipa su propia noción de objeto *a*, cuando se refiere a la mancha negra del caballo de la que habla Hans, imposible de localizar. De allí que la fobia también plantea la problemática del objeto *a* y sus avatares. Recién en el *Seminario 16*, y con la culminación de su teoría del objeto *a* bajo la modalidad del plus de gozar, se ocupará de extraer las consecuencias. Entonces, si bien Lacan parte de la faz significativa del síntoma fóbico, los derroteros de su enseñanza lo llevan a contemplar el “lado B” del objeto, tomando en consideración otros casos, que a menudo quedan en segundo plano, como el bosque escondido tras el árbol del significativo todo-uso de Juanito.

Los mojones teóricos en torno a la fobia delineados hasta acá de modo somero, se corresponden con la enseñanza clásica de Lacan y tienen en común, tal como señala Ernesto Sinatra (2013), el hecho de estar atravesados por la teoría edípica y ser pensados desde la perspectiva del Otro, es decir, que la fobia es concebida como una respuesta ante su falta, de allí el papel preponderante de la angustia de castración, subrayado por Freud. Sin descuidar esta vertiente, en este trabajo se tratará de tener en cuenta lo planteado por Enric Berenguer acerca de la fobia: “[...] debemos hacer un esfuerzo para tener presente siempre que lo que está en juego en la angustia es, al fin y cabo, el goce del propio sujeto” (Berenguer, 2018). Esto supone avanzar en la dirección de la última enseñanza de Lacan, privilegiando, frente al Otro, el Uno. Este giro implica un cambio radical en varios niveles, que se puede condensar diciendo que ya no se trata de orientarse por lo simbólico, sino por lo real, con una clínica que pone el goce del *parlêtre* en primer plano.

Acorde con esa perspectiva, en 1974, y refiriéndose una vez más a Juanito, Lacan formula la siguiente definición de fobia: “El goce que resulta de ese *Wiwimacher* le es ajeno al punto de estar en el origen de su fobia. Fobia quiere decir que *está amedrentado por él*” (Lacan, 2006, p. 128, las cursivas son mías). Entonces, el énfasis ya no está en la carencia del padre, sino en la experiencia de un goce extraño que desestabiliza al sujeto, precipitándolo en la angustia.

De modo que una vez despejada su condición de síntoma que antecede a los tipos clínicos, la fobia se consolida como una invención o arreglo, en el sentido de un síntoma que provee una solución. Las nociones de invención y arreglo –propuestas por J.-A. Miller en “La invención psicótica” y *Piezas sueltas*, respectivamente– son solidarias de un concepto nodular de la última enseñanza, el *sinthome*, y vienen a intentar dar cuenta de la clínica que se desprende de ese cambio de paradigma. En ambos casos el acento recae sobre una creación a partir de materiales existentes, y más específicamente se refiere a modos singulares de hacer, sostener y reparar el nudo borromeo de tres cuerdas –real, simbólico, imaginario– que es la estructura del *parlêtre*. Como antecedente, la noción de arreglo está presente en Lacan en un hápax, justamente a propósito de la fobia: “Juanito llega a un arreglo –eso se puede desenroscar. Se desenrosca y se pueden poner otros. De eso se trata” (Lacan, 2003, pág. 264).

Entonces, lo que está el primer plano ya no es (tanto) la carencia paterna como la ausencia de relación sexual, ante la cual cada cuerpo hablante, o, para usar el neologismo de Lacan, cada *parlêtre*, responde de modo singular. Esto supone, al decir de Berenguer, “[...] desplazar el acento puesto en el deseo de la madre hacia la cuestión del goce del propio sujeto, del *parlêtre*” (Berenguer, 2018). Pero además, se hace necesario tener en cuenta la partición del régimen del goce que implican las fórmulas de la sexuación a partir de los años ‘70.

Dedicaremos el tercer capítulo de esta tesis a explorar y desarrollar esta perspectiva, que convierte al arreglo fóbico en un artilugio complejo que

procuraremos desmontar en función de las tres aristas en las que se declina nuestra hipótesis.

El arreglo fóbico: cuerpo, goce y espacio

Preludio metodológico

La cuestión que vale como condición axiomática de esta investigación es la que sigue: ¿cómo se sostiene y orienta un cuerpo hablante en la “época del *parlêtre*”? En pos de elaborar una respuesta, se ha escogido la fobia como figura clínica que ofrece una vía de abordaje –entre otras, evidentemente–, puesto que Lacan subrayó reiteradas veces el carácter de solución de este síntoma, el efecto localizador del objeto fóbico, y el uso que le da el sujeto, condensado en una definición brillante: “fomentarse el miedo a un tigre de papel” (Lacan, 2011, p. 294).

En consecuencia, se trata de un problema de corte clínico, que puede formularse como una serie de preguntas: ¿Qué es lo que una fobia viene a arreglar o solucionar? ¿Qué es lo que procura localizar? ¿Cuáles son sus usos y destinos?

El objetivo es iluminar las variantes del síntoma fóbico, *más allá o más acá* de su forma canónica e infantil, a lo Juanito, tomando en cuenta otros casos a modo de contrapunto. Esto supone “[...] desbordar la definición restringida de la fobia como operación significativa para metaforizar el deseo materno” (Berenguer, 2018). En efecto, este abordaje sólo es posible a condición de efectuar una relativa desestabilización de dicha definición, para tomar en consideración, por un lado, las presentaciones actuales, que frecuentemente presentan objetos deficientes en su función de localización y regulación de la angustia y el goce; y del otro, la diversidad de usos y destinos que este síntoma puede cobrar, haciendo lugar a las sutilezas y matices. Dicho de otro modo, y siguiendo la propuesta de Serge Cottet, procuraremos indagar en la “pluralidad de funciones” del objeto fóbico (Cottet, 2017, pág. 123). Se trata, en definitiva, de explorar unos caminos menos transitados para el abordaje teórico-clínico de este síntoma. Dicha indagación está orientada en función de tres rasgos metodológicos:

1- *La perspectiva del pase*: los testimonios de los AE de la Escuela Una, permiten traer a la luz la diversidad de usos y destinos del síntoma fóbico y, en muchos casos, su estrecha relación con el *sinthome* tal como se extrae y formaliza al final de un análisis, cobrando un valor de uso renovado. Mencionemos algunos ejemplos: el temor infantil a ser mordida por los perros de Danièle Lacadée-Labro, el miedo a las tormentas de Luiz Fernando Carrijo da Cunha, la leve claustrofobia de Kuky Mildiner, la fobia a la soledad de Graciela Brodsky, la fobia a los sapos y a los pájaros de Cecilia Gasbarro, la fobia a los fantasmas de Alain Merlet. Cada uno de ellos de cuenta del valor singular que el arreglo fóbico cobró en su caso, a la vez que permiten extraer ciertas generalidades acerca de los usos del animal y el espacio como objetos fóbicos, según desarrollaremos en el capítulo 4.

2- *La pista de la agorafobia*; si bien esta figura y las fobias relativas al espacio han sido poco estudiadas, son frecuentes en la clínica actual y ofrecen indicios acerca de la particular relación entre cuerpo, goce y espacio que supone el arreglo fóbico. Bajo el sintagma “fobias relativas al espacio” no se trata de crear una nueva entidad nosológica, sino de agrupar, como lo hizo Freud, “[...] la agorafobia con todas sus variedades colaterales, caracterizadas en su conjunto por su referencia a la locomoción” (Freud, 1992c, p. 97), razón por la lo cual, si bien tomó el término propuesto por O. Westphal, también encuentra correcto el de “topofobia, angustia frente al espacio” (Freud, 1992o, p. 247).

Lo llamativo es que si bien conservó hasta el final de su recorrido esta figura clínica, nunca recibió de su parte un desarrollo teórico tan acabado como las zoofobias, elevadas a paradigma. En cuanto a Lacan, sólo le dedica a la agorafobia una mención puntual y, en consecuencia, el tema ha sido poco trabajado por la comunidad lacaniana. Esto justifica explorarla, teniendo presente que es en los desarrollos acerca de la angustia y el goce donde Lacan nos ofrece herramientas para elucidarla. Hay algo extraño en estas fobias que interroga, ya que el espacio en tanto objeto resulta altamente peculiar, incluso se podría cuestionar si reúne las condiciones para definirse como tal. Pero sobre todo, no produce el

mismo efecto que las zoofobias³, es decir que no termina de “[...] transformar esta angustia en miedo localizado” (Lacan, 2008c, p. 402), o lo hace de modo deficiente, con un estancamiento duradero del cuadro, más que una curación espontánea. Otro rasgo peculiar es la figura del acompañante, cuya presencia permite atenuar la angustia. Así, la presencia de otro cuerpo vendría a cumplir la función que Lacan atribuía al caballo de Hans, a saber, la de producir “[...] una función de enganche, un papel fundamental de punto de detención” (*Ibidem*).

Lo cierto es que Freud insistió en incluir estas manifestaciones clínicas entre las fobias, incluso cuando reunir las con las zoofobias es casi como “juntar manzanas con naranjas”, ya que el conjunto no cierra del todo, más allá del apronte angustiado y las conductas de evitación. Llegados a este punto, la especificidad de la fobia se desdibuja parcialmente, y resta una especie de Jano, entidad bifronte que devuelve una interrogación sobre un tema que a primera vista parecía zanjado.

3- *Las herramientas teóricas de la última enseñanza* permiten abordar el síntoma peculiar que es la fobia, considerando su relación con el cuerpo y los usos y destinos de este particular “arreglo”, aunque sin dejar de lado la enseñanza clásica. Esta aproximación fue propuesta por J.-A. Miller en la Conferencia de clausura del IX Congreso de la AMP, en París, 2014: “Nuestra reflexión se va tejiendo con un *zurcido de piezas diversas*, de épocas diferentes, tomadas de Freud y de Lacan, y no tenemos por qué renunciar a llevar a cabo este zurcido para ir ajustando el psicoanálisis al siglo XXI” (Miller, 2014, p. 28, las cursivas son mías).

³ Al mismo tiempo es necesario relativizar dicho efecto, ya que como plantea D. Roy, la clínica muestra que a menudo la nominación y la elaboración significativa producen un efecto terapéutico que no es duradero, ya que pasado cierto tiempo la angustia retorna con fuerza renovada. De allí que Lacan ubique la fobia como una placa giratoria que antecede a los tipos clínicos, los cuales suponen un arreglo más estable a partir de la constitución del fantasma.

Una hipótesis, tres aristas

Este “zurcido” permite desgajar tres aristas de la hipótesis central –la fobia es un arreglo que conjuga cuerpo, goce y espacio–, con el doble objetivo de repensar esta figura clínica y dar lugar a un recorrido teórico que esté a la altura de la clínica de la época:

1) En su profusa variedad, y en tanto anterior al tipo clínico, el síntoma fóbico se inserta en punto de la estructuración subjetiva, el de los avatares e impasses de la extracción del objeto *a* como condensador de goce, y sus consecuencias a nivel de la conformación del cuerpo. Se trata, como señala Miller, de “[...] la vía de la angustia, tal como la trazó Freud en ‘Inhibición, síntoma y angustia’, [que] conduce al objeto real” (Miller, 2013 p.70), es decir al objeto de una satisfacción, del goce que late en el núcleo del síntoma fóbico.

Si bien en el *Seminario 4* Lacan pone el acento sobre el significante, al mismo tiempo no deja de señalar en esta dirección. Por ejemplo, en el mismo seminario, y a propósito de un caso de Ruth Lebovici al que domina “sujeto fóbico”, ubica dos tiempos en la constitución del objeto y su relación con la corporización. En un primer momento el objeto está en el cuerpo, el sujeto tiene “temor a ser demasiado grande”, y sólo más tarde se vuelve externo, cuando teme ser acorralado y asfixiado por el “hombre de la armadura”, fruto de una pesadilla. Salta a la vista que esta presentación y las particularidades del objeto distan bastante del caballo de Juanito, quedando más del lado de lo que Serge Cottet (2017) propone denominar, no sin humor, “Objetos Fóbicos no Identificados”. Entre éstos se contarían insectos o parásitos, pero también las entidades fantasmagóricas y de brujería, clásicos del miedo infantil a los que hoy se añaden los monstruos tomados de los video-juegos (animales prehistóricos, plantas carnívoras, zombis, etc.). El común denominador es que se presentan como entidades que distan mucho “del límite de la función fálica” (Cottet, 2017, p. 125), o que, cuando menos, muestran los limitaciones de la operación metafórica y la identificación. Este tipo de presentaciones no son nuevas, pero sí hartamente frecuentes en la clínica actual.

Esta perspectiva permite iluminar no sólo la distinción entre agorafobia y zoofobia, sino también los objetos “no identificados” de Cottet, como avatares en la conformación del objeto. Se abre así una “zona” (Lacan, 2007, p. 156), al decir de Lacan, situada entre la histeria de angustia freudiana, las figuras de lo ominoso y ciertas soluciones imaginarias para lidiar con el goce (Lacan, 2008c, p. 86). Se tratará entonces de explorar las variaciones del objeto fóbico, en una suerte de laboratorio comparativo de los diversos casos recogidos por Lacan.

2) La figura freudiana de la agorafobia pone en evidencia la incidencia de lo femenino (en la madre) como núcleo del arreglo fóbico, y hace necesario considerar las consecuencias de la diferencia sexual para la teorización de la fobia.

Ante todo, es preciso contemplar ante qué modalidad de goce está amedrentado el sujeto, tomando en cuenta las fórmulas de la sexuación, que reordenan por otra vía la bipartición freudiana. Del lado masculino, las zoofobias, en las que un objeto específico ordena el espacio, regula la angustia y localiza el goce, al modo Juanito. Tal como dice E. Sinatra “El padre-caballo es el semblante que hace existir una *excepción* por medio de la cual forzar la salida del niño de la relación con el Otro materno” (Sinatra, 2009, p. 114). Las fobias relativas al espacio, caracterizadas por lo peculiar de su objeto, la persistencia de la angustia y el recurso del acompañante, se situarían como respuesta frente al abismo en la estructura, que denominamos con el matema del significante del Otro barrado, ubicado del lado femenino de las fórmulas de la sexuación.

En su última enseñanza, Lacan deja abierta esta vía cuando vuelve sobre Juanito:

Vean al pequeño Hans cuando se vuelve sensible la asociación a un cuerpo, particularmente macho en este caso, definido como macho, la asociación a un cuerpo de un goce fálico. Si el pequeño Hans se precipita en la fobia, es evidentemente para dar cuerpo –lo he demostrado durante todo un año– para dar cuerpo al embarazo que tiene por ese falo y para el cual se inventa toda una serie de equivalencias diversamente pifiantes bajo la fobia que se dice del caballo (Lacan, clase del 17/01/1974, inédita)

En esta línea, y a propósito de las fobias infantiles de hoy, Daniel Roy se pregunta si el miedo –y su tratamiento como fobia– se plantea de modo

diferente para niños y niñas. Del lado del niño, hay el carácter ajeno y desestabilizador de la irrupción de goce fálico. En cambio, para la niña, lo que se presentaría de modo prioritario como respuesta ante la falta en el Otro es la amenaza de devoración, tanto más cuando esa falta se ve redoblada de modo imaginario del lado del sujeto.

Por otra parte, Roy plantea que cuando el miedo se dice –e incluso más, cuando se lo “explora” bajo la forma de una fobia– es, a la vez, “[...] marca de una herida y la construcción de un borde, de un límite *en el corazón mismo del sujeto*” (Roy, 2017, p. 18 las cursivas son mías). Así, la delimitación de un territorio, línea de separación, topografía, mapa o circuito, son términos que se asocian regularmente a la hora de dar cuenta de los efectos de la fobia, y lo fundamental es que se trata de una operación que afecta al sujeto, más precisamente, a su cuerpo y su goce. Al respecto, J. Alemán plantea que es necesario reconocer “[...] la ‘espacialidad’ que la vinculación miedo-angustia suscita” (Alemán, 2013, p. 42). Esto significa que si bien la fobia introduce una “topografía del miedo”, tiene como punto de procedencia la angustia y el vacío que ella señala –así como la caverna, el templo y el mundo que habitamos están hechos para circundarlo–. “El objeto [fóbico] procede –se constituye– sobre un fondo abismal: ese agujero irreductible que Freud supo llamar, en su *pathos*, angustia de castración” (*Ibidem*). Pero, ¿de qué abismo se trata? ¿Qué agujero es el que el sujeto fóbico enfrenta? Ese espacio inconmensurable que el objeto fóbico permite conjurar cual talismán, ¿no es acaso el espacio de lo femenino, es decir, un espacio no regido por la égida fálica? Espacio litoral, sin límites precisos, que Lacan –en “Lituratierra” (2012a)– metaforizó con la planicie siberiana, y al que Miquel Bassols (2017) ha dedicado especial atención en un libro acerca de lo femenino.

Entonces, es necesario contemplar “[...] las afinidades del goce con la angustia, que no es sólo señal de peligro” (Cottet, 2017, pág.,12), sino que implica una particular relación con la deslocalización y la desmesura que apunta en dirección al Otro goce, en una vertiente que, haciendo uso de dos lenguas, podríamos denominar *jouissangst*.

Por fin, en ese punto en que lo femenino muestra su incidencia en el núcleo del síntoma fóbico, podemos situar el rechazo como aquello que le da consistencia más allá del miedo.

3) El arreglo fóbico se articula con el elemento que realiza la función de anudamiento, ya que se trata de un síntoma que tiene la peculiaridad de curarse a sí mismo –en muchos casos–, dejando como resto duradero algunos rasgos singulares que se prestan a variados usos y destinos, como se verifica en una serie de testimonios de los AE de la Escuela Una. Esta aproximación supone trazar una línea teórica que va de la “resolución curativa” a los conceptos de nominación y *sinthome*, pasando por la noción de suplencia.

En efecto, síntoma fóbico se corresponde con lo que Lacan, en R.S.I, denominó nominación real, a cuenta de la angustia, y que, eventualmente, puede dar lugar a una nominación simbólica. La idea de que la angustia pueda operar como nominación es difícil de aprehender, pero es justo allí donde vale la pena volver a estudiar la historia de angustia freudiana, y en particular la agorafobia, por su relación estrecha y sostenida con la angustia.

Se tratará entonces de dar otra vuelta de la mano de Juanito, en función del triplete conceptual teorizado de la última enseñanza; cuerpo, *sinthome*, escabel, para repensar desde esta perspectiva el arreglo fóbico. Una vez trazadas las coordenadas teóricas, analizando de qué está hecho y qué funciones cumple el arreglo fóbico, se pondrá a prueba la hipótesis. A tal fin se seleccionó una casuística adecuada, a desplegar en el cuarto y último capítulo. El análisis tomará apoyo en dos términos de corte pragmático: “destinos”, tomado de Freud, es el término que designa los diversos tratamientos de la pulsión, es decir, del goce; y “uso” es una noción acorde con la aproximación del último Lacan, que se distanció de la ontología, privilegiando un abordaje óntico para la teorización de la experiencia clínica. En efecto, un arreglo puede usarse de diferentes modos y tener diversos destinos en la vida de un *parlêtre*. Por esta razón, la ponderación y contraste de diversos casos y testimonios resulta la metodología más adecuada para iluminar variantes y matices sutiles.

En primer lugar, y acorde con los dos tipos freudianos de la fobia que hacen de hilo conductor, abordaremos los usos de la figura del animal, por un lado, y los del espacio, por el otro, según sus versiones masculinas y femeninas, con los testimonios de los AE de la Escuela Una. A continuación se presentarán tres casos clínicos en los que puede ponderarse la versatilidad del arreglo fóbico y su avatares en el curso de dos análisis, uno emprendido en la infancia, el otro en la adultez, y un tercer tratamiento que transcurre en unas pocas entrevistas.

Finalmente se contrapondrán los trabajos de un filósofo (Eugenio Trías) y una artista (Sophie Calle), como dos modalidades diversas y sexuadas de saber hacer con el espacio.

La fobia en la época del *parlêtre*

La consideración de ciertos rasgos de la época en la que se inscribe la práctica psicoanalítica es un gesto característico de nuestra comunidad, la de la orientación lacaniana⁴. Esta “exigencia de contemporaneidad” – al decir de E. Laurent–, toma apoyo en una indicación del primer Lacan, la archiconocida cita de inspiración hegeliana, inscripta en el texto inaugural de su “retorno a Freud”: “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” (Lacan, 2008, p. 309). Presupone así cierta relación entre los modos que adopta la subjetividad, y más específicamente, sus síntomas, y las formas histórico-sociales que cobra “el malestar en la cultura”.

El siglo XXI sería, según Miller, la época del *parlêtre*, etapa signada por una profunda mutación del lazo social y la subjetividad, cuyo origen debe situarse en el ascenso del discurso de la ciencia y su alianza con el discurso capitalista, conjunción que ha transformado no sólo la faz del planeta, sino que se muestra capaz de modificar las características biológicas de las especies, incluyendo la humana. De estas profundas transformaciones, aquí recortaremos algunas en función del tema.

⁴ Este denominación ha sido acuñada por J.-A. Miller para designar su propia elucidación de la enseñanza de Lacan.

Una vía consiste en interrogar la vigencia de la fobia como manifestación clínica actual. Del lado de la psiquiatría estadística la respuesta es contundente: junto a los otros “trastornos de ansiedad”, se contabiliza entre los cuadros de mayor incidencia diagnóstica, según la OMS⁵. Baste como ejemplo quizás banal, pero no por eso menos certero, las listas de fobias de personajes famosos disponibles a sólo un clic para cualquier curioso: la fobia a los tiburones de Brad Pitt, la ornitofobia de Scarlett Johansson, el miedo a las tormentas de Madonna, a los payasos en el caso de Johnny Depp, entre otras.

En la comunidad de la orientación lacaniana las opiniones no son tan unívocas ni se nutren, de más está decirlo, de referencias estadísticas. Hay quienes consideran que la fobia “clásica”, en tanto solución sintomática tal cual fue aislada por Freud y Lacan, tiende a desaparecer del catálogo de respuestas subjetivas contemporáneas –es la opinión de Juan Carlos Indart⁶–. Tomando como indicio la frecuencia de los llamados “ataque de pánico”⁷, E. Sinatra plantea que actualmente habría una falla en el pasaje a la fobia, es decir, una falla en la constitución de un objeto fuera del cuerpo que permita la transmutación de la angustia en miedo.

En las antípodas se ubica Mónica Torres, quien sostiene que teniendo en cuenta la relación predominante con el objeto técnico o *gadget*, la época bien podría definirse con el sintagma “todos fóbicos”⁸, es decir, todos

⁵ Cf. <http://www.who.int/mediacentre/news/releases/2016/depression-anxiety-treatment/es/>

⁶ Esta idea está tomada del contexto de una clase impartida por Indart, sin que haya podido dar con un texto de referencia.

⁷ El “ataque de pánico”, desde esta perspectiva analítica, sería una manifestación de la angustia en el cuerpo, sin representación y sin la cristalización significativa propia de la fobia, al modo de la neurosis de angustia freudiana, señala este colega. Conviene dejar abierta la pregunta acerca de qué es lo que se añade a dicha presentación cuando es “con agorafobia”, es decir, cuando hay un mínimo de sentido en juego, con ese miedo tan particular que es el miedo al espacio.

⁸ Esta idea fue desarrollada en un trabajo con ese título, presentado por Torres en mesa de las Jornadas Anuales de la EOL del año 2017, tituladas “Hiperconectados. El psiconalista frente a los lazos virtuales”. Si bien el texto es inédito, puede encontrarse una reseña de la mesa en *El Caldero online de la Escuela* #4, Diciembre 2016:

agarrados del aparato como objeto que suple la función del cristal significante, proveyendo cierto apaciguamiento y orientación. Podría añadirse, de modo general, que el objeto técnico en su doble vertiente fóbica y fetichista baliza el territorio de la defensa en la época del objeto *a* en el cénit, Lacan *dixit* (Lacan, 2012d, p. 436).

Por otra parte, vistas de cerca, las posiciones antepuestas no se contraponen sino que confluyen en señalar que la forma clásica de la fobia –cuyo parentesco con el tótem Freud se ocupó de destacar– retrocede ante la presencia de los objetos engendrados por la tecnociencia. Cabe incluso formular la hipótesis de cierto desplazamiento, de la identificación con el animal como figura privilegiada para localizar el goce, a la máquina o *gadget* como “superficie” –idea propuesta por Alejandro Daumas (2017)– en la que aquel se enchufaría, al modo de una interfaz. Otro ejemplo muy nítido de la incidencia de la ciencia son las fobias que tienen por objeto los medios de transporte. Éstos implicaron una verdadera revolución en el modo de habitar y concebir el espacio, reduciendo distancias pero también acelerando ritmos vitales, permitiendo desplazamientos considerables en un tiempo cada vez menor y abriendo la posibilidad de toda suerte de accidentes y catástrofes, de modo que tales objetos se prestan bien para fomentar un miedo al modo de la fobia.

Evidentemente, la cuestión es especialmente sensible en la clínica con niños. Al respecto el Equipo de PAUSA-Niños, formulaba hace pocos años las siguientes preguntas: “¿Los niños de hoy tienen miedo? Los miedos en lo niños de hoy ¿llegan a formalizarse o no como fobias? (AAVV, 2013, p. 94). En efecto, el miedo no es la fobia, sino que éste es un afecto transclínico, para el cual aquella procura un tratamiento mediante un objeto. Dicho de otro modo, hay miedo sin fobia, pero la inversa no aplica: no hay fobia sin miedo, por mínimo que sea el plus de sentido que éste logre endosarle a la angustia, incluso cuando no logre recortar un objeto específico y bien delimitado, quedando del lado de los

“Objetos Fóbicos no Identificados” de Cottet. En cualquier caso, el carozo de lo que llamamos fobia puede reducirse a dos trazos, que persisten más allá de las características del objeto y de su mayor o menor eficacia significativa: el miedo y la anticipación –en su función defensiva y de evitación– convertidos en síntoma para un sujeto.

Por otra parte, estas precisiones aproximan algunas ideas relativas a otra pregunta relevante, también formulada por el equipo de Pausa-Niños: “¿Cómo se las arreglan los niños para sortear las deficiencias del padre de nuestra civilización?” (AAVV, 2013, p. 95). A propósito de esta cuestión, hay que recordar que Lacan subrayó que la fobia vale como suplencia respecto de lo que en el *Seminario 4* denominaba la “carencia paterna”. Esto pone en evidencia que el declive del padre, una de las coordenadas fundamentales para entender el malestar en la cultura actual, ya era una variable en juego hace casi 80 años. Entonces, hay que insistir con la interrogación ¿dónde radica lo actual? J.-A. Miller y E. Laurent han reformulado la cuestión bajo una noción más amplia que el declive de la autoridad paterna, definiendo la postmodernidad como la época del “Otro que no existe”. La inexistencia del Otro, a su vez, arrastra una serie de consecuencias de gran calado para la subjetividad.

En relación con la fobia, hay que destacar que la civilización en su estado global actual, promueve el miedo en altas dosis. Incluso más, el miedo, además de un afecto, es una forma privilegiada del *jouissens* [goce-sentido] de la época, y en cuanto tal, es alimentado por diversas vías. Tal como plantea Luiz F. Carrijo da Cunha, “los cuerpos se anudan en el miedo por el ascenso al cénit del Otro malvado” (Carrijo da Cunha, 2016, p. 50).

En primer término, camuflado en la noción de riesgo, el miedo está en el centro del régimen de poder contemporáneo que Michel Foucault denominó “biopolítica”⁹. En esta era que Miller (2006), leyendo a Robert

⁹ Foucault acuñó este término en el primer volumen de *Historia de la sexualidad*, en el último tramo de su obra, y lo desarrolló más extensamente en *Nacimiento de la biopolítica*, el curso que dictó en el College de France en 1978-79. Con este término introduce una nueva noción de poder, que deja de ser meramente represivo y/o disciplinario, para convertirse en un poder productivo,

Musil, denomina “la del hombre sin atributos”, la ley se encuentra en jaque por efecto de la inexistencia del Otro que le brindaba sostén. En consecuencia, aquella retrocede frente al imperio de la norma y la dictadura del cálculo estadístico, al punto que “podríamos pensar esta pequeña casilla a marcar como una boca que les va a comer” (Miller, 2006). Existe entonces cierta faz devoradora de la norma.

Pero la cuestión llega más lejos porque, tal como señala Miller, estamos en la sociedad del miedo, al punto que “[c]omer, respirar, desplazarse, hacerse cuidar se hace bajo la égida del peligro y de la toma de precauciones” (*Ibidem*). Por esta razón, añade, más que “vigilar y castigar”, la consigna de esta sociedad es “vigilar y prevenir”, bajo la doble forma de la prevención sanitaria y la prevención guerrera.

La guerra preventiva –que se sostiene indefinidamente en el tiempo, al menos desde el 11 septiembre de 2001, en diferentes puntos del globo, como respuesta a las acciones de los denominados grupos terroristas– es la manifestación más marcada de una forma de hacer política que se asienta sobre dos afectos poderosos, el miedo y el odio. Como señala Marie-Hélène Brousse (2017), estas pasiones son los motores de la extrema derecha, cuyo auge creciente asola a Occidente. Porque en las democracias liberales, las diversas manifestaciones de rechazo –sostenidas sobre el efecto de estructura de la extimidad del goce– socavan los cimientos del lazo social, bajo las formas ya mencionadas de la “fobia” al goce del Otro (xenofobia, islamofobia, homofobia, transfobia, etc.). Beatriz Udenio plantea que en este siglo XXI, con la reconfiguración de lo simbólico, la fobia se ha transmutado en “fobia social” porque la “[l]a entrada en dicho universo [simbólico], en ese lazo; atemoriza, detiene, provoca ‘prevención’” (Udenio, 2012, p. 155).

La reconfiguración de lo simbólico y la puesta en cuestión de los significantes amo de la Modernidad son correlativas de la inexistencia del Otro y la caída del orden patriarcal, el cual ordenaba el lazo social mediante distinciones binarias –prohibido/permitido, público/privado,

es decir, que conforma cuerpos y subjetividades “a medida” del régimen neoliberal.

posible/imposible, etc.– que balizaban el mundo y localizaban el goce de modo más o menos eficaz. En efecto, como señala Fabián Naparstek (2016), el Nombre del Padre lograba establecer una “espacialización” del goce, situándolo en determinadas zonas del cuerpo y en relación con lo sexual. La conmoción de los significantes amo deja al sujeto contemporáneo deambulando sin brújula y a solas para lidiar con el goce. En consecuencia, el miedo tiene otra poderosa vía de alimentación en la angustia generalizada que ello suscita. La proliferación de Objetos Fóbicos no Identificados y fobias relativas al espacio constituyen precarias respuestas, del mismo modo que el rechazo y la aversión al Otro, en formas más o menos extrema.

La época del *parlêtre*, la del Otro que no existe, es una en la que prevale cierta desorientación, o dicho de otro modo, es la época de la clínica de la deslocalización del goce y, por consiguiente, de las invenciones y arreglos singulares para paliar sus efectos.

Para concluir con una caracterización de la relación imperante entre cuerpo y espacio, valga la cita de un filósofo, que condensa bien y con un plus poético aquello de lo que se trata:

Ha habido el cosmos, el mundo de puestos distribuidos, lugares dados por los dioses y a los dioses. Ha habido *res extensa*, cartografía natural de los espacios infinitos y de su amo, el conquistador ingeniero, lugarteniente de los dioses desaparecidos. Ahora viene *mundus corpus*, el mundo como poblamiento proliferante de los lugares (del) cuerpo. (...) Y para empezar no es quizás nada diferente, nada sino esto: viene lo que nos muestran las imágenes. Nuestras miles de imágenes nos muestran miles de cuerpos –como nunca los cuerpos fueron mostrados. Muchedumbres, amontonamientos, refriegas, bultos, columnas, aglomeraciones, pululaciones, ejércitos, pandillas, graderíos, procesiones, colisiones, masacres, depósitos de cadáveres, comuniones, dispersiones, un lleno hasta el tope, un desbordamiento de cuerpos siempre a la vez en masas compactas y en vagabundeos polvorientos, siempre congregados (en calles, conjuntos, megalópolis, suburbios, lugares de tránsito, de vigilancia, de comercio, de asistencia, de olvido) y siempre abandonados a una confusión aleatoria de los mismos lugares, a la agitación, que los estructura, de una incesante partida generalizada. He aquí el mundo de la partida mundial: el espaciamiento del partes extra partes, sin nada que lo domine ni lo sostenga, sin Sujeto de su destino, teniendo lugar solamente como un prodigioso tropel de cuerpos (Nancy, 2010, pp. 31-32)

CAPÍTULO 1: BREVE HISTORIA DE LA FOBIA

En la introducción de esta tesis planteábamos que su territorio teórico se iría delineando a partir de las pequeñas piezas que la investigación permitiera recabar, las cuales, como las migajas de *Hansel y Gretel*, dibujarían líneas orientadoras, ordenando el recorrido particular.

En el capítulo dedicado a reseñar los antecedentes y el estado del arte del tema en cuestión, hemos procurado, sin pretensión de exhaustividad, consignar las referencias más relevantes, distinguiendo las nociones relativas a la fobia antes y después del descubrimiento freudiano. Asimismo, la indagación bibliográfica estuvo enfocada en la clínica, es decir, en los hallazgos que los diversos autores ofrecen, así como en la casuística disponible, releída según nuestro marco teórico, a saber, el de la orientación lacaniana, y en función de las hipótesis formuladas en la introducción.

1.1 La fobia antes de Freud

1.1.1 Antecedentes histórico-filosóficos

La fobia como entidad psicopatológica es, estrictamente hablando, un invento reciente, que data del siglo XIX. Por consiguiente, no hay historia de la fobia, como en cambio la hay del miedo (Delumeau, 2012) y sus diversos matices (temor, aprehensión, espanto, terror, pánico).

Para efectuar un recorte de las referencias pertinentes conviene limitarse al campo conceptual en el que Freud estaba inmerso a la hora de elaborar su teoría, ampliándolo lo suficiente como para incluir algunos autores que fueron relevantes para Lacan.

Como tantas cosas en la cultura occidental, la reflexión sobre el miedo se remonta a la antigüedad helénica, y más específicamente a Aristóteles. En *Ética de Nicómaco*, el filósofo define el temor como “aprensión del mal

venidero”, distinguiendo dos variantes presentes ya en el griego antiguo: *deos*, el miedo razonable ante una amenaza efectiva, y *phobos*, un temor desmesurado, irreflexivo y recurrente. Como resulta evidente, sobre el segundo término se funda la categoría descrita por la psiquiatría decimonónica. Pero antes que esto ocurra, otras referencias filosóficas merecen ser consignadas someramente.

En el siglo XVII, Thomas Hobbes –unos de los pocos filósofos que Freud menciona de modo explícito– ubica el miedo en el corazón del lazo social: el otro acecha, *homo hominis lupus*. El miedo, definido de modo casi idéntico al de Aristóteles como “una cierta previsión de un mal futuro”, supone desconfianza, cautela y precaución. Y es justo por esta razón que el temor está en el fundamento del contrato social. Puesto que la igualdad entre los hombres radica en su equivalente capacidad de agresión, cada uno acaba por limitarse a condición que los demás hagan lo mismo. Dicho de otro modo: según Hobbes, si no fuera por el miedo, los hombres no aceptarían el pacto, ni permanecerían en la sociedad civil. El supuesto contractual es una de las aristas del mito freudiano de “Tótem y tabú” (1912) según el cual los hermanos, tras asesinar al *Urvater*, aceptan la renuncia pulsional para conformar la sociedad totémica. El tabú, dice Freud –sirviéndose de referentes de la psicología y la antropología de la época, como Wilhelm Wundt y James G. Frazer– no es más que el miedo devenido objetivo. Años después, en “Psicología de las masas y análisis del yo” (1912), cuando describe el pánico como un fenómeno propio de la masa, tomará apoyo en textos del sociólogo Gustave Le Bon y el antropólogo William McDougall.

El temor también está presente en la filosofía de Georg W. F. Hegel, y más específicamente en la dialéctica del amo y el esclavo, que tanto interesó a Lacan. El amo arriesga la vida, mientras que el esclavo, por temor a perderla, antepone la seguridad. En cuanto a Freud, si bien su rechazo por la filosofía es manifiesto, por supuesto no desconocía la *Fenomenología del espíritu*, y de hecho –según Paul-Laurent Assoun– Hegel es quien mejor encarna la aspiración a cosmovisión propia de la

filosofía, contra la cual el psicoanalista despotrica (Assoun, 1976, pp. 350-352).

Mucho más significativa para el tema que nos compete es la distinción presente en alemán –y en la mayoría de las lenguas indoeuropeas– entre *Furcht* (miedo) y *Angst* (angustia). En el marco de la historia del pensamiento, el primero en abordarla fue el filósofo danés Søren Kierkegaard, a quien Lacan se refirió como “[...] el más agudo de los interrogadores del alma antes que él [Freud]” (Lacan, 1999, pp. 68-69). Tanto en *Temor y temblor* (1843) como en *El concepto de angustia* (1844), Kierkegaard pone el acento en la distinción entre la indeterminación de la angustia, y el carácter concreto del miedo. En sus palabras:

Casi nunca se ve tratado el concepto de la angustia dentro de la psicología; por eso mismo debo llamar la atención sobre la total diferencia que intercede entre este concepto y el del miedo, u otros similares. Todos estos conceptos se refieren a algo concreto, en tanto que la angustia es la realidad de la libertad en cuanto posibilidad frente a la posibilidad. Esta es la razón de que no se encuentre ninguna angustia en el animal, precisamente porque este, en su naturalidad, no está determinado como espíritu (Kierkegaard, 2004, p. 50)

Ochenta años más tarde, esta distinción fue retomada en *Ser y tiempo* (1927) por Martin Heidegger, otro filósofo que mereció especial atención por parte de Lacan. Si bien el contexto y el marco conceptual de ambos filósofos –una reflexión existencialista la de Kierkegaard, ontológica la del Heidegger–, no son los de la experiencia analítica inaugurada por Freud, la diferencia entre angustia y miedo es uno de los elementos que informa la noción psicoanalítica de fobia. En efecto, ella es descrita como un miedo que, aunque desmesurado e incomprensible –Freud *dixit*–, se caracteriza por tener un objeto que habilita cierto tratamiento de la angustia. Por fin, la distinción llega hasta Lacan, aunque su elucidación acaba por enmendar la versión freudiana al señalar que la angustia “no es sin objeto” (Lacan, 2007, p. 171).

1.1.2. Psiquiatría clásica y clínica pre-freudiana

La fobia tuvo que esperar a la medicina moderna y su furor taxonómico para ser inventada como categoría clínica. En particular, la neurología y

la psiquiatría, que por ese entonces aún se superponían sin delimitación precisa, se lanzaron a la descripción y clasificación de las enfermedades del alma. Así tuvieron lugar una serie de disputas nosológicas, en las que los clínicos más destacados pugnaron por instalar una determinada etiqueta para un conjunto de signos aislados de modo más o menos consistente. Tal es el caso, por ejemplo, de la “demencia precoz” descrita por Emil Kraepelin (aunque antes fuera aislada por Bénédict Morel), que luego será reemplazada por la “esquizofrenia” de Eugen Bleuler, denominación que llega hasta la actualidad.

Podría decirse que la psiquiatría decimonónica, en su afán taxonómico, se ubica justo en el bisagra entre lo que Foucault denominaba “época clásica”, aquella en que se creía posible cuadrangular las especies con la mayor correspondencia entre las palabras y las cosas, y la episteme que le sucede, en la que se pone de manifiesto el agujero en el saber. En efecto, “¿[q]uién puede garantizar que las descripciones no hayan de desplegar elementos tan diversos de un individuo al siguiente o de una especie a otra, que toda tentativa de fundar un nombre común fracasaría de antemano?” (Foucault, 1968, p. 146). Los derroteros nosológicos de la fobia ilustran este punto a la perfección. François Leguil (1981) los ha estudiado, diferenciando tres momentos: 1) el periodo nosográfico, antes de 1870, cuando la fobia es aislada; 2) el período semiológico, cuando se la describe; 3) después de 1880, el periodo psicopatológico, en el que se vuelve una noción cada vez más confusa. De estos momentos, rescatemos algunos trazos destacados.

La fobia se vuelve aislable como residuo del esfuerzo de los alienistas por hacer de la locura una enfermedad orgánica. En este contexto, el fóbico y el obsesivo, que deliran pero no son locos, se ubicarán en el límite, señala Leguil, entre la locura referida de modo radical al cuerpo y al sujeto sano.

En 1866, bajo la pluma de B. Morel, la fobia aparece entreverada bajo la rúbrica imprecisa del “delirio emotivo”, que reúne “hechos de impresionabilidad, de emotividad con predominio de ciertas ideas fijas” (Morel, 1866, p. 385). Tres años más tarde, en 1869, George M. Beard,

neurólogo norteamericano, publica un artículo en el que describe una nueva entidad clínica, a la que da el nombre de “neurastenia”, caracterizada por astenia psíquica y motriz, síntomas de depresión y miedos mórbidos o “fobias”. Aunque el primer artículo pasó desapercibido, en 1880 Beard publica *A practical treatise on nervous exhaustion (neurastenia); its symptoms, nature, sequences, treatment*, alcanzando popularidad tanto en Nueva York como en Europa. Freud polemiza con este autor cuando escribe uno de sus textos más célebres de la etapa pre-psicoanalítica, en el cual propone, a su vez, un nuevo cuadro a distinguir de la neurastenia, al que denominó neurosis de angustia.

Pero antes de este episodio, la noción de fobia ganaba terreno bajo otras plumas notables. En 1878, el neurólogo alemán Carl F. O. Westphal aísla una dolencia a la que denomina “agorafobia”, caracterizada por un terror súbito ante las plazas o espacios abiertos. Su aproximación se sirve de la comparación con la obsesión, punto constante en la discusión acerca del estatuto de la fobia, que llega hasta Freud. Dicha comparación denota la dificultad de la psiquiatría de la época por dar con una definición de la fobia más allá de la relación con determinado objeto. En efecto, descubierta la agorafobia, no tardaron en aislarse otras, descritas con igual detallismo clínico y recopilación de casos. Sin embargo, hubo que esperar a la invención del psicoanálisis para añadirle espesor conceptual a la categoría. Mientras tanto, y al decir de Leguil “[d]entro de una proliferación caricaturesca de denominaciones, se distinguirá una multitud de conductas heteróclitas, donde la mercuriofobia será el miedo a los medicamentos, la tanatofobia el miedo a la muerte, la monofobia el miedo a la soledad, la manofobia el miedo a la locura, y como no existe motivo para que esto pare, la fobofobia, el miedo a la fobia” (Leguil, 1981, p. 194). Así, más de uno se entregó al gusto de la clasificación –Benjamin Ball y Jean-Baptiste Gélineau, inventor de la claustrofobia el primero y de la narcolepsia en segundo, entre otros–. De modo que el cuadro acabó por estallar en una multiplicidad de objetos, algo que sólo tiene parangón, dicho sea de paso, en la enumeración de las parafilias o perversiones. A

Freud no le pasó desapercibido lo ridículo de ese carnaval de denominaciones. En una de las célebres conferencias de introducción al psicoanálisis, deja caer un comentario irónico acerca de lo “nombrecitos griegos” de la clasificación publicada en ese entonces por uno de sus anfitriones de la Clark University en EE.UU, el psicólogo Granville Stanley Hall. Fue gracias a un decidido esfuerzo de reducción que Freud pudo realizar una conceptualización rigurosa de la fobia en el marco de la teoría psicoanalítica.

En cuanto a la clínica pre-freudiana de estas dolencias, más allá de ciertas prácticas propias de la época como la hidroterapia y el uso de bromuro de potasio, hay que decir que no difiere mucho de la actual. Ya desde sus inicios la medicina y la psicología se empeñaron en reducir la terapéutica a la imposición de la voluntad del médico y la exposición más o menos gradual al objeto temido, tomado éste en su sentido más cotidiano y literal. Así, el espacio no es más que la topografía, y en consecuencia, el fóbico enfermo del espacio deberá ser tratado por el espacio, es decir, deberá salir a la calle y alejarse progresivamente de su morada hasta que advierta lo injustificado de su temor y pueda prescindir del acompañante. Sin embargo, y ya desde el inicio, el clínico agudo que fue Henri Legrand du Saulle advierte lo tenaz de este padecimiento, e incluso más, su tendencia a la incurabilidad. Médico del Hospital de Bicêtre, Jefe médico de Prefectura y adjunto de la Enfermería especial de los alienados, dedica un tratado a lo que denomina “miedo a los espacios”. En esta investigación importa relevar una serie de hallazgos clínicos, fruto de la meticulosidad de su observación, propia de la psiquiatría clásica. Titulado *La peur des espaces (Agarophobie, des Allemands) Névrose émotive* y publicado en 1878, el texto es el fruto de un autor puntilloso, que recoge todos los precedentes y la casuística conocida a la fecha.

De entrada ofrece una definición, que incluye el diagnóstico diferencial y toma posición en cuanto a la etiología, situando el cuadro del lado de las neurosis emotivas. Dice:

Bajo el nombre de *miedo a los espacios*, vengo hoy a describir un estado neuropático muy particular, caracterizado por una angustia, una vívida impresión ansiosa, o incluso un verdadero terror que se produce súbitamente en presencia de un espacio dado. No se acompaña jamás de pérdida completa del conocimiento y caída, es en todo distinto de la hipocondría, del vértigo estomacal, del vértigo gotoso y sobre todo de la neuropatía cerebro-cardíaca (Legrand du Saulle, 1878, p. 5)¹⁰

El clínico agrega que probablemente fue observada por primera vez en 1868, por Wilhelm Griesinger, pero descrita recién en 1872 por Westphal y médicos franceses que la llamaron agorafobia o miedo a las plazas. En su opinión, y esta es la tesis principal del tratado, dicha denominación es un desacierto, porque limita el trastorno a los espacios públicos, cuando en verdad, lo que la observación clínica demuestra es que

[...] los enfermos tienen *miedo del espacio, del vacío*, y esto tanto en la calle como en el teatro, en la iglesia, en un piso elevado, en una ventana que da a un gran patio o en el campo, en un ómnibus, en un barco o en un puente. Eligiendo el término vago ‘miedo a los espacios’, creo dar una idea más exacta del fenómeno complejo que se va exponer aquí (Legrand du Saulle, 1878, p. 6, las cursivas son mías).

Entonces, ajustando más la definición, dice se trata de un “[...] estado ansioso que consiste sobre todo en un sentimiento de *temor exagerado y absurdo frente al vacío*” (Legrand du Saulle, 1878, p. 7 las cursivas son mías). El enfermo tiene temor de caer, de volverse loco, de desvanecerse, pero con mayor frecuencia, añade con agudeza, “tiene miedo al miedo” (Legrand du Saulle, 1878, p. 6). Para esta investigación, el aspecto más interesante de la propuesta del médico francés es ubicar el vacío como aquello que aterroriza al agorafóbico, independientemente de la topografía espacial concreta.

Del otro lado del atlántico, Beard parece compartir esta intuición cuando le reclama a B. Ball, quien describió la claustrofobia, que vincule esta afección a la agorafobia, pues en ambas se trata de una relación con el espacio. Por otra parte, siguiendo con esta idea, J.-B. Gelineau propuso el nombre de “kenofobia” para nombrar la afección. Sin embargo, fue la denominación del neurólogo alemán la que resultó triunfante, llegando a la actualidad.

¹⁰ Todas las traducciones de las citas del texto de Legrand du Saulle son mías.

En su descripción de la sintomatología Legrand du Saulle vuelve a subrayar el papel del vacío:

El enfermo, presa de una emoción indefinible, se encuentra aislado del mundo a la vista de un vacío total que se abre ante él y le espanta sin medida (...) le tiemblan los miembros, palidece, se estremece, se sonroja, se cubre de sudor, se alarma cada vez más, se sostiene apenas sobre sus piernas tambaleantes y permanece dolorosamente convencido de que no podrá jamás afrontar ese vacío, ese lugar desierto, y atravesar el espacio que se le presenta (*Ibidem*)

El autor insiste en el carácter emotivo de la afección, otro punto de discrepancia con Westphal y los alemanes, que pusieron la fobia del lado de las afecciones del intelecto, cercana a la obsesión. Asimismo, Legrand du Saulle toma nota de otro aspecto llamativo, a la vez que característico del miedo a los espacios, como es la presencia del acompañante para atemperar el temor. Señala que dicho “acompañante” puede tomar formas muy variadas, desde el brazo de un transeúnte, hasta la posesión de un paraguas, pasando por la mano de un niño, la aparición del resplandor de una linterna, el hecho de ir montado a caballo o con uniforme, el encuentro con un coche, el auxilio posible de un bastón. Lo heteróclito de esta enumeración vuelve incluso más enigmática la figura del acompañante.

En cuanto a la casuística, relata una larga serie de observaciones propias y publicadas por otros médicos de la época¹¹. De las veintiocho casos presentados, algunos con relatos más o menos exhaustivos, otros apenas unas breves líneas, sólo tres son mujeres y el resto hombres, jóvenes adultos en su mayoría. Entre las características comunes de estos enfermos, Legrand du Saulle señala que son personas de hábitos sedentarios y que en su mayoría pertenecen a las clases educadas e inteligentes, rasgos que confluyen en un frecuente gusto por la escritura. Así, son propensos a escribirle al médico describiendo su dolencia, en una suerte de “autobiografía psíquica escrupulosamente exacta” (Legrand du Saulle, 1878, p. 18). Uno de los casos –el de un hombre con

¹¹ Los autores mencionados son: G. d' Hercourt, M. Perroud, Ch. Bougrand, Cordes, M. Jousset, M. Delasiauve M. Krishaver, B. Morel. Bruck y Flemming.

un cuadro severo y persistente que tuvo por punto de inicio un viaje en altamar– es presentado mediante las cartas que le envió al autor. Los casos tiene en común algún dato o conducta peculiar, incluso bizarra, componiendo un conjunto variopinto: el que grita desesperado ante los pozos en el jardín; el sacerdote de campiña que tiene que caminar apoyándose en las paredes o al abrigo de las árboles; la dama que tiene miedo de ir en coche y mirar por la ventana y que ha convertido su casa en un “bazar”, tanto le teme al vacío; otro que sólo puede vivir en planta baja; hay los que se paralizan ante una puerta, o ante el papel en blanco, también los que no pueden cruzar un puente, etc. Semejante conjunto sólo es tal en función de una serie rasgos comunes: 1- la angustia aterradora frente al vacío; 2- el miedo al miedo; 3- la función atemperadora del acompañante; 4- el carácter duradero de la dolencia. “Siempre tengo mis miedos”, dice uno de los enfermos en una carta a su médico, y así da cuenta no sólo de la condición estable del cuadro, sino también de su carácter de recurso subjetivo. En definitiva, en esta dolencia se trata de una particular y muy estrecha relación con el síntoma fóbico, y allende, con la angustia.

1.2 La fobia después de Freud

1.2.1 Discípulos y posfreudianos: aportes y casuística

Quizás no sea exagerado decir que la intervención de Freud en el campo de la psicopatología –tal como se había configurado según la psiquiatría decimonónica– tuvo el estatuto de un meteorito. Llegado de algún confín de la galaxia, su impacto cambió para siempre la faz de los fenómenos en cuestión. En el caso de la fobia su incidencia fue máxima, rescatándola del furor clasificatorio y nominalista en el que se había empantanado. La teoría psicoanalítica, y en particular la conceptualización de la angustia, le confirieron una dignidad y una relativa estabilidad como entidad clínica.

La triple operación freudiana –nosológica, conceptual y clínica– sobre la fobia será objeto de desarrollo en el próximo capítulo. Aquí se recabarán los aportes de sus discípulos, es decir aquellos que acompañaron al maestro en las reuniones de los miércoles en Bergasse n° 19, y los denominados “posfreudianos”, rúbrica bajo la cual caben los analistas de la siguiente generación, previa al *tsunami* del “retorno a Freud” impulsado por Jacques Lacan. Aquí reseñamos los hallazgos más relevantes para nuestro enfoque del tema.

Siguiendo el orden cronológico, tomemos en primer lugar los aportes de Karl Abraham (1877-1925), quien formó parte de la generación de analistas reunidos en el consultorio de Freud. Describe las fobias al sol y a los fantasmas, calificándolas de “totemismo individual”, con dos viñetas clínicas. El analista alemán se vale del significado simbólico¹², desde una perspectiva alejada de la orientación lacaniana, al interpretar dichos objetos en función de una suerte de código, en lugar de hacer resonar los significantes en su polisemia, y allende, en su sonoridad fuera de sentido. Así, tanto el sol como el fantasma, pero también el árbol y algunos insectos, son definidos como símbolos del padre.

Mucho más interesante resulta un texto titulado “Sobre la psicogénesis de la agorafobia en la infancia”, de 1913. Allí Abraham plantea que los neuróticos que tienen miedo de salir solos a la calle también tienen miedo de estar solos en casa, y lo ejemplifica con el caso de un niño de cinco años. El dicho infantil es una perla: “No quiero ser un niño-para-pasear, quiero ser un niño-de-mamá¹³” (Abraham, 1993, p. 40). Por supuesto, lo pone a cuenta del complejo de Edipo: en ocasión de un viaje del padre se le permitió dormir junto a la madre, y al regresar aquel, el niño expresó abiertamente su deseo parricida diciendo que hubiera sido mejor que no vuelva. La tesis de Abraham sobre el agorafobia es que “[e]l inconsciente de estos sujetos no les permite apartarse de aquellos a quienes está fijada

¹² Lacan hace una crítica aguda del simbolismo, encarnado por la figura de Ernest Jones, en el texto que publica en su memoria, titulado “En memoria de Ernest Jones” publicado en *Escritos 2*.

¹³ El dicho en alemán preserva mejor el juego significante: “*Ich will kein Spazierkind sein, ich will ein Mutterkind sein*”.

su libido” (*Ibidem*). En otro texto del mismo año da un paso más allá de la clave edípica, cuando procura hallar el fundamento constitucional de la “angustia motriz”, correlativa de la agorafobia. La fijación en el objeto incestuoso, que suele coincidir con el acompañante, el temor a la vida representada por las calles, y a las tentaciones que acechan fuera del hogar, no le parecen suficientes como criterios diagnósticos, por ser comunes a los neuróticos en general. Debe haber, conjetura, un factor específico y se sirve de una viñeta clínica para dar con él. El paciente manifiesta un especial placer al caminar, que asocia con su gusto por la danza y con sueños acompañados de poluciones. Abraham pone entonces de relieve una relación entre el movimiento y la excitación sexual. Se refiere asimismo a otro caso, atribuido al Dr. Eittington, de un sujeto que alcanza el orgasmo tras largas caminatas. La agorafobia, sostiene Abraham haciendo resonar la archiconocida cita freudiana de “Tres ensayos de teoría sexual”, sería el negativo de esta perversión de caminar. La hipótesis toma apoyo en el caso de una mujer agorafóbica cuya dolencia es interpretada, nuevamente, en clave edípica: solo podía salir junto a su padre, porque la caminata representaba un cumplimiento simbólico de su deseo incestuoso respecto de aquel. Sin embargo, Abraham considera que la cuestión no se limita al significado simbólico del movimiento, sino que “[...] debe subrayarse el valor placentero del caminar en sí mismo” (Abraham, 1994, p.180). Los agorafóbicos, concluye, tienen una “afinidad al movimiento constitucionalmente exacerbada” (*Ibidem*), y sus inhibiciones son fruto del fracaso en la represión de esta tendencia. Como prueba de ello subraya el especial gusto que estos pacientes tienen por los viajes. La fuente de la inhibición del movimiento es la fijación incestuosa, de modo que “[t]oda senda que los conduzca fuera del círculo encantado de aquellas personas sobre las cuales están fijados, está cerrada para ellos” (Abraham, 1994 p. 183). Por último, a diferencia de Legrand du Saulle, Abraham considera que esta dolencia es tratable, y manifiesta haber tenido éxito mediante el psicoanálisis.

Subrayemos, a los fines de esta investigación y en función de sus operadores conceptuales, los aspectos más relevantes de la propuesta del psicoanalista alemán: el síntoma agorafóbico es presentado como una respuesta defensiva frente a un goce que se manifiesta, como todo goce, en exceso. Se trata de un goce del movimiento, un goce fuera de sentido porque sobrepasa el significado simbólico, un goce enigmático cuya relación con el cuerpo deja abierto un interrogante a tener en cuenta. Por otra parte, la elección del acompañante también es situada como relativa al goce, recayendo la función sobre la persona investida libidinalmente en las fantasías del sujeto fóbico.

El psicoanalista húngaro Sándor Ferenczi (1873-1933), otro integrante del círculo de los miércoles, también se ocupó de la fobia. Ferenczi apela a la clave simbólica cuando se refiere a “El simbolismo del puente” (1921), artículo en el que relata el caso de un sujeto que no podía atravesar los que cruzan el Danubio, uniendo Buda con Pest, por identificar un lado con la vida y el otro con lo que aún no lo es, según la imagen de la vida prenatal. Ferenczi, impulsor de la técnica que denominó “terapia activa”, no se priva de relatar que en una ocasión acompañó al paciente a cruzar el puente. Asimismo, ubica el modelo de la crisis de angustia en el relato de la madre del sujeto acerca de su nacimiento tras un parto difícil, que lo dejó “medio muerto”, con dificultad para respirar. El simbolismo del puente es retomado en otro texto, donde añade que la claustrofobia se explica por el deseo transformado en angustia de retornar al seno materno. Pero sin dudas su aporte más notable lo constituye el caso conocido como “Arpad, el pequeño hombre-gallo”, quien a los tres años y medio, y tras haber sido picoteado en el pene por una gallina mientras orinaba en el gallinero, manifestó un interés súbito, intenso y exclusivo por estos animales. El caso se hizo célebre porque fue comentado por Freud en “Tótem y Tabú”, a título de “totemismo positivo”, en contraposición con la zoofobia de Juanito, según retomaremos en el capítulo 2. Ferenczi describe la conducta del niño del siguiente modo:

Su juego habitual, que repetía muchas veces por día, era el siguiente: hacía gallinas y gallos doblando papel de periódico y los ponía a la venta, después cogía un objeto cualquiera (en general una escobilla lisa) a la

que llama cuchillo y ponía su "ave" bajo el grifo (donde la cocinera tenía la costumbre de matar los pollos) y cortaba el cuello de su pollo de papel. Mostraba cómo sangraba el gallo e imitaba perfectamente con el gesto y con la voz su agonía. Cuando se vendía pollos en el patio, el pequeño Arpad no podía estar quieto: corría a la puerta, entraba y salía, y no cesaba hasta que su madre no compraba uno. Deseaba claramente asistir a su degüello. Sin embargo, tenía mucho miedo a los pollos vivos" (Ferenczi, 1981, p. 90)

Anticipemos que Freud no vacila en calificar de "perversión de gallinero" (Freud, 1992m, p.134) la conducta de Arpad, lo cual sienta un precedente para la hipótesis de Lacan acerca de la fobia como "placa giratoria".

Wilhelm Reich se ocupó de la fobia desde una perspectiva particular, postulando uno de sus destinos posibles, en el marco de su estudio dedicado al carácter. Según Reich, la superación de la fobia infantil tendría lugar mediante actitudes caracterológicas. Así procura demostrarlo con un caso que denomina de "carácter aristocrático", descrito del siguiente modo:

Entre los tres y los seis años de edad, el paciente había sufrido de una intensa fobia a los ratones. El centro de esta fobia lo ocupaba su actitud femenina hacia el padre, que constituía una reacción regresiva ante la angustia de castración. Esto se vinculaba con la típica angustia masturbatoria. Cuanto más construía el niño la fantasía de señorío y más hacía de ella una conducta señorial, tanto más retrocedía la fobia, hasta que finalmente nada quedó de ella, salvo un resto de aprensividad a la hora de acostarse (Reich, 1957, pp.160-161).

La tesis de Reich es que una fobia infantil puede ser reemplazada por un tipo de coraza contra el mundo exterior, como este caso, en el cual la conducta refinada dio tramitación a la angustia infantil. Relata además otro caso, de una fobia a las serpientes y caballos, asociada con una pesadilla recurrente y presente hasta los siete años de edad. El paciente, dice Reich, resolvió la angustia del sueño de castración, en el que un caballo le arrancaba un dedo, mediante un bloqueo afectivo marcado, que vino al lugar de la fobia. Y añade, a modo de conclusión: "La fobia significa una escisión de la personalidad, la formación de un rasgo de carácter significa una unificación, una reacción yoica de síntesis ante un conflicto en la personalidad, que finalmente se torna intolerable" (Reich, 1957, p. 161).

Last but not least entre los psicoanalistas que frecuentaron las reuniones en *Bergasse* n° 19, la joven rusa Sabina Spielrein. Su aporte nos llega en la forma de un caso, traducido y comentado por D. Roy. El “pequeño Rudi”, de siete años y medio y constitución delicada, no duerme y grita por las noches, tiene miedo del ladrón que quiere matarlo con su cuchillo. La analista relata de forma sucinta y precisa el desarrollo de una cura centrada en el relato del sueño del ladrón, leído en función del complejo de Edipo, y la elaboración del deseo parricida y la angustia concomitante mediante un juego con muñecos.

Los aportes a la clínica y teoría de la fobia continúan en la siguiente generación de psicoanalistas, particularmente en la denominada “escuela inglesa”, inaugurada por Melanie Klein y orientada por el trabajo analítico con niños.

En la obra de Klein, un primer caso comentado brevemente es el de un niño de cuatro años con fobia al contacto y a los escarabajos. La autora suscribe la tesis de Reich: “Pero un marcado carácter insociable, reserva e introversión, así como algunos rasgos vinculados con éstos, me parece que son rastros de las fobias, por otra parte felizmente dominadas, y elementos permanentes en la formación de su carácter” (Klein, 2008a, p. 58). En cambio, con los casos denominados Richard y Rita –de diez y dos años y nueve meses, respectivamente–, desarrollados extensamente, Klein inserta las fobias en el entramado teórico que le es propio. Así, para Richard el temor a los niños se explica por sus fantasías de haber atacado a los niños imaginados en el interior del cuerpo de su madre, convertidos en sus enemigos. De modo similar, “[l]a fobia de Rita a los perros, provenía del temor al pene peligroso del padre que le iba a morder, en venganza a sus propios impulsos de castrarlo” (Klein, 2008a, p. 402). Lo mismo sostiene para un caso de fobia al pescado (Klein, 2008b, p.164), de suerte que el temor al ataque vengativo del pene del padre sería, para Klein, un factor constante en la fobia.

Por otra parte, más allá del análisis pormenorizado de los casos –en especial el de Richard, al que le dedica un libro– la psicoanalista inglesa formula algunas hipótesis generales acerca de los usos y destinos de las

fobias que aquí conviene reseñar. Tal como ella señala, muchas fobias dan lugar a inhibiciones duraderas, y otras se significan como meras aversiones. Dice:

Dentro de esta clase entra la inhibición para los deportes y juegos activos, pudiendo manifestarse esta inhibición de diversos modos: como disgusto, como aversión a ciertas formas especiales de deporte, como un desagrado general hacia ellos, predisposición a la fatiga, inhabilidad, etc. Dentro de esta categoría entran las idiosincrasias, hábitos e inhibiciones del adulto normal. El adulto normal puede racionalizar estas aversiones, que enuncia de diversos modos, diciendo que algo es "aburrido" o de mal "gusto" o "antihigiénico" (Klein, 2008b, p. 111)

En cambio, en lo que respecta a los terrores infantiles y fobias en niños pequeños, su opinión es que deben ponerse a cuenta del conflicto edípico. De modo general, sostiene Klein, las fobias responden a la expulsión del superyó temprano y terrorífico, desplazando sobre un animal el miedo al padre real, aunque por debajo estaría no solo el temor a ser castrado,, sino un miedo anterior, a ser devorado por el superyó. En definitiva, “[...] lo que yace en la raíz de una fobia es, sin embargo, un peligro interno, es el miedo de la persona a su propio instinto destructivo y a sus padres introyectados” (Klein, 2008b, p.171). Para constatar estas hipótesis, Klein se sirve de los casos de Juanito y el Hombre de los Lobos, releyéndolos según su enfoque. Más adelante, y conforme avanza en su teorización, añade que las fobias de los niños constituyen maneras de elaboración de la posición depresiva, si bien tanto la ansiedad persecutoria como la depresiva subyacen a las “fobias tempranas”, entre la que incluye terrores nocturnos, dificultades en la alimentación, miedo a los extraños, perturbaciones en la relación con los padres y las relaciones de objeto en general. Como se ve, el espectro de fenómenos que Klein engloba bajo dicha denominación es bastante amplio, desdibujando su especificidad. Al punto que nombra como fobia el miedo provocado por la ausencia de la madre, ejemplificándolo con los casos de tres lactantes (Klein, 2008c, pp.111-112).

Por último, la analista inglesa se refiere a la claustrofobia, atribuyéndole dos fuentes: “[...] la identificación proyectiva con la madre, que provoca el temor de quedar aprisionado dentro de ella; y la reintroyección, cuyo

corolario es la sensación de que, dentro de sí mismo, está aprisionado por los objetos internos vengativos” (Klein, 2008c, p. 315).

En la obra de Donald W. Winnicott, la tendencia kleiniana de denominar fobia a cualquier temor y/o aversión de modo inespecífico, se ve acentuada. Así, el pediatra devenido psicoanalista, pone a título de “fobias” las aversiones a determinados alimentos, así como los temores inespecíficos que acompañan con frecuencia al síntoma de enuresis.

Por contraste con este uso vago y extendido, Eric Laurent (1999) se refiere a un caso de Winnicott como “una fobia moderna”. Se trata de una nena que tenía dos años y cuatro meses al momento de la consulta, conocida como “*the Piggle*” o Gabrielle. El texto está compuesto por las notas tomadas del tratamiento –que duró catorce sesiones, hechas a demanda a lo largo de dos años y cinco meses– y las cartas intercambiadas con los padres de la pequeña. Laurent no duda en afirmar que se trata de la “historia de una fobia”, pero enseguida destaca una serie de rasgos “modernos”, que la distinguen de su versión clásica, por así decirlo: se trata de una niña (y no de un varón); sus angustias, que además de precoces son “[...] arcaicas, esenciales, locas, parecen relegar la angustia de castración al museo del siglo XIX” (Laurent, 1999, p.77). En efecto, la niña presentaba terrores nocturnos muy intensos, y unas fantasías rocambolescas con tres personajes destacados: la mamá negra, el babacar, la *Piggle* negra. Más allá de los detalles del caso, y las particularidades de la clínica desplegada por Winnicott –que Laurent califica como su “vena más rica” (*Ibidem*)– lo que aquí interesa reseñar como antecedente es una fobia por fuera de las coordenadas clásicas, en la cual la angustia está presente de modo masivo y en estrecha relación con el goce. Del objeto fóbico enigmático, la niña dice: “El babacar lleva negrura de mi hacia ti y entonces me asusto de ti” (Winnicott, 1980, p. 40). También afirma, refiriéndose a los objetos fantaseados que la atormentan: “Tengo miedo de la mamá negra y de la *Piggah* negra; Porque me ponen negra” (*Ibidem*).

En el marco de una serie de conferencias dictadas entre 1918 y 1930, Helen Deutsch presenta varios casos interesantes. El más conocido es el

que fuera comentado por Lacan, titulado “Un caso de fobia a las gallinas”. Se trata de un joven de veinte años, quien consulta a pedido de su familia tras descubrirse su homosexualidad, que a él, sin embargo, no le preocupaba en absoluto. Deutsch la pone a cuenta de la elección de objeto de tipo narcisista y remonta su origen a una experiencia traumática de la primera infancia, en la que el hermano mayor, encontrándolo en cuclillas, lo agarra por atrás al grito de “Yo soy el gallo y tú eres la gallina”. El episodio desencadenó una marcada fobia a las gallinas, y el análisis permitió develar la estrecha relación entre ésta y la modalidad de goce del sujeto. La analista concluye en una idea que hace de hilo conductor entre los casos que ella presenta: “[...] la fobia se caracteriza por una marcada tendencia regresiva en el sentido de los impulsos sádico-agresivos. De ahí que el superyó sea severo” (Deutsch, 2012, p. 230).

El caso que abre la serie de presentaciones fóbicas recabadas por Deutsch se titula “Angustia difusa - Un caso de fobia a los gatos” Se trata de una histeria en la angustia “domina *sin trabas* el cuadro clínico” (Deutsch, 2000 p. 233), al modo de la neurosis de angustia. En efecto, el sentimiento de opresión era constante y difuso, aunque de a poco aparecían manifestaciones más circunscriptas: vértigo, miedo ante los botes y el agua y fobia a los gatos. La clave del caso hay que buscarla, según la analista, en las relaciones de la paciente, que reiteran una configuración triangular fijada en la infancia cuando la madre, angustiada por la ausencia del padre, llevaba a la niña a dormir con ella. Al momento de la consulta, la paciente era una joven viuda que hacía años se había mudado a vivir en un *ménage a trois* conformado por ella, su amiga y el marido. El arreglo, dice Deutsch, incluía relaciones sexuales y funcionó hasta que la amiga tuvo una hija. Esto hizo aflorar los sentimientos hostiles hacia la madre tras el nacimiento de su hermanita, derribando el equilibrio. “Es la otra quien recibió el regalo” (Deutsch, 2000, p. 239) de parte del padre, interpreta la analista. Asimismo, ubica los ataques de angustia, el vértigo y el temor al agua a cuenta de la fantasía de embarazo y los impulsos sádicos hacia la madre,

en una paciente que era estéril. En cuanto a la fobia a los gatos, Deutsch le da una interpretación simbólica: en los cuentos de hada el gato es el compañero de la bruja, y por tanto representaría los malos sentimientos de la paciente hacia la mujer, al mismo tiempo que los impulsos homosexuales, con su correlato punitivo. La bruja no sería otra que ella misma, y, al mismo tiempo, la mala madre. Más allá de esta perspectiva, que la aleja de nuestra orientación, el caso es de interés porque permite situar los síntomas fóbicos entre los efectos clínicos de lo que, con Lacan, ubicamos como el estrago madre-hija, dejando abierta la pregunta acerca de la relación entre ambos términos.

En otra conferencia Deutsch comenta una serie de cuatro casos de agorafobia, poniendo la lupa sobre la figura del acompañante y lo que esta permite elucidar. La primera es una jovencita que sólo puede salir a la calle acompañada de sus padres. El desencadenamiento de la neurosis tiene lugar tras una embestida sexual de parte de su novio. La analista ubica una serie traumática al modo freudiano: en la infancia escuchó a los padres teniendo relaciones sexuales, y lo interpretó como un abuso perpetrado por el padre. Las fantasías sexuales de la paciente tenían un marcado carácter masoquista, en identificación con la madre. Así, el síntoma agorafóbico condensa no sólo su temor a la tentación sexual sino también los impulsos agresivos hacia el supuesto abusador.

La segunda paciente es una mujer de mediana edad, madre de tres, que había escogido por acompañante a su hija mayor, de diecisiete años. El inicio de los síntomas tuvo lugar cuando ésta comenzó una relación amorosa. Identificada con la hija, afloraron las fantasías de desfloración, violación y prostitución de su propia pubertad, y aquella se convirtió en rival y objeto de cuidado a partes iguales. La hija, concluye Deutsch, fue colocada en el lugar del superyó, en tanto instancia de vigilancia y protección, antaño encarnada por la madre de la paciente. Al igual que en el caso anterior, dice la autora, “[...] el acompañante se convertía en el ‘protector protegido’” (Deutsch, 2000, p. 263).

La tercera es un joven mujer de veintisiete años, cuyo hermano murió en la infancia, dejando a la madre aislada en su duelo y a la niña

compartiendo cama con el padre. El conflicto desencadenante fue la elección entre un viejo amor platónico y el joven que le pidió matrimonio. Habiendo escogido al segundo, la culpa por la muerte de su hermanito odiado resurgió con fuerza. El acompañante escogido no era otro que el marido, a quien torturaba y encadenaba a ella, síntoma mediante. El análisis reveló el deseo de muerte respecto de la madre, como condición para la realización de un deseo inconsciente de prostitución.

El cuarto y último caso es el de una joven de veintiún años, hija única de una pareja de clase alta, quien al momento de la consulta aún dormía con la madre y mamaba el pecho o el dedo para conciliar el sueño. La paciente no podía salir de la casa por temor a que algo le ocurriera a su madre, y ésta era, por supuesto, la acompañante escogida. El análisis reveló la impulsión sofocada hasta entonces: la angustia comenzó un día en la calle, cuando pensó que podría empujar a su madre bajo un auto o un tranvía. Deutsch concluye con una tesis: “[c]onsidero esta identificación al objeto que está en la mira de las tendencias hostiles como característica de la agorafobia” (Deutsch, 2000, p. 276). Pero además, la analista inglesa extrae de estos casos una idea acerca del “desarrollo libidinal femenino”, tema del cual se ocupó a lo largo de su obra. Ubicando las fantasías de parto y desfloración como herederas de la angustia de castración en la mujer, afirma que esto se verifica en los casos de agorafobia presentados.

Una última referencia importante, ya que fuera comentado de Lacan en el *Seminario 4*, es el caso Sandy o “la inglesita”, como él la llama, presentado por una discípula de Anna Freud, Anneliese Schnurmann. La hija de Freud y Dorothy T. Burlingham construyeron en Londres una serie guarderías educativas, llamados Hampstead Nurseries, con el fin asistir a niños separados de sus familias a consecuencia de la segunda guerra mundial¹⁴. Allí llevaron a cabo, junto a un grupo de colaboradores, observaciones y tratamientos desde la perspectiva del desarrollo infantil

¹⁴Además, publicaron un libro titulado *La guerra y los niños*, en el que relatan las reacciones psicológicas de los niños bajo el asedio del bombardeo alemán a Londres; Freud A.: *La guerra y los niños*. Ed Paidós, Bs. As. 1986.

teorizada por Anna Freud, quien propone un psicoanálisis devenido terapia de adaptación del yo a la realidad social. Este es el contexto en que Schnurmann observa y trata a la pequeña Sandy, presentándola del siguiente modo:

A la edad de 2 años y cinco meses, Sandy se despertó una noche, poco después de quedarse dormida. Decía que había un perro en su cama y tardó en calmarse. A partir de ese día manifestó un miedo intenso a su cama y algunos días más tarde empezó a asustarse de los perros en la calle y se exasperaba cuando veía un perro incluso de lejos. Esto ocurrió, más o menos, durante un mes, antes de la resolución definitiva de los trastornos. (Schnurmann, 1949, p. 31)

Asimismo, registra tres factores desencadenantes: 1) cuando Sandy tiene 2 años y un mes observa un niño orinando, tomando noticia de la diferencia sexual anatómica; 2) su madre debe ser operada, se ausenta durante varias semanas de las visitas, y a su regreso tiene un aspecto penoso, camina con gran dificultad y usa un bastón. Luego de esto, la niña se despierta angustiada una noche diciendo: "Hay un perro en la cama", y pocos días después le teme a los perros. El caso muestra bien lo específico de la angustia ante la castración materna como desencadenante para una niña pequeña, y será retomado en el capítulo 3, siguiendo la lectura de Laca y un comentario de J.-A. Miller.

1.2.2 La fobia según la psiquiatría estadística

Pese a alejarnos de nuestro marco conceptual, conviene introducir el modo en que la fobia persiste como categoría en la psiquiatría contemporánea. Además del interés histórico de reseñar los avatares de la noción, así como el lugar que la fobia ocupa en la contemporaneidad, el contrapunto servirá para ubicar con mayor precisión la especificidad del concepto en el psicoanálisis de la orientación lacaniana.

La elaboración del "manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales" –DSM es su sigla en inglés–, por parte de la American Psychiatric Association, tuvo por objetivo manifiesto dar solución a la Babel de los diagnósticos, estableciendo criterios claros y

denominaciones consensuadas en función de datos estadísticos. De modo menos explícito, pero no por ello menos eficaz, esta serie de manuales –cuya primera edición data de 1952, y la última, el DSM V, de 2013– tuvieron por resultado la desarticulación de la clínica psiquiátrica clásica y, paralelamente, lo que ella había incorporado de la teoría psicoanalítica. Basta una mirada al índice del manual para advertir el alcance de esta doble operación. En primer lugar, la rica y variada nosografía de las psicosis, producida por las escuelas alemanas y francesa de psiquiatría, se ve reducida a un puñado de “trastornos”¹⁵: esquizofrénico, esquizoafectivo, delirante, psicótico breve y compartido (además de inducido por sustancias y debido a enfermedad médica), y en el DSM-V vemos reaparecer la catatonía. Pero la mayor descomposición la sufre, sin lugar a dudas, la clínica de las neurosis, que fueron diseminadas entre los trastornos de ansiedad, los trastornos somatomorfos (rebautizados “trastornos de síntomas somáticos” en el DSM-V) y los del estado de ánimo, rúbrica perimida en la última versión, y en la que también se arrumbaba la vieja psicosis maníaco-depresiva, bajo el nombre de trastorno bipolar y sus variantes, que en el DSM-V conforman un grupo propio. Entre estos rejunte, la categoría que brilla por su ausencia es la histeria, pese a que se incluye el “trastorno de conversión” entre los somatomorfos, quedando la neurosis obsesiva camuflada como trastorno obsesivo-compulsivo, ubicada entre los trastornos de ansiedad hasta el DSM-IV, y formando una rúbrica aparte en el DSM-V. Sin embargo, y esto es lo que aquí importa destacar, la fobia persiste triunfante, e incluso más, adquiere una particular relevancia. El manual incluye las siguientes opciones: ataque de pánico, agorafobia, trastorno de angustia con o sin agorafobia, fobia específica y fobia social (que en el DSM-V pasa a denominarse “trastorno de ansiedad social”). Ésta última fobia destaca como aparente novedad respecto de las nosografías clásicas.

¹⁵ Este término barre con la noción de síntoma y privilegia la de disfuncionamiento o déficit comportamental, de causa psicológica y/o biológica, con un grado de riesgo definido en términos estadísticos.

Alain Merlet, colega de la École de la Cause freudienne, dedica un artículo a examinar la “fobia social”, a la que califica sin ambages como el caballo de batalla de la psiquiatría cognitivo-conductual para barrer al psicoanálisis. Lo primero que destaca es que, si bien el manual incluye un trastorno por angustia, este concepto, en su doble raigambre filosófica y psicoanalítica, es reemplazado por el de ansiedad, concebida como una reacción emotiva cuantificable que vale como índice del grado de adaptación del individuo a la realidad. En cuanto a la fobia social, Merlet señala que fue primero acuñada y descrita por Pierre Janet, en 1903. En las antípodas de la teoría de Freud, la de Janet es una concepción deficitaria de la enfermedad mental, que le lleva a privilegiar las conductas sociales de la neurosis. Para Janet, la fobia social, definida como miedo de actuar en público, es la expresión ejemplar de la psicostenia, categoría hoy caduca, que en la época designaba un trastorno de fatiga acentuada y prolongada. Sin embargo, prosigue Merlet, el esquema explicativo de la fobia social tal como se encuentra en el DSM está, ante todo, inspirado en los trabajos de John Watson. Para el autor de *Behaviorism*, la enfermedad mental es el resultado de un condicionamiento aberrante que puede y debe descondicionarse. De allí que las técnicas cognitivo-conductuales se basen fundamentalmente en el entrenamiento de competencias y la exposición al estímulo fobígeno, no sin una dosis de sadismo, señala Merlet. A ello se suma, por supuesto, una explicación biológica del déficit que permite su medicalización. En conclusión, “[e]l reciclado cognitivo-conductual del trastorno fobia social descrito por P. Janet conduce a la quimera de un síndrome nacido del demonio de la evaluación que no conserva de la fobia más que el nombre¹⁶” (Merlet, 2004, p. 20). De este modo se ha pretendido evacuar el problema planteado por la angustia en la fobia, amalgamándola con el miedo bajo la forma de un “trastorno de ansiedad”, que se supone medible y tratable por técnicas específicas, y que pese a denominarse “social”, no toma en cuenta la relación con el Otro.

¹⁶ La traducción de la cita es mía.

1.2.3 La fobia en la orientación lacaniana: aportes y casuística

En el marco de la orientación lacaniana, los trabajos dedicados a la fobia son numerosos. Presentan, no obstante, un sesgo que merece ser mencionado: dado su carácter paradigmático, buena parte de ellos retoman el historial de Juanito según la lectura que Lacan realiza en el *Seminario 4*. Incluso se puede afirmar que debido a la centralidad que adquiere dicho caso cuando se trata de abordar la fobia, se ha dejado de lado otros matices y aspectos, frecuentes en la clínica actual y otros casos de fobia comentados por Lacan.

A los fines de la sistematización de los antecedentes, hemos dividido las referencias relevantes en cuatro grupos, que aquí presentamos de modo sucinto, consignando en la bibliografía la totalidad de textos revisados.

Un primer grupo lo constituyen los textos de orientación de Jacques-Alain Miller. Entre las *Conferencias porteñas* se encuentra una de 1993, titulada “Introducción a la lógica de la cura de Juanito, según Lacan”, donde desglosa dicha noción tomando al historial de Juanito como “una cura por excelencia”, analizando cada uno de los conceptos en juego. La idea más notable de esta lectura de Miller es plantear que “[...] el *Seminario 4* de Lacan es un seminario sobre la sexualidad femenina” (Miller, 2009b, p.2018), más específicamente, sobre la distinción entre la madre y la mujer, y sus incidencias en el niño. Así, la invención de Juanito no es sólo la fobia al caballo, sino la doble madre que le habilita una salida del Edipo, con la consecuencia de dejarlo en una posición feminizada, aún siendo heterosexual.

En el marco del curso de 1993-1994, titulado *Donc. La lógica de la cura*, Miller pone el acento, esta vez¹⁷, sobre “la resolución curativa de Juanito”, es decir, sobre el carácter de solución del síntoma fóbico. Además, sitúa con precisión cuál es problema que la fobia pretende

¹⁷ En esta ocasión refuta su lectura en la conferencia antes mencionada, explicando por qué este historial no vale como modelo de fin de análisis.

arreglar: se trata del goce, más específicamente de la irrupción de goce fálico. Por otra parte, ubica el papel de este historial en la enseñanza y en la elaboración conceptual de Lacan, en un trayecto que va de la metáfora paterna al objeto *a*, a retomar en el capítulo 3.

Pero el que constituye sin lugar a duda un texto canónico, es el seminario dictado en Barcelona, como apertura del curso 1995-1996 de la Sección Clínica. Allí anuncia de entrada: “Me he propuesto releer el *Seminario IV* a la luz de la tesis: el inconsciente intérprete” (Miller, 1995, pág. 2), sintagma que dará título al seminario y que organiza una relectura del caso Juanito, iluminado desde dicha perspectiva. En efecto, “[s]i hay un caso en la literatura analítica donde realmente el inconsciente interpreta es éste” (*Íbidem*), y allí se aboca a demostrarlo.

Por otra parte, Miller también le dedica un texto al caso Sandy, el cual representa, en su opinión, la célula musical que antecede a la enorme sinfonía del caso Hans en el *Seminario 4*. El comentario, que data de 1995, pone de relieve los paralelismos y discordancias entre ambos.

Otra referencia milleriana relevante son las clases del curso *El partenaire síntoma*, dictado en 1997-1998, donde Miller comenta “Inhibición, síntoma y angustia”, con la fobia de Juanito y la del Hombre de los Lobos como parte del entramado teórico desplegado.

Por otra parte, en la conferencia titulada “El fantasma fundamental”, Miller se vale, a modo de apólogo, del mito de Diana y Acteón, para ponderar las variaciones del fantasma según el tipo clínico, y en ese contexto ilumina otras aristas del sujeto fóbico. Si la diosa Diana fuera fóbica, dice Miller, su perro habrían estado ahí antes del acercamiento de Acteón: “Lo extraordinario en la fobia es que los perros ladran contra el sujeto mismo pero para impedir el acceso al deseo del Otro” (Miller, 2009a, p.94), de allí la fórmula del Lacan, del deseo fóbico como deseo prevenido. Diana tendría entonces miedo de sus propios perros, como Juanito temía a los caballos, “[o] sea que en una fobia verdadera no hay fantasma porque los perros realmente están” (Miller, 2009a, p. 96).

Finalmente, un texto de Miller mucho más reciente, y ya comentado en la introducción, donde se refiere al miedo de los niños, y sostiene que

"una fobia es una elucubración de saber 'sobre' o 'bajo' el miedo, en la medida en que ella es su armadura significativa" (Miller, 2017, p. 20).

Un segundo grupo de referencias está conformado por textos de autores de nuestra comunidad que hacen eje sobre el caso Juanito, entre ellos, uno de Eric Laurent, titulado "El pequeño Hans y su 'hace pipi'", donde subraya el carácter lógico del objeto fóbico. Otros trabajos que también toman apoyo en el historial freudiano son: "Le Petit Hans en la construction de l'objet hors corps", en el que Geert Hoornaert analiza la noción de extracción del objeto *a* en relación con la conformación del cuerpo, brindando un antecedente destacado para esta investigación; Estela Solano-Suárez retoma el caso para abordar "El síntoma del niño y el Otro que no existe"; un trabajo de Christian Demoulin, "Symptome et *Wiwimacher*", aborda la relación entre la angustia, la castración materna y el órgano real; en "Juanito: un caso ejemplar", Damasia Amadeo de Freda pone el acento en la formulación lacaniana tardía, la de "estar amedrentado por el goce"; Roberto Mazzuca repasa los diferentes momentos teóricos en que los Lacan se refirió a Hans, así como al caso de fobia a las gallinas de H. Deutsch; Mirta Paulozky también repasa el caso bajo el título "Juanito, un síntoma".

La fobia es un ítem en el *Scilicet* del VII Congreso de la AMP "Semblantes y síntoma", bajo la pluma de Christianne Ruffieux, quien se vale del caso Hans para subrayar que la operación simbólica de la fobia no es sin resto, y allí la angustia, como lo que, según Lacan, "no engaña". Entonces, tomando la perspectiva borronea, concluye que la fobia constituye "un anudamiento que permite 'arrancarle a la angustia su certeza'" (Ruffieux, 2010, p. 135), delimitando un espacio donde alojar el goce, indicación que nos aproxima a la perspectiva de esta tesis. En esta dirección avanza un texto del colega rosarino Francisco Depetris, al indagar acerca del cuerpo en la fobia, y según lo que Lacan formula sobre Juanito en RSI. El autor sostiene que "[...] la connotación del cuerpo varía de acuerdo a los distintos tiempos y funciones de la angustia en la formación del síntoma fóbico" (Depetris, 2005, p. 84). Entre estas valencias diferenciales, la crisis de angustia es fruto de una incompatibilidad entre

el resto de goce y su envoltura corporal. El caballo de Hans da un cuerpo al goce fálico, posibilitando en este movimiento un nuevo imaginario corporal, resolviendo así perturbación inicial, dice Depetris. Y añade otra pista relevante para esta investigación: “[...] el proceso debería conducir a que haya finalmente un cuerpo ‘que simbolice’ a aquel Otro que no existe en el comienzo. Lo cual pondría el tratamiento de la fobia en la perspectiva de una sexuación más allá de la elaboración de la metáfora paterna, cosa que no es alcanzada por Juanito, quien se detiene en esa posición final de padre en el linaje materno, y, a la vez, de ‘hija de dos madre’” (Depetris, 2005, pp. 85-86). Otro texto relevante de este autor repasa los momentos de la teorización de Lacan, siguiendo la tesis de “La fobia como suplencia”, que da título al artículo.

Metiéndose de lleno en la teoría del los nudos y la lectura clínica que puede deducirse de ella, Fabián Schejtman le dedica un apartado al caso, bajo el título “Juanito borromeo ¿cómo arreglárselas con el pene real?”. Allí recorre el historial indicando los diversos anudamientos que va atravesando el niño, del momento de inhibición o nominación imaginaria, cuando su cuerpo entero está capturado en la identificación fálica que taponan la carencia materna, a la constitución del síntoma fóbico como nombre del padre que repara el lapsus del nudo, pasando por un momento de nominación real, donde la angustia anuda, al precio de darle consistencia al goce del Otro, sostiene Schejtman.

Párrafo aparte para el comentario con mayor grado de formalización del caso Juanito según la lectura lacaniana del *Seminario 4*, expuesta en un texto titulado “Blasones de la fobia”, escrito por Ernesto Sinatra. El autor subraya el valor central del fantasma de devoración en la fobia, como interpretación claustrofóbica del deseo del Otro, así como “(...) la estructura sintomática de toda fobia como defensa contra lo real” (Sinatra, 2009, p. 109). Asimismo, realiza una relectura del caso especialmente interesante para la perspectiva de esta tesis, ya que toma apoyo en las fórmulas de la sexuación, y además plantea la necesidad de repensar la fobia, ya no desde la perspectiva del Otro, sino siguiendo la última enseñanza de Lacan, que introduce el Uno del *parlêtre* con las

nociones de cuerpo y *sinthome*. En sus palabras: “Donde teníamos el *miedo* al objeto recortado, inventado frente al desborde de *angustia*, lo que hay en verdad es el *goce* que se localiza en el punto de la ausencia de relación sexual” (Sinatra, 2009, p.118).

En esta dirección y tomando la perspectiva del pase, un texto brillante de Bernardino Horne, titulado “La fobia como plataforma giratoria” pone de manifiesto la relación entre el objeto fóbico y la letra de goce.

Un tercer grupo está conformado por textos que abordan la fobia, pero sin referirse al caso del pequeño Hans. Oscar Zack escribe sobre “La muralla de la fobia”, analiza el caso Sandy y destaca tres aspectos relevantes de la fobia: al darle marco a la angustia, cumple una función homóloga a la del fantasma; tanto en la fobia como en la angustia se trata de ser mirado por el Otro, prevaleciendo la pulsión escópica; el “ataque de pánico” es una invasión de goce, por fuera de las coordenadas simbólico-imaginarias, es decir, sin brújula.

Bernardo Nominé también se refiere al caso de “la inglesita” para ilustrar una dupla conceptual que se desprende del *Seminario 4*, fobia y perversión, como dos variantes del objeto. Subraya, de la observación de Schnurmann un acontecimiento no comentado por Lacan: durante un baño, la niña se mete un trozo de jabón en la vagina. De suerte que el significante de su fobia, a saber, el perro “[...] es, a la vez, ella misma, el niño que ha visto meando, pero también es un vestido para la causa, o sea el perro resulta el agente de la mordedura del goce” (Nominé, 1995, p.30) Dicho de otro modo: si bien el objeto fóbico es un significante, su función es vestir el objeto *a*, “puesto en función de causar repulsión” (Nominé, 1995, p.32). Además, subraya el carácter de “umbral” del objeto, presentando una agoragobia en la que destaca la preeminencia del objeto mirada. Por otra parte, con el caso de la fobia a las gallinas de Deutsch, lo que se pone de manifiesto es la relación entre la imagen corporal y el objeto *a* que aquella ha de revestir. El caso de Ruth Lebovici comentado por Lacan en el *Seminario VI* y en “La dirección de la cura y los principios de su poder”, lo ilustra bien. Se trata del joven que teme “ser demasiado grande”, dando cuenta del divorcio entre la imagen y el

objeto, lo cual suele favorecer la emergencia de angustia y fobia, pero que en este caso vira, tras una interpretación sobre la transferencia por parte de la analista, hacia una actuación perversa de tipo exhibicionista.

Otro texto de Sinatra, en sintonía con el referido anteriormente y titulado “Hipótesis sobre lo real de la fobia”, propone “desedipizar la teoría del goce”. En esa perspectiva, en lo que respecta a la fobia, se pasa de entenderla como una constelación imaginaria que responde a la falla del padre en función, a considerarla del lado del *sinthome*, es decir como producción singular de Un *parlêtre*.

Un texto de Antoni Vicens produce un cruce interesante entre “Inhibición, síntoma y angustia” y la última enseñanza de Lacan, al considerar el ternario freudiano como “signos de goce”, parafraseando un curso de J.-A. Miller. En esta perspectiva, el síntoma fóbico, que es un síntoma *con* angustia, subraya Vicens, permite ponerla del lado de la cifra de goce.

Finalmente, los textos compilados en el libro *Los miedos de lo niños*, que incluye aportes teóricos y casos clínicos, ofrecen múltiples elementos relevantes para esta investigación. “Por la boca del niño, la bestia del miedo dejó oír su voz de angustia”, (Roy, 2017, p. 18), dice D. Roy, señalando que la fobia es una de las formas posibles en que ambos conceptos se articulan. También subraya su valor de síntoma localizador de goce, e interroga su estatuto diferencial en función de la posición sexual, como ya adelantamos en la introducción. Por otro lado, los relatos clínicos permiten advertir matices, como “prótesis imaginarias”, monstruos y otros “objetos fóbicos no identificados”, al decir de S. Cottet, que no siempre logran mantener a raya la angustia, puesto que no alcanzan a constituir un significante “todo uso”.

El cuarto grupo de referencias está conformado por los relatos clínicos: de un lado la casuística publicada en revistas y libros de la orientación lacaniana, y del otro los testimonios de los Analista de la Escuela. Sin pretensión de exhaustividad, hemos recogido un total de 6 casos en los que el síntoma fóbico ocupa un lugar preponderante.

Un caso publicado por Phillippe La Sagna, bajo el título “Une phobie singulière”, presenta una mucama de hotel que no puede hacer la limpieza de los baños a causa de la presencia de las cañerías, en especial las “flexibles” del pomo de las duchas. Lo interesante del caso, es la relación de la sujeto con su cuerpo, abordando la conexión entre la dificultad de enunciación, el temor fóbico y la consistencia corporal.

En “Une voix de passage dans une phobie”, Françoise Schreiber narra el caso de un hombre joven para quien la fobia infantil a los perros había sido sustituida por un temor a “morir ahogado, aspirado dentro de un pozo de agua”. Destaca del caso, articulado según la enseñanza clásica, el lugar que ocupa el objeto voz.

Alicia Yocoi presenta una jovencita que le teme a los cocodrilos, poniendo énfasis sobre las incidencias del encuentro con la castración materna y la sexualidad femenina. Señala también que la fobia “[...] comporta como solución un ‘paso fallido’ en la asunción del falo como significante. Su solución de placa giratoria la priva del sostén de la orientación de los discursos establecidos en las escenas del deseo” (Yacoi, 2009, p. 95).

Hay cuatro casos de síntomas fóbicos relativos al espacio publicados por colegas de la orientación lacaniana.

Estela Carrera, colega de la EOL Sección Córdoba, relata el caso de una mujer cuya fobia toma la forma de un encierro: no puede usar el ascensor, ni conducir, ni andar en colectivos. Además, padece una extraña fiebre. La analista muestra cómo, desde el desencadenamiento, cuando es trasladada a una oficina en la que está “rodeada de hombres”, sus síntomas están articulados al goce. “Su cuerpo, seducido y afiebrado, la coloca teniendo que situar su defensa: el encierro” (Carrera, 2011, p. 36).

Maurizio Mazzotti, colega de la SLP, presenta en “Les promenades d’une phobique”, el caso de una joven que padece agorafobia y claustrofobia, formando “una suerte de sistema” (Mazzotti, 1988, p.75) con el cual se asegura de jamás encontrarse sin la cobertura de un otro imaginario que se interponga entre ella y el deseo del Otro. Habiendo convertido a su hijita en objeto contrafóbico, Mazzotti ubica su valor de falo materno,

situando a la madre en el horizonte de la maniobra fóbica. Tras la muerte del padre, ella interpuso a su partenaire entre ella y la falta materna, asegurándose así la función fálica del al-menos-uno, función con la cual, propone Mazzotti, debe aislarse la función del acompañante. En la vena freudiana, el análisis permitió develar las fantasías de prostitución, ligadas a la seducción paterna, quien operó como “guía de placeres”. También en “Una agorafobia muy singular”, presentada por Jean-Louis Gault, el fantasma de prostitución juega un papel importante en el estallido de la fobia de una jovencita.

Roger Cassin publicó el caso de una jovencita que sufre accesos de angustia cuando se desplaza en auto camino al trabajo. Resulta particularmente interesante la intervención del analista, quien, haciendo uso del equívoco, reduce la angustia masiva y la localiza, creando un fobia a las autopistas como resultado.

En cuanto a los testimonios de Analistas de la Escuela, el síntoma fóbico está presente en múltiples casos, tal como consignamos en la introducción y desplegaremos en el capítulo 4.

CAPÍTULO 2: LA FOBIA SEGÚN FREUD

2.1 De la fobia *de* Freud a la fobia *en* Freud

El nacimiento cuasi simultáneo del psicoanálisis y el cine es rico en resonancias, más allá de la obviedad de que aquel comenzó por el sueño, es decir, por la imagen-movimiento –al decir de Deleuze–, que el segundo se empeñó en capturar, producir y manipular. Entonces, en un cruce posible, quizás el mejor modo de comenzar este capítulo, en el que desbrozaremos la triple operación –nosológica, conceptual y clínica– efectuada por Freud sobre las fobias, es recordar el cortometraje de los hermanos Lumière, *Llegada de un tren a la ciudad*, de 1885. Según relatos, la primera vez que esta toma de *travelling* inverso fue exhibida en público, hubo quienes huyeron despavoridos creyendo que el tren salía de la pantalla y se les venía encima. La anécdota da cuenta de un clima de época, particularmente del carácter traumático que cobraron en un inicio los inventos de la tecno-ciencia, y en especial los denominados “medios de transporte”, algo que hoy podría resultar lejano e incomprensible si no fuera por los sujetos fóbicos, que se empeñan en señalar sus peligros potenciales.

Un año después de ese estreno memorable, un joven y ambicioso médico nacido en la Moravia del Imperio Austrohúngaro, quedaría para siempre capturado por el enigma de la histeria¹⁸, cuando realizó una estancia de formación en el servicio de neurología que dirigía Jean-Martin Charcot en el hospital parisino de la Salpêtrière. Bajo el impacto de ese encuentro, Sigmund Freud se embarcó en la investigación de su vida, de cuyos

¹⁸ Dicho sea de paso, Georges Didi-Huberman, en *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía fotográfica de la Salpêtrière* (2007) ha mostrado como la demarcación y descripción de este “cuadro” clínico es inseparable del gusto de Charcot por el arte, y muy particularmente, por el uso que le dio en su clínica a otro aparato nacido en aquella época, a saber, la fotografía.

primeros pasos sabemos por la profusa correspondencia sostenida con su colega y amigo de Berlín, Wilhelm Fliess. Como es sabido, esa apasionada pesquisa resulta indisociable del denominado “autoanálisis” de Freud, realizado en transferencia con aquel.

En una carta fechada el 3 de octubre de 1897, le dice: “Tú mismo has visto en floración mi *angustia ante los viajes*” (Freud, 1986, p. 289), la cual, según una carta posterior –del 3 de julio de 1899–, se manifestó en ocasión del primer viaje en realizaron juntos, en 1890. La combinación del desplazamiento con el confinamiento en un espacio cerrado angustiaban al joven Freud, que debía abrir las ventanas, luego de padecer el temor de llegar tarde al tren y angustiarse ante la partida. Estas manifestaciones, que son la otra cara de su gusto por viajar, muestran bien el núcleo del síntoma fóbico. Sin embargo, de entrada no usa este término, sino que la denomina “angustia ante los viajes”. En diciembre de 1897, hablando de su “manía por Roma”, a propósito de un sueño en el que pierde el tren¹⁹, se refiere a esa angustia en un pasaje que merece citarse en extenso:

“Desde que estudio lo inconsciente, me he vuelto interesantísimo para mí mismo. Lástima que uno cierra su boca para lo más íntimo (...) Breslau juega también un papel en mis recuerdos de niñez. Tenía tres años cuando pasé por su estación ferroviaria en la mudanza de Freiberg a Leipzig, y las llamas de gas, que yo por primera vez veía, se me antojaron espíritus que ardían en el infierno. Conozco un poco el nexo. Mi superada angustia ante los viajes se entrama también con ello” (Freud, 1986, p. 310).

Finalmente, dos años más tarde, en una carta fechada en diciembre de 1899, Freud dice haber encontrado, en el marco del trabajo con un paciente, la solución de su “antigua fobia al tren”:

Mi fobia, pues, era una fantasía de empobrecimiento o, mejor, una fobia al hambre, dependiente de mi avidez infantil y provocada por la falta de generosidad de mi esposa (de la que estoy ‘tan’ orgulloso). De todo ello sabrás más en nuestro congreso próximo (Freud, 1986, pp. 429-430, las cursivas son mías)

Tenemos entonces, entreverada en el caldo de cultivo del que emergió el psicoanálisis, la fobia *de* Freud y lo primero a destacar en el contexto de

¹⁹ También cabría mencionar que su olvido del nombre propio “Signorelli”, otro mojón fundamental en la invención de la teoría psicoanalítica, publicado en “Psicopatología de la vida cotidiana”, tiene lugar en un tren.

esta investigación es que no se trata de una zoofobia, sino de una variante de lo que hemos llamado, de modo general, las fobias relativas al espacio. ¿Merece la pena detenerse en este detalle? Con toda seguridad, puesto que fue el propio Freud quien hizo de los detalles un aspecto central del método analítico, tanto a nivel de la clínica como de la elaboración teórica. En sus palabras: “Pequeños indicios poseen también su sentido y valor, muy particularmente cuando se hallan entre las condiciones genéticas de la neurosis” (Freud, 1992s, p. 86), que en este caso es la suya.

En el marco de su autoanálisis el hecho decisivo, aquello que marcó un antes y un después, fue el sueño de la inyección de Irma. “En esta casa, el 24 de julio de 1895, le fue revelado al Dr. Sigmund Freud el secreto de los sueños”, reza una placa sobre una colina en las afueras de Viena, tal como él mismo fantaseara, y la importancia capital de este sueño ha sido extensamente comentada por la comunidad lacaniana, nutrida por la lectura memorable que Lacan le dedica en el *Seminario 2*.

Iluminándolo desde la perspectiva de la orientación lacaniana, es posible atribuirle cierto estatuto de pase. Lo menos que cabe decir es que produce un franqueamiento, puesto que, siguiendo a Lacan, Freud se topa con un abismo en la garganta de Irma, y en lugar de despertar ante lo horroroso de esa imagen, como en un sueño de angustia, tiene las agallas de continuar soñando para ver emerger, en el más allá de ese abismo y la disolución del yo, cuyas identificaciones caen como cáscaras, una fórmula impresa en caracteres gruesos, la de la trimetilamina, que tiene estatuto de letra asemántica. Revelado el enigma de los sueños, y publicado, al filo del siglo, el tratado dedicado a su interpretación, Freud forja un significante nuevo y, a la vez, un nombre indisociable del suyo: “psicoanálisis”. Pero ello sólo fue posible tras un periplo que lo llevó de bruces hasta el borde del abismo, ese abismo que es el espacio de lo femenino, “[...] la carne de la que todo sale, en lo más profundo del misterio” (Lacan, 1990, p. 235), cifrado en lo horroroso de la garganta de una paciente díscola, y que él, pese a todo, consiguió atravesar. ¿No es justamente ese abismo el que aterroriza al sujeto agorafóbico, frente al

cual se vale de otro cuerpo como acompañante, sin alcanzar a esgrimir un objeto elevado a significante que haga de barrera?

Sea como sea, los efectos del franqueamiento efectuado por Freud son innumerables, y no sólo para quienes fuimos conmovidos por la estela de su deseo, sino para la cultura a toda escala. En cuanto a él, la resolución de la fobia relatada en las cartas a Fliess, puede sin duda contabilizarse entre los efectos de su autoanálisis, aunque también tenemos noticias de los restos sintomáticos. Entre los sueños propios publicados, el del conde Thon, de agosto de 1898, da cuenta de ello:

Es como si ahora tuviera el segundo trabajo de escapar de la ciudad, como antes escapé de la casa. Viajo en un cabriolé y doy al cochero la orden de llevarme a una estación ferroviaria. “Por la vía férrea no puedo desde luego viajar con usted”, le digo, después que él hizo una objeción, como si yo lo hubiera extenuado (Freud, 1992d, p. 221)

Tal es un fragmento del texto del sueño, en el que un soñante levemente angustiado busca modos alternativos de escapar. En síntesis, y según P.-L. Assoun, “[e]n Freud existe el temor a una separación originaria, a un exilio que se conmemora en una cierta tendencia agorafóbica y en un sentido de la orientación espacial de lo más desconcertante [según testimonia su hijo, Martin Freud, en *Freud, mon père*] –que contrasta con su formidable don de orientación en el pensamiento” (Assoun, 2002, p. 30).

Quizás esta sea la razón por lo que Freud no cedió nunca en la consideración de las agorafobias, aunque de un modo escueto. Lo que resulta incontestable, es el lugar central que ocupan las fobias en la teorización freudiana, al punto que atraviesan su obra, de principio a fin, cumpliendo un papel fundamental en su elaboración teórica. En efecto, Lacan no vacilará en señalar “el acento que Freud pone en la fobia como piedra angular de la neurosis” (Lacan, 2008b, p. 711).

En el inicio, entonces, la fobia *de* Freud: una entidad vagamente delimitada en la que se entrecruzan la angustia a los viajes y ferrocarriles con una fantasía de empobrecimiento y otra de espíritus ardiendo en el infierno. Al final, en cambio, la fobia *en* Freud alcanza la precisión de una

función estructural como respuesta al trauma con consecuencias duraderas:

Las reacciones negativas persiguen la meta contrapuesta; que no se recuerde ni se repita nada de los traumas olvidados. Podemos resumirlas como *reacciones de defensa*. Su expresión principal son las llamadas *evitaciones*, que pueden acrecentarse hasta ser *inhibiciones y fobias*. También estas reacciones negativas prestan las más intensas contribuciones a la acuñación del carácter; en el fondo, ellas son también, lo mismo que sus oponentes, fijaciones al trauma, sólo que unas fijaciones de tendencia contrapuesta (Freud, 1992w, p. 73)

Así, Freud pone de relieve el valor de anudamiento del síntoma fóbico, que aúna defensa y fijación, con el rasgo de carácter como destino privilegiado.

Pero entre un extremo y el otro el periplo es largo, y abrumadoras la cantidad de referencias y la complejidad de la elaboración conceptual freudiana sobre las fobias. En lo que sigue recabaremos los principales mojones de este recorrido, divididos en dos apartados. De un lado, los vaivenes conceptuales y nosológicos, poniendo el acento en la estrecha relación de la fobia con la angustia y el goce; del otro, la clínica freudiana de las fobias, plena de detalles y sutilezas.

2.2. Las fobias: angustia y goce en la nosología freudiana

Freud se topó de entrada con la ubicuidad de las fobias, así como con las diversas clasificaciones heredadas de la psiquiatría clásica. En consecuencia, aquellas entraron en el psicoanálisis en el marco de las disquisiciones nosológicas. No obstante, el esfuerzo por clasificarlas al que Freud se presta –siempre contra los derroteros vacuos de la enumeración– no le hace perder de vista que lo fundamental está en otra parte, y que no pasa por la proliferación de objetos fóbicos más o menos bizarros, sino por el tratamiento del problema clínico capital, que es el de la angustia, y allende, el de la satisfacción pulsional, o para decirlo con Lacan el goce. En efecto, de la “neurosis de angustia” –aislada en el inicio– a la “histeria de angustia” –que mantuvo hasta el final de su obra–, lo que hace de nexo, obviamente, es la angustia, con la que las fobias guardan

la relación más estrecha. Al punto que se puede afirmar sin ambages que la teoría freudiana de la angustia, en sus diversos momentos, es inseparable de la fobia. Por lo demás, ésta es la vía por la que logra efectuar la reducción de las clasificaciones proliferantes, para extraer dos paradigmas, zoofobias y agorafobias. Si bien el camino que Freud recorre es intrincado, con múltiples pasajes y algunos callejones sin salida, procuraremos poner de manifiesto la lógica que lo orienta, que va de la nosología a la teoría de la angustia y su “afinidad” con el goce, al decir de Cottet.

Dicha lógica se explicita si tomamos en cuenta la relación que Freud establece, en la conferencia XXIV, entre las neurosis actuales y las psiconeurosis:

Un notable nexo existente entre los síntomas de las neurosis actuales y de las psiconeurosis nos brinda todavía una importante contribución al conocimiento de la formación de síntoma en estas últimas, a saber: el síntoma de la neurosis actual suele ser el núcleo y la etapa previa del síntoma psiconeurótico. Esa relación se observa de la manera más nítida entre la neurastenia y la neurosis de transferencia llamada «histeria de conversión», *entre la neurosis de angustia y la histeria de angustia*, pero también entre la hipocondría y las formas que después citaremos como parafrenia (*dementia praecox* y paranoia) (Freud, 1992p, p. 355, las cursivas son mías)

Freud explica que los efectos en el cuerpo de la excitación libidinosa, es decir, los signos de excitación sexual, son “aprovechados” por la psiconeurosis, y se vale de un símil tan logrado como célebre: tales excitaciones “[c]umplen entonces el papel de aquel grano de arena que el molusco ha envuelto con las capas de madreperla” (Freud, 1992p, p. 356).

Entonces, traduciendo esta lógica a los términos de Lacan, Freud sitúa, en el núcleo del síntoma, una partícula de goce fuera de sentido, a la que luego se le añade revestimiento y elaboración psíquica. Los tres momentos que deslindaremos en la teorización freudiana de las fobias, van de uno en el que el grado de elaboración psíquica es nulo o mínimo, mostrando del modo más nítido la afinidad de la angustia con el goce fuera de sentido en la neurosis de angustia, a otro en el que el inconsciente trabaja en pos de fijar ese goce atrapándolo en las redes del

significante, como se ve en la histeria de angustia, para arribar a un tercer momento en el que el estudio de las zoofobias pone de relieve la satisfacción pulsional que conlleva el síntoma. De modo paralelo, veremos cómo el esfuerzo por clasificar las fobias sigue los derroteros de su elucubración teórica acerca de la angustia.

2.2.1 La angustia, entre psíquica y fisiológica: las fobias de la neurosis de angustia

Los años 1894 y 1895 –cuando tuvo el sueño de la inyección de Irma– fueron prolíficos en publicaciones, las primeras que la periodización instaurada por James Strachey –editor de las *Obras completas* en colaboración con Anna Freud–, califica como “psicoanalíticas”. En ellas, las cuestiones nosológicas y la referencia a las fobias son una constante. Freud no se privó de intervenir en las discusiones de la época, en la que los clínicos pugnaban por describir y nombrar las enfermedades del alma. En consecuencia, tales disquisiciones están en la base de la invención del psicoanálisis, puesto que el joven neurólogo, imbuido de la lógica taxonómica y semiológica de la medicina, dio sus primeros pasos diferenciando unos síndromes de otros: las parálisis motrices orgánicas de las histéricas, en un artículo elaborado en 1893, tras su encuentro con Charcot; y la neurastenia, descrita por Beard, del cuadro que él acuña como “neurosis de angustia”, en un texto de 1895.

Como saldo de esas discusiones, Freud propone la distinción fundamental entre las “neuropsicosis de defensa” –que presenta en un texto homónimo, publicado en 1894– y las “neurosis actuales”, cuyo paradigma es, justamente, la neurosis de angustia. En sus palabras: “Yo he puesto de relieve que lo esencial para entender la neurosis de angustia es que en ella la angustia *no admite una derivación psíquica*” (Freud, 1992c, p.125, las cursivas son mías). Por lo tanto, la angustia es definida como “tensión sexual somática desviada de lo psíquico” (*Ibidem*). Freud habla incluso de la “naturaleza tóxica” (Freud, 1992i, p. 167) de estas neurosis, aludiendo así a su carácter excesivo y por fuera de las redes de la representación.

Tal como señala Roberto Mazzuca (2002) en una revisión sobre el tema, el eje de la distinción es el dualismo soma-psique, de raigambre cartesiana, sobre el que se funda el desarrollo de la medicina científica. Es que en 1895, si bien Freud ya contaba con la hipótesis de la sexualidad como factor etiológico de las neurosis, aún no había puesto a punto la teoría traumática ni contaba con la noción de sexualidad infantil. Así, en las notas para la traducción de un texto de Charcot, afirma sin ambages: “La causa más frecuente de la agorafobia, así como de la mayoría de las otras fobias, no reside en la herencia, sino en anormalidades de la vida sexual” (Freud, 1992a, p. 173). Pero esta es una sexualidad pre-psicoanalítica, con origen en los órganos sexuales, según la teoría elaborada con su amigo Fliess. Entonces, en esta etapa inicial, el sintagma “excitación sexual” hace referencia al proceso fisiológico, mientras que “libido” designa la sexualidad en términos psíquicos, es decir, aquella que ingresa en el circuito de la representación, y, por lo tanto, admite el mecanismo de sustitución. En resumidas cuentas, las neurosis actuales son aquellas que se originan cuando la satisfacción sexual somática se ve impedida porque la acción específica para obtenerla no se produce, es decir, por abstinencia, y allí la neurosis de angustia; o cuando se la obtiene defectuosamente mediante masturbaciones, poluciones o *coitus interruptus*, y allí la neurastenia. No obstante, el aspecto fundamental, aquello que las reúne como categoría, es la falta de elaboración psíquica que conduciría a la satisfacción, lo cual ocasiona un amplio cortejo de síntomas somáticos.

Del otro lado, “Las neuropsicosis de defensa” (1899), son aquellas en las que “[...] la defensa frente a la representación inconciliable acontecía mediante el divorcio entre ella y su afecto” (Freud, 1992c, p. 59), es decir, aquellas cuyo mecanismo tiene lugar a nivel de las representaciones que conforman el “aparato psíquico”, noción ya esbozada en su “Proyecto de psicología”, que también data de 1895.

En esta primera aproximación, Freud quiere destacar “[...] el mecanismo del transporte del afecto, demostrable en la gran mayoría de las fobias y representaciones obsesivas” (Freud, 1992c, p. 58). Sin embargo, no le es

posible zanjar la cuestión dejando las fobias del lado de las neuropsicosis de defensa, porque hay algunas que hacen objeción:

El grupo de las *fobias típicas*, de las cuales la agorafobia es el prototipo, no se deja reconducir al mecanismo psíquico desarrollado en el texto; al contrario, el mecanismo de la agorafobia diverge en un punto decisivo del mecanismo de las representaciones obsesivas genuinas y del de las fobias reducibles a éstas: *aquí no se encuentra ninguna representación reprimida* de la que se hubiera divorciado el afecto de angustia (*Ibidem*, las cursivas son mías).

Vemos que ya en los inicios Freud notaba la peculiaridad de las fobias relativas al espacio, ubicándolas en primera instancia fuera del alcance de la elaboración psíquica, y por ende dando cuenta de la incidencia de un goce rebelde al sentido, según podemos precisar con Lacan.

Por lo tanto, la complejidad del asunto radica en que si bien las fobias están en el centro de la distinción entre las neurosis de defensa y las actuales, no lo hacen a título de elemento diferenciador binario. Por el contrario, a esta altura de la elaboración freudiana, la fobia es un síntoma con dos etiologías, aunque con un aspecto común: la presencia masiva y persistente de angustia.

En un artículo publicado en *Ornicar?*, Danièle Silvestre señala que en los textos de 1894-1895 ya están presentes los elementos de una primera teoría de la angustia, con la siguiente paradoja: incluso cuando no proviene de un mecanismo psíquico, sino de la excitación sexual concebida en términos fisiológicos, la angustia actúa sobre el psiquismo. Pero lo hace de dos modos diferenciados, según admita o no el mecanismo de sustitución. Cuando ésta no es posible, se trata de la neurosis de angustia, cuya “síntoma nuclear” es la “expectativa angustiada”, que describe del siguiente modo: “Acaso pueda decirse que aquí está presente un *quantum de angustia libremente flotante*, que, en vista de la expectativa, gobierna la selección de las representaciones y está siempre pronto a conectarse con cualquier contenido de representación que le convenga” (Freud, 1992c, p. 94). Las manifestaciones o formas que cobra el apronte angustiado se presentan en una suerte de gradación. O bien toman la forma de un ataque, el cual puede presentarse como pura angustia

[...] sin ninguna representación asociada, o bien mezclarse con la interpretación más espontánea, como la aniquilación de la vida «caer fulminado por un síncope», la amenaza de volverse loco; o bien el sentimiento de angustia se contamina con una parestesia cualquiera; o, por último, se conecta con la sensación de angustia una perturbación de una o varias funciones corporales (*Ibidem*)

Entonces, en estas afecciones, la significación que cobra la angustia es mínima y cambiante, ya que está cerrada la vía que habilita el trabajo del inconsciente, lo cual explica la descarga en el cuerpo que provoca los síntomas.

Cabe añadir que la neurosis de angustia también puede manifestarse como *pavor nocturnus* o como vértigo. Por último, dice Freud: “Sobre la base del estado de angustia crónica (expectativa angustiada), por un lado, y de la inclinación a los ataques de angustia con vértigo, por el otro, se desarrollan *dos grupos de fobias típicas*, referidos, el primero, a las amenazas fisiológicas comunes, y el segundo a la locomoción” (Freud, 1992c, p. 96, las cursivas son mías). Tal como señala Strachey comentando estos textos, el problema se concentra en las “fobias típicas”, que permanecen como resto enigmático de este momento de la elaboración teórica freudiana, reunidas como clase por no responder al mecanismo de la sustitución. En resumidas cuentas, Freud se topó de entrada, en estas extrañas fobias, con lo indomeñable del goce, que, resistiéndose a la elaboración psíquica tiene por saldo un alto grado de angustia, aún cuando se logre darle alguna representación:

[...] las fobias tienen una ensambladura más complicada que los ataques de angustia simplemente somáticos, porque en ellas la angustia se enlaza con un contenido de representación o de percepción, y el despertar de ese contenido psíquico es la condición capital para que aflore la angustia (Freud, 1992c, p. 133)

Por lo demás, añade, es frecuente que la sustitución se agregue a la fobia con posterioridad (*nachträglich*). En definitiva, y como él mismo asevera, a esta altura de la teoría, el mecanismo de las fobias presenta más de un punto oscuro.

2.2.2 La angustia, efecto de la represión: las fobias de la histeria de angustia

La posición de Freud acerca las fobias en este segundo momento de su elaboración teórica está bien condensada en una de las “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, la n° XXV, dedicada a la angustia. Allí reformula la distinción capital: de un lado, la angustia como estado general, “angustia expectante” o “libremente flotante”, es decir, una angustia pronta a prenderse de cualquier representación pasajera, que es la propia de la “neurosis de angustia”; del otro lado, “[u]na segunda forma de la angustia, a diferencia de la que acabamos de describir, está más bien psíquicamente ligada y anudada a ciertos objetos o situaciones. Es la angustia de las «fobias», *de enorme diversidad y a menudo muy extrañas*” (Freud, 1992p p. 362, las cursivas son mías). Prosigue entonces haciendo referencia al trabajo del psicólogo norteamericano G. Stanley Hall, su anfitrión en la Clark University, quien acababa de publicar una extensa clasificación con “lujosos rótulos procedentes del griego” (Freud, 1992p, p. 363), utilizados para listar las fobias según los objetos más dispares. Y a renglón seguido prosigue, con marcada ironía:

Eso suena como la cuenta de las diez plagas de Egipto, sólo que su número rebasa con mucho la decena. Escuchen ustedes todo lo que puede ser objeto o contenido de una fobia: la oscuridad, el aire libre, lugares abiertos, gatos, arañas, orugas, serpientes, ratones, tormentas, puntas aguzadas, sangre, espacios cerrados, multitudes, la soledad, el paso de puentes, los viajes por mar y por ferrocarril, etc. (*Ibidem*)

Entonces, frente al absurdo de la enumeración, Freud arriesga una clasificación austera, que distingue tres tipos: 1) objetos y situaciones que representan un peligro para los humanos en general, es decir, ciertos temores atávicos, como el que Charles Darwin describe hacia la serpiente, dice Freud, sacando a relucir el evolucionismo, propio de la episteme de su época; 2) un segundo grupo es el de las “fobias situacionales”, referidas a ocasiones en las que, si bien hay peligro potencial, como es el caso de los medios de transporte, los puentes, las multitudes, los espacios cerrados, o las tormentas, solemos minimizar dicho peligro y, por ende, el miedo de los fóbicos resulta entendible, aunque exagerado en su fuerza; 3) en cambio, las fobias del tercer grupo,

[...] ya están por completo fuera de nuestra comprensión. Cuando la angustia impide a un hombre fuerte, adulto, atravesar una calle o una plaza de su ciudad natal, tan familiar para él; cuando una mujer sana y bien desarrollada cae presa de incomprensible angustia porque un gato roza el ruedo de su vestido o una laucha atravesó corriendo la habitación, ¿cómo estableceríamos el nexo con el peligro que evidentemente existe para el fóbico? (Freud, 1992p, p. 364)

Destaquemos que entre los miedos incomprensibles del tercer grupo, Freud aúna por primera vez la dupla a la que finalmente se reduce su clasificación de las fobias: zoofobias y agorafobias. Pero ¿qué es lo que lo ha conducido desde la clasificación efectuada a propósito de las neurosis de angustia, a esta otra, en la que las “fobias típicas” brillan por su ausencia? La clave está unos renglones más adelante, donde afirma: “Debo agregar que incluimos todas estas fobias en la *histeria de angustia*, vale decir, las consideramos como una afección muy próxima a la conocida histeria de conversión” (Freud, 1992p, p. 365). Es decir que, entretanto, Freud ha acuñado una nueva entidad nosológica, correlativa de una nueva fase de su teoría de la angustia.

Procuremos seguirlo en su derrotero, situando los pasos principales. En 1905, publica uno de los textos fundacionales del psicoanálisis, que vino a despertar gran polémica por introducir su tesis sobre la sexualidad infantil, “Tres ensayos de teoría sexual”. A propósito de la neurosis en la infancia, en el capítulo titulado “El hallazgo de objeto”, Freud se refiere a la angustia en los niños y desestima los relatos “espantaniños” como su causa:

Sólo los niños que tienden al estado de angustia recogen tales relatos, que en otros no harán mella; en esto el niño se porta como el adulto: *tan pronto como no puede satisfacer su libido, la muda en angustia*; y a la inversa, el adulto, cuando se ha vuelto neurótico por una libido insatisfecha, se porta en su angustia como un niño: empezará a tener miedo apenas quede solo (vale decir, sin una persona de cuyo amor crea estar seguro) y a querer apaciguar su angustia con las medidas más pueriles (Freud, 1992g, p. 204, las cursivas son mías)

La cita condensa la segunda teoría de la angustia de Freud, que la concibe como una transmutación de la libido por efecto de la represión, y cuya versión más acabada desplegará en los textos metapsicológicos, según comentaremos enseguida.

Pero antes de arribar allí, el segundo paso fundamental, fue la “observación sobre el desarrollo y la solución de una fobia en un varoncito que aún no había cumplido cinco años” (Freud, 1992j, p. 84), de nombre Herbert Graf, más conocido como el pequeño Hans, o simplemente, Juanito. Como es harto conocido y se explica al inicio del historial, fue el padre del niño, que frecuentaba el incipiente ambiente psicoanalítico de Viena, quien llevó adelante el tratamiento, en correspondencia constante y siguiendo las indicaciones de Freud, razón por la cual éste se refiere al caso como “observación” –término que luego retomará Lacan, dicho sea de paso–.

El saldo más notable de la observación de Juanito en términos teórico-nosológicos, es la invención de la “histeria de angustia”, que engloba, en adelante, aquellas fobias que en la partición original ponía bajo el rótulo de neurosis de defensa, que en esta segunda etapa denomina psiconeurosis. Dice Freud:

Para fobias como la de nuestro pequeño paciente, sin duda el tipo más común, no considero inadecuada la designación «histeria de angustia»; [...] Ella se justifica por el pleno acuerdo entre el mecanismo psíquico de estas fobias y el de la histeria, salvo en un punto, pero un punto decisivo y apto para establecer la separación. Y es este: la libido desprendida del material patógeno en virtud de la represión no es *convertida*, no es aplicada, saliendo de lo anímico, en una inervación corporal, sino que se libera como angustia (Freud, 1992j, p. 94)

Así, esa nueva entidad clínica tiene por rasgo patognomónico la transmutación de la libido en angustia, de modo que las fobias persisten como una figura en está guarda gran proximidad con el goce.

Antes de describir cómo ha de entenderse el “mecanismo psíquico” al que alude en la cita, conviene realizar una breve digresión acerca de la noción que habilita el pasaje de una teoría de la angustia a la otra. Si antes Freud sostenía una concepción fisiológica o tóxica de la excitación sexual, como resabio del dualismo cartesiano que subyace a la clínica médica, con la definición de pulsión– presente desde “Tres ensayos de teoría sexual”– lo subvierte por completo. En “Pulsiones y destinos de pulsión” la define en estos términos:

[...] la «pulsión» nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante *{Repräsentant}* psíquico, de los

estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (Freud, 1992n, p. 117)

Esta noción “fronteriza” es lo que, en este segundo momento, le permite concebir la angustia, con su cortejo de síntomas somáticos, como el destino privilegiado de la moción de afecto, que es una de las dos partes constitutivas de la pulsión, junto al representante.

Por otra parte, hay que destacar que la nueva entidad, tampoco despeja la ubicación nosológica de las fobias. Freud no vacila en afirmar que las histerias de angustia son las más frecuentes de las psiconeurosis, y también, que son las que más temprano se presentan, puesto que son, directamente “las neurosis de la época infantil” (Freud, 1992j, p. 95).

Por otra parte, el historial de Juanito, le permite redefinir la fobia: se trata del “[...] miedo, *totalmente especializado*, de que un caballo blanco lo morderá. Llamamos «fobia» a un estado patológico como este” (Freud, 1992j, p. 94, las cursivas son mías). Entonces, la especificidad radica en el uso particularísimo de un objeto como “aquello en lo cual se ha fijado la libido devenida angustia” (*Ibidem*).

En cuanto al mecanismo psíquico, es necesario considerar brevemente lo desarrollado en los textos metapsicológicos: “La represión” y “Lo inconsciente”, ambos de 1915.

En el primer artículo, tras describir la represión en términos metapsicológicos, distinguiendo entre primaria y secundaria, procura mostrar cómo funciona en cada una de las psiconeurosis: histeria de conversión, neurosis obsesiva e histeria de angustia. “De la *histeria de angustia* escogeré el ejemplo, bien analizado, de una fobia a los animales” (Freud, 1992n, p. 150), prosigue Freud. Señalemos que, entretanto, había emprendido el análisis de un joven ruso llamado Serguei Kostantinovitch Pankejeff. Tras relatar el famoso sueño de los lobos que le miran desde el árbol, el paciente recuerda que de niño tenía miedo de estos animales, aunque sólo les conociera por un libro de cuentos. En este caso, la moción pulsional a reprimir, señala Freud, es “[...] una actitud libidinosa hacia el padre, apareada con la angustia frente a él” (*Ibidem*), es decir, lo que luego llamará complejo paterno. Frente a esa

moción pulsional la represión opera –y este es le *quid* de su funcionamiento– separando la representación del afecto. En la historia de angustia, la primera es expulsada de la conciencia, es decir que “[...] el padre no se presenta en ella como objeto de la libido” (*Ibidem*), sino que es *sustituido* por un animal. El mecanismo en juego se remonta a la interpretación de los sueños, y es propio del sistema Inconsciente (*Icc*) – para usar la notación freudiana–: “La formación sustitutiva de la parte constituida por la representación [en el representante de pulsión] se ha establecido por la vía del *desplazamiento* a lo largo de una trabazón regida por cierto determinismo” (*Ibidem*).

En cuanto al “factor cuantitativo” o montante de afecto, se ha traspuesto en angustia. El resultado es la angustia frente al lobo, que viene al lugar del requerimiento de amor al padre. Es decir que la represión logró sustituir una representación por otra, pero resulta un fracaso en términos de ahorro de displacer, ya que tiene la angustia como saldo. Por esa razón, “el trabajo de la neurosis no descansa” (*Ibidem*), y la fobia es, en sentido estricto, lo que se produce en un segundo tiempo, a saber, “una cantidad de evitaciones destinadas a excluir el desprendimiento de angustia” (*Ibidem*).

En “Lo inconsciente”, Freud afina la descripción del mecanismo psíquico y acentúa la distinción entre la historia de angustia y su ulterior desarrollo como fobia, al punto que casi podrían considerarse dos categorías distintas, pese a lo cual insiste en situarlas como dos fases del proceso defensivo. Explica entonces que hay un momento inicial en el que la angustia surge sin que se sepa por qué, dado que hay una moción de amor a la que se le retira la investidura preconsciente (*prcc*) a título de huida, mientras que su investidura inconsciente se descarga como angustia. El siguiente paso consiste en que la investidura *prcc* se adosa a una representación sustitutiva, que si bien guarda asociación con la rechazada, mantiene una distancia tal que permite racionalizar la angustia.

La segunda fase del proceso tiene lugar cuando la representación sustitutiva produce por sí misma el desarrollo de angustia, y, por ende,

el trabajo represivo debe ir más lejos, alcanzando a todo el entorno asociado a aquella, conformando una suerte de parapeto, cuya función es dar lugar a “[...] un pequeño desarrollo de angustia que ahora es aprovechado como señal a fin de inhibir el ulterior avance de este último mediante una renovada huida de la investidura [*prcc*]” (Freud, 1992n, p. 179). Señalemos al pasar que en estas líneas Freud se anticipa a sí mismo, y a lo que más tarde llamará “angustia señal”. Pero lo fundamental es lo que explica a continuación:

Estas precauciones sólo protegen, desde luego, contra excitaciones que apuntan a la representación sustitutiva desde fuera, por la percepción, pero jamás contra la moción pulsional que alcanza a la percepción sustitutiva desde su conexión con la representación reprimida [...] A raíz de cada acrecimiento de la moción pulsional, la muralla protectora que rodea a la representación sustitutiva debe ser trasladada un tramo más allá. El conjunto de esa construcción, establecida de manera análoga en las otras neurosis, lleva el nombre de *fobia* (Freud, 1992n, p.180)

El resultado final es que ya no sólo la representación sustitutiva, sino todo el parapeto fóbico se vuelve susceptible de la influencia del sistema *Icc*, pero con una ganancia a cuenta del mecanismo de defensa: “[...] se ha conseguido proyectar hacia fuera el peligro pulsional” (*Ibidem*). Así, en otro de los artículos metapsicológicos, titulado “Complemento metapsicológico a la teoría de los sueños”, Freud arriba a esta definición canónica: la fobia es “[...] un intento de huida frente a un peligro exterior constituido en remplazo de un reclamo pulsional interior” (Freud, 1992n, p. 223).

En conclusión, como saldo de la segunda teoría de la angustia, pero sobre todo, de su esfuerzo por dar cuenta de los fenómenos en términos metapsicológicos, Freud describe una nueva entidad clínica, la histeria de angustia, y da una primera explicación de aquellos miedos que califica de inexpresibles en la conferencia XXV: el objeto fóbico, así como todo el parapeto que se monta a su alrededor, están bajo el influjo de la moción pulsional devenida inconsciente, y es ella la que en primera instancia se percibe como peligro, para luego ser proyectado, defensa mediante, sobre un objeto “especializado”, es decir, aquel que guarda asociación con la representación reprimida. Destaquemos, además, que con el término

“proyección”, Freud da cuenta de la construcción de un objeto fuera de cuerpo, que sirve para localizar el goce camuflado como angustia.

Por lo demás, añade, las fobias de la histeria de angustia se cuentan entre las psiconeurosis accesibles al tratamiento analítico, según la siguiente comparación: “El contenido de una fobia tiene para ésta más o menos la misma importancia que posee para el sueño su fachada manifiesta” (Freud, 1992p, p. 374).

Retomando el hilo de la cuestión nosológica, es necesario señalar que esta elaboración teórica está basada en una clínica, que es la de las zoofobias, con Juanito y el Hombre de los Lobos como casos prínceps. Cabe interrogar, entonces, si lo antepuesto resulta extrapolable para la otra variedad de la bipartición freudiana. Freud no se expide de modo explícito, y en este periodo solo realiza una mención a la agorafobia, a propósito de una joven obsesiva, cuyo ritual de dormir analiza en detalle en la conferencia XVII. Del síntoma agorafóbico, sólo se pronuncia a título general:

Los enfermos que sufren de agorafobia (topofobia, angustia frente al espacio) —a la que ya no consideramos una neurosis obsesiva, sino que la designamos como histeria de angustia— repiten a menudo en sus cuadros clínicos, con fatigante monotonía, los mismos rasgos; sienten miedo a los espacios cerrados, a las plazas a cielo abierto, a las largas calles y avenidas. Se creen protegidos si los acompaña gente conocida o los sigue un coche, etc. Sobre este trasfondo de un mismo tenor, empero, los enfermos singulares engastan sus condiciones individuales, sus caprichos, podría decirse, que en los diversos casos se contradicen directamente unos a otros. A uno le horrorizan sólo las calles estrechas, a otro sólo las amplias; uno solamente puede andar cuando en la calle hay pocas personas, el otro, cuando hay muchas (Freud, 1992o, p. 247).

De esta larga cita podemos deducir que Freud no considera que haya demasiada distancia entre éstas y las zoofobias. La agorafobia y demás fobias de locomoción también quedan subsumidas bajo la categoría de “histeria de angustia”, y para ambos tipos el objeto fóbico responde a unas “condiciones individuales” o “caprichos”, que habrán de elucidarse caso por caso. No obstante, resta la peculiaridad del espacio como objeto, y la figura del acompañante, cuyo estatuto y función persisten como interrogante.

2.2.3 La angustia de castración, motor de la represión: las zoofobias de Juanito y el Hombre de los Lobos

En el tercer tramo de la obra freudiana, la dirección de la relación entre fobias y angustia se invierte: si hasta aquí la elucidación teórica de la segunda le permitió reordenar la clasificación de las fobias, de la primera a la segunda nosología, ahora será la clínica de las fobias, en particular la del Hombre de los Lobos, lo que permitirá reformular la teoría de la angustia, poniendo la castración en el centro y complejizando la concepción del síntoma neurótico.

“Inhibición, síntoma y angustia”, publicado en 1926, es el título del artículo extenso y trabajoso en el que lleva a cabo la proeza. Entre los múltiples vaivenes del texto, se recorta un párrafo que condensa el meollo del asunto:

El afecto-angustia de la fobia, que constituye la esencia de esta última, no proviene del proceso represivo, de las investiduras libidinosas de las mociones reprimidas, sino de lo represor mismo; la angustia de la zoofobia es la angustia de castración inmutada, vale decir, una angustia realista, angustia frente a un peligro que amenaza efectivamente o es considerado real. Aquí la angustia crea a la represión y no —como yo opinaba antes— la represión a la angustia (Freud, 1992t, p. 104)

Puesto que la cita es densa, conviene desglosarla. Lo primero a resaltar es que Freud pone la angustia, y no el miedo, como el afecto privilegiado de la fobia. Por mucho que el objeto fóbico se erija como defensa, la angustia no se deja domeñar. En segundo término, Freud da una nueva versión, y ésta es la estación final de su recorrido, acerca del “peligro”, incomprensible a primera vista, que amedrenta al sujeto fóbico: la angustia es ante la castración, considerada como amenaza efectiva. En tercer lugar, la total inversión en la concepción de la angustia es formulada sin ambages: ella no proviene, como sostuvo hasta aquí, de la trasmutación de las mociones libidinales reprimidas, sino que es el motor mismo del proceso represivo.

¿Qué hizo posible semejante cambio de perspectiva? ¿Cómo es que la noción de castración pasó a ocupar este lugar nodular? Ante todo, entre los textos metapsicológicos e “Inhibición síntoma y angustia” lo que hay es el doble vuelco de la teoría freudiana: reformulación del dualismo

pulsional en “Más allá del principio del placer” (1920) y pasaje de la primera a la segunda tópica en “El yo y el ello” (1923). De modo que la revisión de la teoría de la angustia viene a completar el nuevo panorama teórico que Freud forja en la década del ‘20.

En lo que compete a la conceptualización de la fobia, lo que impulsa su revisión e introduce elementos que la renuevan y complejizan, es el análisis del Hombre de los Lobos, del cual Freud extrajo dos enseñanzas capitales:

En primer lugar, la siguiente tesis, formulada en el historial: “Puede decirse que la angustia que interviene en la formación de estas fobias es angustia ante la castración” (Freud, 1992q, p. 103). “Inhibición, síntoma y angustia” será el texto en el que desarrolle a fondo las consecuencias para la teoría de la angustia, las fobias, y la neurosis en general.

Por un lado, tal como anticipamos, lo que tiene lugar es una complejización del síntoma fóbico, y, allende, del síntoma en cuanto tal. Poniendo el acento sobre su condición de satisfacción pulsional, dice J.-A Miller: “[...] en "Inhibición, síntoma y angustia" [Freud] constata precisamente –digámoslo simplemente– lo que persiste, lo que insiste del síntoma, más allá del desciframiento” (Miller, 2008, p. 67), es decir, más allá del esfuerzo de la histeria de angustia por significantizar el goce. De suerte que en este texto el síntoma pasa de la condición de formación del inconsciente –en serie con el sueño, el lapsus, el acto fallido y el chiste– a la de satisfacción sustitutiva, y se ubica en una nueva serie, junto a la angustia y la inhibición.

Por otro lado, y en cuanto a la teoría de la angustia, el cambio es doble. Ante todo, ésta se vuelve causa en vez de efecto de la represión. Pero además, también intenta responder a la pregunta por el origen de la angustia, con el fin de hacer inteligible el lugar central y preponderante que adquiere la castración. Así, Freud se ve llegado a distinguir entre dos tipos de angustia: la “angustia automática”, que se manifiesta ante una situación traumática, y que consiste en una vivencia de desvalimiento del yo frente a una acumulación de excitación, sea de origen externo o interno, que no logra tramitar; y la “angustia señal,” de la cual se sirve el

yo para iniciar el proceso represivo ante un “peligro”, el cual, una vez alcanzada la fase fálica, se significa siempre como castración, y que además tiene el poder de re-significar las amenazas de los estadios previos del desarrollo psicosexual, según lo entiende Freud. En definitiva, como plantea D. Silvestre, Freud “[...] establece que el verdadero objeto de la angustia es la angustia de castración y no todos esos objetos de los que la psiquiatría había sabido hacer listas imponentes” (Silvestre, 1980, p. 113).

En segundo término, el caso del aristócrata ruso trajo aparejada otra reformulación capital, la del complejo de Edipo –para el caso del varoncito–, que además de la versión “positiva” de odio al padre, también contempla la versión “negativa” o “invertida”, es decir, la moción amorosa, que se traduce en una actitud pasiva ante él. En palabras de Freud:

No cabe duda de que la moción pulsional reprimida en estas fobias es una moción hostil hacia el padre (...) una agresión de esa índole arraiga en la fase libidinal sádica, sólo le hace falta todavía cierta degradación al estadio oral, que en Hans es indicada por el ser-mordido y en mi paciente ruso, en cambio, se escenifica flagrantemente en el ser-devorado. Pero, aparte de ello, el análisis permite comprobar con certeza indubitable que simultáneamente ha sucumbido a la represión otra moción pulsional, de sentido contrario: una moción pasiva tierna respecto del padre, que ya había alcanzado el nivel de la organización libidinal genital (fálica) (Freud, 1992t, p. 101-102)

Munido de este renovado bagaje teórico, vuelve sobre los tipos de fobias, retomando su bipartición, aunque siempre de modo desparejo por así decirlo. De unas dirá: “La angustia de las zoofobias es, entonces, una reacción afectiva del yo frente al peligro; y el peligro frente al cual se emite la señal es el de la castración” (Freud, 1992t, p. 120). Agreguemos que esta variedad de la fobia, con los casos de Hans y el Hombre de los Lobos, provee el paradigma de la función de la angustia en las neurosis. Mientras que, del otro lado, “[...] la angustia de la agorafobia, *estudiada con menor profundidad*, parece ser angustia de tentación, que genéticamente ha de entramarse sin duda con la angustia de castración” (Freud, 1992t, p. 104, las cursivas son mías). Dando un paso más, Freud no vacila en hacer extensiva la hipótesis:

La mayoría de las fobias, hasta donde podemos abarcarlas hoy, se remontan a una angustia del yo, como la indicada, frente a exigencias de la libido. En ellas, la actitud angustiada del yo es siempre lo primario, y es la impulsión para la represión. La angustia nunca proviene de la libido reprimida (*Ibidem*)

Pero la mayoría no son todas, y es que hay algunas que no encajan. Freud se refiere a “las enigmáticas fobias de la primera infancia” (Freud, 1992t, p. 129) y enumera la soledad, la oscuridad y los extraños, que son lo que resta de las viejas “fobias típicas”, una vez que la agorafobia y las fobias de locomoción han sido ubicadas entre las histerias de angustia. Lo primero que señala es su desacuerdo con la tesis de Otto Rank: “Me veo precisado a concluir que las fobias más tempranas de la infancia no admiten una reconducción directa a la impresión del acto del nacimiento, y que hasta ahora se han sustraído de toda explicación” (Freud, 1992t, p. 130). Finalmente, las pone a cuenta de la angustia ante la pérdida de objeto, y concluye que ambas variedades de angustia, como fenómeno automático y como señal de socorro, son “[...] producto del desvalimiento psíquico del lactante, que es el obvio correspondiente de su desvalimiento biológico” (*Ibidem*).

En definitiva, la fobia es una respuesta defensiva ante el desamparo, posición que retomará en “Moisés y la religión monoteísta”, cuando la ubique como respuesta al trauma.

2.3 Usos y destinos de la fobia: casuística y clínica freudiana

Concluidas las disquisiciones teóricas y nosológicas, en este apartado abordaremos la clínica freudiana de las fobias, procurando extraer sus principales enseñanzas, en términos de usos y destinos.

Anticipemos que el recorrido dibuja una bipartición clínica interesante: de un lado las fobias en las que la fantasía estaría en primer plano, y el objeto es menos “especializado” y más “espacializado”, por así decirlo; del

otro lado, las zoofobias, en las que el objeto adquiere valor central y está sobredeterminado, al igual que el contenido manifiesto del sueño, según Freud. En términos de Lacan, podríamos añadir que mientras una remite, al menos en primera instancia, a una significación en tanto que sentido gozado, la otra hace brillar el cristal significante.

2.3.1 Clínica de la agorafobia: fantasma, tentación y masoquismo femenino

La fobia entró en el psicoanálisis bajo la figura de la agorafobia, y este hecho contrasta notablemente con la escueta casuística y las breves notas teóricas que Freud le dedica a largo de su extensa obra. No obstante, esta figura clínica atraviesa su recorrido, partiendo del estatuto de síntoma frecuente de las neurosis de angustia, y por lo tanto, sin “mecanismo psíquico”, para llegar a ubicarse como histeria de angustia, a igual título que las zoofobias. Los aportes de Freud a su elucidación contemplan aspectos teóricos-clínicos, con breves viñetas y una indicación técnica.

El punto principal es el papel de la fantasía como soporte del síntoma, aunque también tomará nota del goce en juego, primero a cuenta del “placer del movimiento” que la agorafobia vendría a limitar, luego como la “tentación” del empuje pulsional. Finalmente, Freud apunta al goce por la vía del masoquismo, en un hápax destacable.

En la carta 113 –del 17 de diciembre de 1896– introduce lo que será el rasgo fundamental de su teorización sobre la agorafobia:

Tengo al mismo tiempo toda clase de bellos esclarecimientos en mi campo. Así, he confirmado una conjetura que alimentaba desde hacía tiempo sobre el mecanismo de la agorafobia en mujeres. Adivinas bien si piensas en mujeres «públicas». Es la represión del designio de levantar por la calle al primero que pase: envidia de prostitución e identificación (Freud, 1986, p. 230)

Subrayemos de la cita la articulación entre fantasía e identificación como soporte del síntoma, y la intuición freudiana de que las presentaciones clínicas podrían variar en función de la posición sexuada. En la misma línea, un pasaje del Manuscrito M, en el que además se aventura a

contemplar aspectos sociales, cuando afirma que, la “angustia de prostitución” y el miedo al hombre escondido bajo la cama, remiten a una identificación con la empleada doméstica, concluyendo que “[h]ay una justicia trágica en que el descenso del amo de la casa hasta la muchacha de servicio tenga que ser expiado por la autodenigración de la hija” (Freud, 1992a, p. 290. Aquí resalta la noción de “autodenigración,” que insinúa la injerencia del superyó entre los componentes del síntoma agorafóbico.

De modo que, como señala D. Silvestre, estamos ante el momento inaugural del fantasma, es decir, aquel anunciado en la n° 69 de las cartas a Fliess– del 21 de diciembre de 1897–, cuando dice que no cree más en su “neurótica”, a saber, la teoría del trauma como hecho efectivo. Unos meses antes, en mayo del mismo año, redactaba lo que se conoce como Manuscrito M, en el que se ocupa del papel de la fantasía: “Las fantasías se generan por una conjunción inconsciente de vivencias y de cosas oídas, con arreglo a ciertas tendencias” (Freud, 1992a, p. 293). Y pocos renglones después, la frase a destacar: “Todos los síntomas de angustia (fobias) están derivados así de unas fantasías” (Freud, 1992a, p. 294). Podría pasar por un detalle, pero el giro es radical, puesto que por esta vía la fobia sale del dominio exclusivo de las neurosis actuales y se vuelve accesible al psicoanálisis. Es decir, que encuentra su estatuto en el campo analítico a través del fantasma, ante todo la novela familiar, de la cual derivaría la fantasía de prostitución:

Por lo general está ahí presente una novela de enajenación; sirve para ilegitimar a los que se llaman parientes. La agorafobia parece depender de una novela de prostitución, que a su vez se remonta a esa novela familiar. Una señora que no puede andar sola asevera con ello la infidelidad de la madre (Freud, 1992a, p. 294).

De este modo Freud nos pone sobre la pista de la relación entre el síntoma agorafóbico y lo femenino (en la madre), siendo “prostitución” e “infidelidad” los significantes que intentan nombrar ese goce inefable. Luego, a propósito de Dora, cuando analiza el segundo sueño, Freud retoma la relación entre las fobias de la locomoción y una fantasía de índole sexual, pero esta vez por la vía del significante, y como fundamento

de otra topofobia: “La *Bahnhof* [estación ferroviaria] sirve por lo demás al «*Verkehr*» [tráfico; también, comercio sexual]. Es el revestimiento psíquico de muchas fobias al ferrocarril” (Freud, 1992g, p 87). También la fobia de Juanito está “bajo el signo del tráfico [*Verkehr*]”, dice Freud, y consecuentemente avanza desde el caballo que tira del carro, hasta el ferrocarril: “Así, con el tiempo, a toda fobia a andar por la calle se le asocia la angustia al ferrocarril” (Freud, 1992j, p. 70), y cabe hacerlo extensivo a otros medios de transporte.

Como se ve en lo antepuesto, la casuística freudiana de las fobias relativas al espacio está conformada por viñetas muy breves o menciones puntuales. Es lo que sucede con la famosa Emma, conocida por el *proton pseudos* del “Proyecto de psicología”. En efecto, esta joven histérica no puede salir *sola* para ir de compras: “Que no es mera protección lo que necesita se infiere de que, *como en una agorafobia*, basta que la acompañe un niño para sentirse segura” (Freud, 1992b, p.400, las cursivas son mías). Lo que el análisis desentraña es una escena en la que siendo niña fue *por dos veces* a una tienda donde el pastelero le pellizcó los genitales a través del vestido. La clave está en las *dos veces*, puesto que dan la pista de la satisfacción experimentada, contra la cual se erige la defensa. No salir sola a la tienda es un intento de evitar la repetición de la satisfacción. Por lo tanto, el núcleo del síntoma de Emma es fóbico²⁰ según lo describe Freud: “La fobia puede compararse a un atrincheramiento contra el peligro externo que subroga ahora a la libido temida. La debilidad del sistema protector en el caso de las fobias reside desde luego, en que la fortaleza tan afianzada hacia afuera sigue siendo vulnerable desde adentro” (Freud, 1992p, p. 374). Para decirlo con el último Lacan, lo que sucede en la fobia es que el sujeto está amedrentado por su goce.

¿Pero de qué goce se trata? Sobre este punto Freud ofrece una hipótesis en una nota agregada en 1910 a “Tres ensayos de teoría sexual”, donde

²⁰ También Lacan se refiere Emma en estos términos, en el *Seminario 7*, dice: “Se trata de una mujer que tiene una fobia a entrar sola en las tiendas, donde teme que se burlen de ella a causa de su vestimenta” (Lacan, 2007a, p. 92).

asevera que “[e]l análisis de casos de perturbación neurótico de la marcha y de agorafobia no deja dudas sobre la naturaleza sexual del placer del movimiento” (Freud, 1992g, p. 175). Entonces, el síntoma agorafóbico actuaría imponiéndole una inhibición al movimiento, so pena de sufrir un estallido de angustia. Añade que la educación moderna se sirve del deporte para sustituir el goce sexual por el placer del movimiento. Luego, en el historial de Hans, la misma noción queda referida a la relación del niño con la madre, en clave edípica:

Propósito y contenido de la fobia es una vasta limitación de la libertad de movimientos; ella es, pues, una potente reacción contra oscuros impulsos motores que, en particular, querían volverse contra la madre. El caballo fue siempre para el niño el modelo del placer de movimiento («Soy un potrillo», dice Hans en tanto da brincos), pero como este placer de movimiento incluye el impulso al coito, la neurosis lo limita (Freud, 1992j, p. 111).

Más tarde, en “Inhibición, síntoma y angustia” la relación entre síntoma y goce es formulada con mayor claridad: “El agorafóbico impone una limitación a su yo para sustraerse de un peligro pulsional. Este último es la *tentación* de ceder a sus concupiscencias eróticas, lo que le haría convocar, como en la infancia, el peligro de la castración o uno análogo” (Freud, 1992t, p. 120, las cursivas son mías). Ejemplifica esta aseveración muy brevemente, refiriéndose a un joven que se volvió agorafóbico porque temía ceder a los atractivos de prostitutas y contraer sífilis. Entonces, “tentación” es el significante que nombra el empuje pulsional. Lo destacable de este pasaje es que el hecho de ubicar la angustia de castración como el peligro que desencadena el proceso defensivo, no impide que Freud hable de “peligro pulsional”, es decir, del valor traumático del goce en cuanto tal. Sobre este punto enigmático Lacan ofrecerá una explicación –muchos años más tarde, en “La tercera”–, cuando señale que es traumático lo que “revienta la pantalla” del imaginario corporal.

En cuanto a Freud, en una nota a pie del mismo texto, señala que frecuentemente, incluso cuando hay una situación de peligro apreciada correctamente como tal, a ello se le añade una “angustia pulsional”. La

expresión es llamativa en su adjetivación, y más aún por la explicación que le sigue:

La exigencia pulsional ante cuya satisfacción el yo retrocede aterrado sería entonces la masoquista, la pulsión de destrucción vuelta hacia la persona propia. Quizás este añadido explique el caso en que la reacción de angustia resulta desmedida e inadecuada al fin. Las fobias a la altura (ventana, torre, abismo) podrían tener ese mismo origen; su secreta significatividad femenina se aproxima al masoquismo (Freud, 1992t, p. 157)

Así, de sopetón y sin explayarse demasiado, Freud traza una relación entre ciertas topofobias y la feminidad, engarzándolas con el masoquismo. Se trata de fobias en las que el espacio cobra muy nítidamente su dimensión de vacío, y de las cuales ya había establecido el nexos con la feminidad, en “Sueño y telepatía” (1922). A propósito de un sueño de angustia, tras el cual el soñante se cae de la cama, señala que se trata de una “figuración novedosa del parto”, y enseguida agrega: “La exploración analítica de las fobias a la altura, de la angustia frente al impulso de precipitarse por la ventana, les ha brindado sin duda a todos ustedes idéntico resultado” (Freud, 1992r, p. 205). Entonces, lo remarcable de la cita de “Inhibición, síntoma y angustia”, es la articulación de estas fobias de “secreta significatividad femenina” con una “angustia pulsional” cuya raigambre sería masoquista, tema a cuyo “problema económico” Freud había dedicado un artículo en 1924.

¿A cuál de las variedades de masoquismo se refiere? Se estaría tentando de afirmar, sin dilación, que se trata del masoquismo femenino, y, en efecto, Freud dice que el estudio de las fantasías masoquistas –que para nada son, y hay que subrayarlo, exclusivas de las mujeres– revela que la persona se pone en una situación característica de la feminidad, como son ser castrado, poseído o parir. Añade, además, otro elemento que resulta interesante por su articulación con la fobia, que es el factor infantil. Habría entonces una “estratificación superpuesta de lo infantil y lo femenino” (Freud, 1992r, p. 168) en estas fantasías, que conjugan la angustia de castración y la culpa por el onanismo.

Pero sucede que esta clase de masoquismo es un revestimiento del masoquismo erógeno, es decir, el placer de recibir dolor, cuyo misterioso origen Freud explica como un “domeñamiento de la pulsión de muerte

por parte de la libido” (Freud, 1992r, p. 169), o mejor incluso, como un resto de la expulsión de dicha pulsión fuera del organismo: “[...] en el interior permanece, como su residuo, el genuino masoquismo erógeno, que por una parte ha devenido un componente de la libido, *pero por la otra sigue teniendo como objeto al ser propio*” (Freud, 1992r, p. 70, la cursivas son mías). De modo que el destino de la pulsión que Freud denominó “vuelta sobre sí mismo” supone el desvalimiento del sujeto frente al propio goce, de allí su valor traumático. Avanzando un paso más, plantea que el masoquismo erógeno, dado su carácter primario, sigue los avatares de la libido en todas las fases de su desarrollo, y así va tomando diversos “revestimientos psíquicos”:

La angustia de ser devorado por el animal totémico (padre) proviene de la organización oral, primitiva; el deseo de ser golpeado por el padre, de la fase sádico-anal, que sigue a aquella; la castración, si bien desmentida más tarde, interviene en el contenido de las fantasías masoquistas como sedimento del estadio fálico de organización; y, desde luego, las situaciones de ser poseído sexualmente y de parir, características de la feminidad, derivan de la organización genital definitiva (Freud, 1992r, pp. 170-171).

Entonces, el masoquismo femenino es uno de los “revestimientos psíquicos” que cobra el masoquismo erógeno, al cual, en términos de Lacan, podemos situar como goce fuera de sentido, que suscita la “angustia pulsional”, y al que se le añaden, *a posteriori*, diversas significaciones fantasmáticas. Por lo tanto, las fantasías del masoquismo femenino han de contabilizarse entre las variantes de la defensa frente el goce en cuanto tal, que con Freud llamamos masoquismo erógeno y con Lacan, siguiendo la orientación de J.-A. Miller en el “El Ser y el Uno” (clase del 2/03/2011, inédita), es el goce situado del lado femenino de las fórmulas de la sexuación.

Quizás esto permite explicar lo que Freud llama “la secreta significatividad femenina” de las fobias relativas al espacio, en particular bajo la forma del vacío, sin caer en la espuria noción de “figuración”, cercana al simbolismo, vertiente que Lacan desestimó de modo vehemente. En todo caso, lo que cabe afirmar, siguiendo la intuición freudiana del carácter femenino de estas fobias, es que el goce frente al

cual el sujeto está amedrentado no es tanto el de la vertiente fálica, sino este goce inefable, fuera de sentido, femenino.

Otro aspecto relevante es el estatuto del acompañante, que Freud ubica como patognomónico de la agorafobia. En “Inhibición, síntoma y angustia”, señala que el yo del agorafóbico no se contenta con la renuncia, sino que, para atenuar el peligro, produce una regresión a la infancia, y nuevamente, lo articula con una fantasía, la de retorno al seno materno, allí donde no había amenazas:

Así, el agorafóbico puede andar por la calle si una persona de su confianza lo acompaña como si fuera un niño pequeño. Acaso idéntico miramiento le permita salir solo, siempre que no se aleje de su casa más allá de cierto radio, ni entre en zonas que no conoce bien y donde la gente no lo conoce (Freud, 1992t, p.20)

La agorafobia, entonces, supone una particular relación con la soledad, a la cual Freud contabiliza entre las fobias de la infancia, y en cuya raíz ubica ahora la “tentación” del onanismo.

Por otra parte, la soledad cumple un papel en el desencadenamiento del síntoma:

La fobia se establece por regla general después que en ciertas circunstancias –en la calle, en un viaje por ferrocarril, en la soledad– se vivenció un primer ataque de angustia. Así se proscribe la angustia, pero reaparece toda vez que no se puede observar la condición protectora. El mecanismo de la fobia presta buenos servicios como medio de defensa y exhibe una gran inclinación a la estabilidad (Freud, 1992t, p. 121)

Hace falta aclarar que ese primer ataque de angustia se transforma en el peligro que luego se procura evitar, y esto las diferencia de las Freud había llamado “fobias traumáticas” (Freud, 1992c, p. 6), tomando el ejemplo de Blaise Pascal, quien creía ver un abismo a su izquierda después que estuvo a punto de caer con su carruaje en el Sena.

Que la agorafobia tiene por inicio un ataque de angustia, de modo que se puede decir que el sujeto tiene miedo a la angustia, es algo que Freud había notado de entrada. Pero en la cita también pone de relieve la estabilidad de la fobia como variedad de la defensa, apuntalando la hipótesis de este síntoma como una modalidad de nominación real, por la vía de la angustia. Al punto que en “Nuevas caminos de la terapia analítica”, señala que la técnica requiere ciertas adaptaciones para el

tratamiento de las fobias, particularmente de la agorafobia, de la cual distingue dos clases:

Tomen ustedes el ejemplo de un agorafóbico; hay dos clases, una más leve y otra más grave. Los enfermos de la primera clase sin duda sufrirán angustia cada vez que anden solos por la calle, pero no por ello dejan de hacerlo; los otros se protegen de la angustia renunciando a andar solos. Con estos últimos no se obtiene éxito si no se los puede mover, mediante el influjo del análisis, a comportarse a su vez como fóbicos del primer grado, vale decir, a que anden por la calle y luchen con la angustia en ese intento. Entonces, primero hay que mitigar la fobia hasta ese punto, y sólo después de conseguido esto a instancias del médico, el enfermo dispondrá de aquellas ocurrencias que posibilitan la solución de la fobia (Freud, 1992q, p. 161).

La diferencia entre estas dos variedades, una de mayor gravedad que la otra, no es elucidada por Freud. Lo que es sumamente interesante es al indicación freudiana de perturbar la defensa, parafraseando a Lacan, como condición para avanzar en el trabajo analítico.

Para concluir este apartado sólo resta subrayar, una vez más, la notable ausencia de casuística, que contribuye a la sombra enigmática de la agorafobia y demás topofobias.

2.3.2 Clínica de las zoofobias

Las llamadas “zoofobias” tuvieron un ingreso relativamente tardío en la conceptualización freudiana, lo cual contrasta con el lugar central que cobran en su teoría, no sólo de la fobia, sino de la neurosis en general. Si bien desde el inicio Freud tuvo en cuenta las fobias a los animales, las ponía a cuenta de las “fobias primarias” (Freud, 1992b, p.106), es decir, aquellas relativas a los miedos atávicos de la humanidad. Recién en 1912, en “Tótem y tabú”, usa por primera vez el término “zoofobia”. Un año más tarde, en un texto titulado “Material del cuento tradicional en los sueños”, lo utiliza con el Hombre de los Lobos como ejemplo.

Entre este caso y el de Juanito, de los cuales supo extraer conceptos novedosos y valiosas enseñanzas clínicas, es necesario situar un eslabón fundamental: en “Tótem y tabú” Freud da con la clave totémica de la

fobia, convirtiéndola en una pieza central de su teoría acerca del padre y su función, con el caso de Arpad, presentado por S. Ferenczi, como ejemplo. De cada uno procuraremos extraer los aspectos que fundamentales.

2.3.2.1 *El pequeño Hans: las funciones del objeto fóbico*

Resulta particularmente difícil abordar uno de los casos más comentados de la historia del psicoanálisis, del cual Lacan realizó una lectura tan extensa como magistral, sin convertirlo en un resumen. El historial de Juanito ofrece un muy detallado estudio clínico, basado en las observaciones del padre y la lectura de Freud, quienes van siguiendo el recorrido lleno de meandros que el niño realiza en sus sueños, juegos, fantasías y diálogos, hasta dar con una solución singular y, a la vez, paradigmática. Se tratará aquí, entonces, de extraer los aspectos relevantes en función de las hipótesis que nos orientan.

En primer lugar, importa destacar que la progresión de las manifestaciones clínicas de Juanito, que muestra a cielo abierto el trabajo psíquico sin tregua de la histeria de angustia, desde el estallido de la angustia hasta arribar al síntoma fóbico en su versión más nítida, pasa por un momento agorafóbico. En efecto, en los momentos de mayor angustia, el niño no puede salir a la calle y Freud advierte:

[...] podríamos incluir el caso de nuestro pequeño en la agorafobia si esta última afección no se singularizara por el hecho de que la compañía de cierta persona escogida al efecto, el médico en el caso extremo, vuelve fácilmente posible la operación en el espacio donde ella es de ordinario imposible. La fobia de Hans no obedece a tal condición, pronto *prescinde del espacio y toma, cada vez con mayor claridad, al caballo como objeto*” (*Ibidem*, las cursivas son mías)

Resulta llamativo el papel que Freud le adjudica a la figura del acompañante, como elemento diferenciador entre tipos de fobia. Pero el meollo del asunto está en el pasaje que va del espacio al objeto especializado, porque allí radica la especificidad del mecanismo psíquico en las zoofobias, y su ulterior resolución:

Tras un periodo en el que “[...] para Hans el hace-pipí es el signo distintivo indispensable de todo lo vivo” (Freud, 1992j, p-12), es decir que el

pequeño investigador sostiene a rajatabla lo que Lacan llamó la premisa universal del falo, la angustia se instala primero de modo subrepticio con algunos sueños, hasta volverse masiva con el estallido de la fobia, que tiene lugar en la calle. Freud ubica como hitos desencadenantes la amenaza de castración proferida por la madre y el nacimiento de la hermanita. Sin embargo, el detallado relato permite colegir que, tal como puso en evidencia Lacan y luego subrayó Miller, lo que está en juego más allá de la castración, es el enigma del deseo materno, y allende, lo femenino en la madre. Así, la angustia de entrada queda referida a ella, como un primer intento de localización:

El niño [al comienzo] no puede saber de qué tiene miedo, y cuando Hans, en el primer paseo con la muchacha, no quiere decir de qué tiene miedo, es que tampoco él lo sabe. Dice lo que sabe, que por la calle le falta la mamá con quien pueda hacerse cumplidos, y que no quiere apartarse de la mamá. Deja traslucir así, con toda sinceridad, el sentido primero de su aversión a andar por la calle (Freud, 1992j, p. 23)

Sin embargo, enseguida se advierte que este recurso resulta insuficiente. En el segundo paseo, la madre lo acompaña pero sigue teniendo angustia, es decir que su presencia no logra cancelarla, como en la agorafobia, pero tampoco basta para darle un sentido. La clave, en términos de Freud, está en que el niño siente una “añoranza no saciada de ella” (Freud, 1992j, p.24), que denota la injerencia de la libido, cuya insatisfacción, represión mediante, se transforma en angustia. Y es ante la presión de la angustia, pero también ante la insistencia de las preguntas que Hans articula por fin el primer texto de su fobia: “Tuve miedo de que un caballo me mordiera” (Freud, 1992j, p. 22). En el apogeo, la angustia muestra también su poder para disolver límites y desdibujar fronteras: “El caballo entrará en la pieza” (*Ibidem*), dice al anochecer, cuando las paredes ya no alcanzan para protegerlo.

El segundo punto a extraer del historial, y sin duda el más relevante, son las diversas funciones del objeto fóbico: el caballo es un S1 que vale como condensador de goce, además de localizar la angustia y proveer un soporte identificadorio.

Que el caballo sirve para localizar la angustia es su aspecto más comentado, también el más evidente: “En efecto, la angustia de la fobia

es facultativa, sólo emerge cuando su objeto es asunto (*Gegenstan*) de la percepción (...) Por lo tanto, el pequeño Hans impone a su yo una limitación, produce la inhibición a salir para no encontrarse con caballos” (Freud, 1992t, p. 119). De modo que, unido del objeto fóbico, el niño reorganiza el espacio y, como insistió Lacan, vuelve a trazar unos límites que la angustia en su paroxismo había desbaratado.

La función de objeto de identificación también está bien situada por Freud en su texto, a partir de una observación del padre: “Está muy contento y, como brinca de continuo cual si fuera un potrillo, le pregunto: «Escucha, ¿quién es en verdad un caballo de diligencia? ¿Yo o mami?»». *Hans* (con prontitud): «Yo, yo soy un potrillo»” (Freud, 1992j, 49). Además, el niño relata que en las vacaciones en Gmunden, a menudo jugaban al caballito con los demás niños y con frecuencia era él quien hacía de caballo, y luego, en el transcurso de la fobia, lo hará también en casa.

Freud plantea entonces que “[e]s preciso admitir, y la teoría lo exige, que una vez haya sido asunto de elevado placer lo mismo que hoy es objeto de la fobia” (Freud, 1992j, p.50), y de este modo introduce la tercera función del objeto fóbico de Juanito, que sirve como condensador de goce. El buen escriba que es el padre recoge varios dichos del niño que apuntan en esa dirección. Uno de ellos resulta particularmente interesante porque enlaza el objeto con la pulsión escópica, cuando el miedo de los caballos se convierte cada vez más en una “compulsión a mirarlos”, enunciada en estos términos: “Tengo que ver a los caballos y entonces me da miedo” (Freud, 1992 j, p. 26). Más tarde el niño confesará los juegos de ver y hacerse ver con una amiguita mientras orinan, y cuando habla del *Lumpf*, el padre advierte que tiene por costumbre acompañar a la madre al cuarto de baño.

Pero, sin lugar a duda, el dicho más interesante tiene lugar cuando el padre le dice, tras una enfermedad que reforzó el cuadro clínico, que “la tontería” –como Hans llama a su fobia– perderá fuerza si sale de paseo con más frecuencia, ante lo cual el pequeño responde con desparpajo: “¡Oh, no!, es tan intensa porque me sigo pasando todas las noches la mano por el hace-pipí” (Freud 1992j, p. 27). Vemos entonces que a Hans

no se le escapa la relación entre la irrupción del goce fálico y el montaje de la fobia que permite, vía el objeto, darle un cuerpo a ese goce. Después de todo, es un hace-pipi grande como el del caballo el que le supone a la madre en la etapa previa a la fobia. Toda la cuestión gira en torno a cómo situar y tratar ese exceso que acompaña sus primeras erecciones, según señalara sagazmente Lacan.

Por otra parte, es la relación del objeto fóbico con el goce lo que le da sus características más peculiares, si seguimos la progresión del caso. Tras la única pero fundamental visita al Profesor Freud, el niño reformula el texto de la fobia: “Tengo miedo de que los caballos se tumben cuando el carruaje da la vuelta” (Freud, 1992j, p. 40). En efecto, haber presenciado una escena de esta índole fue la ocasión del estallido de la fobia, pero además, por esta vía el padre averigua que también se atemoriza cuando los carruajes se ponen en movimiento o van rápido, de suerte que se puede colegir una relación entre goce y movimiento. En efecto, cuando juega al caballo, Hans trota, cae al suelo, patalea, relincha.

Otro aspecto que Freud destaca es el carácter difuso de la fobia de Hans, que recae sobre caballos y carruajes, sobre caballos que se caen o que muerden, sobre caballos grandes o sobre carruajes con carga pesada. Señala, entonces, una vez más, la importancia de los detalles en la dirección de la cura, a la vez que define con sutileza la paradoja del síntoma fóbico:

[...] es muy instructivo ahondar de tal suerte en los detalles de una fobia y recoger la impresión cierta de que la referencia de la angustia a sus objetos se establece secundariamente. *De ahí la naturaleza de las fobias, tan curiosamente difusa y, por otro lado, de tan riguroso condicionamiento* (Freud, 1992j, p. 101, las cursivas son mías).

Otro detalle de esta índole, y del cual Freud se entera cuando recibe al pequeño en su consulta, es que le molestaba particularmente lo que los caballos tienen ante los ojos y lo negro alrededor de la boca. Como anticipamos en la introducción, esa negrura resulta particularmente enigmática y está entre de los elementos “no representativos” del objeto fóbico según Lacan, es decir, aquello lo no reducible al significante y que, por lo tanto, apunta en dirección del objeto *a*, según Miller.

Otra es la vía que toma Freud en su lectura del caso, intentando ligar lo negro alrededor de la boca con el padre, con su famosa interpretación oracular:

[...] le pregunté si con lo negro alrededor de la «boca» quería significar el bigote, y le revelé que tenía miedo a su padre justamente por querer él tanto a su madre. El no podía menos que creer, le dije, que el padre le tenía rabia, pero eso no era cierto: el padre le tenía cariño, y podía confesarle todo sin miedo. Que hacía mucho tiempo, antes' que él viniera al mundo, yo sabía ya que llegaría un pequeño Hans que querría mucho a su madre, y por eso se vería obligado a tener miedo del padre; y yo le había contado esto a su padre (Freud, 1992j, pp. 36-37)

Esta interpretación, de la cual Lacan se servirá para situar la eficacia del padre simbólico, será una bisagra, según señala Freud, quien estima que no sólo trajo una notable mejoría, sino que le abrió la posibilidad de “presentar sus producciones inconscientes y desovillar su fobia” (*Ibidem*). Tras ese encuentro, en efecto, tienen lugar la confesión del miedo a que los caballos se tumben, el juego del caballo que muerde al padre, el miedo al barullo de las patas del caballo, la fantasía con los calzones de la madre y el tema del *Lumpf* – acompañado de un síntoma de constipación–, el relato de los juegos y teorías sexuales infantiles, la fantasía del instalador o fontanero y la fantasía del viaje con el padre para visitar a la abuela, que conducen a la resolución de la fobia.

La constante en todo el derrotero, es, desde la perspectiva de Freud, la relación de estos fenómenos con la figura del padre y la rivalidad propia de la trama edípica: “[...] ambos, el caballo que muerde y el que se cae, son el padre que habrá de castigarlo por alimentar él tan malos deseos contra éste” (Freud, 1992j, p. 102). De hecho, Freud llega a afirmar, en la relectura de “Inhibición, síntoma y angustia”, que si bien el pequeño Edipo está enamorado de la madre, y todo el desarrollo acerca del *Lumpf* remite a ella, “[l]o que la convierte en neurosis es, única y exclusivamente, otro rasgo: la sustitución del padre por el caballo” (Freud, 1992t, p. 99). Entonces, siguiendo de cerca el texto de Freud, el caso Juanito permite operar el pasaje del fantasma en la histeria de angustia a la cuestión del padre en la zoofobia, erigiéndolo en paradigma de la neurosis. Pero además, marca la dirección que seguirá en adelante la indagación

freudiana, tomando al padre como carretera principal, parafraseando a Lacan.

2.3.2.2 *El pequeño Arpad: clave totémica y objeto de goce*

La siguiente estación del recorrido es un texto de 1912, de la serie en la que Freud se aventura por otros terrenos disciplinares, en la búsqueda de corroborar sus tesis, pero también, dando forma a su teoría con nuevos hallazgos. “Tótem y tabú”, tal como señalara Lacan, es una pieza central de su elaboración teórica acerca del padre, y también allí las fobias ocupan un lugar destacado. En efecto, la clínica freudiana de las zoofobias será, en adelante, totémica, es decir, que identifica al animal con el padre.

El punto de partida es la analogía entre el niño y el primitivo en su estrecha avenencia con el animal. Pero esta relación, prosigue Freud, puede sufrir una curiosa perturbación, bajo la forma de una zoofobia, que en general toma por objeto un animal que hasta entonces le despertaba el mayor interés. “En todos los casos era lo mismo: la angustia se refería en el fondo al padre *cuando los niños indagados eran varones*, y sólo había sido desplazada al animal” (Freud, 1992m, p.130, las cursivas son mías). Es notable la aclaración de que la tesis se refiere sólo a los varones, ya que deja abierta la pregunta acerca de las niñas. En efecto, todos los casos consignados son varoncitos. En primer lugar, el de K. Abraham, que teme a las avispas porque sus colores le recuerdan al tigre. Luego, un niño de nueve años –caso tomado del Dr. M. Wulf– que al ver pasar un perro por la calle, echa a llorar y grita: “¡Perro querido, no me agarres, me portaré bien!” (Freud, 1992m, p. 131). Y, por supuesto, el caso Juanito, al que vuelve de modo explícito, y también el del Hombre de los Lobos, aludido de modo indirecto.

A propósito de Juanito, Freud acentuará en esta ocasión la identificación con el objeto fóbico, y lo pondrá cuenta de un totemismo negativo:

Tan pronto como su angustia se mitiga, él mismo se identifica con el animal temido, galopa como un caballo y ahora es él quien muerde al padre. En otro estadio de la resolución de esta fobia, no le importa identificar a sus padres con otros animales grandes. Es lícito formular la

impresión de que en estas zoofobias de los niños retornan ciertos rasgos del totemismo con sello negativo (Freud, 1992m p. 132)

Pero la clave la aporta el pequeño Arpad, analizado por Ferenczi, quien muestra el totemismo en forma positiva, caracterizado por dos rasgos: identificación y ambivalencia. En efecto, desde el evento traumático, acaecido a sus dos años y medio, cuando una gallina le picó el pene mientras orinaba en el gallinero, la identificación del niño con el animal es extrema. Al punto que Freud afirma que, un año después y de regreso al lugar de los hechos, “él mismo se convirtió en gallina” (Freud, 1992m, p. 133). Cambió su lenguaje por cacareos y quiquiriquíes, y cuando volvió a hablar, sólo lo hacía sobre gallinas y demás aves de corral. En cuanto a la ambivalencia, lo que más le gustaba era jugar a la matanza de gallinas, y podía bailar excitadamente en torno al animal muerto por horas, luego lo besaba y acariciaba, limpiándolo y mimándolo. En función de estos rasgos Freud establece la equivalencia entre el animal totémico y el padre, y la correspondencia entre los preceptos-tabú del totemismo y los crímenes de Edipo. Concluye entonces que “[...] el sistema totemista resultó de las condiciones del complejo de Edipo, lo mismo que la zoofobia del pequeño Hans y *la perversión de gallinero del pequeño Arpad*” (Freud, 1992m, p. 134, las cursivas son mías).

Cabe detenerse en la calificación de “perversión”. Tempranamente, en “Tres ensayos de teoría sexual”, Freud planteaba una relación que aquí reedita a propósito de Hans y Arpad: las neurosis son el negativo de la perversión, puesto que en estos casos las inclinaciones sexuales perversas polimorfos, constitutivas de lo humano, son atajadas por la represión y convertidas en fantasías inconscientes. Los perversos, en cambio, ponen en acto dichas fantasías. Por lo tanto, la perversión de gallinero del pequeño Arpad muestra en escena, a cielo abierto, que el animal escogido es uno que se presta a fantasías y prácticas de goce. Entonces, siguiendo la ecuación freudiana, la misma relación, aunque marcada por el sello de la represión, es la que determina la elección del objeto fóbico, en el caso de Hans, y en las zoofobias en general.

Que el objeto fóbico guarda una secreta pero estrecha conexión con determinadas condiciones y prácticas de goce, es una tesis de peso. Pero además, Freud extrae otra idea del caso presentado por Ferenczi, que conviene apuntar. Señala que, dado el incidente desencadenante “[...] los intereses totemistas [de Arpad] no despertaron directamente en el contexto del complejo de Edipo, sino sobre la base de la premisa narcisista de este, la angustia de castración” (Freud, 1992m, p. 132). De este modo que no sólo se anticipa a sí mismo en cuanto al lugar central de la angustia de castración, sino que pone de relieve una relación que más tarde retomará Lacan, entre el narcisismo, entendido en términos de imagen corporal, y el desencadenamiento de la fobia como aquello que produce una irrupción de goce que la pone en jaque.

Hasta aquí el desarrollo central, en lo que respecta a las zoofobias. Sin embargo, en este texto fundamental, mediante un hápax y un caso marginal, Freud deja dos pistas más en torno a la constitución del objeto fóbico.

En el apartado sobre “El tabú de los muertos”, plantea que la relación intensa y ambivalente con el muerto está en la base de dos formaciones psíquicas contrapuestas: por un lado, el miedo a los demonios y espectros, y por el otro, la veneración de los antepasados. En este contexto, añade en una nota a pie: “En los psicoanálisis de personas neuróticas que padecen de *angustia ante los espectros*, o la padecieron en su niñez, suele ser fácil desenmascararlos: son los padres” (Freud, 1992m, p. 71, las cursivas son mías). Lo destacable es que la angustia se refiere a un objeto que, por su misma condición, no es fácilmente localizable, es decir, un objeto para el que no rigen las reglas del espacio-tiempo cotidiano, sino que se caracteriza por la ubicuidad. No obstante, la tesis de Freud permanece inmutable: siempre se trata de sustitutos del padre, o los padres. La cuestión a dirimir es qué funciones psíquicas tienen estos objetos, si alcanzan la condición metafórica que tenía el caballo, o están del lado de los Objetos Fóbicos no Identificados de S. Cottet.

En contraste, la muerte puede dar lugar a una fobia “sistemática”, como el caso de una señora que Freud pone de ejemplo, cuya neurosis “[...] está dirigida a su esposo, y culmina en la defensa frente a unos deseos inconscientes de que él muera” (Freud, 1992m, p. 99). De suerte que lo que ella teme, de modo consciente, es toda mención a la muerte en general. Lo mismo ocurre, sostiene Freud, en los casos de una abasia o una agorafobia, siempre que el síntoma venga al lugar de un deseo inconsciente a la vez que de la defensa ante él. Y enseguida agrega:

Los detalles de una fobia sistemática semejante toman su motivación real de unos determinantes escondidos, y no hace falta que ellos tengan nada que ver con la inhibición de caminar; por eso las configuraciones de una fobia así son tan diversas en diferentes personas, y tan contradictorias (Freud, 1992m, p. 100)

De este modo Freud pone de relieve, una vez más, por un lado, la infinita variedad fenoménica de las presentaciones fóbicas; y, por el otro, con la denominación “fobia sistemática”, ubica aquellas en las que trabajo del inconsciente ha sido efectivo al punto de “esconder” las determinaciones de un síntoma que ha de ser descifrado, caso por caso.

2.3.2.3 El Hombre de los Lobos: fantasma, nombre y condición erótica

Si abordar el caso Juanito resultaba arduo, dada los numerosos comentarios que ha merecido, en el Hombre de los Lobos la dificultad radica en las controversias acerca del diagnóstico, que tomaron gran relieve en el devenir del caso. Lacan le dedica algunas clases inéditas, pero debemos a J.-A. Miller (2011) una serie de trece en las que relee el caso a la luz de los matemas lacanianos del texto “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis”.

Sin embargo, la perspectiva de la esta investigación está centrada en el síntoma fóbico, independientemente de la estructura, entonces lo fundamental es que se trata de un caso en que aquel cobra con gran nitidez una función de abrochamiento, íntimamente tejido con el fantasma y las condiciones de goce. En estricto rigor, el caso presenta dos síntomas fóbicos, que cumplen diversas funciones psíquicas: la fobia a los lobos y la fobia a las mariposas. La primera tiene por objeto un lobo

salido de un cuento, y le otorga su nombre por la vía del fantasma; la segunda conduce directo a la condición erótica, con la escena de Grusha. El relato de la neurosis infantil comienza en una etapa en la que el niño presentaba “[...] signos de angustia y acciones crueles hacia animales” (Freud, 1992q, p. 17); no sólo lobos y mariposas, sino también orugas, escarabajos y caballos. Por lo tanto, en este caso la angustia fóbica coexiste con determinadas prácticas de goce de tipo sádico-anal, y ambas toman por objeto al animal.

De esta constelación, la fobia a los lobos, catalogada como “histeria de angustia (zoofobia)” (Freud, 1992q, p.10), tiene inicio poco antes de cumplir los cuatro años de edad, pero sus ramificaciones son extensas y duraderas. Lo que el paciente recuerda es que

[...] padecía de una angustia que su hermana aprovechaba para martirizarlo. Había cierto libro ilustrado donde se figuraba a un lobo erguido y en posición de avanzar. Cuando veía esa figura empezaba a gritar como enfurecido, tenía miedo de que viniera el lobo y se lo comiera (Freud, 1992q, p. 16).

¿Cómo es que esta fobia tan peculiar, que recae sobre un animal de los cuentos tradicionales que el niño conocía –“La Caperucita roja” y “El lobo y los siete cabritos”– se convierte en una pieza fundamental de su economía psíquica? Lo que le confiere este lugar es su trabazón con el sueño de los lobos –en el que siete de ellos, encaramados en las ramas de un árbol, lo miran fijamente a través de la ventana– y, allende, la escena primordial extraída por el análisis. Incluso más, Freud llega a decir que “[...] el sueño produjo la fobia al lobo” (Freud, 1992q, p. 102), permitiendo suponer que este síntoma vino a tratar la angustia que aquel desató. De hecho, el miedo al lobo es la primera asociación del paciente tras el relato del famoso sueño, seguida de una historia narrada por el abuelo que alude al complejo de castración, la del lobo viejo al que el sastre le cortó el rabo.

El análisis del sueño conduce a la construcción de la escena primaria, a saber, el coito a tergo de los padres, que el niño habría presenciado cuando tenía un año y medio. Del relato de los juegos de seducción por parte de la hermana, Freud ya había deducido la posición pasiva del

aristócrata ruso, pero esta escena enmarca las identificaciones y la fijación de la modalidad de goce. El contenido de la fobia está estrechamente ligado a ello, ya que tras dar con la imagen terrorífica en un libro de anticuario, el paciente afirma que la posición del lobo en esa imagen le habría recordado a la del padre durante la escena construida. Por supuesto, la tesis de Freud en cuanto al mecanismo psíquico de la fobia, le concede a aquel un lugar central: “Su última meta sexual, la actitud pasiva hacia el padre, había sucumbido a una represión (esfuerzo de desalojo), remplazándola la angustia ante el padre en la forma de la fobia al lobo” (Freud, 1992m, p. 44) Entonces, la formación de la zoofobia tiene lugar mediante el mecanismo de la histeria de angustia: el yo se protege con un desarrollo de angustia frente a aquello a la satisfacción homosexual, que conllevaría la castración. Así, lo que deviene consciente, en vez de la angustia ante el padre, es la angustia ante el lobo, y por efecto de la represión, la angustia de ser poseído sexualmente por el padre se trastoca, regresivamente, en angustia de ser devorado por el lobo.

Pero el entramado metapsicológico de esta fobia es más complejo, y muestra en primer plano la relación con el goce. Freud afirma que en la etapa de la zoofobia, persiste la organización sexual sádico-anal, pero contaminada con los fenómenos de la angustia, de modo que “[e]l niño continúa con los quehaceres sádicos y con los masoquistas, pero reacciona con angustia ante una parte de ellos; el trastorno del sadismo hacia su contrario hace probablemente otros progresos” (Freud, 1992m, p.100). Por lo tanto, encontramos nuevamente el masoquismo como un elemento presente en el núcleo del síntoma fóbico, y a renglón seguido, también con la feminidad. Freud prosigue afirmando que

[el yo] rechaza con angustia las metas masoquistas dominantes, así como ha reaccionado frente a las metas homosexuales, más profundas, con la formación de una fobia. El resultado del sueño no fue tanto el triunfo de una corriente masculina como la reacción frente a una femenina y a una pasiva (*Ibidem*)

Es notable que en este párrafo no identifica lo femenino con la pasividad, aunque tampoco brinde más datos sobre qué ha de entenderse como “corriente femenina”. Más adelante dirá que, tras el sueño que evocó la

escena primaria, el niño “comprendió”, según la organización genital, que activo equivalía a masculino, y pasivo a femenino:

Así, su meta sexual pasiva no podía menos que mudarse en una meta femenina, cobrar esta expresión: «ser poseído sexualmente por el padre», en vez de «ser azotado por él en los genitales o en la cola». Pues bien, esta meta femenina cayó bajo la represión y se vio precisada a dejarse sustituir por la angustia ante el lobo (Freud, 1992m, p. 45)

Lo que se pone en juego en el proceso onírico es la identificación con la madre, que conlleva la castración, de allí que se tratara de un sueño de angustia. En efecto, si bien Freud afirma con insistencia que el lobo temido era el padre, y que la angustia tenía por condición la posición erguida, a la vez toma nota de la polivalencia del objeto fóbico. También la madre era representada por un lobo, el que fuera castrado y hacía que otros lobos le montaran encima, en el cuento del abuelo. Entonces, la angustia desatada por el sueño, y su ulterior tratamiento como fobia al lobo operan al modo de defensas ante dicha identificación “¡Una nítida protesta de la masculinidad, entonces” (Freud, 1992m, p. 45), concluye Freud.

Por otra vía, la significatividad de la posición adoptada por la mujer se convirtió en una condición erótica muy específica que se ponía de manifiesto, ya de adulto, por ataques de enamoramiento sensual tan compulsivos como enigmáticos. A partir de la pubertad, el mayor atractivo de la mujer eran para él las nalgas grandes, y un coito que no fuera a tergo le brindaba escaso placer.

Es en esta trama que se inserta la fobia a la mariposa, que tuvo lugar de modo paralelo a la del lobo, al igual que las prácticas sádicas de martirizar animales y cortar insectos en pedacitos. Cierta vez, persiguiendo una mariposa amarilla “[...] el paciente observó que el abrir y cerrar las alas la mariposa, cuando se posó le había hecho la impresión de algo ominoso [*unheimlich*]” (Freud, 1992m, p.83) y corrió despavorido, presa de gran angustia. La asociación libre, o más precisamente, la astucia del inconsciente para jugar con los significantes le lleva de unas peras amarillas –que en su lengua se denominan *grushas*– a producir el recuerdo de una niñera del mismo nombre. Freud afirma entonces que el

temor a la mariposa funciona como un recuerdo encubridor, y que tras él se ocultaba otra escena de importancia: “Cuando vio a la muchacha [Grusha] fregando el piso, él orinó en la habitación y acto seguido ella le formuló una amenaza de castración, ciertamente en broma” (Freud, 1992m, p.84). Evidentemente, ésta es el nexo entre la escena primordial y su posterior compulsión amorosa, puesto que reencontró en Grusha la posición adoptada por la madre en el coito. De suerte que, si bien este síntoma fóbico es efímero, no ocurre lo mismo con aquello que evoca, pues “[...] la acción de fregar, la cuba y la escoba muestran en la vida posterior el poder para comandar de modo permanente y compulsivo la elección de objeto de este hombre” (Freud, 1992m, pp. 102-103).

Si la fobia a la mariposa se articula con la condición erótica que determina la elección de objeto, resta consignar los diversos avatares y usos de la fobia a los lobos, que llegan muy lejos.

En primer lugar, es necesario destacar que en este caso Freud indica de entrada cómo se resuelve la zoofobia infantil, cuando indica que a ella le siguieron, sin solución de continuidad, un ceremonial, unas acciones y unos pensamientos obsesivos. Entre ellos, destaca el ceremonial de la edema anal, que rasga el velo que se interpone entre el paciente y el mundo, ritual tras el cual se sentía bien por un breve lapso. La interpretación freudiana la pone a cuenta de una fantasía de renacimiento elanzada con la condición de la satisfacción sexual por el varón:

En consecuencia, la traducción es ahora: su enfermedad sólo lo abandona cuando le es permitido sustituir a la mujer, a la madre, para hacerse satisfacer por el padre y parirle un hijo. En este caso, pues, la fantasía de renacimiento no era más que un reflejo censurado, mutilado, de la fantasía de deseo homosexual (Freud, 1992m, p. 92)

Entonces, este ceremonial es una práctica de goce que permite la satisfacción de aquello que la fobia al lobo procuraba rehuir.

Por otra parte, la equivalencia entre el lobo erguido y el padre se manifiesta en los años escolares como temor ante los maestros –en particular uno de apellido Wolf, es decir, lobo en inglés–, pero también con un síntoma pasajero que merece apuntarse como un uso

transferencial de la fobia. Se trata de una acción nimia y pasajera, que con Lacan calificaríamos de *acting-out* :

Me llamó la atención que de tiempo en tiempo se volviera hacia mí, mirándome de manera muy amistosa, como sosegándose, y acto seguido dirigiera su mirada al reloj [...] He aquí, pues, lo que en esa época quería decirme: Sé bueno conmigo. ¿Debo tenerte miedo? ¿Quieres comerme? ¿Debo esconderme de ti en la caja del reloj de pared como el menor de los cabritos?” (Freud, 1992m, pp. 39-40)

Esta escena trasferencial permite captar lo ajustado del nombre que Freud le dio al historial, el cual, a juzgar por los avatares posteriores del caso y los dichos del propio paciente, tuvo función de nominación para Pankejeff. En un volumen compilado por Muriel Gardiner y publicado bajo el título *El Hombre de los Lobos por el Hombre de los Lobos*, el ruso relata su vida, inseparable de su análisis con Freud y del psicoanálisis, dando inicio a sus memorias con la siguiente declaración: “Soy un emigrado ruso de ochenta y tres años y fui uno de los primeros pacientes psicoanalíticos de Freud: el conocido como el Hombre de los Lobos. Heme aquí sentado dispuesto a escribir mis recuerdos de infancia” (Gardiner, 2002, p. 19). Así da cuenta del valor fundamental que ese nombre cobró para él, al punto de darle un lugar en el mundo tras la debacle del que fuera su origen de aristócrata ruso, a causa de la Revolución Bolchevique. Por lo tanto, dicho nombre cobra, *après coup*, estatuto de acto analítico. El animal objeto de la fobia adquiere así función de nominación simbólica, en el sentido literal de dar nombre, pero también como modalidad de anudamiento que abrocha la singularidad de su goce y la particularidad de sus identificaciones.

2.3.3 Clínica de lo ominoso: Objetos Fóbicos no Identificados

La pluralidad de funciones del objeto fóbico, así como la tesis S. Cottet según la cual hay unos, denominados “Objeto fóbicos no Identificados”, que muestran la estrecha afinidad de la angustia con el goce, nos lleva a explorar esta otra noción freudiana, la de lo ominoso. Por lo demás, el texto de Freud lo autoriza, cuando en “Tótem y tabú” se refiere al miedo

a los espectros, objetos que reencontramos en el artículo de 1919 entre “la gama de factores que vuelven ominoso lo angustiante” (Freud, 1992m, p.242) –junto al animismo, la magia, la omnipotencia de los pensamientos, el nexa con la muerte, la repetición, el complejo de castración, la locura y... el psicoanálisis, es decir, todo aquello que pone al descubierto lo antiguamente familiar–. También, cuando se refiere a la fobia a la mariposa del Hombre de los Lobos, Freud señala que provocó un efecto *unheimlich*, por lo que resulta pertinente realizar un ejercicio comparativo entre lo que formula acerca del objeto fóbico y lo que pone a cuenta de lo ominoso, contando con que habrá puntos de cruces, puesto que se trata de modos de lidiar con la angustia. Además, una lectura atenta del texto de Freud permite extraer una hipótesis acerca del lugar de lo femenino en relación con lo ominoso, y allende, con la fobia.

El centro de la elaboración conceptual del artículo está basado en el análisis del cuento de E. T. A Hoffman, *El hombre de arena*. Allí encuentra la quintaescencia de lo ominoso, cargando las tintas sobre el maléfico abogado Coppelius, investido por el aura de un relato del romanticismo alemán, pariente europeo del “hombre de la bolsa” en su función espanta-niños. El personaje de Hoffman no arroja arena a los ojos de los niños que no duermen, sino que directamente se los arranca, y Freud se vale de este detalle para ubicar la figura del padre terrible, el de la castración, núcleo de lo siniestro.

En cambio, subestima por comparación el valor ominoso de Olimpia, la autómatas que el profesor Spalanzini hace pasar por su hija: “La duda acerca del carácter animado, que debimos admitir respecto de la muñeca Olimpia, no es nada en comparación con este otro ejemplo, más intenso, de lo ominoso” (Freud, 1992q, p. 230). Puesto que lo ominoso es definido como lo familiar devenido extraño, Freud acaba diciendo que el deseo o la creencia infantil en el carácter animado de los juguetes proveería una variante atenuada de lo ominoso.

Sin embargo, no logra deshacerse de Olimpia, que retorna una y otra vez, en su texto como en el cuento. La muñeca es un objeto que articula lo ominoso con lo femenino, pasando por “el factor infantil”, que Freud

estima como condición necesaria del efecto *unheimlich*. Al respecto, vale recordar que un año antes le había dedicado un texto a “El tabú de la virginidad” (1918), y aquí menciona, como al pasar, que “[c]on frecuencia hombres neuróticos declaran que los genitales femeninos son para ellos algo *ominoso*” (Freud, 1992, p. 244, las cursivas son mías).

En una nota a pie de página, vuelve sobre la muñeca y retoma el hilo de la castración: “En la escena terrorífica de la infancia, Coppelius, tras renunciar a dejar ciego al niño, le descoyunta brazos y piernas a manera de experimento, o sea, trabaja con él como lo haría un mecánico con una muñeca” (Freud, 1992q, p. 232). Entonces, Olimpia es un objeto de identificación, que denota la posición de goce: “Esta muñeca automática no puede ser otra cosa que la materialización de la actitud femenina de Nathaniel hacia su padre en la primera infancia” (*Ibidem*), concluye Freud. Es decir, que se pone en juego un fantasma masoquista de feminización, como modalidad de rechazo de lo femenino.

La cuestión parece zanjada, pero la muñeca admite todavía otro giro. Mientras discute con E. Jentsch, dice Freud: “Lo ominoso sería siempre, en verdad, algo dentro de lo cual uno no se orienta, por así decir” (Freud, 1992q, p. 230). Merece la pena detenerse en esta otra definición de lo ominoso, que introduce la dimensión espacial, puesto que Lacan subrayó la perturbación de la imagen especular, que articula cuerpo y espacio, ocasionada por una aparición *unheimlich*, allí donde debería estar el menos *phi*.

En efecto, no sólo la muñeca animada, sino todos los objetos que Freud enumera tras comentar el cuento de Hoffman, cumplen con esa condición desorientadora: dobles, espíritus y aparecidos. Se trata de objetos que fracasan allí donde el objeto fóbico triunfa, y la comparación permite sumar un elemento. Lo que está en juego es la inquietante extrañeza de lo femenino, que el niño atisba más allá de la madre, he ahí el factor infantil. Allí donde no llega el significante, ante ese vacío, cualquier objeto es pasible de devenir ominoso, pero no alcanza para orientarse, porque no alcanza estatuto simbólico. Lo imperecedero es la tentativa de poblar de objetos, en cualquiera de sus variantes, ese litoral insondable.

Entonces, cruzando el texto de Freud con la tesis de Cottet, podemos afirmar que el Objeto Fóbico no Identificado es aquel que permanece enquistado al modo ominoso, cuando el significante no cumple o pierde la función metafórica que identifica al sujeto, circunscribe la angustia y localiza el goce. Dicho de otro modo, el significante no llega a resolver la histeria de angustia con una fobia al estilo de Juanito. Sin embargo, ese objeto cumple con alguna función psíquica, a indagar en cada caso.

Entre la lista de Freud y la de Cottet, el punto en común son los espectros y demás entidades fantasmagóricas. El primero les confiere el poder de despertar lo ominoso en grado supremo, en particular si se refieren a la propia casa, el segundo señala que se trata de un objeto a la vez residente e intrusivo, es decir, éxtimo al sujeto. De modo que tienen la particularidad de presentar dos de los aspectos que nos interesa indagar, la relación con el espacio y la extracción del objeto *a*.

En cuanto al espacio, como ya señalamos, se trata de entidades que trastocan la espacialidad cotidiana, y por lo tanto no cumplen con la función de orientación que habilita el objeto fóbico. Incluso más, pueden llegar a producir una enajenación, al estilo de lo que Freud describe en la “Carta la a Romain Rolland” (1936), volviendo extraño un fragmento de la realidad, o bien del propio yo, puesto que la ubicuidad, pero sobre todo la gran angustia que acarrearán, borran los deslindes. No obstante, Freud nos recuerda que “[...] todos [los fenómenos de enajenación] sirven a la defensa, quieren mantener algo alejado del yo, desmentirlo” (Freud, 1992v, p. 219). Y aquello ante lo cual se erige la defensa puede provenir del mundo exterior, pero también, e incluso a la vez, los pensamientos y mociones que afloran en el yo, y allí la “angustia pulsional”, es decir, el desvalimiento del sujeto frente a su goce. En efecto, Freud señala que el desvalimiento acompaña a menudo al sentimiento de lo ominoso. De allí que la soledad y la oscuridad, esos dos tópicos de la angustia infantil (y no sólo), participen a menudo de la génesis de lo ominoso.

Por otro lado, la borradura de los deslindes da la pista sobre la dificultad en la extracción del objeto y la separación de un Otro más o menos indiferenciado, lo cual le da una consistencia particular. En este punto

el espectro muestra que, tal como señalara Freud en “Tótem y tabú”, su condición genética es el doble, como entidad que desmiente la propia muerte. Pero aquí interesa sobre todo lo que añade respecto del doble, en el artículo de 1919:

Siguiendo el paradigma del motivo del doble, resulta fácil apreciar las otras perturbaciones del yo utilizadas por Hoffman [en *Los elixires del diablo*]. En ellas se trata de un retroceso a fases singulares en la historia del desarrollo del sentimiento yoico, de una regresión a épocas en las que el yo no se había deslindado aún netamente del mundo exterior, ni del Otro. Creo que estos motivos contribuyen a la impresión de lo ominoso, si bien no resulta fácil aislar su participación (Freud, 1992q, p. 236)

Por lo tanto, el espectro y demás figuras fantasmagóricas responden a la definición freudiana de lo ominoso como variedad de la angustia en la que algo familiar y antiguo de la vida anímica sale a la luz, cuando debería permanecer reprimido: la indiferenciación entre el yo y el Otro.

CAPITULO 3: LA FOBIA SEGÚN LACAN

3.1 La fobia en la enseñanza de Lacan

Para dar inicio a este capítulo, una cita de Lacan, sentando posición:

“Continuemos nuestro paseo por la observación de Juanito. Pasearse no es una mala forma de saber donde está uno en un espacio dado. Pero en lo que a mí se refiere, se trata de enseñarles a imaginar la topografía de un campo *fuera* de los ya recorridos” (Lacan, 2008c, p. 249)

En la segunda parte del seminario del curso 1956-1957, cuando se embarca en un comentario detallado de este caso, Lacan advierte a los oyentes: la observación de Juanito es un “mare magnum”. No obstante, estas clases tienen el gesto orientador expuesto en la cita; lo vemos ir y venir, recapitular, explicitar cada referencia, situar una y otra vez los ejes de su lectura, plantar mojones en el recorrido laberíntico de la fobia del niño; de este modo dibuja una topografía que, hay que decirlo, transforma el caso para siempre, elevándolo a paradigma.

Justamente, este valor adjudicado al caso del pequeño Hans es lo que determina el lugar de la fobia en la enseñanza de Lacan. Si bien aquella no tiene la función vertebradora que le dio Freud, su presencia es más transversal de lo que se pensaría, sólo que no se trata de la fobia en general, sino del caso Juanito, y los variados usos que le da Lacan en diversos momentos de su enseñanza. Conviene diferenciar tres:

1- Antes del *Seminario 4*, algunas menciones puntuales, como la expresión “blasones de la fobia”, que ya apunta en dirección al significante, en el texto inaugural del “retorno a Freud”, “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis” (1953). Pero sin lugar a duda, lo que marca un antes y un después, no sólo en su comprensión de la fobia, sino de las neurosis en general, es la lectura del caso Hans. En esta etapa de su enseñanza, que denominamos “clásica”, Lacan, siguiendo a Freud, sitúa la fobia como el “momento fecundo de la neurosis” (Lacan, 2015a, p. 472), su “forma más simple” (*Ibidem*), pero también “la forma más radical de la neurosis” (Lacan, 2003, p. 407). Así,

la fobia integra junto a la histeria y la neurosis obsesiva, “las tres especies de neurosis” (Lacan, clase de 14/03/1962, inédita).

La elaboración conceptual de la fobia con el comentario magistral sobre Juanito, dibuja unas coordenadas que ordenan en adelante su elaboración sobre el tema, y nos orientan en este recorrido. El seminario denominado con la noción posfreudiana de “relación de objeto”, ofrece una casuística variada, que incluye los casos de Dora y la joven homosexual, antes del largo paseo con Hans, para concluir comparándolo con el Leonardo de Freud. Pero el inventario no acaba allí, también se ocupa dos casos más de fobia, a menudo ocultos tras la pregnancy ejemplar de Juanito. Son el de Sandy o “la inglesita”, observado por A. Schnurmann, y otro de R. Lebovici, el joven que tiene miedo al hombre de la armadura. Por fin, el Hombre de los Lobos es aludido al pasar, para resaltar la vertiente imaginaria del objeto fóbico.

En los seminarios subsiguientes, con la elaboración del grafo del deseo y en el marco de la clínica estructural que distingue psicosis-perversión-neurosis, Lacan acuña la expresión “deseo prevenido”. De esta manera reafirma el lugar de la fobia entre las neurosis, que se completan con el deseo insatisfecho de la histeria y el deseo imposible del obsesivo, como tres respuestas diferenciadas ante el enigma del deseo del Otro.

2) El segundo momento de elaboración teórica en torno a la fobia tiene lugar en el seminario de 1968-1969, y toma apoyo en otro caso, esta vez de H. Deutsch. Lacan pondrá en cuestión el estatuto de tipo clínico de la fobia, acentuando su condición de síntoma y, ante todo, su función de “placa giratoria”, es decir, punto de viraje en la estructuración subjetiva. En este momento, en el que reformula su teoría del objeto *a* con la noción de plus-de-gozar, despliega las consecuencias de lo que ya había insinuado en el *Seminario 4*, a saber, la incidencia del objeto *a* en la fobia. En función de la primera arista de nuestra hipótesis, dedicaremos un apartado de este capítulo a desplegar este aspecto, examinando no sólo el de Hans, sino también los otros casos de la casuística de Lacan.

3) En 1974, cuando ya se ha adentrado en la que denominamos “última enseñanza” dice Lacan: “La fobia del pequeño Hans, ya mostré que era

eso donde él paseaba a Freud y a su padre, pero a lo que desde entonces los analistas tienen miedo” (Lacan, 2012, p 554).

Él, por su parte, no le soltó la mano a Juanito y si bien ya no le dedica desarrollos extensos, vuelve una y otra vez sobre el caso, en breves pero condensados pasajes, dándole nuevos usos en función del armado conceptual de esta etapa. Desplegaremos esta perspectiva, que se corresponde con la tercera vertiente de nuestra hipótesis, ponderando la noción de nominación como correlativa del *sinthome*, incluso cuando se trata de una nominación de lo real, a cuenta de la angustia.

¿Pero qué es eso que los analistas temen? Aquí, como con Freud, el hilo que nos guía es el de la angustia, es decir, aquello ante lo cual el miedo vale como recurso. Entonces, aquello con lo que el niño se topa y que está en el fondo de su angustia “*que es relación con lo vacío, lo sin límite, lo informe*” (Miller, 2011, p. 203, la cursivas son nuestras), es el enigma del deseo de la madre, y más allá, lo inquietante de la sexualidad femenina, que ubicamos en la raíz de lo ominoso. Con la pista de la agorafobia, procuraremos acercarnos al núcleo del síntoma fóbico, en el que lo femenino se pone en juego por la doble vertiente de una extraña espacialidad y una marcada afinidad con la angustia, acorde con la segunda declinación de la hipótesis.

Para concluir esta introducción, una breve digresión. En el capítulo previo consideramos los fundamentos fóbicos del deseo de Freud, con la incidencia de su fobia en el caldo de cultivo del que hizo emerger el psicoanálisis, con consecuencias duraderas para su teorización. Otro es el caso de Lacan, de quien estaríamos tentados de decir, a priori, que se ubica en las antípodas de las prevenciones fóbicas. Sólo un hápax, en la alocución de clausura del 9º Congreso de la EFP, en Estrasburgo, año 1976, da cuenta de alguna relación con ella: “La fobia, resonaba en el corazón de este problema que evoqué a propósito del colmo, de la falta, de la insatisfacción, de la insatisfacción que era la mía” (Lacan, 24/03/76, inédito). Lo dice ironizando acerca de los resultados del

congreso²¹, y vuelve sobre la cuestión del pase, señalando que esta perspectiva no se había hecho sentir suficientemente durante el evento. Tomando esta indicación, conviene recordar que hay una línea teórica en la que fobia y pase se articulan, señalada sagazmente por Miller: “Un eco del caso Juanito se hace escuchar en la enseñanza de Lacan hasta la lógica del fantasma, hasta su seminario de 1966-1967. Ya el caso Juanito es una lógica del fantasma, y saben la importancia de esa lógica del fantasma porque fue al concluir ese seminario que Lacan propuso el pase” (Miller, 2009b, p .224).

3.2 Usos del caso Juanito: la “doctrina clásica” y más allá

Así como antes señalamos que a menudo el caso Juanito funciona como el árbol que tapa el bosque, ocultando otros matices y variantes del síntoma fóbico, hay que añadir el reverso de esa afirmación: al mismo tiempo, en tanto paradigma, funciona como “carretera principal” que permite leer, por comparación, la pluralidad de usos y destinos de la fobia. Pero además, repensar el caso con los giros conceptuales de la última enseñanza, tal como sugiere Miller en su lectura de Sandy, permite iluminarlo desde un nuevo ángulo.

Con esta doble perspectiva, podemos enumerar los usos que Lacan hace del caso Juanito en el *Seminario 4*:

- 1) su principal uso es doctrinal, o teórico, ya que le permite poner a punto conceptos novedosos para explicar la neurosis.
- 2) El segundo uso es clínico, porque de este caso extrae la noción de “resolución curativa” y ajusta la de desencadenamiento para la neurosis, combinando lo que enseñan las psicosis con el “estallido de la neurosis”, noción freudiana.

²¹ En aquella ocasión, había usado los términos colmo e insatisfacción a propósito de las exposiciones del congreso, dedicado a la inhibición y el acting-out como “fronteras” del análisis. Dice entonces que al haberlo situado “en la frontera”- con el equívoco entre lo teórico y lo geográfico- fue desde allí que retornó la respuesta, cuando le hicieron notar que no se había hablado de la fobia. Responde entonces con la frase citada.

- 3) Por fin, el largo comentario de este historial es también una cantera de elementos que luego estudiará de modo más sistemático.

En esta tesis, dada su orientación clínica, interesan sobre todo el segundo y el tercer punto, por lo que a continuación nos limitaremos a consignar someramente los aspectos centrales de la vertiente teórica, que es también lo más conocido y comentado del caso.

En su lectura de este seminario, Miller afirma sin ambages: “Aquí se encuentran los fundamentos, las bases de lo que perdura como una suerte de ‘doctrina clásica de la enseñanza de Lacan’” (Lacan, 2011, p. 217). En efecto, en este seminario, de la mano de Juanito y con apoyo en la antropología y la lingüística estructural, formula una suerte de teoría general de la neurosis, con los conceptos de metáfora paterna, castración y falo como operadores nucleares, produciendo al mismo tiempo un formidable reordenamiento del caso:

Si este análisis es privilegiado, es porque en él vemos producirse a cielo abierto la transición que hace pasar al niño, de la dialéctica imaginaria del juego intersubjetivo con la madre alrededor del falo, al juego de la castración en la relación con el padre. Este paso se da mediante una serie de transiciones que son precisamente lo que yo llamo los mitos forjados por Juanito (Lacan, 2008c, p. 274)

De modo más específico, Miller subraya que Lacan se sirve del caso para investigar cómo el objeto migra de lo imaginario a lo simbólico. A propósito del episodio de las jirafas, lo dice con una claridad inusitada:

Si hubiera querido inventar una metáfora¹ del paso de lo imaginario a lo simbólico, nunca hubiera conseguido inventar la historia de las dos jirafas, tal como la fantaseó Juanito y él la articula, con todos sus elementos. Se trata de la transformación de una imagen dibujada en una bola de papel, que es enteramente símbolo; elemento propiamente movilizable (Lacan, 2008c, p. 274)

Así como Hans transforma la imagen en símbolo, Lacan convierte la fobia en paradigma clínico de la primacía de lo simbólico, de su poder regulador y ordenador respecto de la inestabilidad y los callejones sin salida de lo imaginario. Entonces, si con Freud la fobia salió del limbo de las clasificaciones proliferantes y vacuas para convertirse en una entidad clínica a título propio, con Lacan se transforma en un síntoma que

habilita una operación de pasaje en la estructura. Dándole una vuelta más, Miller agrega que “[s]i hay un caso en la literatura analítica donde realmente el inconsciente interpreta es éste” (Miller, 1996, p.2). Aquello que el inconsciente procura descifrar es la realidad sexual, y añade:

¿Cómo lo formuló Lacan? Lo formuló en términos de la metáfora paterna, porque se trata de interpretar el Deseo de la Madre y de interpretarlo gracias al Nombre del Padre; el resultado es que la x, que Lacan escribe en la metáfora paterna debajo del deseo de la madre, recibe la significación del falo (Miller, 1996, p. 36)

De este modo, en unas pocas líneas, condensa el resultado de la elaboración extensa y trabajosa de Lacan. En efecto, si se trata de mostrar “la elevación de lo imaginario a lo simbólico” (Lacan, 2008c, p. 263), ello no es posible sin el telón de fondo del complejo de Edipo, reconfigurado en términos estructurales. De allí que se empeñe en demostrar que la operación fundamental es la metáfora, es decir, la sustitución: de la angustia por el miedo, del falo imaginario por el falo simbólico, del padre, la madre o el niño por el caballo, del enigma del deseo de la madre por la significación fálica. Tanto es así, que el caballo “[e]s ya un signo para todo uso, exactamente como un significante típico” (Lacan, 2008c, p. 289), es decir, que se presta para cumplir pluralidad de funciones.

En cuanto a la vertiente clínica, lo que destaca de la lectura de Lacan es el uso específico del síntoma fóbico, que viene a resolver una crisis. Entonces ordena el caso por los extremos: hay una eclosión y una resolución de la fobia. Esta distinción, que se mantiene a lo largo de la enseñanza, nos servirá de ordenamiento en lo que sigue.

La “eclosión de la neurosis” es un aspecto central en su lectura del caso, e irá acentuando diversos elementos. En primera instancia, lo describe en estos términos: “Siempre verán aparecer una fobia en el niño en este momento crítico, que es típico –algo falta, algo que vendrá a jugar su papel fundamental en la salida de la crisis, aparentemente sin salida, de la relación del niño con la madre” (Lacan 2008c, p. 398). Describe entonces la etapa pre-fóbica como una fase en la que el niño está ubicado como falo imaginario de la madre, más específicamente, como metonimia del falo. El problema, prosigue Lacan, es que no se trata sólo del

Wiwimacher, sino que él es metonímico como totalidad, es decir que “[...] lo que está en juego, es él mismo, todo entero” (Lacan, 2008c, 244). Y este sería el punto preciso en que surge la angustia, con la devoración como significación fantasmática de tipo oral. Al mismo tiempo, consigna los dos elementos que ponen en jaque el sistema que el niño constituía con la madre: el nacimiento de la hermanita, que lo desaloja de su posición, y la irrupción del pene real, con las primeras erecciones. Ya en el *Seminario 16*, donde define la fobia como “fomentarse el temor a un tigre de papel” (Lacan, 2011, p. 294), Lacan denomina “*hommelle*” a la madre falicizada, y describe el momento de la eclosión en estos términos: “Cuando la persona de Juanito se vuelve entera un síntoma, el mundo, o por lo menos la *hommelle* frente a la cual está y que es el fundamento de este mundo, se transforma solita en tigre de papel, de repente comienza a hacer muecas y a causar miedo” (*Ibidem*). Así describe el primer factor desencadenante del lado de la relación con la madre, mientras que el segundo, a saber, la irrupción del pene real, será el aspecto destacado en su última enseñanza, reconceptualizado como irrupción de goce fálico.

En cuanto a la resolución curativa, importa destacar aquí –para desplegarlo más adelante– que la fobia funciona como suplencia de la metáfora paterna, y, a la vez, que esta operación estructural y estructurante no tiene lugar sin restos.

Y es allí, en lo que resta, donde introduce otros elementos y usos del caso que interesan en esta tesis, y que van más allá de la doctrina clásica, proyectándose hasta la última enseñanza: en primer lugar, la teoría de la madre, y de la relación de la mujer con menos phi, al punto que este seminario es también un seminario sobre la sexualidad femenina y su incidencia sobre el niño, según la lectura brillante de Miller; en segundo término, la manera en que Lacan describe la angustia, subrayando la desorientación que aquella comporta: “En resumen, la angustia es correlativa del momento de suspensión del sujeto, en un punto en el que ya no sabe donde está, hacia un tiempo en el que va a ser algo en lo que ya nunca podrá reconocerse. Es esto, la angustia” (Lacan, 2008c, p. 228). Esta definición de angustia subraya, *avant la lettre*, la conmoción

imaginaria, efecto de la irrupción de goce; por fin, la metáfora que sustituye la angustia por el miedo no es total, sino que deja un resto, cuyo signo es la insistencia de Juanito a propósito de la mancha negra del caballo. Sobre este punto se abren dos vías: de un lado, ese resto inasible desemboca, en el marco de del *Seminario 10*, en la primera formulación del objeto *a*, al punto que Miller afirma que éste “[s]erá una suerte de generalización de esa mancha negra de Juanito” (Miller, 2009b, p. 205). Por otro lado, como ya señalamos, “[l]a lección extraída de la relación de objeto será la doctrina del fantasma como conexión entre el sujeto tachado y el objeto” (Miller, 2011, p. 217). En definitiva, ambos aspectos conducen a la incidencia del objeto *a* en la fobia.

3.3. El laboratorio del objeto: los casos lacanianos

Para situar el tema conviene tomar, por su precisión, la siguiente cita de Alain Merlet: “[la fobia] muestra dos caras, como el dios Jano: una nacida del miedo, propiamente defensiva, del orden del significante, y otra en razón del objeto inconmensurable que angustia al sujeto, mirándolo a sus espaldas” (Merlet, 2004, p. 20). Tendríamos entonces, el “lado A” de la fobia, su faz significante, y el “lado B” del objeto. Pero sucede como en la ilustración de la tapa del *Seminario 10* en castellano: si se camina lo suficiente, se pasa de un lado al otro sin solución de continuidad, al igual que las hormigas en la banda de Moebius. No hay que perder de vista que lo que está en juego “[e]s un significante que proviene de la vertiente del objeto y que apunta al goce oculto del sujeto” (Horne, 1998, p. 210), señala Bernardino Horne.

Se trata entonces de explorar la “eficacia del objeto *a* en la fobia”, según la indicación de Lacan en el *Seminario 16*. Tal como él mismo advierte, “[e]l término que había destacado en 1956-1957, mientras seguía la pista de Juanito intentando descifrarlo, no podía ser entonces el objeto *a*” (Lacan, 2011, p. 272)m y por eso mismo, trece años más tarde se embarca

en una revisión del asunto. El resultado es una reformulación del síntoma fóbico, que acentúa su condición de “placa giratoria”.

El sesgo que aquí interesa se extrae de la lectura comparada de los diversos casos comentados por Lacan, y convierte a la fobia en una suerte de laboratorio del objeto *a* y su relación con el cuerpo, o más específicamente con los efectos de corporización que su extracción conlleva, en función de los siguientes aspectos: en primer lugar, la construcción del objeto fuera de cuerpo; en segundo término, la particular topología del objeto y el Otro, que Lacan denomina con el neologismo *enforma*; finalmente, la relación entre el objeto *a* y la imagen especular.

3.3.1 La construcción del objeto fuera de cuerpo: un objeto salido de un sueño

Como punto de partida, una pregunta incisiva formulada por Lacan en el *Seminario 10*: “¿Cómo se efectúa tal transformación del objeto, que convierte un objeto situable, localizable, intercambiable, en esa especie de objeto privado, incomunicable y, sin embargo, dominante que es nuestro correlato en el fantasma?” (Lacan, 2007b, p.100) Si bien esta pregunta parece ir en dirección contraria al título propuesto, sitúa el horizonte de una construcción compleja, plena de avatares y accidentes. En efecto, tal como señala Geert Hornaert, el objeto *a* debe ser construido, y esa construcción no es otra cosa que su extracción. Dicho de otro modo: este objeto cuya cesión determina la naturaleza del lazo con el cuerpo y el Otro, es el resultado de una construcción.

Un aspecto central en dicho proceso es la conformación del objeto fuera del cuerpo, como localizador y condensador de goce. Una vez más, el caso Juanito pone de relieve de modo ejemplar esta función fundamental del síntoma fóbico, que se verifica en los otros casos que Lacan comenta. ¿De donde surge ese objeto que vendrá a polarizar la libido y a balizar el espacio para un sujeto? Se trata de una invención, en el sentido milleriano del término, “una creación a partir de materiales existentes” (Miller, 2007, p. 2).

Un detalle revelador es que, con frecuencia, el punto de partida es un significante, un S1 “escupido” por el inconsciente– según la expresión de Lacan en R.S.I, clase del 15/04/75– en un sueño. Así sucede con el perro de Sandy y el hombre de la armadura del caso de R. Levobici, pero también con los lobos del joven ruso, al punto que Freud planteaba que el sueño produjo la fobia. Con Hans, en cambio, el sueño interviene hacia el final, haciendo emerger la figura del instalador, de la que se sirve para salir de la fobia.

En primera instancia, consideremos el caso más simple y acotado de Sandy. La angustia de la inglesita observada por A. Schnurmann hace eclosión en una pesadilla, de la cual la niña, de apenas dos años y cinco meses, balbucea “*Doggie in bed*”. Es decir, hay un perro en la cama, y en consecuencia, la angustia retorna cada vez a la hora de dormir. Pocos días más tarde, tras algunos juegos en los que ella hace de perro, el objeto pasa al exterior como una fobia. Señala Miller en su comentario del caso: “Ya no es sólo el perro soñado, el perro del juego, el perro interior, es el perro de la calle” (Miller, 1995, p. 14). Subraya, además, la incidencia de la intervención de Schnurmann, quien dice a los niños que hay que tener cuidado con los perros de la calle. Tras esa indicación, Sandy suelta su frase más elaborada: “*Doggie bite naughty boy leg*” (perro mordió pierna de niño malo). Se precipita entonces la fobia a los perros, aunque en este caso no llega a cristalizar, sino que se esfuma tan solo un mes más tarde. Por esta razón, Miller plantea que Sandy es la célula musical de la sinfonía de Juanito, lo cual implica que son comparables. En efecto, Lacan sigue la misma secuencia lógica, ubicando los elementos que desencadenan la crisis subjetiva de la que emerge la fobia, que en ambos casos recae sobre un animal. Los puntos en común son el encuentro con la diferencia sexual y la castración materna, y la función del falo en el marco de la “relación de objeto”. Dice Lacan “Al principio hay una doble decepción imaginaria –localización por parte del niño del falo que le falta y luego, en un segundo tiempo, percepción del hecho de que a la madre, esa madre en el límite de lo simbólico y lo real, le falta también el falo” (Lacan, 2008c, p. 84). En efecto, en el caso de Sandy, el descubrimiento

de la diferencia sexual no alcanzó para hacer emerger la angustia, sino que fue necesario un segundo hecho, a saber, la ausencia prolongada de la madre debida a una operación, que escande la regularidad de sus visitas, y su posterior regreso, disminuida y apoyada en un bastón. En definitiva, como señaló Lacan, fue necesario que la madre se viera afectada en su potencia, de modo que ya no podría donar el falo, para que la fobia se desencadenara.

En cambio, para el niño hay un elemento que irrumpe y cobra un valor central: “En la de Juanito comenzamos con la irrupción del pene real en el juego niño-madre, que es nuestro punto de partida, y al final el pene real encuentra cómo alojarse de forma suficiente para que Juanito pueda proseguir su vida sin angustia” (Lacan, 2008c, p 278). En efecto, todo el trabajo de Hans gira en torno a la necesidad de construir un artificio para localizar el goce y ponerlo fuera de cuerpo, de modo que el “hace-pipi” pueda separarse de él y adquirir valor simbólico. Tal artificio es, en primera instancia, el caballo, el cual –señala Hornaert– antes de ser un símbolo, es un *lugar*: “El caballo marca un umbral, ésta es su función esencial [...] y digamos que en este caso ahí es donde debe ir a alojarse el pene real, no sin provocar temor y angustia” (Lacan, 2008c, p. 281). El umbral es también el del propio cuerpo, puesto que es preciso situar el goce en un objeto, para luego hacerlo pasar al campo del Otro.

Por otra parte, Lacan explica por qué el caballo resulta adecuado, dado que el agente de la castración mira para otro lado: el caballo muerde, lo cual constituye una amenaza, pero también se cae, en la segunda formulación del temor de Hans. Esto significa que se inscribe en el orden de lo cesible, puesto que “[...] la objetividad es el correlato de un *pathos* de corte” (Lacan, 2007b, p. 232).

Si ponemos la lupa sobre el momento preciso en que el objeto irrumpe, vemos a Hans bajo la presión de la angustia, que no cesa incluso cuando la madre lo acompaña. Entonces, ante la insistencia de las preguntas sobre el paseo, el caballo hace su entrada triunfal: “Tuve miedo de que un caballo me mordiera” (Freud, 1992j, p. 22). Tal como señala Hornaert, se trata de un significante tomado de la lengua en la que está inmerso el

niño, que forma parte de su historia y entorno, al igual que los demás términos que moviliza (mamá, papá, carro, bañera, tenazas, instalador, etc.). Pero también, y esto es fundamental, se trata de un objeto tomado del campo de la relación con la madre, pegado a la significación de la mordedura, al fantasma de devoración característico en la fobia. Al respecto, en el *Seminario 16*, Lacan añade una precisión: “Además, la experiencia nos muestra que, siempre que se produzca el pasaje al campo del Otro, el significante se presenta como lo que es respecto del narcisismo, a saber, como devorador. Y da lugar a esa especie de preponderancia que la pulsión oral adquirió en la teoría clásica” (Lacan, 2011, p. 280).

En efecto, el objeto fóbico resulta limitado como arreglo, pues está demasiado cerca de las fauces de la madre. Como dice Lacan en el seminario dedicado a la identificación –en la clase del 4 de abril de 1962–, con la fobia la angustia sólo logra ser dominada de modo precario, y ello se debe a la ambigüedad de su objeto, entre la función de pequeño phi y la función de pequeño a , es decir, entre el objeto imaginario de la falta y el objeto de goce.

Para alcanzar una solución más estable, hace falta que la extracción del objeto tenga lugar y que la castración sea simbolizada dando un marco a la falta mediante la función del falo. Aquí cobra relevancia la “angustia lacaniana”, como la denomina Miller, es decir, la angustia que produce el objeto-causa. Lacan plantea, hacia el final del *Seminario 10*, que la función de la angustia es *anterior* a la cesión del objeto, y lo ejemplifica con el Hombre de los Lobos:

[...] en la confrontación angustiada del hombre de los lobos con su principal sueño repetitivo, [hay] algo que surge como una mostración de su realidad última. Es algo que se produce, pero que jamás acude para él a la conciencia, de modo que sólo puede ser reconstruido como un eslabón de toda la determinación ulterior. Para llamarlo por su nombre y su producto, es la turbación anal (Lacan, 2007b, p. 337)

Este detalle recortado del historial freudiano, la defecación posterior a la repetición angustiosa del sueño de los lobos, le sirve para teorizar el carácter cesible del objeto a , haciéndolo extensible a cualquiera de sus

“sustancias episódicas” (Lacan, 2012, p. 330), con el objeto anal como paradigma:

[...] la turbación está coordinada con el momento de la aparición del *a*, momento del develamiento traumático en que la angustia se revela como lo que es, lo que no engaña, momento en que el campo del Otro, por así decir, se hiende y se abre hasta el fondo [...] es literalmente una cesión (*Ibidem*)

Entonces, la angustia que no engaña es una angustia productiva, dice Miller, porque es el operador que permite a *das Ding* cobrar forma de objeto *a*, incluso si aquella no es experimentada como tal, sino que constituye un momento lógico. Es la angustia que Lacan define como “señal de lo real”, de lo real del goce en juego, podríamos añadir. En el Hombre los Lobos la defecación signa ese punto en que, cedido el objeto, el sujeto lo hace pasar al Otro, dando lugar al montaje fantasmático del sueño de los lobos. Cabe aquí mencionar que en el historial de Juanito, Freud consigna un detalle que no ha sido comentado, a saber, que el niño padece un síntoma de constipación intestinal que recrudece durante el lapso que dura la fobia, y que podría ponerse en serie con la turbación anal del paciente ruso, aunque en la versión retentiva. De hecho, la fobia culmina cuando el instalador salido de un sueño, desatornilla y reemplaza el trasero del niño.

Sea como sea, lo relevante es que bajo la presión de la angustia, que no cesa pese al miedo al caballo, Juanito se ve forzado a movilizar una serie de nociones lógicas, con un rigor que impactó a Lacan, quien dice que es “tan lógico como Aristóteles” (Lacan, 2007b, p. 64). En efecto, el recorrido lleno de meandros que va de la emergencia del caballo al fantasma del instalador, ese laberinto por el que lo siguen el padre, Freud, y luego Lacan, es el proceso de construcción lógica que posibilita la extracción del objeto *a*, señala Hornaert. Así, Lacan concluye –en “Nota italiana”– que, más allá de las “sustancias episódicas” (los objetos parciales de la pulsión) el objeto *a* tiene consistencia lógica, y también topológica, según abordaremos en el próximo apartado.

Finalmente, “Juanito llega a un arreglo –eso se puede desenroscar. Se desenrosca y se pueden poner otros. De eso se trata” (Lacan, 2003, p.

264). En efecto, la solución llega cuando el falo puede convertirse en un elemento amovible, más allá de la madre, y Hans lo consigue echando mano de una serie nociones lógicas: lo agarrado, lo perforado, lo amovible, que dan por resultado “la solución del tornillo” (Lacan, 2008c, p. 267). Este instrumento lógico, como lo designa Lacan, hace aparición tras el sueño del instalador que arregla la bañera, abriendo paso a la fantasía conclusiva de Hans, en el que aquel remueve y sustituye el trasero del niño. En palabras de Lacan:

Este paso súbito del objeto a lo que se podría llamar su *Zuhandenheit*, como diría Heidegger, su manejabilidad en el sentido de los objetos comunes, de los utensilios, se encuentran designados en la observación de Juanito por un sueño, el del instalador de los grifos, que los desenroscará, los revisará, hará pasar lo *eingewurzelt*, lo que estaba o no bien enraizado en el cuerpo, al registro de lo amovible. Este vuelco fenomenológico nos permite designar aquello que opone dos tipos de objetos [...] Son, en efecto, objetos anteriores a la constitución del estatuto del objeto común, comunicable, socializado. He aquí de qué se trata en el objeto *a* (Lacan, 2007b, p. 102)

Si articulamos esta cita con la que recortamos al inicio del apartado, se constata cómo Lacan responde a su propia pregunta. Con Juanito se trata del “pasaje del órgano al *organon*” (Hoornaert, 2008, p. 33), es decir, el uso de categorías lógicas que posibilita la extracción del objeto *a* y la simbolización del falo que regula su funcionamiento pulsional. Entonces, este objeto ha de distinguirse de los objetos comunes, pero *no es sin ellos*, lo cual explica que un objeto cualquiera –y los testimonios de los AE ofrecen variados ejemplos – pueda convertirse en el correlato del sujeto en el fantasma. Se trata, en última instancia, de un objeto éxtimo, según el neologismo de Lacan que Miller supo poner de relieve:

El término *extimidad* se construye sobre *intimidad*. No es su contrario, porque lo éxtimo es precisamente lo íntimo, incluso lo más íntimo —puesto que *in tazzus* ya es en latín un superlativo—. Esta palabra indica, sin embargo, que lo más íntimo está en el exterior, que es como un cuerpo extraño (Miller, 2010, p. 14)

3.3.2 Lo informe y el enforma: intrusión o extracción de un objeto inquietante

Si en el seminario *La angustia* Lacan subraya la raigambre lógica del objeto *a* en el caso Juanito, en el *Seminario 16*, embarcado en una reformulación de ese concepto, explora su dimensión topológica, en articulación con el Otro. Tal como denota el título del seminario, *De un Otro al otro*, se trata de formalizar este pasaje, y una de las vías es la noción de *enforma*. En ese preciso momento vuelve sobre la fobia.

En sus palabras: “El propio campo del Otro es, si puedo decir así, en forma de *a*. Este *en-forma* se inscribe en una topología donde el objeto *a* se hace presente en este campo agujereándolo” (Lacan, 2011, p. 274). La fórmula viene a dar cuenta de la correlación entre el objeto y el Otro, de su conformación topológica según una horma común. Pero, a la vez, la homofonía en francés permite escuchar que hay en juego algo informe, un objeto sin forma. Ambas vías son de utilidad para repensar el estatuto del objeto fóbico y sus funciones.

Conviene seguir paso a paso la teorización de Lacan. Comienza con su tesis estructural “el significante es lo que representa a un sujeto para otro significante”, que implica tres matemas S1, S2 y A. Pero enseguida añade una variación capital respecto del momento en que elaboró dicho axioma: el lugar del A, que antes era el tesoro de los significantes, ahora es el cuerpo. Y sobre ese lugar de inscripción, añade:

Pienso que recordarán que al inscribir de este modo todo lo que es segundo significante no podemos, en el nivel de la inscripción misma de S2, más que repetir, para todo lo que se inscribe a continuación, la marca del A como lugar de inscripción. Lo vemos así, en suma, ahuecarse por lo que llamé la última vez el en-forma de A, a saber, ese *a* que lo agujerea. Forjaremos para nuestro uso un nombre nuevo, el *enforma* del A (Lacan, 2011, p. 283)

Introduce así un cuarto elemento, el objeto *a*, efecto del conteo, de la repetición de los S2, que llevan la marca del A como lugar de inscripción. Al mismo tiempo, el *a* es aquello que agujerea al Otro, la horma según la cual el A se ahueca, se descompleta: “La fórmula está destinada a mostrar lo que ocurre verdaderamente con el *a*, a saber, con la estructura

topológica del propio A, con lo que hace que el A no esté completo, no sea identificable con un 1 ni, en ningún caso, con un todo” (Lacan, 201, p. 283). Entonces, el a resulta del conteo que instauro el campo del Otro, y al mismo tiempo lo descompleta, conformándolo según la lógica paradójica del conjunto de los conjuntos que no se contienen a sí mismos. Dado un paso más, indica el lugar del sujeto:

Ahora bien, como sabemos, este a es el sujeto mismo en la medida en que solo puede ser representado por un representante, que en este caso es S1. La primera alteridad, la del significante, no expresa al sujeto más que bajo la forma de lo que aprendimos a delimitar en la práctica analítica por una particular extrañeza (Lacan, 2011, p. 284)

De este modo Lacan sitúa una vecindad estructural entre el objeto a y el S1, aspecto relevante para situar las dos vertientes del objeto fóbico. Por otra parte, trae a colación la “particular extrañeza” que atañe al a como un hecho clínico que todo analista conoce, y señala que ha de tomarse en su ambigüedad, entre el matiz afectivo y el margen topológico de los objetos de la pulsión.

Un buen ejemplo de esta extrañeza en su versión inquietante, ominosa, y también de la conformación correlativa del objeto a y el Otro, es el caso de R. Lebovici, que Lacan presenta en el *Seminario 4* y en “La dirección de la cura y los principios de su poder”. Si bien el comentario toma el sesgo del segundo texto, con acento sobre la interpretación de la analista y los efectos de “perversión transitoria” que suscita, lo que aquí interesa es la descripción del caso tal como Lacan lo resume:

Este sujeto fóbico, cuya actividad se halla muy restringida, casi ha llegado a una completa inactividad. Su síntoma más manifiesto es el temor a ser demasiado grande, y se presenta siempre en una actitud extremadamente encorvada [...] El diagnóstico es fino, y que se trate de fobia no plantea dificultades, a pesar del hecho paradójico de que el objeto fóbico no da a primera vista la impresión de ser exterior (Lacan, 2008c, p. 90)

Lo destacable es que hay un primer momento del síntoma fóbico en el que el objeto no está diferenciado del cuerpo, sino que se manifiesta como un temor acerca de su tamaño, que le hace adoptar una pose defensiva. Además, Lebovici enumera otras fobias relativas al vestir: miedo a llevar zapatos demasiado pequeños o mangas muy largas, o un pantalón que no fuera de determinado modelo. Lacan subraya la finura del diagnóstico

de la analista, que lo reconoce como fóbico, pese a que no hay de entrada un objeto exterior. Luego prosigue, acentuándolo:

Sin embargo lo es, porque en determinado momento vemos aparecer un sueño repetitivo, modelo de una ansiedad estereotipada. En este caso particular, el objeto sólo se descubrirá en un segundo tiempo. Se trata de un objeto fóbico perfectamente reconocible, sustituto maravillosamente ilustrado de una imagen paterna completamente carente –al cabo de cierto tiempo se produce la emergencia de la imagen de un hombre con armadura, provisto de un instrumento particularmente agresivo, nada menos que un tubo de *fly-tox*, que se dispone a destruir todos los pequeños objetos fóbicos, insectos. Se revela entonces que el sujeto tiene miedo de ser acorralado y asfixiado en la oscuridad por ese hombre de la armadura, temor que no resulta banal en el equilibrio general de esta estructura fóbica (Lacan, 2008c, p. 91)

La descripción es densa e introduce varios elementos. Una vez más, el objeto fóbico emerge en un sueño, al modo de un significante escupido por el inconsciente, para pasar a ocupar un lugar que no es banal, dice Lacan. En segundo término, con el sueño, o mejor, por su intermediación, se produce el pasaje del objeto al exterior. Se configura así el segundo tiempo de este síntoma fóbico peculiar, bajo la figura amenazante de un hombre con armadura, detalle significativo para un sujeto que guarda una relación incómoda con su cuerpo, más allá del carácter heráldico y paterno que Lacan subraya. Pero además, y en tercer lugar, el siniestro personaje está munido de un frasco de insecticida, con el cual se dispone a matar unos insectos, calificados, ellos también, como “pequeños objetos fóbicos”.

Para abordar la complejidad de esta fobia a la luz de la fórmula de Lacan, conviene hacer un rodeo y considerar el modo en que Eric Laurent (2013) elucida la noción de *enforma* conjugando la homofonía del término acuñado por Lacan con lo que enseña la clínica del autismo. Plantea entonces que hay dos regímenes del objeto: el objeto sin forma o informe, y la “horma” del objeto *a*. Valiéndose del testimonio de Temple Grandin y su uso de la manga para ganado, señala que si bien ésta dista mucho de los peluches transicionales del neurótico, no cabe duda que hay un objeto en juego, y uno que sirve para envolver el cuerpo, para contenerse a sí misma, como la “máquina de abrazos” que construyó en la adolescencia. Este caso permite aprehender que hay un régimen del objeto en el que

éste adopta una forma que suple los límites del cuerpo, dándole una forma, al modo de una horma de zapato, propone Laurent. Esta modalidad del objeto se corresponde con el matema lacaniano del objeto *a*, puesto que se trata del medio por el cual T. Grandin captura un cuerpo, identificada al cuerpo del animal:

Aquí, lo que el objeto *a* conforma, encerrándolo en una forma, la horma del objeto *a*, no es sino la *cattle chute*, que da una forma al objeto mirada enloquecido –la mirada de ella y la del animal “de ojos enloquecidos, [...] aterrorizados y nerviosos” –y se articula con el cuerpo (Laurent, 2013, p. 89)

Por otra parte, lo que permite situar con claridad esta función forma/horma del objeto, es que hay casos en los que no tiene lugar. Esto implica que el objeto pulsional elude toda captación en el registro de la forma y el cuerpo, permaneciendo como un objeto informe e intrusivo que se busca extirpar desesperadamente, incluso haciéndose daño, como muestran algunos casos graves de autismo. Se trata aquí de un objeto de goce sin forma que se impone al cuerpo, y su extracción, cueste lo que cueste, es lo opuesto a la *cattle chute* de Grandin. Sin embargo, hay un rasgo de este objeto forma/horma que Laurent se ocupa de subrayar en su lectura del testimonio de Grandin, que es el rechazo que la *cattle chute* le provoca, lo cual, según recuerda la madre, también le sucedía con las envolturas y peluches que usaba de niña, así como con la ropa, que debía ser holgada. De modo que sobre este objeto forma/horma recae una combinación de atracción y repulsión²², como sucede con el objeto fóbico. Si volvemos ahora al joven que teme ser asfixiado por el hombre de la armadura, podemos apreciar mejor el derrotero del objeto en este caso, iluminado por la propuesta de Laurent. El temor a ser demasiado grande es indicio de que el objeto aún no se diferencia nítidamente del cuerpo, produciendo una dificultad para portarlo y vestirlo. A partir de la pesadilla reiterada, el objeto cobra una forma, que si bien es atemorizante y agresiva, le da una horma al sujeto, con la armadura como detalle sutil que muestra aquello de lo que se trata. El hombre con armadura es una

²² Un caso publicado en la revista *Scilicet* n° 1, titulado “La fetichización del objeto fóbico”, muestra bien esta ambigüedad del objeto fóbico.

figura del Otro, de ese Otro que no es sino el cuerpo, y que al conformarse como tal, da cuenta del pasaje del objeto al exterior, fuera de cuerpo, en este caso como insectos, objetos fóbicos por antonomasia.

Que además el personaje temido blanda un frasco de insecticida es otro detalle preciso, puesto que da texto al síntoma fóbico tal como se configura en el segundo momento, en el cual el sujeto viene al lugar del a , de modo que teme ser asfixiado por el hombre de la armadura. Así, lo paradigmático de este caso reside en que muestra desglosados los elementos de la fórmula de Lacan, dando cuenta del efecto simultáneo de corporización y conformación del Otro que tiene lugar con la extracción del objeto a .

Por otra parte, lo ominoso del personaje temido y la presencia de los insectos remiten a la propuesta de S. Cottet. Entonces, silogismo mediante, la fórmula lacaniana del *enforma* permite arrojar luz sobre las presentaciones que aquel denomina “Objetos fóbicos no Identificados”, y que con Freud pusimos a cuenta de lo *Unheimliche*. Se trataría de casos en los que el objeto fóbico resulta insuficiente o inadecuado para propiciar la función de forma/horma del a , quedando el goce adherido a un objeto de límites poco precisos, como son los espectros y demás entidades fantasmagóricas. Otro buen ejemplo, que vale la pena mencionar pese a que no es un caso trabajado por Lacan, es el de la pequeña *Piggle* analizada por Winnicott, que Laurent califica de “fobia moderna”. El “babacar” es un objeto “no identificado”, y los dichos de la niña muestran que no hay una forma/horma que ayude a deslindar el cuerpo y producir la separación, por lo cual “la negrura” atemorizante pasa de la niña a la madre en un vaivén angustioso.

Por último, también en las agorafobias y demás topofobias, en las que el temor recae sobre el espacio, particularmente bajo las vertientes del vacío, el encierro y/o el movimiento, se trata de un objeto que no cumple con la función de horma, de allí la frecuente reversión entre agorafobia y claustrofobia. De allí también el recurso del acompañante, que sitúa el punto de orientación en otro cuerpo, cuando la angustia en su paroxismo hace vacilar los límites. Retomaremos este punto más adelante.

3.3.3 Objeto a e imagen especular: del desencadenamiento a la placa giratoria

“Lo importante de lo que está en juego es la relación entre la imagen especular, $i(a)$, y el objeto a ” (Lacan, 2011, p. 274). Tal es la tesis de Lacan en el seminario de 1968-1969, subrayando la incidencia del objeto a en la fobia, con el caso tomado de H. Deutsch como paradigma. Lacan parte de las coordenadas de la eclosión del síntoma fóbico, para acabar definiéndolo como “placa giratoria”.

Como antecedente, varios años antes, en el seminario dedicado a la transferencia, ya había señalado la “función radical de la imagen en la fobia” (Lacan, 2003, p. 436). Allí da una explicación sobre su relación con el tótem, destacada por Freud: la imagen especular es el factor común entre ambos, que permite circunscribir y discernir el objeto, articulada al yo ideal. Retoma entonces, una vez más, el caso prínceps:

Acuérdense ustedes de Juanito. En el momento en que el deseado se encuentra sin defensa frente al deseo del Otro cuando éste es una amenaza para $i(a)$, la orilla, el límite –entonces el eterno artificio se reproduce, el sujeto se recompone y parece que está como al abrigo en la piel del oso antes de haberlo matado. Pero se trata en realidad de una piel del oso vuelta del revés, y es en su interior donde el fóbico defiende, ¿qué?– el otro lado de la imagen especular. La imagen especular tiene, sin duda, dos caras, una de investimento, pero también otra de defensa. Es un dique contra el Pacífico del amor materno (Lacan, 2003, pp. 436-437)

La función defensiva del síntoma fóbico consiste en dar una respuesta ante el enigma del deseo del Otro, anticipando la definición de la angustia como efecto de la perturbación o conmoción de $i(a)$. Al mismo tiempo, si bien ubica la imagen especular como aquello a ser defendido, también le atribuye valor de defensa en sí misma, con la metáfora –acuñada por Marguerite Duras– del dique contra el Pacífico, que luego retomaremos, a propósito de lo femenino en la madre y sus efectos.

Por otra parte, Lacan pone de relieve que el grado mínimo de perturbación en el campo especular alcanza para producir el efecto fóbico, en un pasaje que vale la pena citar en extenso:

El vuelo de una mosca, si entra en este campo, basta para hacer que yo me localice en otra parte, para arrastrarme fuera del campo cónico de visibilidad del $i(a)$. No crean que me divierto trayendo aquí a la mosca o a la avispa, o cualquier cosa que haga ruido, que nos sorprenda –porque,

como ustedes saben bien, tal es el objeto electivo, suficiente en su carácter mínimo, para constituir lo que llamo el significante de una fobia [...] Basta con que se mueva en el campo del Otro cualquier cosa que desempeñe el papel de punto de soporte del sujeto, para que, con ocasión de una de esas desviaciones, se pueda disipar, vacile, se ponga en cuestión la consistencia del Otro, o más precisamente de lo que está ahí como campo del investimento narcisista (Lacan, 2003, pp. 416-417)

Además de explicar la especificidad de los insectos como objetos fóbicos privilegiados, Lacan anticipa la estrecha relación entre la consistencia de la imagen especular y lo que sucede en el campo del Otro, aspecto que formalizará ocho años más tarde.

En efecto, ya en el *Seminario 16*, su punto de partida recoge lo antedicho en una definición precisa:

Definí entonces el objeto *a* en primer lugar como esencialmente fundado a partir de efectos maliciosos, en el campo de lo imaginario, de lo que pasa en el campo del Otro, en el campo de lo simbólico, en el campo del arreglo, en el campo del orden, en el campo del sueño de la unidad (Lacan, 2011, p. 274)

Esta definición del *a*, que acentúa la correlación con el Otro, es lo que la noción de *enforma* procura aprehender. Arriba a ella, en primera instancia, con la apoyatura clínica de la perversión, que pone de manifiesto, de modo patente, dicha correlación: “Devolver *a* a ese del que proviene, el Otro, es la esencia de la perversión” (Lacan, 2011, p. 275). Se trata, prosigue Lacan, del sostén en el Otro que Freud denominó “relación anaclítica”, en la que aquel se asegura por estar cubierto, enmascarado por el *a*, el Otro es *enforma* de *a*, lo cual suscita toda una gama de efectos, entre ellos, el juego imaginario con la madre, que en el *Seminario 4* denominaba momento pre-fóbico.

De otro lado, la relación narcisista o especular es muy distinta, ya que atañe a todas las funciones de orden, jerarquía, reparto, y sobre todo intercambio, transitivismo e identificación, ligadas a la “matriz motriz” del cuerpo, es decir, a la imagen del cuerpo. Retomando el esquema óptico –tal como lo elabora en “Observación sobre el informe de Daniel Lagache”– Lacan precisa lo que se pone en juego en la eclosión del síntoma fóbico: el significante con el cual el sujeto se representa “[n]o es ni más ni menos que lo que se indica aquí con esta I mayúscula

enigmática por la que se le presenta en otro espejo la conjunción del *a* y la imagen del cuerpo. Esto es lo que pasa en la fobia” (Lacan, 2011, p. 278). De este modo formaliza otra vertiente del desencadenamiento fóbico, basándose esta vez en la lectura del caso publicado por H. Deutsch, de un joven que le teme a las gallinas.

Hay un primer tiempo en el que el niño, tomado en el juego imaginario, es la “gallina de lujo” de la madre, dice Lacan. Ambos cuidan y recogen los huevos, y las gallinas no “representaban nada para él” (*Ibidem*). La analista recorta un detalle fundamental, que da lugar a una práctica de goce: del mismo modo en que palpa la cloaca del animal para ver si tiene huevo, el niño pide a la madre, durante el baño, que lo haga en su perineo. “El primer tiempo es muy evidente –*Dado que te interesan los huevos es preciso que yo te los ponga*” (Lacan, 201, p. 279), tal es la versión de la relación anaclítica, con una modalidad de goce perverso polimorfo, al decir de Freud.

El segundo tiempo, que concierne a la relación narcisista, es el del desencadenamiento: un día, el hermano mayor lo tomó por detrás diciendo – “*Yo soy el gallo y tú eres la gallina*”, mientras lo mantenía en cierta posición, ante lo cual el niño se defendió, declarando – “*I won 't be the hen*”. Lo que produce el vuelco, dice Lacan, es que se pone en juego el narcisismo, la rivalidad con el hermano, es decir, se produce el pasaje a una relación de poder:

Entonces hay un giro, no digo viraje, de lo que está investido con cierta significación, de un registro al otro, de lo imaginario a lo simbólico. La función anterior, que era imaginaria, fracasa. En adelante, la gallina adquiere para él una función perfectamente significante, a saber, le causa miedo (Lacan, 201, p. 279)

La fobia es la respuesta ante este vuelco, y su eficacia reside en que logra sustituir el objeto de la angustia por un significante que atemoriza. Este caso permite iluminar que el objeto de la angustia “[...] es la apuesta misma del sujeto en el campo del narcisismo” (*Ibidem*).

De allí el corolario de la reflexión de Lacan, que culmina situando la fobia como “placa giratoria”: el desencadenamiento que produce el pasaje de la relación anaclítica a la narcisista, implica, al decir de B. Horne “un punto

de efectuación en la estructura” (Horne, 1998, pp. 207-208), previo a la distinción entre neurosis y perversión, y a la elección del tipo clínico, histeria o neurosis obsesiva, pero cuya resolución conduce hacia alguna de ellas. En “La ciencia y la verdad” Lacan lo formula en estos términos:

[...] división del sujeto? Ese punto es un nudo. Recordemos dónde lo despliega Freud: en esa falta de pene de la madre donde se revela la naturaleza del falo. El sujeto se divide aquí, nos dice Freud, para con la realidad, viendo a la vez abrirse en ella el abismo contra el cual se amurallará con una fobia, y por otra parte recubriéndolo con esa superficie donde erigirá el fetiche, es decir, la existencia del pene como mantenida, aunque desplazada (Lacan, 2008b, p.833)

Volviendo al caso y conjugándolo con los tiempos lógicos de Lacan, Horne plantea que hay el instante de ver, metonímico: (-phi) – (a) – S1 (letra), que corresponde a la revelación de un saber que hasta entonces ni se intuía: “gallina” era el goce de ser objeto de la madre. Ante el saber sobre la castración que se hace presente en la escena con el hermano, la gallina pasa de objeto anaclítico de goce, a la gallina que causa angustia, y finalmente, se constituye en significante de la fobia. Entonces, en el tiempo de comprender, “gallina” pasa, metáfora mediante, de letra de goce a S1, y vale como precaria defensa. Este significante está articulado a la castración, y por lo tanto, al Otro al que el sujeto le atribuye su propio goce. Lo fundamental es que “[...] el significante de la sustitución, en su íntima relación con la letra de goce toma una función de suplencia” (Horne, 1998, p 210).

El tiempo de concluir tendrá lugar cuando la placa giratoria de la fobia se defina por un tipo de defensa como elección forzada del sujeto. Según enseña Juanito, la neurosis depende de que tenga lugar la interpretación del inconsciente acerca de la castración, mientras que la perversión la desmiente erigiendo el fetiche. En cuanto al tipo clínico, dependerá de la escena fantasmática que el sujeto logre montar para orientarse respecto del deseo y el goce. Aunque también, y es una opción a tener en cuenta, podría permanecer “girando”, sin lograr sobrepasar las prevenciones fóbicas.

3.3 El núcleo agorafóbico

Tal como señalamos en la introducción, la agorafobia no es una entidad a la que Lacan haya dedicado atención, de suerte que sólo hemos dado con una única mención explícita, pero que vale la pena desbrozar:

[...] recurriremos, antes de ver si la fobia es una especie mórbida o un síndrome, *a una de sus formas más típicas, más extendidas, o sea la agorafobia, que sin duda tiene valor por sí misma y nos presenta un mundo puntuado por signos de alarma dibujando un campo, un dominio, un área.* [...] Hasta ese momento, el niño estaba, en suma, en el interior de su madre, acaba de ser rechazado, o se lo imagina, está angustiado, y entonces, con ayuda de la fobia, instaura un nuevo orden interior y del exterior, una serie de umbrales que se ponen a estructurar el mundo (Lacan, 2008c, p. 247, las cursivas son mías)

La cita es extensa, pero expone una serie de aspectos relevantes. En primer lugar, y valga la insistencia, la íntima relación entre fobia y espacio. En segundo término, que el síntoma fóbico es un recurso frente al deseo de la madre, habilitando cierta diferenciación *fuera* de ella, dice Lacan, en un momento de su enseñanza en el que aún no cuenta con las nociones de objeto *a*, separación, ni extimidad.

Por otra parte, y vale como tercer punto, los temores agorafóbicos abrevan en una fenomenología similar a la que Lacan usaba para describir el deseo de la madre, “*que es relación con lo vacío, lo sin límite, lo informe*” (Miller, 2011, p. 203, las cursivas son mías), según las palabras de Miller. De modo que podría decirse que antes de tomar un objeto cualquiera que valga como localizador del goce y regulador de la angustia, lo que angustia es la condición misma de lo ilocalizable, bajo las especies que cobra el espacio abierto, el vacío, o su estricto reverso, el encierro –y cabría añadir la ubicuidad inquietante de los objetos fóbicos no identificados–. Esta articulación con el deseo de la madre también explica –y este es el cuarto punto– la presencia extendida y típica que Lacan adjudica a la agorafobia, como si fuera el grado inicial o el núcleo del síntoma fóbico, lo cual se verifica en el caso Juanito, y por ende, vale como paradigma. En definitiva, se trata del encuentro con lo femenino (en la madre), que se suma como factor desencadenante a lo que Lacan acentúa en otros pasajes, a saber, la presencia del pene real. Con las

formulas de la sexuación estos dos factores remiten a dos tipos de goce, el fálico y el femenino u Otro goce, permitiendo reordenar los fenómenos clínicos.

En consecuencia, para explorar el núcleo agorafóbico y la peculiaridad de esta modalidad del arreglo fóbico, es necesario abordar los efectos de la sexualidad femenina. A propósito del seminario *La relación del objeto*, dice Miller:

Si debiera decir cuál es el hilo que recorre todo este seminario desde el inicio y que condiciona todo lo que Lacan elige como ejemplos, diría que trata de *las consecuencias clínicas terribles de la sexualidad femenina para todo sujeto*, en la medida en que cada sujeto es hijo de madre y el centro de ese seminario es lo que en la metáfora paterna Lacan escribe DM, Deseo de la Madre (Miller, 2009b, p. 216, las cursivas son mías)

En efecto, a lo largo de su enseñanza, Lacan subraya el efecto perturbador de dicho encuentro, y, particularmente, su papel determinante en la eclosión de la fobia. La cuestión es qué entender por “sexualidad femenina”, dado que el sintagma admite varios matices: castración materna, deseo de la madre y lo femenino en la madre son nociones íntimamente articuladas, pero no se superponen. Y entre esos matices, no sólo se abre una paleta de desarrollos teóricos, sino que se juegan las diferencias sutiles de la clínica.

Para ello es necesario repasar brevemente las figuras lacanianas de la madre, deslindando lo que está del lado de la madre fálica y lo que se abre, cual abismo, más allá, es decir, la mujer en la madre. Tal como señala Marie-Hélène Brousse, “[e]ste campo nombrado por Lacan ‘deseo de la madre’, a entender según las dos modalidades del genitivo francés, comporta una zona oscura, no saturada por el Nombre del Padre, y como tal *sin límite definido* (Brousse, 2017, p. 3).

3.3.1 El deseo de la madre: deslocalización, capricho, desmesura

Comencemos por considerar los términos con los que Lacan sitúa el Deseo de la Madre, es decir, el elemento que el Nombre del Padre vendría a sustituir, y por ende, a negativizar, por obra y gracia de la metáfora. En el *Seminario 4*, encontramos, de un lado, la vertiente del fantasma de

devoración, y su tratamiento como temor a la mordedura del caballo, que lo articula con la castración. Decía Lacan sobre Hans: “¿[c]ómo no va a ver que está lo bastante cerca como para ser engullido? La madre, insatisfecha e insoportablemente privada, puede morderlo igualmente” (Lacan, 2008c, p.329).

Del otro lado, numerosos pasajes describen la incidencia del deseo materno en función de cierta deslocalización o perturbación en la dimensión imaginaria, con variados matices: la desorientación, lo que arrastra, lo que se mueve o se acelera, lo abismal, lo indiferenciado y/o indefinido, tal como se constata en las siguientes citas:

Lo que [Juanito] teme, no es tanto que le separen de ella, sino que se lo lleven con ella Dios sabe donde. Este elemento, lo vemos surgir a cada momento en la observación –en la medida en que es solidario de la madre, *ya no sabe donde está* (Lacan, 2008c, p. 328, las cursivas son mías)

[...] es él quien acaba asumiendo personalmente el agujero de la madre, o sea *el abismo crucial, el punto último en cuestión, la cosa que no se puede mirar, que flota en forma de una negrura siempre inaprehensible* delante de la figura del caballo, *precisamente donde muerde*, la cosa dentro de la cual no se debía mirar (Lacan 2008c, p. 332, las cursivas son mías)

Este elemento, es el movimiento [...] En un lenguaje más moderno, se dirá que hay una aceleración. Es lo que nos dice Juanito –el caballo, como arrastra algo tras él, resulta temible cuando se larga, más cuando arranca deprisa que cuando arranca despacio (Lacan, 2008c, p. 348)

Estas formulaciones tienen prolongaciones en las figuras de la madre que Lacan introduce en los seminarios subsiguientes.

En primer término, tal como señala Miller (1995), la descripción sobre el agujero de la madre, la oscuridad inaprehensible, el abismo que no se ha de mirar, anticipa la que realiza años más tarde sobre *Das Ding*. Además, en *La ética del psicoanálisis* acuña por primera vez, el neologismo que da cuenta de su localización paradójica: “[...] ese lugar central, esa exterioridad íntima, esa *extimidad*, que es la Cosa” (Lacan, 2007a, p. 171, las cursivas son mías). Entonces, la Cosa es aquello que, siendo el núcleo más íntimo del sujeto, se presenta como externo y extraño. Pero además, y esto es fundamental, con *Das Ding*, se pone en juego el goce. La madre, objeto incestuoso, ocupa el lugar de *Das Ding*, dice Lacan, y ésta configura una zona incandescente, una vacuola de goce mortífero a la

que sólo se accede por transgresión –y allí la evocación del Marqués de Sade–, o porfiando en un deseo extraño y perturbador –y allí Antígona–. Otra vía de tratamiento de *Das Ding* consiste en tomar un objeto cualquiera para elevarlo “a la dignidad de la Cosa” (Lacan, 2007a, p. 139), definición lacaniana de la sublimación que el ejemplo de las cajitas de fósforo de Jacques Prèvert generaliza, extendiéndola más allá de las grandes obras de arte. Si tomamos la definición en el sentido más amplio, el objeto fóbico se emparenta con ella, puesto que también vale como recurso para circunscribir el vacío, heredando de *Das Ding* su topología éxtima. Así, funciona como un operador que habilita el pasaje del exceso de *Das ding* a la fragmentación y normalización del goce vía los objetos parciales de la pulsión, tal como lo describe Miller en “Los paradigmas del goce” –y mediante el complejo proceso descrito en el apartado anterior–.

Un año más tarde, en el *Seminario 8*, Lacan esboza otra figura de lo materno, de una abrumadora desmesura, cuando la homologa con el océano Pacífico, a la vez que ubica lo que funciona como dique: “Diré incluso que la fobia es la señal luminosa que aparece para advertirte que estás funcionando con la reserva de libido” (Lacan, 2003, p. 436).

En efecto, frente a lo ilimitado de lo materno, la fobia es un artificio defensivo, y uno que, insiste Lacan en el noveno seminario, vale por su efecto localizador:

[...] en tanto que ésta introduce un resorte significativa clave que permite al sujeto preservar lo que está en juego para él, a saber, *ese mínimo de anclaje, de centramiento de su ser*, que le permita no sentirse un ser completamente *a la deriva del capricho materno* (Lacan, clase del 20/12/61, las cursivas son mías)

Lo materno va del deseo al goce por la vía del capricho, es decir, lo no anticipable ni regido por legalidad alguna. Esta ambigüedad entre deseo y goce para situar a la madre es nombrada por Cottet, con la expresión “deseo maternal ilimitado” (Cottet, 2006, p. 5).

Del otro lado, la caracterización del deseo de la madre articulado con la devoración va a resurgir varios años más tarde en la figura paradigmática del *Seminario 17*:

El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre (Lacan, 2008d, p.118)

Entonces, el caballo viene al lugar de aquello que traba la boca del cocodrilo, ya que la eficacia de la fobia, como señaló reiteradamente Lacan, reside en su valor de remedo fálico: “Hay un palo, de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia, en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama el falo. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra” (Lacan, 2008d, p. 118).

Sin embargo, la posición “atípica” que pronostica para Hans, plantea el problema de lo que el falo no simboliza ni regula. Tal como señala Miller, “[l]o que atormenta tanto a Juanito cuanto a este seminario, es que no toda la angustia parece ser absorbida y transformada en la fobia” (Miller, 2005, p. 204).

Algo inaprensible se escapa, un resto indócil subsiste a la operación. Se pueden alegar razones relativas a la época, de una crisis de la virilidad, como situó Lacan respecto de Hans y la generación del ‘45, la de aquellos que esperan “que les quiten los pantalones” (Lacan, 2008c, p. 418). Es decir, que lo que queda del falo ya no es de piedra, como un rasgo epocal, podríamos decir. A la vez, es posible rastrear los *impasses* y avatares en la singularidad del caso, y esto también lo hizo Lacan, al analizar los elementos de los que se sirvió Hans para salir de la fobia y situarse “atípicamente” en la vida. Por último, es necesario situar lo que es de estructura, contraponiendo las figuras lacanianas de la madre: se puede poner un palo en la boca del cocodrilo, pero no hay dique que frene el Pacífico. De modo que de un lado tenemos la *homelle*, es decir, la madre falicizada, y del otro, lo que se abre más allá de ella. En palabras de Brousse “[h]ay en la madre, al lado del deseo, un goce desconocido, femenino” (Brousse, 2017, p. 33), que está en la raíz de lo *Unheimliche* freudiano y se presenta como deslocalización, capricho y desmesura.

3.3.2 Clínica de la agorafobia: la angustia, el espacio y el acompañante

Si consideramos lo desarrollado hasta acá, en articulación con la clínica en la que se basa esta investigación, la agorafobia se presenta como una respuesta, bajo la forma de un temor al espacio, frente a la presencia deslocalizada y perturbadora de lo femenino (en la madre). Para elucidarlo, recordemos sus tres rasgos característicos: la presencia persistente de angustia, la peculiaridad del espacio como objeto fóbico, el recurso del acompañante.

En primer lugar, y como fue esbozado en el apartado previo, la angustia de la agorafobia puede ponerse a cuenta de un impasse en la separación, es decir, la dificultad de extraer un objeto, para luego hacerlo pasar al campo del Otro. Entonces, el goce se presenta como algo que se mueve y acelera bruscamente, que arrastra, como insistía Juanito. Lacan tomó nota de los efectos: “[...] lo que Juan teme no es tanto ser separado de su madre, pues a una pregunta de su padre, él mismo precisa que está seguro, casi demasiado seguro, de poder volver” (Lacan, 2008c, p. 319). O en sentido inverso, en el *Seminario 6*: “Ella se lo llevará al fin del mundo, se lo llevará aún más lejos, se lo llevará con la misma frecuencia con que ella desaparece, se eclipsa” (Lacan, 2015a, p. 472). En consecuencia, la angustia en cuestión no es sólo la que surge ante el deseo del Otro, ya articulada a la castración, que es la angustia de las “apariciones ansiógenas” como plantea Miller, sino la “angustia lacaniana”, la de las “separaciones erógenas” que empuja a la cesión del objeto. De allí su particular persistencia cuando esta operación no acaba de producirse.

Aquí cobra relieve la particularidad de objeto agorafóbico, que no funciona como horma que contiene y delimita el cuerpo, de modo que la distinción interior/exterior resulta endeble. Correlativamente, el espacio no acaba de conformarse según el ordenamiento fálico, sino que se abre como abismo a cada paso.

En segundo término, hace falta considerar las características del espacio al que teme el agorafóbico, el “vacío” del que hablaba Legrand du Saulle,

y poner de relieve su relación con el goce en la modalidad que Lacan ubica más allá del falo.

El espacio en cuestión es un espacio distinto del euclidiano, cotidiano, distinto del espacio regulado por el régimen fálico. Un espacio *Otro* que Lacan procuró capturar por diferentes medios y figuras a lo largo de su enseñanza: ante todo la topología, pero también el “más allá de la *Atè*” de Antígona, el litoral sin límites definidos de la letra, el infinito cantoriano y la Tortuga de Aquiles, por mencionar algunos.

En el *Seminario 19* se vale de las palabras del poeta Henri Michaux para describirlo: “Ella [la mujer] es por cierto la que, de esta figura del Otro, nos brinda la ilustración a nuestro alcance, por estar, según lo escribió un poeta, *entre centro y ausencia*” (Lacan, 2012, p. 118). Identifica el centro con la función fálica y la ausencia con un goce que no participa de aquella y “que no es menos goce por ser *jouissabsence* (gozoausencia)” (*Ibidem*). Se trata del goce que en año más tarde denominará no-todo fálico. Siguiendo la lectura que Miquel Bassols (2017) hace de esta cita, el centro es un término geométrico, relativo al espacio, mientras que la ausencia es un término temporal, relativo a las apariciones y desapariciones sucesivas. La referencia al tiempo cobra relevancia, porque remite a la angustia. Podríamos decir que lo que en términos espaciales es un “entre” sin límites precisos, en términos temporales es un “intervalo” igualmente indefinido, el de la angustia. Ambo se articulan en el vacío al que teme el agorafóbico.

El significante de la falta en el Otro, ubicado del lado femenino de las fórmulas de la sexuación, es un matema que escribe esta doble vertiente: el punto en que el Otro se hiende y la efracción de un goce más allá de la égida fálica, ante lo cual el fóbico se amuralla, sin que ello implique el fin del asedio ni la clausura del vacío que se abre bajo sus pies. Es posible situar allí un punto de máxima afinidad entre goce y angustia, al cual, haciendo uso de dos lenguas, podríamos denominar *jouissangst*, y ponerlo a cuenta de la nominación real que Lacan propone en R.S.I. Al decir de E. Sinatra, “[d]esde esta perspectiva –que sitúa el lado real de la estructura– *la fobia hace síntoma* evidenciando una modalidad de

defensa contra el goce destinada siempre al fracaso ya que ella –la fobia– no es sino, llevada al extremo, un modo de gozar, y es éste, paradójicamente, el éxito de la fobia” (Sinatra, 2009, p. 121).

Entonces, si bien decimos que el niño vislumbra lo femenino en la madre, como una manera de nombrar ese goce que se le presenta en toda su opacidad y extrañeza, es el propio sujeto el que resulta afectado, en la angustia, incluso en el horror.

En este punto es necesario articular el rechazo de lo femenino que Freud situó primero con el tabú de la virginidad, pero también, y fundamentalmente, en la “roca de base” a la que arriba el análisis. Entonces, cabe concluir, la injerencia de lo femenino en el núcleo del síntoma fóbico está en la raíz del rechazo que alimenta su persistencia duradera. Se trata entonces de “[...] desplazar el acento puesto en el deseo de la madre hacia la cuestión del goce del propio sujeto, del *parlêtre*, para ser más precisos” (Berenguer, 2018).

Con Freud, siguiendo su intuición acerca del carácter femenino de las topofobias, habíamos concluido que el goce frente al cual el sujeto está amedrentado es el goce inefable, fuera de sentido, femenino, que Miller situó como paradigma del goce en tanto tal. Así, el masoquismo femenino quedaba reducido a una variante de la defensa ante dicho goce, el del masoquismo erógeno en términos freudianos, ése al que no logramos dar hospitalidad, como señala E. Laurent (2019).

Contra los posfreudianos, que suscribieron la noción de masoquismo femenino –tal como muestran los casos de agorafobia de H. Deutsch, consignados en los antecedentes– Lacan señaló que se trata de un fantasma masculino, y en cambio propuso la noción de estrago para dar cuenta de una relación marcada por la desmesura, que tiene su paradigma en el vínculo entre la hija y la madre. Vale la pena recordar su objeción a la idea freudiana acerca de la castración en la niña, que por ser inicial le daría ventaja en la resolución del Edipo. Esta idea, dice, Lacan, “[...] contrasta dolorosamente con el hecho del estrago que en la mujer, en la mayoría, es la relación con la madre, de la cual parece

esperar como mujer más sustancia que de su padre –lo que no va con su ser segundo en este estrago” (Lacan, 2012, p. 489).

Según M.-H. Brousse, la disyunción operada por Lacan entre la madre, del lado de la universalidad fálica, y la mujer, del lado de la inconsistencia del universal, tiene por correlato dos caras del estrago: “[...] una cara fálica, de reivindicación articulada al deseo de la madre, y una cara no todo fálica que compete al arrebató del cuerpo, y que está vinculada a la dificultad de simbolizar el goce femenino” (Brousse, 2017, p. 34). Para la niña, no hay cicatriz capaz de simbolizar la castración, prosigue Brousse, porque lo irrepresentable femenino es lo que del cuerpo no se deja reabsorber en el cuerpo simbólico, dejándolo particularmente expuesto al arrebató.

En la vecindad del estrago, que aparece en el punto de un goce enigmático percibido en la madre, el miedo al espacio se erige como respuesta ante este goce inefable, no limitado por el falo. Como precario dique frente el Pacífico, el síntoma agorafóbico lleva su desmesura como marca, en la ubicuidad de su objeto. Pero también, en el paroxismo de la angustia, que hace necesario, *in extremis*, el recurso del acompañante.

Para explicar su papel, a propósito del caso de una joven agorafóbica, Maurizio Massotti plantea que ella se asegura de jamás encontrarse sin la cobertura de un otro imaginario que se interponga ante el deseo del Otro. Entonces, el acompañante valdría como al-menos-uno, que (re)instaura la función fálica. Podríamos agregar que mientras en las zoofobias esta función recae sobre el objeto, en la agorafobia hace falta echar mano del acompañante.

Pero también, y sin que resulte excluyente, vale la pena acentuar su carácter de “prótesis imaginaria”, de modo que, a solas con el goce que amedrenta, el agorafóbico echaría mano de otro cuerpo para garantizar la consistencia del propio, arrebatado por el goce-angustia que acompaña la deslocalización.

3.4 Otra vuelta de la mano de Juanito

Lacan no dejó de volver al caso Juanito hasta su última enseñanza, dejando indicaciones que valen como pistas para repensar el síntoma fóbico, el cual, a su vez, se presta a nuevos usos en la reformulación conceptual radical que aquel lleva a cabo. Daremos entonces otra vuelta de la mano del niño más famoso del psicoanálisis, en función del triplete conceptual de ese período: cuerpo, *sinthome* y escabel. A la vez, esta perspectiva se combina con el ordenamiento que consiste en tomar en cuenta, de un lado, la eclosión de la fobia, y del otro, su resolución.

De modo preliminar, para situar el contexto, no es demasiado arriesgado afirmar que la noción de cuerpo ocupa un lugar central en el giro que conduce a la última enseñanza de Lacan. Podría incluso decirse que en esta fase, en la que se esfuerza por repensar los fundamentos de la práctica analítica, “todos los caminos conducen al cuerpo”. De hecho, los conceptos prínceps que orientan la práctica son reformulados de modo tal que se refieren a él de modo directo: “lo real es el misterio del *cuerpo* que habla” (Lacan 2066a, p. 158); la angustia surge de “esa sospecha que nos asalta de que nos reducimos a nuestro *cuerpo*” (Lacan, 2015b, p. 27); “el síntoma es “acontecimiento de *cuerpo*” (Lacan, 2012a p. 595); “las pulsiones son el eco en el *cuerpo* de que hay un decir” (Lacan, 2008e, p. 18); lo imaginario, en tanto consistencia, es el *cuerpo*, la *corpsistance*; la interpretación es el forzamiento que hace resonar, en el *cuerpo*, otra cosa que el sentido (Lacan, clase del 19-04-77, inédita); “*parlêtre*”, por fin, es el neologismo que nombra la condición del hablante que *tiene un cuerpo*, y que viene a reemplazar lo mortificado y evanescente del sujeto del inconsciente.

En cuanto a la fobia, tal como plantea E. Sinatra, si en la enseñanza clásica era teorizada como una respuesta al Otro, a partir de ahora será el cuerpo del *parlêtre* lo que entra en juego:

Donde escribíamos déficit del padre y luego inconsistencia del Otro ¿qué hay del lado del Uno sino el cuerpo? Hay el impropio cuerpo propio, porque hablar del cuerpo propio es un problema, uno no termina de apropiarse del cuerpo, ya que siempre éste tiene algo de extraño, como le ocurre al Hans con el pene que se manifiesta como una parte fuera del cuerpo, una

parte que empieza a saltarle y él no sabe qué hacer con eso (Sinatra 2013, p.120)

3.4.1 El cuerpo en la fobia: angustia y disrupción de goce

En el contexto antepuesto, Lacan vuelve referirse a la fobia de Juanito en unos pasajes breves pero extremadamente condensados, en los que reduce el caso al carozo, a la vez que lo usa como paradigma de lo que, con J.-A. Miller y E. Laurent, denominamos, disrupción de goce,

[...] tomado aquí en una doble acepción. Es tanto la efracción primera como sus réplicas, que en cada caso no cesan de alterar las distintas homeostasis o estabilizaciones que el sujeto ha podido establecer como defensas contra la efracción repentina de un goce desconocido para él (Laurent, 2014).

Una serie de referencias de los años 1974 y 1975 redefinen la angustia, subrayan el carácter *fuera de cuerpo* del goce llamado fálico por oposición al goce *en el cuerpo*, y acentúan el carácter de ajenidad del órgano, dejando planteada la cuestión de la diferencia para la niña.

En el seminario RSI, munido del nudo borromeo y embarcado en la empresa de redefinir el ternario freudiano –inhibición, síntoma y angustia– en función del propio –imaginario, simbólico, real–, dice Lacan: “¿Qué es la angustia? Es lo que del interior del cuerpo, ex-iste, cuando hay algo lo despierta, lo atormenta” (Lacan, clase del 17/01/1974, inédita). Esta definición de la angustia como perturbación del cuerpo, podría remitir, según Francisco Depetris, a la teorización freudiana de la angustia traumática, que pone en jaque el equilibrio del aparato psíquico. El cuerpo cuenta como afectado por algo que lo atormenta.

Lacan, por su parte, vuelve a renglón seguido a la fobia de Hans, para ubicar con toda precisión aquello de lo que se trata:

Vean al pequeño Hans cuando se vuelve sensible la asociación a un cuerpo, particularmente macho en este caso, definido como macho, la asociación a un cuerpo de un goce fálico. Si el pequeño Hans se precipita en la fobia, es evidentemente para dar cuerpo –lo he demostrado durante todo un año– para dar cuerpo al embarazo que tiene por ese falo y para el cual se inventa toda una serie de equivalencias diversamente pifiantes bajo la fobia que se dice del caballo (*Ibidem*).

La cita condensa en una serie aspectos: en primer lugar, Lacan subraya que se trata de un cuerpo macho, lo cual abre la pregunta por el cuerpo hembra, que luego retomaremos; segundo, el goce entra en asociación con el cuerpo, es decir que no proviene de él; por ende, y éste el tercer punto, el goce tiene carácter disruptivo y requiere todo un trabajo para adjudicarle un cuerpo, a modo de tratamiento (como desarrollamos en el punto 3.2.2); cuarto, el goce en cuestión, es el denominado goce fálico. Para entender el alcance de esta formulación, hace falta tener en cuenta el cambio radical de paradigma del nudo borromeo, que instaura la equivalencia entre los tres registros echando por tierra la primacía de lo simbólico, y planteando la pregunta fundamental acerca de cómo se produce el anudamiento. Una de las consecuencias más notorias de este giro es el nuevo status que adquiere lo imaginario, que se especifica como consistencia –frente al agujero de lo simbólico y la ex–istencia de lo real–. Si tenemos en cuenta el nudo tal como lo dibuja en la conferencia titulada “La tercera”, resulta claro que lo imaginario es el cuerpo y su consistencia. Ahora bien, el goce fálico se ubica en el cruce entre real y simbólico, sin conexión con lo imaginario, de modo que se caracteriza por ser un goce fuera de cuerpo, “exterior al denominado campo del cuerpo” (Lacan, 2015b, p.28). De allí su carácter disruptivo, que sacude el imaginario corporal, que “revienta la pantalla” (Lacan, 2015b, p. 20), dice Lacan, sirviéndose del ejemplo de Mishima. Así queda reformulado aquello que ya había ubicado en el *Seminario 4*, acerca del pene real de Juanito. En este nuevo contexto, se trata del goce fálico, fuera de cuerpo, que parasita el órgano, y se contrapone al Otro goce, situado entre imaginario y real, y por lo tanto *en* el cuerpo.

Ahora bien, la interrupción del goce fálico tiene por correlato una manifestación típica, la angustia, la cual, según desarrolla en R.S.I, se ubica entre imaginario y real. No en vano Lacan retoma el término “embarazo”, que había delimitado con toda precisión en el cuadro matricial del *Seminario 10*. Entonces, “[c]onforme a ella [la lógica borromeana], tendríamos, por un lado, una disposición universal a la angustia (“No hay” cuerpo del Otro), y, por otro, una angustia-

acontecimiento correlativa de una existencia (“Hay” el goce fálico). La angustia nos da una señal de la inexistencia del Otro, de la inexistencia de un cuerpo del Otro que se adecúe a un goce fálico que sí existe, y que perturba el equilibrio del cuerpo propio” (Depetris, 2005, p. 84). Como resulta evidente, no se trata aquí de la angustia de castración, sino de una angustia que remite a la faz real de la fobia, es decir, considerada más allá del padre y su semblantes, como respuesta ante la ausencia de relación sexual. El trabajo de la fobia consistiría, entonces, en localizar la angustia y hacerla pasar bajo el régimen del falo y la castración.

A la vez, en la misma conferencia, Lacan vuelve sobre la distinción entre miedo y angustia, la pareja de afectos de los que se vale la fobia:

¿De qué tenemos miedo? De nuestro cuerpo. Lo manifiesta ese curioso fenómeno sobre el cual durante todo un año di un seminario y que llamé *angustia*. En nuestro cuerpo, justamente, la angustia se sitúa en un lugar diferente que el miedo. Es el sentimiento que surge de esa sospecha que nos asalta de que nos reducimos a nuestro cuerpo. Es muy curioso que la debilidad el *parlêtre* haya logrado llegar a esto, a percatarse de que la angustia no es el temor de algo que pueda motivar al cuerpo. Es el miedo al miedo (Lacan, 2015b, p. 27)

Entonces, si el goce fálico revienta la pantalla, la angustia es el afecto que emerge cuando el sujeto teme que el cuerpo se suelte, de allí su carácter derivado, de miedo al miedo. El miedo, en cambio, dice Lacan justo antes de la cita extraída, es aquello mediante lo cual “animamos” a los animales, es decir, los imaginamos animados. De modo que el miedo localiza el cuerpo de otro modo, lo “anima” ante el desfallecimiento provocado por la interrupción de goce. Es lo que el arreglo fóbico enseña: el miedo sirve para resituar el cuerpo, localizando el goce en un objeto a medida, por así decirlo, que a menudo recae sobre un animal, en tanto semblante *prêt à porter* (Sinatra, 2009, p.110), como el caballo de Juanito.

En efecto, un año más tarde, en la “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma”, Lacan acentúa, por un lado, el carácter *hétero* del goce, y por el otro, ciertos rasgos imaginarios del objeto elegido:

Solo hay necesidad de saber que en ciertos seres, así llamados, el encuentro con su erección no es autoerótico en lo más mínimo. Es lo más hétero que hay. Se dicen –¿Pero qué es eso? Y se lo dicen tan bien, que el

pobre Juanito sólo piensa en eso –lo encarna en objetos que son francamente externos, a saber, en ese caballo que piafa, que da coces, que corcovea, que cae al suelo. Ese caballo que va y viene, que tiene cierto modo de deslizarse por lo andenes tirando de un carro, es totalmente lo más ejemplar para él de lo que tiene que enfrentar y sobre lo cual no entiende nada, sin duda gracias a que tiene cierto tipo de madre y cierto tipo de madre. Su síntoma es la expresión, la significación de ese rechazo (Lacan, 2006b, p. 128)

Hace falta reparar en el modo en que Lacan describe al caballo como un objeto animado, que se mueve y se traslada, y que por esta razón se presta bien para darle cuerpo al goce hétero que aflige al niño, parasitando el órgano y fracturando el imaginario corporal. De modo que el acento ya no recae sobre el significante y su poder metafórico, sino sobre los rasgos imaginarios del objeto que lo hacen apto para darle un cuerpo al goce. Entonces, plantea Depretis, “[...]el cuerpo cuenta [en la fobia] como cuerpo que “le es dado” al goce fálico a través de la invención de equivalentes del falo. Este cuerpo –del Otro– es el que no existía en el primer tiempo de emergencia de la angustia y viene a posibilitar un tratamiento de ella a partir de la localización del objeto fóbico” (Depetris, 2005, p. 84).

Por otra parte, también es destacable que Lacan ponga de relieve el rechazo del goce, que viene a sumarse a la angustia y el temor, dándole su particular intensidad al síntoma fóbico. Prosigue entonces, para concluir con una nueva definición de la fobia:

Ese rechazo no merece en lo más mínimo ser etiquetado como autoerotismo, con el solo pretexto de que después de todo ese *Wiwimacher* lo tenga enganchado en algún lugar de su bajo vientre. El goce de ese *Wiwimacher* le es ajeno al punto de estar en el principio de su fobia. Fobia quiere decir que está amedrentado por él (*Ibidem*)

Es notorio el contraste entre esta definición, que pone el acento sobre la respuesta y afectación ante el goce disruptivo, con la del cristal significante de la enseñanza clásica.

Subraya también la ajenidad del goce y la localización del órgano sobre el que recae, el *Wiwimacher*, parasitado por el goce fálico, que además deja planteado el interrogante sobre la diferencia sexual. A continuación de la cita tomada antes de RSI, prosigue en estos términos:

[...] el pequeño Hans en su angustia, principio de la fobia, y es en este sentido que al volvérsela, a esta angustia, si se puede decir, pura, que se llega a hacerlo acomodarse con este falo del cual, al final de cuentas, como todos lo que se encuentran llevando su carga, la que un día he calificado de bandolera, y bien, es preciso que se acomode a él, a saber, que esté casado... ¡con ese falo! Eso, es con lo cual un hombre no puede nada. La mujer que no existe, ella puede soñar... con tener uno, ¡pero el hombre está afligido por él! No tiene allí otra mujer que eso (Lacan, clase del 17/01/1974, inédita)

Aquí vale la pena recordar lo que planteaba D. Roy (2017) respecto de esta distinción: el niño no puede remediar la ajenidad del órgano, y Lacan insiste en ello en la conferencia pronunciada en el Seminario Kanzer de Yale University, y otra vez con Hans como ejemplo: “[...] ningún niño experimenta jamás que ese pene le esté adherido naturalmente. Considera siempre al pene como traumático. Quiero decir que piensa que pertenece al exterior del cuerpo. Por eso es que lo mira como algo separado, como un caballo que comienza a elevarse y a cocear” (Lacan, 2015c, p. 20).

En cambio, para la niña, prosigue Roy, lo que se presentaría de modo prioritario como respuesta ante la falta en el Otro es la amenaza de devoración, tanto más cuando esa falta se ve redoblada de modo imaginario del lado del sujeto. Dicho en otros términos, también según Roy (2019), la niña está bajo el efecto de la diferencia, sin tener lo que haría falta para calibrarla, es decir, sin disponer de los medios para hacerle límite en su propio cuerpo. De modo que, lo que queda en primer plano es lo que ubicamos a propósito del núcleo agorafóbico: el enigma del deseo de la madre, y, allende, la opacidad inquietante del goce femenino, donde se abre la dimensión del estrago.

En la sesión de clausura de la Jornada de Carteles del 13 de abril de 1975, Lacan parece retomar la idea freudiana acerca de la castración de la niña:

[...] es seguro que puede concebirse que para la niña, como se dice, se despliega mejor, por eso ella es más feliz, se despliega porque necesita un cierto tiempo para darse cuenta no tiene el pequeño pipí y eso le produce angustia también, pero es una angustia por referencia, por referencia aquel que está aquejado por él (Lacan, 2014, p. 16)

No obstante, si lo articulamos con la ausencia de límite del lado femenino de la sexuación, teniendo además en cuenta la vertiente del estrago, la “felicidad” se convierte en ironía. Lo que resta es la referencia a otro cuerpo, que anticipa lo que formulará en “Joyce el síntoma”, a propósito de la posición femenina como síntoma de otro cuerpo. La tesis de Lacan, según la lectura de Juan Carlos Indart que conjuga este texto complejo con el Seminario 23, es que del lado “LOM” hay el goce del pene, situado entre imaginario y real, “[...] un goce *en* el cuerpo, cuya escritura para el caso del hombre le da una consistencia a la imagen corporal” (Indart *et al*, 2018, p. 41), y se cierra como nudo. En cambio, del lado mujer, la consistencia del imaginario corporal se hace como trenza, a partir de otro cuerpo, ya sea por la vía del síntoma o la identificación, y en consecuencia, siempre será más lábil o inconsistente, porque no se cierra. La diferencia, entonces no pasa por la noción de síntoma, sino por el cuerpo en que éste se ubica: “[...] hijo, padre, bicicleta, novio, hermano, templo, sacerdote, gato, veinte gatos, psicoanalista, lo que fuera, algo” (Indart *et al*, 2018, p.87), dice Indart, para poder *tener* un cuerpo. Esta lista, tan hereróclita como la de Legrand de Saulle, arroja nueva luz sobre el estatuto del acompañante agorafóbico.

3.4.2 De la resolución curativa al arreglo fóbico

Entre los múltiples usos que Lacan le dio al caso Juanito y lo que supo extraer de él, hay una idea fundamental que se proyecta como una diagonal hasta la última enseñanza: “Si un síntoma puede ser utilizado como el Nombre-del-Padre, quizás el Nombre-del Padre no es más que un síntoma” (Miller, 2009, p. 215). En efecto, en el *Seminario 4*, prosigue Miller, tras poner en forma la ecuación de la solución de Hans con todas sus permutaciones, Lacan despeja la idea de que el caballo es un “Nombre del padre de recambio” (Miller, 2009, p. 179), y, por ende, podría haber otros. De allí se sigue la pluralización del nombre del padre y con ella se deshace la idea de una solución “típica”. Al punto que lo que Lacan plantea para Juanito tiene plena vigencia: hay soluciones “distintas que

las simbólicas. Están las imaginarias, que no son típicas” (Lacan, 2008c, p. 86).

La diagonal se dibuja entonces con una serie de términos que articulan diferentes mojonos de la enseñanza: las nociones de solución curativa y suplencia, que ya constan en el comentario sobre Hans; los nombres del padre, en plural, en el “seminario inexistente” (interrumpido por la expulsión de la IPA) y diez años más tarde, el seminario *Les noms du père / Les non dupes errent*; la nominación como modalidad de anudamiento, en RSI; por fin, el *sinthome*, cuarto elemento que hace nudo en el *Seminario 23*. Como plantea Miller:

[...] el *sinthome* siempre se inscribe para cada uno en la dimisión del padre [...] De ahí que se atribuya al *sinthome* la función de ser reparador -algo increíble, sí, pero perfectamente freudiano. El *sinthome* es una curación, un factor terapéutico (Miller, 2013, p.38)

Mutatis mutandis, es lo que Lacan dice de Hans, que la fobia sirve para suplir la carencia paterna: “Para Juanito, se trata de encontrar una suplencia para ese padre que se obstina en no querer castrar” (Lacan, 2008c, p. 367).

La última enseñanza, con el nudo borromeo, permite darle otra vuelta al arreglo fóbico, para “dejar de pensar el psicoanálisis como una religión de la castración” (Laurent, 2016, p. 132), dice E. Laurent, puesto que con este modelo Lacan busca una “articulación del cuerpo, del baño de lenguaje y de lo real del goce que pueda prescindir del padre y su *père-reversion*” (*Ibidem*). Esto implica un cambio de paradigma en términos de la localización del goce: en un primer momento pone el acento en la nominación, y luego, en la manipulación de la imagen como recurso para lidiar con la disrupción de goce y arreglárselas con el partenaire sexual. En efecto, en su afán de responder cómo es que los tres registros se anudan, Lacan produce dos modelos. El primero, en el *Seminario 22*, conjugando su ternario con el de Freud, postula tres nominaciones, cada una de las cuales redobla uno de los registros permitiendo hacer el nudo: la inhibición es una nominación imaginaria; el síntoma, una nominación simbólica; la angustia, una nominación real.

Con este modelo se puede repensar la fobia de Hans, y así lo hacen Osvaldo Delgado (2012) y Fabián Schejtman (2013), quienes sostienen que el momento agorafóbico inicial implica una nominación real, vía la angustia, que luego se resuelve mediante la nominación simbólica, es decir, la invención de “su caballo para todo” (Lacan, 2010b p. 199) Según, Christianne Ruffieux, la fobia al caballo, erigiéndose entre lo imaginario, lo simbólico y una exterioridad real, es un anudamiento que permite arrancarle a la angustia su certeza.

Más allá de las particularidades de cada caso, las nominaciones del ternario freudiano marcan cierto estilo, podríamos decir, o cierta “preferencia” por un modo de arreglárselas que hecha mano prioritariamente del síntoma, la angustia o la inhibición. Como plantea A. Vicens, conjugando este planteo con el curso de Miller titulado *Los signos del goce*, “[...] existiría la posibilidad de tratar la inhibición, el síntoma y la angustia aparte del significante, como constituidos en el orden del signo; serían en suma modos de ciframiento del goce” (Vicens, 2004, p. 4).

Pero la cuestión central es el valor que Lacan le confiere a la operación de dar nombre, pasando del nombre del padre al padre del nombre, o padre nombrante, poniendo en equivalencia padre, nominación y nudo. En sus palabras: “ [...] yo reduzco el nombre del padre a su función radical que es dar nombre a las cosas, con todas las consecuencias que eso comporta, porque eso no deja de tener consecuencias *y particularmente hasta en el gozar*” (Lacan, clase del 11/03/75, inédita, las cursivas son mías). La consecuencia, señala Laurent, es que la articulación de los tres nombres propios reemplaza al falo para nombrar y localizar los efectos de goce: “Y bien, los nombres del padre es eso: lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real en tanto que en mi sentido, con el peso que he dado a la palabra sentido, es eso los nombres del padre: los nombres primeros en tanto que nombran algo” (*Ibidem*). Ese “algo” no es sino una modalidad de goce, en tanto trozo de real que el nombre procura situar, aunque sin reducirlo en su opacidad. En efecto, lo que distingue la nominación de la comunicación es que apunta a un real, es decir, un

referente, y lo atrapa si consigue anudar el significante, el significado y la cosa. Esto es lo que Lacan toma del nominalismo filosófico, que “rinde homenaje al efecto del nombre sobre lo real”. El excursus por las teorías del nombre, de C. Levi-Strauss a S. Kripke, le permite tomar una posición *sui generis*, que concierne específicamente al psicoanálisis, según la cual si la nominación une palabra y referente, no lo consigue sin pasar por el tercer registro, a saber, lo imaginario. Según Lacan, ya Platón había advertido que sin pasar por la imagen “no hay posibilidad que los nombres se peguen a las cosas”. La nominación, entonces, anuda los tres, y el nombre del padre no es nada distinto que ese nudo. De modo que, como ya señalamos en el apartado previo, el caballo de Hans vale también por sus rasgos imaginarios, que lo hacen apto para darle cuerpo el goce. Pero además, darle un nombre a lo que lo aqueja –“mi tontería” “a causa del caballo”– no es sin consecuencias para la elaboración que el niño realiza, inventando toda la serie de equivalencias “diversamente pifiantes” que llevan a la resolución de la fobia.

En otro nivel de la experiencia, es lo que enseñan los testimonios de los AE: darle un nombre a lo más singular del goce habilita cierto uso que especifica el *sinthome* al final del análisis –según procuraremos mostrar con algunos casos que guardan relación con la fobia, en el capítulo final–. Como sostiene Laurent, y en sus palabras, se trata de extraer “[...] un nombre particular que incluya el resto de la experiencia analítica y las transformaciones que allí se operen relativas a las modalidades de goce del sujeto” (Laurent, 2001, p. 47). En este punto la nominación es correlativa del *sinthome*, es decir, un cuarto elemento que hace nudo, según el segundo modelo forjado por Lacan.

El pasaje del nudo de tres al de cuatro, se produce, según Indart, para resolver la cuestión del cuerpo. En efecto, dice Lacan:

Este nudo calificable de borromeo no se puede cortar sin disolver el mito del sujeto –del sujeto como no supuesto, es decir, como real–, al que no distingue de cada cuerpo aislable como *parlêtre*, cuerpo que solo tiene un estatuto respetable, en el sentido común de la palabra, por este nudo (Lacan, 2008e, p. 38)

Con el caso de James Joyce y el tratamiento que hizo de ese cuerpo que se le cae como cáscara, que “a cada rato levanta campamento” (Lacan, 2008e p. 64), Lacan se ve llevado a pensar que habría un cuarto elemento, el ego de Joyce, que viene a corregir el lapsus del nudo del escritor, el fallo en la consistencia corporal. Dado que el escritor irlandés no contaba con la referencia del padre y “tenía el pito algo flojo, si puede decirse así, su arte suplió su firmeza fálica” (Lacan 2008e, p. 16) En definitiva, el *sinthome*, en equivalencia con la fobia, es una suplencia del padre y el falo, que posibilita el rearmado imaginario.

Pero también, el nudo de cuatro implica contemplar los usos de la imagen corporal, esa con la que el *parlêtre* guarda una relación de adoración. En efecto, plantea Laurent, se trata de disponer (o no) de la imagen para arreglárselas con el goce, y allende, con el partenaire sexual. La novedad es que esa imagen ya no sólo proviene del Otro del espejo, sino de un elemento que “[...] preside a la producción del esfera”, dice Lacan (Lacan, 2012, p. 592): el imaginario del nudo tiene por sustrato un goce *en* el cuerpo, ubicado entre imaginario y real, que provee una particular consistencia, por la cual el *parlêtre* tiene un cuerpo. En resumidas cuentas, “el síntoma no se reduce al goce fálico” (Lacan, 2015, p. 23), sino que el nudo de cuatro contempla esta otra modalidad de goce.

Entre las invenciones de Hans, la que puede darnos una idea de lo que implica manipular la imagen, es el episodio de la famosa jirafa. En el *Seminario 4*, Lacan señala que la primera imagen de la jirafa pequeña es la síntesis de lo que Juanito aprende a hacer, y añade: “aprende cómo se puede jugar con las imágenes” (Lacan, 2008c, p. 344). Años después, en el *Seminario 16* pone el énfasis en la escritura:

No dibuja la jirafita para mostrar que sería una imagen comparable con la otra, sino que es una escritura en un papel, eso por lo cual él la *zerwurzelt*, como se expresa en el texto, él la arruga, y se le sienta encima (Lacan, 2011, p. 294)

Luego, en el Seminario 24, ubica el “arrugamiento” (*chiffonée*) como principio del chiste, que consiste en manipular una palabra para otro uso que aquel para el que estaba hecha. Resta lo que Hans hace con el cuerpo

que tiene, y que Lacan describe como un gesto triunfal, un gesto de dominio: la arruga, *y se sienta encima*.

En la misma línea, en el historial freudiano consta un detalle que no escapó al padre ni a Freud:

Vamos frente a la casa. Está muy contento y, como brinca de continuo cual si fuera un potrillo, le pregunto: «Escucha, ¿quién es en verdad un caballo de diligencia? ¿Yo o mami?».

Hans (con prontitud): «Yo, yo soy un potrillo» (Freud, 1992j, p.49)

Lo elaborado por Lacan acerca de una consistencia imaginaria arraigada en un goce *en el cuerpo*, ilumina el misterioso “placer del movimiento” del que hablaba Freud a propósito de este juego de Hans, y que es un elemento orientador en la clínica con niños.

Ahora bien, en cuanto a arreglárselas con el partenaire sexual, Lacan formula el famoso vaticinio sobre Hans:

Juanito se sitúa en determinada posición pasivizada [...] Se acerca en este sentido a determinado tipo que no les parecerá ajeno a nuestra época, el de la generación de cierto estilo que conocemos, el estilo de los años 1945, esa gente encantadora que esperan que las iniciativas vengan del otro lado— esperan, por decirlo todo, que les quiten los pantalones. En este estilo veo dibujarse el porvenir de este encantador Juanito, por muy heterosexual que parezca (Lacan, 2008c, p. 418).

Miller señala que, dado lo que sabemos de su vida posterior, hay que matizar el miedo que supuestamente Juanito le tendría a las mujeres. No obstante, es necesario ponderar cómo se compone el arreglo de Hans, que justifica este pronóstico.

La suplencia de Juanito, prosigue Miller (2011, está hecha de elementos maternos y femeninos: el linaje materno y la identificación con la hermanita como ideal del yo, según la formulación de Lacan.

En cuanto al primero, lo describe en estos términos:

La madre, al final del proceso, se desdobra. Éste es un punto muy importante, que le permite al niño encontrar un equilibrio con tres patas, base mínima para establecer la relación con el objeto. El tercero que no ha encontrado en su padre, lo encuentra en la abuela, cuyo valor decisivo, aplastante incluso, en las relaciones de objeto, ha captado perfectamente bien. Precisamente porque detrás de la madre él añade otra, Juanito, por su parte, se instaura en una paternidad (Lacan, 2008c, p 386).

Entonces, la solución de Juanito al problema del goce es la creación imaginaria de un Nombre del Padre encarnado por la madre del padre. Esto lo convierte, según Lacan, en “hija de dos madres” (Lacan, 2008c, p. 421), destacando el femenino que usa para describir el lugar al que arriba. Dado que la fobia es un arreglo allí donde el falo no alcanza (en el doble sentido del término), en su lugar Juanito arma un Otro materno, jubila a su padre y asume él mismo la paternidad, haciendo valer la equivalencia niño=falo. Como dice Miller, “[e]n cierto modo termina reconociendo de manera directa, una de las soluciones de la sexualidad femenina, la potencia fálica en el hijo” (Miller, 1995 p. 8).

El segundo elemento del arreglo de Hans pasa por el lugar que le concede a su hermanita, la misma cuyo nacimiento es uno de los elementos que desatan la crisis. En palabras de Lacan:

El curso de la vida ha llevado a esta hermanita a representar para él ese término alejado, más allá de lo que le resulta accesible al amor, que es el objeto de amor idealizado, a saber, esa *girl = phallus* que fue el punto de partida de nuestro análisis y permanecerá, no tenemos porqué dudarle aunque se trate sólo de una extrapolación como una marca que dará su estilo y su tipo a toda la vida amorosa de Juanito. (Lacan, 2008c, p. 279).

Finalmente, Hans consigue, por interpósita persona, lo que “la inglesita” consigue para sí misma: la *girl phallus* en este caso es Anna, la hermanita, ubicada como Ideal del yo. Lacan lo pone a cuenta del siguiente episodio:

Un día trató de poner a su hermana a caballo encima de ese corderito. [...] La hermana ha tenido que dominarlo para que él, Juanito, pueda tratar al caballo como se merece, o sea zurrarlo. En este momento se confirma la equivalencia entre el caballo y la madre –golpear al caballo es también golpear a su madre. La hermanita montada en el corderito, ésta es pues la configuración que queda al final [...] Lo que he querido indicarles, para que quede como un punto de apoyo, es *la singular necesidad de un cuarto término* que vemos ahí como un residuo bajo la forma de este cordero, término animal donde encontramos el propio término de la fobia (Lacan, 2008c, pp. 389-390, las cursivas son nuestras).

Entonces, Anna es la dueña del caballo, y por su intermediación Juanito puede llegar a golpearlo, a dominarlo. De este modo, como señala C. Ruffieux, el síntoma ofrece al sujeto, en su relación con el otro sexo, un semblante de orden. Pero además, en este párrafo resulta llamativa la alusión a un cuarto término con el cual Lacan parece anticiparse a sí

mismo, y al que califica de término residual, al mismo tiempo que lo ubica como la culminación del arreglo fóbico.

Sea como sea, si bien con Juanito se pone en evidencia lo traumático del encuentro con el Otro sexo, también es cierto que en una de sus últimas menciones, Lacan, enterado ya de los avatares de su vida, matiza su pronóstico de antaño y pone en valor el tratamiento propiciado por el padre y Freud:

¿Qué puede significar la fobia de Juanito como no sea que está traduciendo el original de la historia, el hecho que el nota que tiene un pene? Aún no logró domarlo con palabras. Esas palabras son el analista – es decir, su padre (Freud no se ocupó aún de él)– Freud lo presiona para que diga las palabras que podrán calmarlo. Y como tenemos el propio testimonio de Juanito –siendo adulto vino a los Estados Unidos– lograron perfectamente liberarlo de su fantasía, de manera que incluso él no se acordaba ya de haber sido Juanito. Ese caso fue un éxito, ¿pero qué significa sino que el padre, con la ayuda de Freud, logra impedir que el descubrimiento del pene no tenga consecuencias demasiado desastrosas? (Lacan, 2005, p. 21).

3.4.3 El escabel de Juanito, o la invención de Herbert Graf

En efecto, lo que sabemos de la vida adulta del Juanito no sólo no es desastroso sino que resulta impactante y justifica un breve excursus por el tercer término del triplete conceptual de la última enseñanza, la noción de “escabel” o *S.K.beau*, que Miller define como “[...] aquello sobre lo que se alza el *parlêtre* para ponerse guapo. Es su pedestal, que le permite elevarse, él mismo, a la dignidad de la Cosa” (Miller, 2014, p 28).

El hijo mayor del antiguo discípulo de Freud se convirtió en un afamado director de escena de ópera, oficio que no existía antes que él mismo lo “inventara”, tal como explica en la entrevista que concedió a la revista *Opera news* en 1972. Al momento de realizar el reportaje, un año antes de su muerte, contaba con una larga y brillante carrera internacional, que lo llevó a trabajar más de veinte años en el MET de Nueva York y en los grandes teatros europeos, con innumerables producciones.

El niño que le temía a los caballos encontró su pasión por la ópera en la adolescencia, un poco antes de su segundo encuentro con Freud cuando tenía 19 años, según consta en el epílogo del historial. Sin embargo, este reencuentro dejó una marca que él mismo narra en el reportaje: “No

recordé nada de esto hasta que años más tarde, cuando me encontré de casualidad con un artículo en el estudio de mi padre y reconocí algunos de los nombres y los lugares que Freud había conservado sin modificación. En un estado altamente emotivo, visité al gran doctor en su consultorio de Bergasse y me presenté como ‘el pequeño Hans’”. En un reportaje previo, de 1959, a cargo de Kurt Eissler –guardado en los Sigmund Freud Archives y citado por A. Pernicone–, añade: “Tiempo después oí que alguna clase de posdata había sido agregada, referido a que yo había concurrido después de tantos años a su consultorio y que al verme personalmente tuvo la mejor prueba de que su teoría fuera correcta, etc. etc. ¡Y yo comenté que el hecho de que terminara en la ópera podría ser la prueba de que no fue tan normal, después de todo!” (Pernicone, 2010, p.45).

Para entonces el joven Graf ya era un director decidido a *aggiornar* la ópera sacudiendo las convenciones decimonónicas. “Hubo un *Lohengrin* sin cisne, *Don Giovanni* en smoking, un *Freischutz* en el que Samiel era una voz incorpórea a través de un parlante ...”, pero, sin lugar a duda, su invento más arriesgado fue el *escenario giratorio*, que le permitió romper el molde del teatro de proscenio y más tarde adaptar la ópera a los medios audiovisuales. En cuanto a su lugar, el que fuera Juanito, dice: “Siempre pensé que el director de escena es el ‘hombre invisible’ de la ópera o debería serlo. La naturaleza misma de esta labor es permanecer entre bambalinas y dejar que la luz se proyecte sobre la obra en sí”.

Herbert Graf fue ahijado de Gustav Mahler e hijo de un notable crítico y musicólogo, pero su invención –en el sentido milleriano del término–, el *régisseur* invisible con fama de *enfant terrible* que modernizó la ópera haciéndola girar, no viene del padre, es decir, no proviene de identificaciones imaginarias o simbólicas. Como sostiene Mauricio Tarrab, “[...] si bien el escabel parece tener un pie en el Otro, no viene del Otro”, sino que “lleva la marca de lo singular con lo que el *parlêtre* se presenta en el mundo” (Tarrab, 2015, p. 68). En efecto, plantea Miller en *Piezas sueltas*, el escabel se forja, es producto de un trabajo, que hace de la “mediocre desgracia” algo bello, en el cruce entre la sublimación

freudiana y el narcisismo. Si el *sinthome*, en tanto acontecimiento de cuerpo queda del lado del goce opaco, el escabel, prosigue Miller, está del lado del goce del sentido, y por ende es fruto del esfuerzo por hacer que “eso” entre en el lazo social.

El escabel de Juanito lleva la marca de eso que para él quedó un poco suelto, pero que puesto a girar, hace de su invención, la de Herbert Graf, un lindo taburete sobre el cual montarse para mirar el mundo desde las bambalinas, evitando la luz, resto perenne de la prevención fóbica.

CAPITULO 4: LA FOBIA EN LA EPOCA DEL PARLÊTRE

4.1 Variaciones singulares del arreglo fóbico

Los testimonios de los AE de la Escuela Una verifican la relación entre cuerpo, goce y espacio, en las tres vertientes que delimitamos a lo largo de esta tesis: los avatares de la extracción del objeto a ; la incidencia de lo femenino (en la madre) como núcleo del síntoma fóbico; la estrecha articulación con el *sinthome* tal como se extrae de las transformaciones bajo transferencia de un análisis llevado a término.

En cuanto a la variedad de destinos del arreglo fóbico, este pequeño catálogo muestra que esta “figura clínicamente ilustrada” se presenta en contextos “infinitamente diversos”, tal como planteaba Lacan, y que sus restos se prestan como material para otros usos, en la vida y en el análisis. En efecto, la serie de los testimonios da cuenta de la plena vigencia del síntoma fóbico como arreglo con consecuencias duraderas en la “economía de los goces”²³, así como de la bipartición freudiana que distingue dos modos predominantes de presentación, sin ser exclusivos. Para empezar, “[...] destaquemos la presencia de los animales, que en la fobia son una instancia fundamental” (Miller, 2009 a p. 94). El uso reiterado de animales para situar un rasgo identificador, y allende, una modalidad de goce, hunde sus raíces en la noche de los tiempos. Freud tomó nota de ello en su estudio sobre el totemismo. Pero también Lacan, cuando habla del caballo de Hans dice que “[...] esa especie de mancha negra que tiene delante de la cabeza, hace de él un animal de los tiempos prehistóricos” (Lacan, 2008c, p. 246). Luego, cuando forja la noción de extimidad, lo hace evocando la caverna como emplazamiento de la pintura rupestre. La obras de arte de las cuevas pre-históricas –Altamira,

²³Expresión que da título a un libro de Gerardo Arenas.

Lascaux y Chauvet, tan célebres como espectaculares– son el testimonio indeleble de que el animal siempre estuvo allí para darle un cuerpo al goce, incluso con preeminencia frente a la representación del cuerpo humano. Visitando la más antigua de ellas bajo la mirada esclarecedora de Werner Herzog, nos enteramos que entre las más de 400 pinturas de Chauvet, sólo una muestra el pubis y las piernas de una mujer... con cabeza de toro, una figura mitológica de más de 30.000 años.

Leonardo Gorostiza ofrece una hipótesis cuando, comparando el “zoológico” del testimonio de Cecilia Gasbarro con el de Débora Rabinovich, afirma: “La aparición de nombres de animales o animales en los sueños es el modo en que el *parlêtre* puede situar algo del orden del goce, ya que el animal representa –ilusoriamente– la idea de un goce que no estaría afectado por el significante” (Gorostiza, 2015, p. 135).

En efecto, tal como plantea Vicente Palomera en su primer testimonio, Freud puso al descubierto un nuevo aspecto de la función del tótem. Si Malinowski había destacado que es bueno para comer, y Lévi-Strauss su función para pensar, con Freud el tótem nombra la relación con el goce, es decir, con lo que no sirve para nada. En el caso de Palomera, el extraño pez que mira en un libro junto a la hermana, según el recuerdo-pantalla infantil, anuda el nombre fuera de sentido que ambos repetían sin parar, *Angelrina Squatina*, con el goce en el cuerpo, bajo la forma de la risa y el alborozo.

De modo que, si el animal sirve desde siempre como cuerpo dado al goce, de modo correlativo, funciona como nombre, es decir que se presta a la operación de nominación. Cuando Lacan, hacia el final de su enseñanza, sitúa el padre nombrante como “la función que hace creer que las cosas tienen nombres” (Miller, 2004), se refiere a la “boludez” [*connerie*] que es toda tradición– puesto que solo podemos atarnos a ella mediante la devoción– y agrega:

[...] como lo indica la Biblia a propósito de ese extraordinario Fulano que allí es llamado Padre, el primer tiempo de esa imaginación humana que es Dios está consagrado a dar nombre a algo que no es indiferente, a saber un nombre a cada uno de los animales (Lacan, 11/03/1975, inédita)

Por esta vía se vuelve inteligible lo que plantea Marie-Hélène Brousse cuando afirma que el miedo es un hecho de discurso, es decir que se inscribe en el lazo social, y por ende, cabe agregar, tiene un sesgo cultural y epocal. Brousse constata que algunos animales –el lobo, el cocodrilo, el tiburón, el dragón– predominan en el bestiario de la literatura y filmografía infantil occidental, en la que los animales, humanizados las más de las veces, tienen una presencia aplastante. Así, algunos se convierten en objetos privilegiados del miedo infantil porque “[...] son propuestos, e incluso impuestos a los niños, para [...] proporcionar significantes con los cuales domesticar en parte la angustia, localizándola en un significante, es decir, intentando nombrarla” (Brousse, 2017, p.134), de modo tal que se convierten en animales de compañía.

La cuestión es que en este pasaje del mundo a la escena, en el que los animales ocupan un lugar destacado, cada sujeto se sitúa de modo “diferente en su función de espectador, de director de escena y en virtud del texto que ya está ahí sin que lo sepa” (Brousse, 2017, p. 137). Pero además, la elección de un objeto para nombrar “lo desconocido, lo innombrable, lo indecible” (*Ibidem*), tiene consecuencias, como decía Lacan, “hasta en el gozar”.

Los testimonios de los AE demuestran que el animal sirve privilegiadamente como nombre goce. Si bien Lacan se refirió a los blasones de la fobia, y el uso fálico de los animales está bien documentado en la heráldica medieval entre otras prácticas culturales, el nombre de goce se rige por otra lógica, no-toda, puesto que hace lugar los matices infinitos de lo singular. Esto da por resultado otra estética, que presenta a los animales en una faz inquietante, al modo de los dibujos de la ilustradora italiana Nicoletta Ceccoli, que muestran con una belleza rayana en lo ominoso este uso femenino del animal cuando nombra la extrañeza del goce.



Por otra parte, según plantea E. Laurent, hace falta distinguir entre nombre del fantasma y nombre del *sinthome*, y algunos testimonios muestran que el nombre extraído del objeto fóbico presta uso en el pasaje de uno a otro, análisis mediante.

El caso de C. Gasbarro permite seguir de cerca esta transformación. Ella nombra su síntoma, un sentimiento de no pertenencia y extranjería experimentado desde la adolescencia, con la voz rioplatense “sapo de otro pozo”, animal que fuera objeto fóbico en la infancia. La solución surgida de un sueño, saltar deslizándose de modo rasante por encima del suelo cubierto de sapos, dio lugar al “síntoma-salto”, que la tuvo “saltando de pozo en pozo” –con los hombres, los analistas, la carrera profesional– dividida por la angustia que la llevaría al análisis. Dice: “Ante el abismo de S(A barrado) apenas descubierto por la multiplicación de uno de los objetos de la fobia infantil –el sapo– la solución fue ‘de otro pozo’” (Gasbarro, 2014, p. 92). Otro objeto fóbico infantil, el pájaro, también volvió en un sueño, quedando situado como letra fálica en su batir de alas, “domesticado” como mascota y finalmente plegado como *origami*, al

modo de la jirafa de Juanito, y articulado con otra vertiente del síntoma, el cierre, con la marca en el cuerpo del asma infantil. Pero fue el sapo el que hizo posible la transformación que dio lugar al *sinthome*, del salto rasante a “la pasión por el deslizamiento”. Para eso hizo falta la intervención del analista situando su función de nominación: “Bromeando con la pareja “sapoprincesa”, objeto de tantos cuentos infantiles, dije que, de haberme permitido elegir, habría sido princesa. El analista dijo: “se es lo que se es; hay que tragarse ese sapo”. Y me despidió con un amable *croac*” (Gasbarro, 2014, p. 89). En el final del análisis, el sueño de la nena que patina, hace ostensible ese goce singular presente en la pasión por la metonimia y las diversas formas de la defensa, habilitando un nuevo uso del Otro goce, deviniendo así *sinthome*. En sus palabras: “La salida, entonces, de la dialéctica sintomática por el lado del consentimiento a eso que se desliza, que permite a la vez al sujeto deslizarse, ya no a los saltos, ni al empuje al cierre. Un borde que esboza el no-todo de lo femenino; la disyunción del semblante –el vestido, la cajita– y ese goce que, liberado, apunta al *sinthome*” (Gasbarro, 2014, p. 135). Tal como plantea Gorostiza en su comentario, este testimonio muestra que el goce femenino puede estar escondido, envuelto en su propia contigüidad –como decía Lacan– dentro del fantasma. E incluso antes, cabe agregar, en el arreglo fóbico que deja como resto un nombre para lo indecible de ese goce.

En la conferencia titulada “El fantasma fundamental”, J.-A. Miller se servía de la figura mítica de Diana, la diosa cazadora, para ejemplificar la distinción entre fobia, histeria y obsesión, y decía que en la fobia, “los perros ya estarían realmente ahí antes del acercamiento de Acteón” (Miller, 2009, p.94), por ser un síntoma anterior a la conformación del fantasma, y por ende, a la elección del tipo clínico según la estrategia para colmar al Otro. Retomando la metáfora de Miller, podríamos decir que los perros de la fobia se dejan domesticar, pero siempre guardan su corazón de lobo. Dos testimonios dan cuenta de ello, a la vez que ponen al descubierto las operaciones con el objeto *a* en el análisis.

En el caso de Danièle Lacadée-Labro, el temor infantil a ser mordida por el “perro lobo”, condujo, en un primer tiempo, a tomar nota de la gramática pulsional, “Morder, pero también hacerse morder”, que contradecía el “nada para comer” del fantasma. Inmediatamente, y como una exclamación oximorónica y equívoca surge “¡La mordida vivifica!” [*La morsure ça vivifie*], y esa exclamación, que constata que gracias a la mordedura la vida prevaleció, volvió obsoleta de un solo golpe su *hystoria* y un largo duelo familiar. Así se abrió el último tramo del análisis, en el que un significante nuevo, escupido en un sueño, “la *canopée*” –dosel forestal, en el que se concentra la vida en la selva– hace litoral a la vez que señala el lugar del goce. En este caso, la trama significativa en torno al objeto fóbico acompaña las transformaciones del análisis, hasta quedar reducido, una vez despojados los semblantes, al carozo de “la mordedura de la vida”.

Para Pilar González, la fobia al perro-can –surgido de una pesadilla como el de la pequeña Sandy– se asocia con la boca que muerde, pero en su caso se trata de la boca del padre, autoritaria y violenta cuando se enfadaba, que tiene por correlato el síntoma de “tragar y callar”, y el reverso, cuando es ella misma quien “muerde” bajo la forma de la reivindicación social. La construcción del fantasma como “yo soy un alimento-palabra-joya, para el Otro” se articula con el recuerdo infantil del gran placer de pescar cangrejos, esperando expectante el momento en que sus grandes bocas mordían el cebo, para luego cocinarlos y comerlos. La boca que divide, una vez separada del fantasma sacrificial, se vuelve disponible para otros usos, como el goce en torno al alimento devenido obra de arte, creación, belleza.

“Una histérica se presenta como una mujer de la selva”, (Miller, 2009, p. 97), dice Miller, pero llegado el caso, también puede valerse de los animalitos más citadinos para arreglárselas con aquello de lo que se trata, como muestra la fobia a “las cucarachas [*caffard*] y los ratones [*souris*” de Aurèlie Pfauwadel. Tras la separación tumultuosa de un padre mujeriego y una madre estragada, en los años “de lo peor” hizo eclosión la fobia, que una vez relatada en análisis, da lugar a una

interpretación que se vale de estos significantes para situar su posición subjetiva ante el estrago: *vous répondez au cafard de votre mère, en lui disant: souris!* (usted responde a la depresión [*cafard*] de su madre diciéndole: ¡sonríe! [*souris*]). Con esta brújula, y a través de los enredos de la histeria y el marasmo del estrago, ella resume en una frase el trayecto de su análisis, reciclando los nombres de la fobia infantil: “*L’analyse me permet d’accomplir le chemin menant d’une féminité cafardeuse à une féminité souriante*” (el análisis me permitió realizar el camino que va de una feminidad depresiva [*cafardeuse*] a una feminidad sonriente [*souriante*]). Muestra así, de manera luminosa, la operación analítica como “*chiffonné*” del significante, que tiene consecuencias a nivel del goce. La elección de “un hombre de ojos risueños” [*un homme aux yeux rieurs*] da cuenta de otra derivación del *souris*, y apunta en dirección del objeto escópico, el cual se extrae mediante una pesadilla en la que la Cosa ominosa toma la forma de *Chucky*, el muñeco malvado, dejando como resto “*la passion de l’approche*” (la pasión de la aproximación). Esta nominación, una vez separada de la vertiente histérica de *a*-proximación al objeto del padre, habilita otro uso del exceso, poniéndolo, paradójicamente, al servicio del vaciamiento, mediante la escritura y la práctica analítica.

Como muestran los casos precedentes, el animal es una figura que se presta bien a las operaciones del arreglo fóbico, en términos de localización de goce y regulación de la angustia mediante la extracción de un objeto que, de un lado, condensa lo inquietante y hétero del goce, y del otro, en su faz significante, habilita múltiples usos y reciclados con los restos de la fobia. Pero es ante todo como nombre que se engarza frecuentemente con el *sinthome*, tal como se extrae al final de un análisis. Por otra parte, el uso privilegiado del animal como nombre no se restringe a la fobia, evidentemente, como denota la costumbre del apodo, de lo cual nos brinda un ejemplo Fabián Fajnwak, cuyo sueño conclusivo presenta un animal que evoca el “oso” con el que le apodaron.

También, un animal puede dar nombre al trauma, como es el caso de Luiz Fernando Carrijo da Cunha, a quien reconoceríamos fácilmente

como “el de la mordida del mono”, acontecimiento central de su caso. Para este niño, al revés que en *El libro de la selva* o *Tarzán*, haber sido atacado por un animal a los cinco años, lo convirtió en un sujeto sumamente temeroso: “La amenaza ligada a un miedo constante fue mi compañera desde mi más tierna infancia, y la angustia era vivida siempre como una percepción de ‘desaparición’ del cuerpo” (Carrijo da Cunha, 2016, p 48). Consecuentemente, la fobia se articula con una “sombra siniestra”, recayendo sobre un objeto que Freud clasificaría entre las “fobias situacionales”: miedo infantil y adolescente a las nubes oscuras y la lluvia, que le permiten resituar ese cuerpo que levanta campamento, Lacan *dixit*. Como él mismo relata, esa fobia y el destino que él le dio, constituyeron un capítulo en la construcción del síntoma que lo llevaría al análisis. Pero además, sus restos retornan en los sueños del final de análisis, con el significante “caer”, que condensa la lluvia y la caída tras la mordedura del mono.

Por otra parte, esta fobia a la nube negra también podría catalogarse entre los “objetos no identificados” de Cottet, dado lo insuficiente de la operación metafórica y la afinidad de la angustia con el goce.

Entre estas variaciones cabría también contemplar la muy freudiana figura de “fobia a la soledad”. Graciela Brodsky describe la suya en estos términos: “no podía quedarme sola en la escuela, no podía dormir sola. Mi madre me llevaba a la plaza, me montaba en la calesita, y ni bien la perdía de vista yo lloraba a gritos. En la fiesta de fin de año del jardín de infantes formaba parte de la orquesta infantil: cuando me veo separada de mi madre y de la maestra, lloro desesperadamente”. Relata entonces su entusiasmo al advertir, en el último tramo del análisis y una vez construida la frase del fantasma, que estos síntomas de la neurosis infantil se articulaban con “la satisfacción de arruinarle la fiesta al Otro”. Dicha trabazón, con el eslabón intermedio de la escena en la que se sustrae del juego grupal infantil, muestra un destino frecuente de la fobia, trastocada en el aislamiento de la neurosis obsesiva.

Pero también, la fobia a la soledad pone en evidencia el agujero que se abre cuando el otro se sustrae, cuando el semblante del semejante y /o

el sostén del Otro se retira, ese abismo contra el cual el fóbico se amuralla, frente al cual el neurótico monta su fantasma y el psicótico inventa su defensa, tal como señalaba Lacan.

Quien supo dar da cuenta de estos “abismos ordinarios” –que con Lacan escribimos como S(A barrado)– es Catherine Millot. Si bien no integra la serie de los AE, su escritura testimonial narra con elocuencia la experiencia devastadora y abisal puede ser el (des)amor para una mujer: “El suelo que había cedido bajo mis pies aquel día nunca más lo recuperaría con la seguridad de antes [...] Se formó allí un borde de angustia que traté toda mi vida de domesticar” (Millot, 2014 p. 38).

En ese intento, ella relata cómo el “abismo pacificado” (Millot, 2014, p. 28) se trastocó en un especial gusto por los espacios inmensos – desierto, océano, selva, planicie– que hace nudo con una “soledad feliz” (Millot, 2014, p. 15) mediante el artificio sinthomático de la escritura:

Cuando tengo fuerza para ello, y así es cuando escribo, me afano por mantenerme en ese borde, bien cerca del vacío. A veces me imagino como un espeleólogo, bien sujeta a la cuerda de la pluma (Millot, 2014 p. 38)

Mucho antes de eso, tras el abandono de un hombre, un síntoma agorafóbico la aquejó durante años. No podía cruzar la gran plaza del Trocadero, cuyo vacío amenazaba tragarla, presa de una “angustia blanca” que sólo cedía con una presencia que la tomara de la mano. Del *maelström* de Edgar Alan Poe al *Vértigo* de Hitchcok, Millot arma serie de las imaginarizaciones de ese pozo del que Lacan le dijera, “eso succiona y traga”, situando el nudo entre angustia y goce.

Ese agujero puede presentarse de la más diversas formas, en experiencias y contextos tan singulares como los sujetos. Las topofobias freudianas que recaen sobre el espacio y la locomoción, muestran a cielo abierto que se trata de procurarse un arreglo que haga borde.



“Me volví bruscamente agorafóbico”, dice Alain Merlet en su testimonio, relatando la eclosión acaecida durante el primer análisis, cuando, desde el diván, el cuadro frente a él se le impuso como un agujero. Esto hizo retornar, “como un rayo” una escena en la que, de regreso de una guardia médica, se encontró con los ojos de su madre en duelo recortados en el vano de la puerta, y al buscar recuperarse mirándose al espejo, vio en cambio, con horror, dos agujeros, los de sus pupilas dilatadas, como las del muerto que acababa de asistir. Si bien manifiesta nítidamente su presencia, el objeto escópico –en el que Merlet sitúa “el resorte real” de su fobia– no alcanza a recubrir la emergencia del S(A barrado), que se abre entonces como abismo. El análisis volvió sobre la fobia infantil a los “fantasmas”, objeto fóbico no identificado, y a otro muy peculiar, un “desgarrón” en el tapizado frente a su cama, un agujerito que le causaba espanto. Lo blanco y negro de este extraño par le llevó a darle un sentido, articulándolo con la culpa instilada por su madre acerca de la “mancha” del pecado, aplacando el síntoma por una temporada. Pero aquel no tardó en retornar, “la falla literalmente se abrió de nuevo”, dice Merlet. Finalmente, logra localizar la “firma ilegible pero indeleble” de un acontecimiento de cuerpo que orientó su existencia “de un modo más

bien fóbico”: las marcas de las garras de un gato en una puerta en la que, a los cuatro años, se trituró los dedos, habiéndolos deslizado en el gozne. Para Anna Aromí, ese agujero inefable se presentaba reiteradamente en una pesadilla, “caía en una oscuridad sin límite, la angustia duraba hasta después de despertar”. Aunque no lo designa como fobia, ella lo relaciona con el “miedo como síntoma infantil”, que la hacía imaginar lugares donde esconderse. Patricia Bosquin-Caroz también relata un sueño de esta índole: una mancha negra que la aspiraba, agujero por el que caía en sus pesadillas infantiles.

En efecto, los sueños son un lugar privilegiado donde el agujero se presenta de modo más o menos velado, como sabemos desde el franqueamiento freudiano del sueño de la inyección de Irma, y que Lacan rubricó como lo *Underkante*, en su respuesta a la pregunta de Marcel Ritter. Aromí dice que eso la volvió “experta en miedos”, saldo operativo al final del análisis. En más de un caso, ese abismo que se abre en un sueño puede inaugurar el trabajo *sinthomático* de una vida, como sucedió con la filosofía de Eugenio Trías, que abordaremos más adelante.

Al igual que Trías, Fabián Fajnwak, padeció de vértigo, “acontecimiento de cuerpo frente al vacío, y sobre todo frente a la percepción del alejamiento del suelo a casi cualquier altura en espacios abiertos” (Fajnwaks, 2016, p. 80). De niño “quería ser un avión”, mostrando un interés apasionado por esos objetos que le proveían un modelo de relación con el Otro, para despegarse de él y mantenerse en altura sin destruirlo ni matarlo. En el final del análisis, aquellos “objetos maravillosos” se convirtieron en el lugar de la experiencia última de *Hilflosigkeit*, una angustia infernal en las zonas de turbulencia, que le recordaban que “el imaginario que las recubría hasta ese momento se había esfumado y que como había perdido todo apoyo al perder al Otro, lo real de ahora en más no estaba ya muy lejos” (Fajnwaks, 2016, p. 81). Este caso muestra que la extracción del objeto, tal como tiene lugar en el análisis, lo remueve de su función de tapón, volviéndolo apto para otros usos, al precio de una angustia capaz de tocar el desamparo. También Patricia Bosquin-Caroz ubica el vértigo como un acontecimiento de

cuerpo que tiene lugar hacia el final del análisis, cuando el Otro, al que ella ya no llama, guarda silencio. Concluye que cuando el Otro se caya, adviene el vértigo, y que entonces ella se ha dedicado a hacerlo vibrar. Su caso muestra que la fobia al avión, surgida en la pubertad y que retorna con la maternidad, venía a recubrir el silencio insoportable del Otro: “ella prefería la explosión al silencio”. El significante “avión” condensaba “lo que cae en la noche del silencio”, y lo que explota y arde. Acompañaba esta fobia el horror de ser quemada viva, que el análisis articuló con su fascinación infantil por Juana de Arco, develando su pasión sacrificial, articulada al “fuego” de la mortificación materna. Este miedo, al igual que el temor a la enfermedad paralizante que resta de la fobia infantil de Mauricio Tarrab, echan luz sobre la estrecha relación entre los avatares del objeto fóbico y la conformación del cuerpo en tanto que Otro, elucidada con el caso *Fly-Tox*.

Para Bosquin-Caroz el arreglo fóbico se tornó obsoleto cuando logró situar en su fuente la incidencia de la mirada paterna, despojándose de la vestidura del caballero servil que sostenía a una madre deprimida, para elegir un nuevo partenaire con una insignia fálica esencial: piloto de avión. Al igual que Pfawaudel, este caso muestra que los restos de una fobia pueden orientar la elección del partenaire amoroso, mientras que el nombre extraído del miedo infantil al payaso de Gustavo Stiglitz le sirvió para elegir al partenaire analista. Manipulando las sílabas de ese nombre, fue a ver al “soyapa” que le espetó la tercera variación, *ya paso*, abriendo así el último tramo del análisis.

El testimonio de Kuky Mildiner muestra otra variación de las fobias relativas al espacio bajo la figura de la claustrofobia, dado que “[e]xiste sin duda una secreta equivalencia entre la clausura y la apertura ilimitada” (Milot, 2014, p. 87). La sensación de leve falta de aire que acompañaba desde siempre a la niña de la “cajita de cristal”, y un síntoma de claustrofobia que le hacía evitar el metro, cedieron al final del análisis. Tras la sesión en la que el acontecimiento de cuerpo de los pulmones llenos quedó situado como el trauma que significó la vida como peligro, dejándola encerrada en la cajita, ella salió aliviada y con alegría

se dedicó a hacer largas conexiones subterráneas. Esa misma noche tuvo el sueño que signa el fin de su análisis, en el cual emergió un significativo nuevo –CIMINO–, con el metro parisino convertido en tren al aire libre como escenario.

4.2 Una agorafobia contemporánea

Presentación

N., una mujer de 30 años, sufre lo que denomina “ataques de pánico”, tras realizar un ADN para determinar la filiación con su padre. Lo que no esperaba –explica– era la aceptación de él y su familia. “La historia familiar, el enojo, se me cayó todo”. Esta ruptura con los amarres fálicos que operaban hasta entonces la deja en un marcado estado de desorientación y desborde constante. La angustia surge en la calle o cuando está sola, con crisis a mitad de camino entre la neurosis de angustia y la agorafobia. No soporta la combinación del encierro y el movimiento, no toma el subte ni el ascensor. La angustia surge con fuerza en el trayecto entre un sitio y otro, “No encuentro mi lugar, no sé cual es mi lugar”, repite, y en ocasiones le lleva unos minutos saber donde está y que está haciendo. Tiempo después explicará que cuando la crisis sobreviene en la calle lo que hace es “pegarse” a una persona cualquiera, a la que le sigue el paso, así logra sostenerse y seguir caminando hasta resituarse.

Arrasamiento y estrago: el arreglo fóbico

El trabajo analítico permitió descomponer los ataques en tres elementos:

Del arrasamiento a la fobia: por un lado, en una vía que llevó a dar forma al síntoma analítico, N. relata un sueño recurrente de larga data: ella está en medio de un tornado, “algo que arrasa, que me arrasa”, que es como el inconsciente escribe la interrupción de goce. Como asociación, dice que una amiga se refiere a lo que le pasa como “tu mar tormentoso”, añade que es justo esa sensación la que “le toma” el cuerpo. Señalo la

homofonía de esa denominación con su nombre y corto la sesión. Luego cuenta que su madre le dijo que su nombre significa “angustia”. Añade que teme al agua, al mar no se mete “ni loca”. En su pueblo son frecuentes las inundaciones, ha sido arrasado muchas veces. Finalmente, la angustia se recorta y localiza bajo una modalidad fóbica: empieza a tener miedo cuando hay tormenta.

El “cuerpo a cuerpo” del estrago: por otro lado, del denso entramado de la novela familiar, digna de telenovela, decanta lo que ella llama “el cuerpo a cuerpo” con la madre, figura del estrago. La madre tuvo “ataques de pánico” durante el embarazo, quedando la bebé al cuidado de la abuela durante los primeros meses. De niña le decía que era una ameba, un parásito “Si me pasa algo no tenés a nadie más en el mundo”, repetía. La queja de N. es simétricamente inversa: “ella se me pega, se prueba mi ropa, se corta el pelo como yo, quiere estudiar mi carrera”. La madre reclama que vuelva al pueblo y ella a veces fantasea con hacerlo para no estar sola. Intervengo: “¿Cómo va a volver, si nunca se fue?”, cortando la sesión. Luego dirá: “A través de mi síntoma me reengancho con mi familia”. De la madre: “Si me voy, ella desaparece, si me quedo, me morfa”. En este punto se ubica con precisión el fantasma de devoración como respuesta ante lo femenino (en la madre), con el recuerdo de una pesadilla infantil recurrente en la que huye de una enorme serpiente. También logra ubicar un particular “desdoblamiento”: de niña cuando la madre se ponía violenta, corría a casa de los abuelos, de adolescente la enfrentaba “cuerpo a cuerpo”, pero “me desdoblaba... Es lo que pasa cuando la angustia me toma el cuerpo, quedo suelta...” La expresión que acompaña sus dichos da cuenta de la relación moëbiana entre angustia y goce que antes denominamos *jouissangst* y permite vislumbrar que “[e]l goce femenino es un goce en el cuerpo no en su fragmentación sino en su inconsistencia imaginaria, en su estatuto ilimitado” (Indart *et al*, 2018, p. 88).

Cuando la angustia comienza a circunscribirse en forma de dolores en la mitad izquierda del cuerpo, N. no tarda en advertir que los achaques de su madre son del lado derecho. “A veces me pierdo, no sé si es ella o yo”.

El inconsciente lo escribe mediante un sueño: está en un hospital, lee una historia clínica pero no sabe de quien es. “Me desperté muy angustiada y ella estaba encima mío”. Explica que esa noche la madre estaba de visita y compartían la cama. Haciendo semblante de horror, le digo con firmeza que eso no puede volver a ocurrir y corto la sesión.

Lo que queda del padre: según S. Cottet, el inconsciente funciona como un *automaton* simbólico que repara, rectifica e inventa, procurando restablecer al padre a pesar de todo. En el caso de N., como ella misma señala, no hubo un “padre tradicional” pero sí quienes se “interpusieron” en su “cuerpo a cuerpo” con la madre. En primer lugar, el abuelo materno, en cuya casa vivieron hasta los 5 años, cuando la madre se casó, y que le dijo quién era su padre. En segundo término, el esposo de la madre, que le dio el apellido, aunque mediante una transgresión. Por fin, el padre biológico, a quien pidió el ADN sólo después del divorcio de la madre, porque buscaba, dice, otro que haga “de tercero” entre ellas. Si bien esta maniobra obró como desencadenante, mostrando una vez más que el genitor no coincide con la función simbólica, el inconsciente supo reparar lo fallido de esa búsqueda. En otro sueño, ya en análisis, se topa con un desconocido que le dona unas joyas. Del padre biológico obtuvo el relato de la historia entre sus padres y las coordenadas de su concepción, algo de lo cual la madre jamás pudo hablarle. Como efecto, se enamoró por primera vez... de un hombre que vive lejos.

Ni con la mirada, ni sin ella

A los 20 años, cuando tenía que decidir si mudarse o no a Buenos Aires, N. se quedó medio pelada. Parecía enferma de cáncer, añade, y aunque ella no llegaba a verse, lo veía en la mirada angustiada de los demás. Asocia un dicho de la madre, “siempre tenés que tener la mirada sobre vos”. Dice que en efecto es así, y que su madre no le saca la mirada de encima, lo cual la asfixia, pero cuando no lo hace, se angustia tremendamente “me siento volátil, suelta, me disperso, no estoy ni acá ni allá”. El síntoma sirve para convocar esa mirada: “ella es madre ante la enfermedad, y si no, se enferma ella para convocarnos”. Al mismo tiempo,

dice que cuando no se sintió mirada pudo estudiar y terminar su carrera. Le digo “ni con la mirada ni sin ella”, y corto la sesión.

La mirada se localiza en la transferencia, le pasó antes con otra analista, sintió que no le prestaba atención y dejó el tratamiento enojadísima. Le pasa a veces conmigo, si miro el teléfono o le parece que estoy distraída, se siente rechazada y expulsada, se enoja y piensa en interrumpir el análisis. Ante esos embates, la maniobra de citarla para una sesión más, reencauza el trabajo.

La mirada se anuda a una nueva versión del síntoma, que oscila entre la dificultad para hacerse mirar por un hombre, y la angustia cuando alguno la mira con deseo, que la empuja a la huida, dejándola con poco margen para armar una relación con un partenaire. Esto pone al trabajo su relación con la soledad, la otra vertiente del síntoma fóbico, que resulta la más difícil de tratar.

En el lento trabajo de construcción y extracción del objeto mirada en que transcurre este análisis, destacan dos recursos que la sujeto inventa, haciendo uso de los materiales existentes.

Comienza un taller de fotografía, y cuando la angustia ante la soledad le “toma el cuerpo”, empieza a hacerse fotos, retrata su cuerpo desde diversos ángulos, en poses dramáticas, que traslucen cierto éxtasis, con tomas a media luz y el rostro semi oculto, creando imágenes bellas e inquietantes, algunas de las cuales me envía por whatsapp. Dice que así consigue “atravesar” la angustia. De este modo logra cierto tratamiento de un goce inefable, más allá del falo, al mismo tiempo que produce un trabajo en torno al objeto.

También comienza un taller de literatura. Uno de sus primeros cuentos se titula “La nadadora”, recorto ese significante citándolo al tiempo que corto la sesión. A la vez siguiente ella trae un sueño: “Soñé que atravesaba un arrollo, era un río cortito, hacía pie y todo”, agrega que se levantó con una leve sensación de ahogo pero que al recordar el sueño le dio mucha risa, “¡aprendí a nadar!”, concluye.

El sueño sanciona el trayecto realizado en el análisis, de una nominación a otra, de la “mar tormentosa” a “la nadadora”, que ya no se ahoga en la angustia.

4.3 Un Juanito del siglo XXI

Presentación

L., un nene 7 años, se hace traer a la consulta a partir de algunos episodios de terror nocturno que culminan con vómitos. Se presenta diciendo: “Debo tener unos pensamientos muy malos, pero no los recuerdo, eso es lo que vengo a descubrir”.

Además, un vértigo angustioso cuando se desplaza en medios de transporte, presente desde la primerísima infancia, ha retornado con fuerza.

No resulta sencillo dirimir el estatuto de estos fenómenos corporales. Por un lado, podrían situarse dentro de lo que Freud llamaba histeria de angustia, pero este Juanito del siglo XXI no cuenta con la brújula del significante caballo. Por otro lado, el vértigo-vómito, previo a la adquisición del lenguaje, daría cuenta del *troumatismo* de la lengua y su efectos de goce fuera de sentido, es decir, acontecimiento de cuerpo. Si bien no les llevó a consultar, el fenómeno fue bautizado por los padres con un significante singular que persiste y él retoma en su relato. Dicen que “le da tortuga”, porque de bebé estiraba el cuello y entrecerraba los ojos, se parecía a una tortuga.

Según lo planteado por Antoni Vicens, tanto la inhibición como el síntoma y la angustia pueden constituir signos o modos de ciframiento de goce. Esta perspectiva está en consonancia con el giro de Lacan en la última enseñanza, según la cual el inconsciente no sería tanto la causa de la angustia, el síntoma o la inhibición, como su efecto. Hace falta entonces otro tiempo lógico, el de la ‘función síntoma’ como la define J.-A. Miller, a saber, la sustitución de la letra de goce por el significante que remite al Otro, que estará hecho a partir del goce del sujeto.

Nudo

L. es hablador y curioso, un “adultito” que rechaza jugar y dice que quiere ser actor de telenovela. En pocas entrevistas despliega las coordenadas del desencadenamiento: el padre viaja con frecuencia por su nuevo trabajo, la madre sufre ataques de celos de los que el niño, hijo único de esta pareja, es testigo y partícipe. Su implicación voyeurista en el malentendido de la pareja parental es señalada a partir del relato de una telenovela que mira junto a la madre. Le digo: “vos estás mirando cosas de grandes”. La excitación sexual, es decir, la irrupción del goce fálico – siempre traumático puesto que ex-iste a la imagen corporal– se localiza mediante un escrito que me pide que guarde. Escribe en grandes letras: sexo, se besan desnudos, asco.

Alojado en la transferencia, L. logra elaborar algo más en torno al estallido de su angustia. Si bien el goce fálico se camufla como asco, más allá de él emerge, con un rostro horroroso, el Otro goce. L. relata que estaba navegando por páginas de videojuegos, pasó de una a otra, y de repente apareció una imagen que le causa terror y cuyo recuerdo desata el vértigo-vómito: la cara de la niña de *El Exorcista* en pleno alarido. A esta imagen asocia otra película de terror, la chica de *La llamada*, vista fugazmente en la tele. Recorto el significante “la llamada”, y L. habla de su fascinación inerte ante la boca desbordada de la madre gritando al teléfono. Logra sustraerse de estas escenas y la angustia cesa durante una temporada.

En cuanto al vértigo en el auto, hay que decir que este objeto ocupa un lugar privilegiado para el padre y su abuelo, lo cual dice de cierta dificultad con la identificación viril, que se verifica en su predilección por personajes femeninos y la suavidad en los gestos. Sin embargo, L. inventa una solución y tras su primer viaje en avión, anticipado con gran angustia pero luego relatado con entusiasmo, se vuelve experto en el tema, me muestra videos de cabinas y aterrizajes de riesgo, colecciona avioncitos de juguete, se hace llevar a Aeroparque. De la “tortuga” dice que se fue de viaje como Manuelita y le organizamos la despedida.

Cuando la analista se muda de consultorio va a la sesión en subte, sin inconvenientes.

Por supuesto, la angustia retorna. Esta vez se enlaza a una pregunta que lo inquieta y desencadena la misma respuesta en el cuerpo: se pregunta cómo vemos, cómo es que logramos ver, y luego añade que tiene miedo de quedarse ciego. También empieza a angustiarse mucho con los viajes del padre, teme que le pase algo al avión.

Si para la neurosis, lo que trastoca la angustia en síntoma es la posibilidad de especificarse como angustia de castración, es decir, que tenga como referente el Nombre del Padre, en el caso de L., la angustia instalada como nominación real desde la primera infancia no alcanzaba a producir una invención metafórica a la manera de Juanito. Hizo falta el dispositivo analítico para avanzar en esa dirección, con estos temores en los que entra en juego la pérdida y se recorta otro orificio corporal, relativo al goce escópico. Tiempo después, la idea de volver a viajar en avión le causa una mezcla de excitación y gran temor, al modo de la fobia.

Desenlace

En lo que respecta a la dirección de la cura, Miller plantea, sobre la función síntoma, que no hay camino directo que nos vuelva a llevar de lo real a lo simbólico, sin pasar por la mediación imaginaria del sentido. L. se vuelve aficionado de los cuentos de miedo y las series de suspenso. En el consultorio lo invito a leer “Elige tu propia aventura”, apuntando a que la ficción colabore con su invención.

A propósito de la serie *Stranger Things*, L. dice que “esos nenes tienen aventuras, son nenes de los ‘80, ahora son todos como yo, duermen con los padres, juegan a los videos, ¡son todos *mameros!*”. Situado este significante, se abrió el trabajo en torno a su posición de niño de compañía de la madre. Empieza a seguir a un *You Tuber* que hace chistes sobre las frases típicas de las madres, se ríe mucho y en paralelo la madre se queja de que está contestón y rebelde. Contra el deseo de ella, que quiere que haga deporte, L. sostiene que no quiere ir más a fútbol, él “es un pibe de departamento”, dice, porque no le gusta moverse. Le digo que

es “un pibe de ciudad”, y que puede hacer otras actividades. Empieza a insistir para hacer clases de teatro, y aunque no se lo ponen fácil, por fin lo consigue. De este modo le da un nuevo marco y destino a la pulsión escópica, bajo la forma gramatical de hacerse mirar, que da cuenta del montaje del fantasma. Para entonces los terrores nocturnos ya son recuerdo, y trae un sueño que da cuenta de cierta neutralización del objeto inquietante: “había una casa muy grande, y al lado otra chiquita, pasaba de una a la otra y me daba cuenta que había un bichito que me seguía, me asusté porque parecía malo, pero era como una pelusa que se pegaba a la pared, y cuando le veía la carita estaba sonriendo”.

En este punto, y tras un verano en el que accedió a ir a la colonia y la pasó bien, decide que por ahora no va a venir más, que cualquier cosa llamará más adelante. Antes de irse se asegura de preguntarme qué voy a hacer si mi hijo –nacido en el curso de este análisis– también sale “mamero”, le respondo que en ese caso tendré que llevarlo a algún psicoanalista para que lo ayude a separarse.

4.4 Una Sandy de hoy en día

Al modo de la metáfora de la célula melódica y la sinfonía, con la que Miller compara los casos de Sandy y Juanito en el comentario que Lacan hizo de ellos, vale la pena presentar brevemente el caso de una niña del siglo XXI, cuyo síntoma fóbico duró, análisis mediante, apenas cuatro meses.

M. es una nena de 8 años, alegre y locuaz, pero desde hace unas semanas se angustia y llora a la salida de la escuela, “tengo miedo que mi papá no venga a buscarme”, dice, poniendo de manifiesto la vertiente fóbica que toma apoyo en otro cuerpo. Los padres se preocupan porque ha dejado de ir a pijamadas con amigas, ya no puede dormirse sola y tampoco quiere ir a la clase de patín, actividad que la apasiona, por miedo al miedo. Ningún recaudo ni explicación la alivia y la angustia es grande, acompañada de un afecto de malhumor que los desconcierta. Las

coordinadas edípicas, agudizadas por una mudanza y el nacimiento más o menos reciente de un hermanito, perfilan con claridad la conmoción que vuelve a abrir la pregunta por el deseo del Otro, a la que responde con una fobia a la soledad.

De entrada, su producción inconsciente es abundante y florida, con múltiples sueños, dibujos y ocurrencias. Se recorta una serie de objetos fóbicos no identificados: le señalo que hay muchos monstruos y le pregunto cómo son, ella propone dibujarlos, yo agrego que les ponga nombres: “el tentaculoso” tiene brazos como un pulpo y muchos ojos, “el cabeza de papa” es una cabeza ovalada con muchas patas y una boca enorme, “el moustrijo” tiene grandes dientes y manchas de sangre.

A esta serie le sigue un juego que tiene por protagonista un pequeño erizo perdido en el bosque. En ese contexto dibuja mapas y recorridos, y en paralelo tiene lugar un trabajo con “las sustancias episódicas” del objeto a , a las que da diversos tratamientos. Mientras que puede enmarcar el objeto oral en el juego, dándole de comer al erizo sus golosinas favoritas, lo anal requiere otro montaje. Me cuenta su enojo con una amiga, va a decir un insulto y se frena, le digo que aquí se pueden decir malas palabras. Sonríe encantada, y empieza a decir palabrotas en voz cada vez más alta, ríe con ganas. La vez siguiente dice que va hacer un sketch y pide que la filme, entonces hace una personaje furioso, con caras feas y proliferación de malas palabras y gestos amenazantes. Cuando se ve en el video le digo que parece un monstruo, a la tercera vez que repite la secuencia se le escapa un pedo sonoro. Exclamo con vehemencia ¡se te cayó algo! Ella se sonroja, corto en ese punto la sesión.

Siguieron un par de sesiones más del juego con el erizo, que hicieron de marco para sus teorías sexuales infantiles, y luego trajo un sueño: “Llego a casa, saludo a papá, y cuando voy al baño veo que hay otro papá, me asusté ¡¿Cómo iba saber cual era el verdadero?! ...después me di cuenta que también había muchas yo, ¡éramos miles, como los Minions!”, el sueño le parece muy gracioso.



La vez siguiente, tras tres meses de tratamiento, llega anunciando “ya pasó todo”, no tiene más miedo. Cuenta que quiere participar en el torneo de patín. Si lo hace tiene que entrenar más días y no podría venir a sesión, dice al borde del llanto. Le digo que pueda tomarse unas sesiones más para decidir, y, llegado el caso, despedirse. La última vez elige dibujar: hace una gran mancha amorfa y colorida, que tiene alrededor erizos, caquitas, bichitos, una carita enojada. Es “el Multicosas”, dice entusiasmada, y explica que se va de viaje a Japón con todo su equipaje. “Éste es un regalo”, dice al despedirse, dándome el dibujo, y agrega: “cuando venga otra nena con miedo, podés mostrárselo”.

4.5 Saber hacer con el espacio

Llegados a este punto, ha quedado claro que el arreglo fóbico se vale del “esfuerzo de poesía” que hace emerger un significante del agujero insondable del Otro, y que por lo tanto constituye un modo de tratar el

espacio de lo femenino en tanto inconmensurable, valiéndose de un objeto que haga borde. No es extraño entonces que ese objeto se preste para ser elevado a la dignidad de la Cosa, de modo que el arte y otros productos culturales constituyen un destino posible para los restos de una fobia, y también, ciertos usos fóbicos se prestan para el “saber hacer” que es, según Lacan, el arte (Lacan, 18/01/77, inédito).

La obra de un filósofo, Eugenio Trías, y la de una artista, Sophie Calle, ponen en juego, por diferentes medios, y con estrategias que no dejan de diferenciarse en función de la posición sexuada, dos modalidades de tratamiento del espacio cuando se presenta en la vertiente de lo indeterminado e inconmensurable. En su contraposición, estos “casos”, enseñan de lo que Marie-Hélène Brousse denomina “hétero-ficción” (Brousse, 2016), es decir, un saber hacer con lo irreductible del Otro goce. Porque, en efecto, si hablamos de lo indeterminado e inconmensurable, basta hacer comparecer a Antígona, la que se adentra sin vacilar en el espacio “entre-dos-muertes” (Lacan, 2007, p. 380), para constatar que en ese litoral insondable hay una dimensión gozante.

Con Trías (ET) y Calle (SF), se trata de arreglos que se valen de ciertos restos o usos fóbicos, configurando dos formales singulares de tratar ese espacio sin límites precisos que Lacan, en “Lituratierra”, denominó litoral, y en cuyo borde situó la letra.

Eugenio Trías (con Georges Perec)

En su autobiografía, titulada *El árbol de la vida*, Trías narra una pesadilla que sufrió en la infancia, en el curso de una enfermedad con fiebre muy alta, que nunca pudo olvidar:

Me hallaba suspendido en el eje de la Tierra. Pero lo que me envolvía era el vacío interestelar: un “blanco sobre blanco” que no tenía fin, o que sugería de modo terrorífico la palabra que a veces se nombraba para designar uno de los atributos de la divinidad (y también del universo existente): la palabra “infinito”. *Me deslizaba por el eje de la Tierra* como si se tratara de un espantoso tobogán que no tenía principio ni término. Bajaba y bajaba a velocidades de vértigo sin que nada ni nadie pudiera detener esa caída libre en picado en el más desolado de los vacíos siderales (Trías, 2003, pp. 71-72)

En diálogo con los psicoanalistas Sergio Larriera y Jorge Alemán, este filósofo lector de Freud y promotor del psicoanálisis en el ámbito de la humanidades en España, concede que aquella pesadilla puede calificarse como “sueño epistemológico” del cual, sublimación mediante, hizo brotar su Filosofía del Límite.

Fue en ocasión de ver la película *Vértigo*, que lo dejó en un estado de gran conmoción, que el filósofo catalán articuló este sueño con el miedo a las alturas, padecido “desde siempre”. De modo que el encuentro con S (A tachado) dejó como saldo un síntoma pertinaz, a la vez que un modo de tratamiento. La pesadilla tomó estatuto de letra, no tanto por su contenido manifiesto, en el que frente al vacío sideral destaca el “eje de la Tierra”, cuyo valor fálico es claro pese a lo resbaladizo del arreglo fóbico. El sueño es tal por sus efectos, porque instauro un “Límite”, del cual el filósofo catalán extrajo una apuesta estética y ontológica, es decir, un mundo, que fue el suyo, singular y *sinthomático*. En sus palabras:

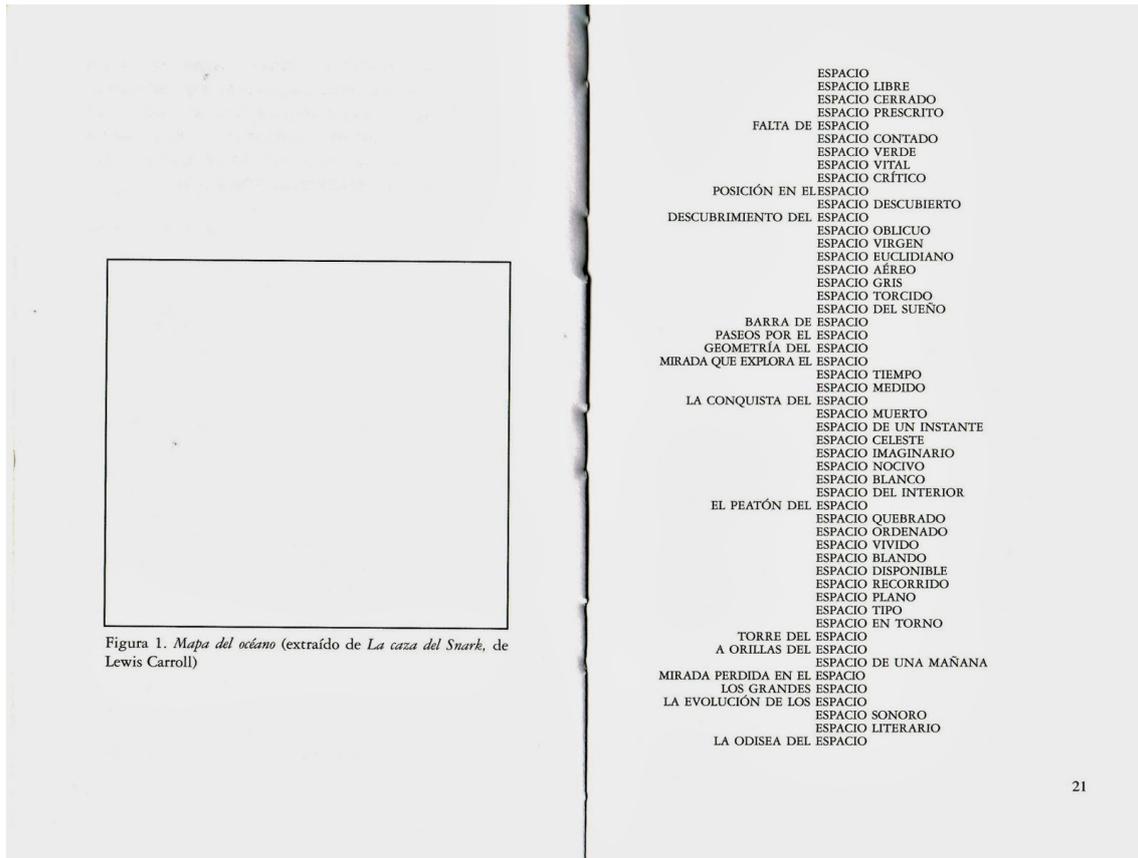
Un filósofo no hace sino volver, una y otra vez, a lo mismo; sobre aquello que constituye su apuesta filosófica, en la que cifra su propio proyecto de vida (ya que para el filósofo esa propuesta o proposición, compone y constituye el algoritmo que da sentido y significación a su propia vida). En mi caso esa propuesta se ciñe a la idea de Límite, a la topología que desde esa idea puede trazarse, a la ontología que desprende, a la revisión que desde ella puede hacerse del concepto de espacio y de tiempo, y al curso de categorías (de la razón fronteriza), que desde esa idea pueden trazarse (Alemán y Larriera, 2004, pp. 32-33)

Se trata, pues, de una empresa filosófica en la que las distinciones topológicas tienen un lugar central, ubicando el límite o “cerco fronterizo”, que es condición de vida, en la intersección entre el “cerco hermético” y el “cerco del aparecer”, en el núcleo de su propuesta ontológica. Es también una apuesta en la que la satisfacción escópica tiene un lugar preponderante, destacan Larriera y Alemán, en una secuencia que va del sueño a la topología del límite, pasando por el cine y la arquitectura.

En efecto, la apuesta de Trías es *espacial* de principio a fin, y el sueño del eje de la Tierra, “[...] es quizá, de todos mis sueños, la clave de mayor radicalidad e intensidad que he descubierto *para orientarme* en lo que me importa: la aventura filosófica y la exposición de ésta en palabra o a

través de la escritura” (Alemán y Larriera, 2004, pp. 41-42, las cursivas son mías). En este punto la obra Trías se acerca a la del escritor Georges Perec en *Especies de espacios*, poniendo de manifiesto que la escritura, que consiste en alinear letras –Perec *dixit*–, es también un modo de saber hacer con el espacio, o más radicalmente, un modo de hacer espacio.

No es sorprendente, entonces, que a aquel sueño fundante siguieran otros que Trías llama “del gran urbanista” y el “excelente interiorista”, sueños en los cuales abrevó para construir, literalmente, su filosofía. Dice al respecto: “Hay tres objetos que resalto en mis sueños, un edificio particular, el colegio de los jesuitas, que es el que me promueve la reflexión; luego el marco urbano, donde efectivamente se entrecruzan ciudades diversas [...] y por fin el ancho mundo, por el que me interno y viajo a través de diversos continentes, y que siempre remiten al referente de mi atlas geográfico. Habría por último, un sueño astrofísico, el del *eje de la Tierra* (que se prolonga por el vacío interestelar)” (Alemán y Larreira, 2004, p. 45). De este modo Trías, procede trazando una suerte de jerarquía entre espacios, al igual que Perec en su libro, en el que al modo de una matrioshka rusa, cada espacio contiene al precedente, circunscribiéndolo (a la página le siguen la cama, la habitación, el apartamento, la calle y un largo etcétera que se prolonga hasta alcanzar el espacio sideral, de modo que la serie se torsiona, dibujando una especie de bucle que retorna allí donde partió, con la letra que horada la página, es decir, el espacio inconmensurable).



Lo que estas taxonomías espaciales ponen en evidencia es que el gesto mínimo de trazar un orden, introduciendo un límite o una medida, es un gesto fálico, como el *Mapa del Océano* de *La caza del Snark* de Lewis Carrol, que Perec cita. Pero sucede que este cuadrado no sólo delimita un espacio regulado por cuatro líneas nítidas, también vuelve evidente el Otro espacio que se abre más allá de ellas, dilatándose indefinidamente, y que, siendo irreductible, exige siempre un nuevo tratamiento.

Así, además de dedicarle un estudio a la categoría estética de lo siniestro, Trías también compartió con Freud el gusto por la metáfora arqueológica, de modo tal que su último trabajo, escrito después de su autobiografía, se titula *Ciudad sobre ciudad* y se inspira en las ruinas romanas de su Barcelona natal, “esa Barcelona arqueológica [excavada en los sótanos del Museo de la Ciudad], también me visita con frecuencia en mis sueños (Trías, 2003, p. 24). El ágora, es decir, la plaza pública, revela ser allí otra figura de ese espacio Otro, cuando afirma: “Yo desearía que se tuviese en cuenta, a la vez, la pesadilla relativa al estallido del globo terráqueo y el

deslizamiento por el eje de la Tierra, el sueño recurrente de la búsqueda constante de una plaza situada en el límite de la ciudad, casi en el borde que la circunscribe” (Aleman y Larriera, 2004, p. 81) Este centro paradójico situado en el límite, es el corazón de la apuesta de Trías, quien lejos de toda aspiración sistemática, confiesa: “Soy hijo de mi tiempo; jamás he pretendido otra cosa que exponer un fragmento” (Aleman y Larriera, 2004, p. 53).

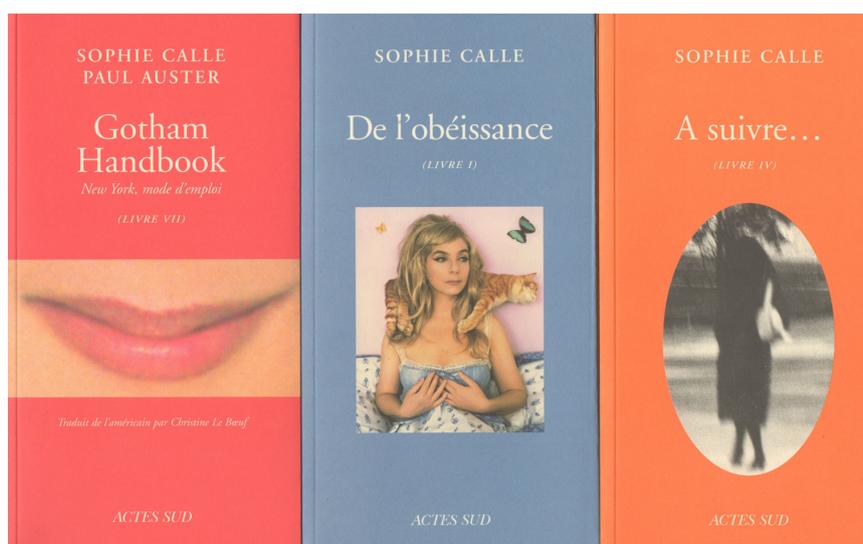
Sophie Calle (con Francesca Woodman)

Sophie Calle también es una mujer de su tiempo, y una que ha hecho del uso de los semblantes una forma de arte y un modo de vida, que en su caso resultan estrictamente indiscernibles. Si “La Mujer tiene domicilio desconocido” (Lacan, 2011, p. 208), el trabajo de esta artista pone en acto un modo singular de abordar esa profunda extrañeza. En efecto, “el régimen del no-todo exige imperiosamente un orden de semblante pero no hay ninguna ley que oriente en su elección” (Stiglitz, 2019, p. 58). Salvo las que cada quien pueda inventarse, y en eso, SC ha demostrado ser prolífica. Bajo la forma de “rituales”²⁴, realiza acciones y performances que registra mediante fotografías, a menudo acompañadas de escritos breves, que exhibe y publica como libros. Hay un “Método Sophie Calle” según M.-H. Brousse, quien describe con precisión los rasgos que vertebran esta obra: SC juega los juegos que ella misma inventa y de los que pone las reglas, con cierto carácter imperativo; produce extracciones de objetos o frases banales, privilegiando la significación sobre el sentido; la banalidad se complementa con lo aleatorio de un encuentro al que ella se apega hasta hacer aparecer su valor de destino; el nudo de su obra es la ausencia, sea la ruptura amorosa, la muerte, la pérdida de un objeto o el exilio, ella fabrica trazos de ausencia y de goce; la sublimación de lo banal se combina con la desidealización por materialización, su arte reposa sobre “lo material” de los objetos *a*. A ello cabe añadir que su modo

²⁴ Por ejemplo, el proyecto titulado *Le rituel d’anniversaire* (1980-1993), consistió en invitar a cenar, cada cumpleaños, tantos invitados como años cumplía, siempre incluyendo en la lista algún desconocido, y disponiendo los regalos en una vitrina que fotografía y exhibe.

de tratar lo irreductible del Otro goce y su espacialidad inconmensurable, no procede de una taxonomía u ordenamiento fálico, sino de la lista heteróclita, abierta, en la que cada nuevo ritual, persona u objeto es uno más en una serie que se dilata de modo contingente, sin orden ni límites precisos.

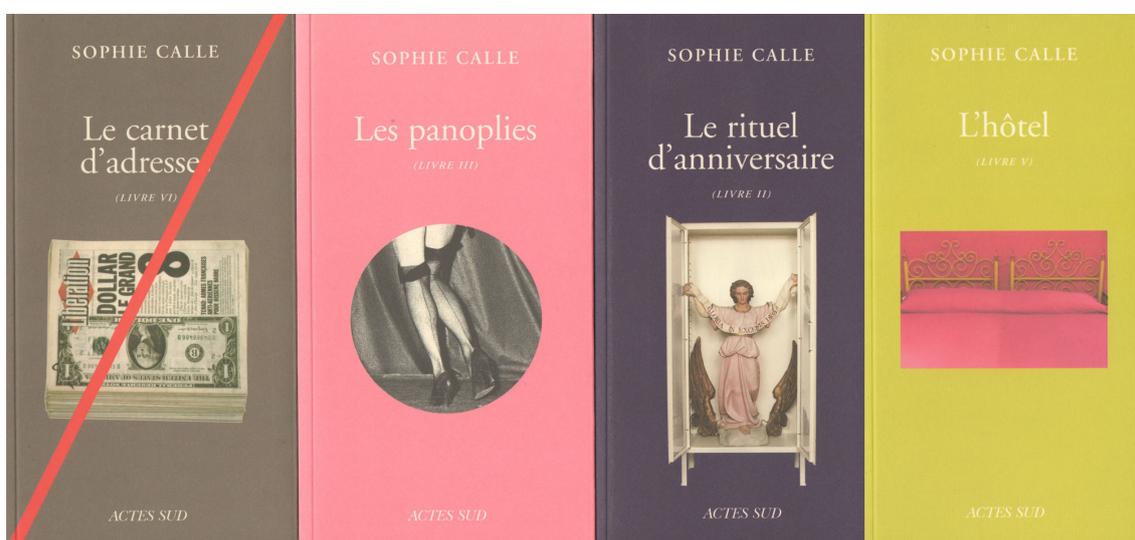
La serie de proyectos que aquí interesan, realizados en los años '80, tienen lugar, según ella misma relata, a su regreso de una estancia prolongada fuera de París, en un momento en que se sentía perdida en su ciudad natal. De modo que estos "rituales", que toman la forma de "persecuciones", son un modo de orientarse en el espacio y sortear la presencia inquietante del objeto mirada, cuya incidencia se verifica en la serie.



Los proyectos están publicados como un cofre de siete pequeños libros, en los que la artista juega el "juego de doble" o "doble yo" (*Doubles-jeux* es homofónico de "double je") entre su vida y la de María Turner, el personaje de ficción que Paul Auster inventó inspirado en SC, en la novela *Leviatán*. Entonces, además de sus propios rituales, SC lleva a cabo algunos inventados por Auster para el personaje de su novela, como por ejemplo el "régimen cromático", que consiste en comer alimentos de un solo color según los días de la semana, registrados en el libro titulado *De l'obéissance*.

En cambio, los rituales inventados por SC tienen un rasgo común: toman por soporte a otras personas, escogidas al azar, o a sus objetos personales, que proveen, de modo más o menos provisorio, un punto de referencia.

En *Filatures parisiennes*²⁵, se dedica a perseguir desconocidos por las calles de París, los fotografía y expone las fotos y el relato de sus recorridos. En una ocasión sigue a un hombre a quien reencuentra casualmente en una velada, se entera que planea un viaje a Venecia y decide seguirlo hasta allí y fotografiarlo de incógnito a lo largo de su estadía, proyecto que tituló *Suite Vénitienne*.



El trabajo denominado *L'hôtel* exhibe fotografías de las habitaciones y los objetos personales de los clientes de un hotel dicha ciudad, donde se empleó como mucama por tres semanas. *Le carnet d'adresses* se origina en otra contingencia: encuentra una libreta de direcciones en la calle y comienza a llamar a cada una de la personas listadas con el fin de confeccionar un “retrato” del propietario de la agenda.

El trabajo de SC muestra que una persona cualquiera, devenida punto de amarre al modo del acompañante agorafóbico y capturada mediante

²⁵ Este proyecto, ritual de persecución fundacional que abre la serie, está incluido en el cofre de *Doubles-jeux* a título de “preámbulo”. El que no está incluido es otro de la misma época, titulado *Les dormeurs* (1979), en el que SC invitaba transeúntes a pasar una noche en su cama para fotografiarlos.

la fotografía, hace de envoltorio de lo otro, es decir, el objeto éxtimo. Este otro extranjero pero íntimo no es el otro como semejante, no es el otro que reconocemos socialmente, no se trata de i(a). De hecho, ella declara que lo hace “por el placer de seguirlos” y no porque le interesen esas personas, constatando así el goce que el ritual permite extraer. Auster procura enmendar este desinterés por los demás cuando en “Instrucciones personales para Sophie Calle a fin de mejorar la vida en New York (porque ella lo pidió)”²⁶ le exige que se dirija a los transeúntes, les sonría a toda costa, converse con ellos, les ofrezca bocadillos y cigarrillos, llevando un registro contable de cada acción. En el libro titulado *Gotham Handbook. New York, mode d’emploi*, ella cumple estrictamente con lo demandado, pero se queja de que las instrucciones de Auster parecen inspiradas en los pasos de un programa de Alcohólicos Anónimos o en condenas a penas de utilidad pública.

En *L’hôtel y Le carnet de adresses*, hace uso de objetos, que fotografía y exhibe, acompañados con algún breve texto. Vale decir que los extrae y eleva a significantes, para insertarlos en sus “novelas de pared”, denominación que Enrique Vila-Matas dio a las obras que ella ha expuesto en los principales museos del mundo. Esta operación también tiene visos fóbicos, puesto que se sirve de un objeto como localizador. En este caso la maniobra consiste, al modo del *ready made*, en fotografiar y dar a ver esos objetos cualesquiera transfigurados en objetos artísticos, velando así la condición *omnivoyeur* del mundo, es decir, la invasión angustiosa de la mirada que acecha desde cualquier objeto.

Finalmente, la prevalencia de la mirada se verifica cuando SC pone en acto el momento reflexivo de la gramática pulsional. En *La filature* contrata un detective privado a través de su madre, para hacerse seguir y fotografiar, registrando sus movimientos. Tiempo después se emplea

²⁶ Lo que SC le pide a Auster es que escriba un personaje bajo el cual ella se compromete a vivir durante un año. Él se niega rotundamente a asumir semejante responsabilidad, y a cambio le ofrece las “instrucciones”. Por otro lado, Enrique Vila-Matas, totalmente fascinado por SC, escribe una *nouvelle* titulada “Porque ella no lo pidió” (publicada en *Exploradores de abismo*), que parte de su deseo de escribir el personaje de novela que Auster le negó a SC.

una temporada como bailarina en un club nocturno de Pigalle, donde se desnuda cada día y una amiga le toma las fotos del libro titulado *Le striptease*. En este momento reflexivo, que se corresponde con el matema $a-\$$, el objeto mirada se vuelve fulgurante, produciendo la división del sujeto que queda eclipsado, capturado en el goce escópico.

“Tú no puedes verme desde donde yo me miro” (Sollers, 2000, p. 29), dice Phillippe Sollers parafraseando a Lacan para describir el trabajo de otra fotógrafa, Francesca Woodman (FW), quien definió el motivo de sus fotos como “la relación de la gente con el espacio”. Una rápida comparación entre ambas artistas enseña, por contraste, algo más sobre la eficacia de la estrategia fóbica para poner en relación cuerpo, goce y espacio. Las fotos de FW, de una belleza inquietante, toman su propio cuerpo como objeto privilegiado, en dos series contrapuestas: una etérea, de espectros y apariciones, y otra en las que la gravedad gana la partida y lo muestran adherido a diversas texturas. FW muestra así los extremos en lo que se tensa un cuerpo hablante, desgarrado entre lo que “levanta campamento” – Lacan *dixit*– y la “topía despiadada” (Foucault, 2010, p. 7) de la que hablaba Michel Foucault; entre la pura mentalidad imaginaria y cierta consistencia cerrada y opaca en su goce; entre el esfuerzo de sublimación que lo eleva a objeto de arte y la tentación de dejarlo caer como resto.

De esta tensión constante, de esta lucha permanente a la que por fin decidió sustraerse –dejando caer su cuerpo de una ventana, con solo veintiún años– dicen las palabras que FW le escribió a su amiga: “Mi vida en este punto es como un sedimento muy viejo en una taza de café y preferiría morir joven dejando varias realizaciones... en vez de ir borrando atropelladamente todas estas cosas delicadas” (Rankin, 2000, p. 33).



Allí donde la apuesta subjetiva de Woodman fracasa del modo más dramático, SC sale airosa para continuar jugando los juegos de su obra-vida, cargando “con la responsabilidad de ese orden –en tanto concierto, precisamente al semblante– realizando al mismo tiempo el modo de goce implicado en su síntoma: he aquí la signatura del *sinthome* para el sujeto” (Ruffieux, 2010, p. 135). Tal como plantea M.-H. Brousse, la obra de SC implica el triunfo de una Voluntad, la de convertirse en la operadora del lazo, es decir, del discurso, a partir de su propio ser. Y en este punto está tan cerca como es posible de la operación que produce el pase sobre los resultados de un análisis.

CONCLUSIONES

Habiendo arribado al final de este recorrido, resta exponer las conclusiones que se deducen de la argumentación teórica y lo que enseñan los testimonios y casos presentados.

Relativas a la clínica

Desmontadas pieza por pieza y vueltas a ensamblar, las viejas fobias decimonónicas que Freud rescató del furor taxonómico, se convierten, de la mano de Lacan, en un aparato complejo, que admite múltiples usos y destinos, como una modalidad de eso que llamamos síntoma y que situamos en el horizonte de nuestra praxis, a modo de política. Pero también, guarda una estrecha relación con eso que llamamos *sinthome* y que está en el corazón de nuestra concepción del fin de análisis y el dispositivo del pase. En efecto, el síntoma fóbico es un laboratorio del *sinthome* porque éste, en equivalencia con aquel, es una suplencia del padre y el falo, que posibilita el rearmado imaginario. Pero también, y ante todo, porque constituye un artilugio para arreglárselas con las variedades del goce, y por lo tanto, es una pieza suelta que en muchos testimonios se engarza con el *sinthome* al final de un análisis.

Entonces, retomando nuestra pregunta clínica axiomática, acerca de cómo se sostiene y orienta un cuerpo hablante en la “época del *parlêtre*”, que es la del Otro que no existe y el régimen del no-todo, lo desarrollado en esta tesis permite afirmar que el síntoma fóbico constituye un arreglo que no sólo es vigente sino eficaz.

Así, la lista del “movimiento compensatorio de una fobia” (Lacan, 2010b, p 239) es ciertamente extensa y aquí toca enumerarla: provee una salida al lugar de falo imaginario de la madre, posibilita un ordenamiento espacial que hace dique ante lo femenino en la madre, realiza el pasaje del objeto del plano imaginario al simbólico, hace de muleta a la metáfora paterna, inventa una versión de la castración simbólica, procura una resolución “atípica” del Edipo, permite la extracción de un objeto fuera

del cuerpo, que vale como horma en la conformación del Otro y el objeto *a*, le adjudica un cuerpo al goce fálico, posibilitando el rearmado del imaginario corporal.

Destaquemos, de estos aspectos, su condición de arreglo “localizador” en una doble vertiente:

Por un lado, la noción de “placa giratoria” convierte al síntoma fóbico en una operación de estructura, cuya eficacia radica en propiciar, de modo más o menos logrado, la extracción del objeto fuera del cuerpo, con efectos de corporización y conformación del espacio bajo la égida fálica, localizando el goce en los bordes pulsionales, el oral y el escópico, privilegiadamente. Se trata entonces de lo que Lacan situó en “La tercera” acerca del objeto *a*, esas “esquirlas de cuerpo” que constituyen “el núcleo elaborable del goce” (Lacan, 2015, p 19.).

Pero también, del otro lado, el estudio de las agorafobias freudianas y sus presentaciones contemporáneas permite ubicar la eficacia del arreglo fóbico como modo de tratar el Otro goce, que se presenta de entrada como lo femenino en la madre –caracterizado por la deslocalización, el capricho y la desmesura– para luego revelarse como un goce en el cuerpo, en estrecha afinidad con la angustia y lo inconmensurable del espacio más allá del falo. Lo que el núcleo agorafóbico enseña acerca del arreglo fóbico, puede resumirse en una serie aspectos: que la injerencia de lo femenino en el síntoma fóbico le confiere su afinidad con la angustia, su relación con el estrago y su vertiente de rechazo; que el goce ante el cual el sujeto está amedrentado, puede presentarse bajo la especie de lo ilimitado; que la inconsistencia imaginaria puede saldarse con el recurso del acompañante, de modo que más allá o más acá del cristal significante, la fobia funciona como un parche para la consistencia corporal. Tal como enseñó Silvia Nieto en su testimonio, parafraseando a J.-A. Miller, “el cuerpo no esperó al falo para gozar”, y el núcleo agorafóbico da cuenta de la injerencia de un goce que requiere tratamiento más allá o más acá de la “normalización” de los objetos pulsionales y la simbolización del falo.

En definitiva, el arreglo fóbico, en la infinidad de las variaciones singulares y contextos, se revela como cierto matiz dado al goce, entre miedo y rechazo, que hace consistir el cuerpo y da bordes al espacio.

Relativas a la teoría

En cuanto a los aspectos doctrinales, cabe concluir que la elucidación de la fobia cumple una función vertebradora y transversal en la obra freudiana, y, a la vez, un lugar relevante en la enseñanza de Lacan, en dos líneas conceptuales de fuerza: la que lleva a la doctrina del objeto y la que conduce a la teorización del *sinthome*. También, en el otro extremo de la experiencia, permite formalizar diversas modalidades de desencadenamiento o eclosión de la neurosis, que Lacan va acentuando a lo largo de su enseñanza: la caída del lugar de falo imaginario; la presencia del pene real; el encuentro con la sexualidad femenina; la confrontación narcisista; la conmoción imaginaria ante la disrupción del goce fálico, fuera de cuerpo; lo ilimitado de un goce extraño e inefable *en* el cuerpo.

Así, el estudio detallado del arreglo fóbico arroja luz sobre variados temas y conceptos, habilitando

Otra vía para hablar del cuerpo.

Otro otra vía para hablar de la relación significante-goce.

Otra vía para abordar las vicisitudes y avatares del objeto *a*.

Otra vía para hablar del goce, femenino.

Otra vía para hablar de lo femenino y su problema topológico.

Otro vía para hablar del sueño, en particular, de la relación entre lo *Underkannte* y la emergencia de un S1, escupido por el inconsciente, que viene a trazar un borde.

Relativas a la época

En el “nuevo reino del no-todo” –Miller *dixit*,– en el que la invención cobra especial relevancia, las variaciones del arreglo fóbico que hemos presentado permiten extraer algunos rasgos de la época, más allá de su estricta singularidad.

En primer término, si bien la fobia sigue contándose entre los recursos subjetivos para confrontar la falta en el Otro, hoy presenta formas en las que cobran preeminencia versiones no identificadas del objeto, tal como proponía Cottet, dando lugar a una clínica de lo ominoso, en el que las viejas brujas y fantasmas ceden terreno ante zombis y demás monstruos de video juego y televisión, que a menudo son insuficientes para deslindar el cuerpo y localizar el goce, sumiendo al sujeto en versiones poco reguladas de la angustia.

Por otro lado, si bien los AE dan cuenta de la vigencia del animal en la doble vertiente del semblante *pret à porter* y de cuerpo dado al goce, las zoofobias no parecen ser tan frecuentes en los niños de hoy, y resta la pregunta sobre su destino en un futuro más o menos inmediato, cuando las nociones de “extinción masiva” y “desastre ecológico” se vuelven parte del vocabulario y el imaginario en el que abrevan niños y jóvenes.

En cuanto a las fobias relativas al espacio, se prestan bien para hacer de paradigma de la subjetividad en la época en la que el Otro se revela en su inexistencia, dejando a cada *parlêtre* la tarea de lidiar con el vacío, el extravío, lo indecible e insondable del goce.

Inventada en el claroscuro del entre-siglos que suele denominarse Modernidad, la agorafobia es el correlato inverso del *flâneur*, y por ende, de un momento en que la forma Ciudad comienza a pensarse en clave subjetiva y no sólo política, como fuera desde Platón. La agorafobia traduce entonces el horror ante un vacío que la aspira, reduciéndola a la inmensidad de la que proviene. Como el carromato perdido en la llanura infinita de *Las nubes* de Juan José Saer, las topofobias trazan un borde, recortando un espacio para el cuerpo y/o aferrándose a otro que valga como acompañante.

En definitiva, los arreglos fóbicos dan cuenta de un rasgo paradigmático de la clínica contemporánea, cuando el modo de satisfacción ya no se funda sobre lo prohibido, sino sobre una satisfacción que al mismo tiempo introduce una pérdida. El sujeto fóbico, en lo prevenido de su deseo, advertido de la falta y lo irreductible del goce, se dispone a arreglárselas con ellos.

BIBLIOGRAFÍA

- Abraham, K. (1993): “Sobre la psicogénesis de la agorafobia en la infancia” (1913), en *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría*. Buenos Aires: Ed. Lumen, Ed. Horné.
- Abraham, K. (1994): *Psicoanálisis clínico*, Cap. IX, punto V, y Cap. X. Buenos Aires: Ed. Lumen, Ed. Horné.
- Alemán, J. (2003): “Nota sobre el miedo y la angustia” (entre Heidegger y Freud)”, en *Notas antifilosóficas*. Buenos Aires: Grama.
- Alemán, J, y Larriera, S. (2004): *Filosofía del límite e inconsciente. Conversación con Eugenio Trías*. Madrid: Síntesis.
- Amadeo de Freda, D. (2012): “Juanito: un caso ejemplar”, en Delgado, O. (comp.): *Construcción de los conceptos freudianos*. Buenos Aires: JCE Ediciones.
- American Psychiatric Association: *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, IV y V (DSM –IV y DSM-V)*.
- Aristóteles (2014): *Ética a Nicómaco*, libro III, cap. 6, al 2. Barcelona: Gredos.
- Assoun, P.-L: (1976): *Freud, la philosophie et les philosophes*. Paris: Puf.
- AA.VV (2013): “Niños embrollados. Equipo de Pausa-niños”, en *El niño*, nº 13. Buenos Aires: Ed. ICdeBA, pp. 92-98.
- Bassols, M. (2016): *Lo femenino, entre centro y ausencia*. Buenos Aires: Grama.
- Beard, G. M. (1880): *A practical treatise on nervous exhaustion (neurasthenia), its symptoms, nature, sequences, treatment*. New York: Wood.
- Berenguer, E. (2018): “La fobia de Juanito ... y más allá”, en NODVS LII, Barcelona, junio de 2018.
- <http://www.scb-icf.net/nodus/contingut/article.php?art=640&rev=71&pub=1>
- Brousse, M.-H. (2017): “El lobo, el tiburón y el cocodrilo”, en Miller J.-A. y otros: *Los miedos de los niños*. Buenos Aires: Paidós.

- Brousse, M.-H. (2016): “Hors d’atteinte, à portée de main. L’art à l’époque de l’inconscient réel”, en *Lacan Quotidien*, n° 614, Diciembre 2016.
- Calle, Sophie (2002): *Des histoires vrais*. Arles : Actes du Sud.
- Calle, Sophie (2005): *Doubles-Jeux*, Livres 1-7. Arles : Actes de Sud.
- Carrera, E. (2011): “La fiebre de una mujer encerrada”, en *Enigmas del cuerpo* n° 2, Córdoba: Ed. CIEC, pp. 35-39.
- Carrizo da Cunha, L. F. (2015): “Primer testimonio. A la sombra de una sombra”, en *Lacanianana* n° 19, Año X, Octubre de 2015. Buenos Aires: Grama, pp. 152- 162.
- Carrizo da Cunha, L. F. (2016): “El cuerpo sustraído entre el miedo y la angustia”, en *Mediodicho* n° 42, EOL-Córdoba, Septiembre de 2016.
- Cassin, R. (2005): “Roadmovie”, en *La Cause freudienne*, n° 59. Paris: ECF, pp. 33-36.
- Cottet, S. (2006): “El padre pulverizado”, en *Virtualia* #15, julio /agosto de 2016, Buenos Aires: EOL.
- Cottet, S. (2017): “OFNI: Objetos Fóbicos No Identificados”, en J.-A. y otros: *Los miedos de los niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Daumas, A. (2017): “Tallar una puerta de su propia talla”, en *Página 12*, Sección Rosario 12, 10 de julio de 2017.
<https://www.pagina12.com.ar/1065-tallar-una-puerta-de-su-propia-talla>
- Delgado, O.(2012): “Huellas freudianas en la última enseñanza de Lacan”, en *Lacanianana*, n° 13, Año VIII, Noviembre de 2012. Buenos Aires: Grama.
- Delumeau, J. (2012): *El miedo en Occidente*. Madrid: Taurus.
- Demoulin, C. (1989); “Symptome et Wiwimacher”, en *Quarto* n° 37/38, Decembre 1989, pp.62-66.
- Depetris, F. (2005): “El cuerpo dado al goce en la angustia y en la fobia”, en *Lazos*, Nueva Serie, n° 6, Rosario, EOL-Rosario, pp. 83-86.
- Depetris, F. (1995): “Fobia y suplencia”, en *Lazos* n°1. Rosario: EOL-Rosario, pp. 51-57

- Deutsch, H. (2000): *Les introuvables. Cas cliniques et autoanalyse (1918-1930)*, Sixième, Septième et Huitième conférences. Paris: Seuil. pp. 233-277.
- Deutsch, H.: “Un caso de fobia a las gallinas”, en Schejtman, F. [comp.] (2012): *Elaboraciones lacanianas sobre la neurosis*. Buenos Aires: Grama.
- Eissler, Kurt (1959): Reportaje a Herbert Graff, en *Archives Sigmund Freud*.
- Fajnwaks, F (2016): “Una mirada tan triste”, en *Lacanianana* n° 20, Año XI, Junio de 2016. Buenos Aires: Grama, pp. 75-82.
- Ferenczi, S. (1981): *Obras Completas*, Psicoanálisis Tomo II, cap. XI, "Un pequeño Hombre Gallo". Madrid: Espasa-Calpe.
- Foucault, M.(1968). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2002): *Historia de la sexualidad. Volumen I. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI. Traducción de U. Guiñazú.
- Freud, S. (1986) : *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S [1892-1894] (1992a) Prólogo y notas de la traducción de J.-M. Charcot, *Lemons du mardi de la Salpêtrière (1887-88)*, en *Obras completas*, vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1950 [1892-99]] (1992a) “Fragmentos de la correspondencia con Fliess” (1950 [1892-99]) en *Obras completas*, vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1893-95]](1992b): “Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud)”, en *Obras completas*, vol. II. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1899] (1992c): “Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias)”, en *Obras completas*, vol. III. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1894] (1992c): “Obsesiones y fobias. Su mecanismo psíquico y su etiología”, en *Obras completas*, vol. III. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1894] (1992c): “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de ´neurosis de angustia”, en *Obras completas*, vol. III. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1900 [1899]] (1992d): “La interpretación de los sueños”, en *Obras completas*, vol. IV, Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1900 [1899]] (1992e): “La interpretación de los sueños”, en *Obras completas*, vol. V, Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1901] (1992f): “Psicopatología de la vida cotidiana (Sobre el olvido, los deslices en el habla, el trastocar las cosas confundido, la superstición y el error)”, en *Obras completas*, vol. VI, Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1905] (1992g): “Tres ensayos de teoría sexual”, en *Obras completas*, vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1905] (1992h): “El chiste y su relación con el inconsciente”, en *Obras completas*, vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1908] (1992i): “Sobre las teorías sexuales infantiles”, en *Obras completas*, vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1909] (1992j): “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)”, en *Obras completas*, vol. X. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1910] (1992k): “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”, en *Obras completas*, vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1918 [1917]] (1992k): “El tabú de la virginidad”, en *Obras completas*, vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1958 [1911] (1992l): “Sueños en el folclore (Freud y Oppenheim)”, en *Obras completas*, vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1913] (1992l): “Materiales del cuento tradicional en los sueños”, en *Obras completas*, vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1913 [1912]] (1992m): “Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos”, en *Obras completas*, vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1915] (1992n): “La represión”, en *Obras completas*, vol. XIV Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1915] (1992n): “Lo inconsciente”, en *Obras completas*, vol. XIV Buenos Aires: Amorrortu. Traducción de J. L. Etcheverry.

Freud, S. [1915] (1992n): “Complemento metapsicológico a la teoría de los sueños”, en *Obras completas*, vol. XIV Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1915-17] (1992o): “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, en *Obras completas*, vol. XV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1915-17] (1992p): “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, en *Obras completas*, vol. XVI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1918 [1914]] (1992q): “De la historia de una neurosis infantil”, en *Obras completas*, vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1919] (1992q): “Lo ominoso”, en *Obras completas*, vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1920] (1992r): “Asociación de ideas de una niña de cuatro años”, en *Obras completas*, vol. XVIII Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1922] (1992r): “Sueño y telepatía”, en *Obras completas*, vol. XVIII Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1923 [1922]] (1992s): “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII”, en *Obras completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1923 [1922]] (1992s): “El problema económico del masoquismo”, en *Obras completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1925-26] (1992t): “Inhibición, síntoma y angustia”, en *Obras completas*, vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1927] (1992u): “Fetichismo”, en *Obras completas*, vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1933 [1932]] (1992v): “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, en *Obras completas*, vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1936 (1992v): “Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis)”, en *Obras completas*, vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1939 [1934-38]] (1992w): “Moisés y la religión monoteísta”, en *Obras completas*, vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. [1937-38] (1992w): “Escritos breves”, en *Obras completas*, vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.

- Foucault, M. (2010): *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gasbarro, C. (2015): “Otra lengua, Otro goce”, en *Lacanianana* n° 19, Año X, Octubre de 2005. Buenos Aires: Grama, pp.130-135.
- Gault, J.-L. (2001): “Una agorafobia muy singular”, en *Cuadernos de psicoanálisis*, n° 25, Barcelona: Eolia, pp. 144-149.
- Gorostiza, L. (2015): Comentario del testimonio de Cecilia Gasbarro, en *Lacanianana* n° 19, Año X, Octubre de 2005. Buenos Aires: Grama, pp.135-138.
- Hoornaert, G. (2008): “Le *Petit Hans* en la construction de l’objet hors corps”, en *La Cause freudienne* n° 69, 2008/2, pp.31-33.
- Horne, B. (1998): “La fobia como plataforma giratoria”, AA.VV (1998): *El síntoma charlatán*. Barcelona: Paidós.
- Kierkegaard, S.(2004): *El concepto de la angustia*. Buenos Aires: Ediciones Libertador.
- Klein, M. (2008a): *Obras completas. Amor, culpa y reparación*. Tomo I México: Paidós.
- Klein, M. (2008b): *Obras completas. El psicoanálisis de niños*. Tomo II México: Paidós.
- Klein, M. (2008c): *Obras completas. Envidia y gratitud* . Tomo III. México: Paidós.
- Klein, M. (2008d): *Obras completas. El psicoanálisis de un niño*. Tomo IV México: Paidós.
- Lacadée-Labro, D. (2011): “Sonoridad y Murmullos”, en AA.VV: *Lo real puesto al día en el siglo XXI*. Buenos Aires: Grama, pp.99-103.
- Lacan, J:[1936] (2008a): “Más allá del principio de realidad”, en *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J:[1948] (2008a): “La agresividad en Psicoanálisis”, en *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J:[1944-45] (2008a): “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada”, en *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. [1953] (2008a): “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. [1957] (2008a): “El psicoanálisis y sus enseñanzas”, en *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. [1957] (2008a) “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. [1958] (2008b): “Observación sobre el informe de Daniel Lagache”, en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. [1958] (2008b): “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. [1958] (2008b): “La significación de la falo”, en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. [1959] (2008b): “En memoria de Ernest Jones: sobre su teoría del simbolismo”, en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. [1960] (2008b): “Ideas para in congreso sobre sexualidad femenina”, en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. [1960] (2008b): “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. [1965] (2008b): “La ciencia y la verdad”, en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. [1938] (2012): “Los complejos familiares”, en *Otros escritos*. Buenos Aires, Paidós.

Lacan, J. [1968] (2012): “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela”, en *Otros escritos*. Buenos Aires, Paidós.

Lacan, J. [1968-69] (2012): “El acto psicoanalítico”, en *Otros escritos*. Buenos Aires, Paidós.

Lacan, J. [1970] (2012): “Radiofonía”, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. [1970] (2012) “Prefacio a la edición de los *Escritos* en libro de bolsillo”, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós

Lacan, J. [1971] (2012): “Lituratierra”, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. [1973] (2012): “L’étourdit”, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. [1973] (2012): “Nota italiana”, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. [1974] (2012): “Televisión”, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. [1975] (2012): “Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los escritos”, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. [1977] (2012): “Prefacio a la edición inglesa del Seminario 11”, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. [1979] (2012): “Joyce el síntoma”, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. [1981] (2010a): *El Seminario. Libro 1, Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. [1983] (1990): *El Seminario. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en el Técnica Psicoanalítica (1954-1955)*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J.[1994] (2008c): *El Seminario. Libro 4. La relación de objeto (1956-1957)*. Buenos Aires: Paidós. Capítulos XII-XXIV.

Lacan, J.[1999] (2010b): *El Seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente. (1957-1958)*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J.[2014] (2015a): *El Seminario. Libro 6. El deseo y su interpretación (1958-1959)*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J.[1988] (2007a): *El Seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis (1959-1960)*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2003): *El Seminario. Libro 8. La transferencia (1960-1961)*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J: *Seminario 9. La identificación (1961-1962)*. Inédito. Traducción de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Clases:1961/12/20; 1962/03/14; 1961/03/21; 1962/04/04

Lacan, J. [2006] (2007b): *El Seminario. Libro 10. La angustia (1962-1963)*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. [1994] (1999): *El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1963-1964)*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J: *Seminario 12. Problemas cruciales para el psicoanálisis* (1964-1965). Inédito. Traducción de R. Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de la Argentina. Inédito. Clases del 1965/4/28 y 05/05/65

Lacan, J. *Seminario 13. El objeto del psicoanálisis*, (1965-1966). Inédito. Traducción de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Clases del 1965/12/1 y 1965/12/15.

Lacan, J: *Seminario 14. La lógica del fantasma* (1966-1967). Inédito. Traducción de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Clases del 12/04/67 y 21/06/67.

Lacan, J. [2008l] (2011): *El Seminario. Libro 16. De otro al otro* (1968-1969). Buenos Aires: Paidós. Capítulos XIX- XXI.

Lacan, J. [1992] (2008d): *El Seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis* (1969-1970). Buenos Aires: Paidós. Traducción de M. Bassols y E. Berenguer.

Lacan, J. (2012b): *El Seminario. Libro 19. ... o peor* (1971-1972). Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J.[1975] (2006a): *El Seminario. Libro 20. Aun* (1972-1973). Buenos Aires: Paidós.

Lacan.J. *Seminario 21. Los incautos yerran / Los nombres del padre* (1973-1974). Inedito. Traducción de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Clase del 12/11/1973 (clase 3)

Lacan, J.: *Seminario 22. R.S.I* (1974-1975). Inédito. Traducción de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Clases del 17/01/1974 y 11/03/75.

Lacan, J. (2008e): *El Seminario. Libro 23. El Sinthome* (1975-1976). Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J: *L'insu que sait de l'une bévue s'aile a mourre, Seminario 24* (1976-1977). Traducción de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Inédito. Clase 1 (16 de noviembre de 1976), clase 9 (15 de marzo de 1977).

Lacan, J. (2006b): "Conferencia en Ginebra sobre el síntoma" en *Intervenciones y textos II*. Buenos Aires: Manantial.

Lacan, J (2015b): "La tercera", en *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, Año X, n° 18, Junio 2015.

- Lacan, J [1975] (2015c): “Conferencia en Universidad de Yale, Seminario Kanzer”, en *Lacanianana* n° 19, Año X, EOL, pp. 9-27.
- Lacan, J. [1975] (2014): “Cierre de las Jornadas de Estudios de Carteles de la Escuela Freudiana” en en *Lacanianana* n° 17, Año IX, EOL, Noviembre de 2014, pp. 8- 18.
- Lacan, J. (1976): Clôture au Congress de Strassbourg, 24 de mars de 1976, *Lettres de l'École freudienne de Paris*, n° 19, 1976, pp.555-559.
- La Sagna, P. (2009): “Une phobie singulère”, en *La Cause Freudienne* n° 71, pp. 24-28. Paris: Navarin.
- Laurent., E. (1999): “Una fobia moderna. D. W. Winnicott. La pequeña Piggie” (1981), en *Hay un fin de análisis para los niños*. Buenos Aires: Colección Diva.
- Laurent, E. (1999): *Posiciones femeninas del ser*. Buenos Aires: Tres Haches.
- Laurent., E. (2008): “El pequeño Hans y su ‘hace pipi’”, en Recalde, M. (comp.): *Púberes y adolescentes. Lecturas lacanianas*. Buenos Aires Grama.
- Laurent, E. (2012): *La batalla del autismo*. Buenos Aires: Grama, cap. 4.
- Laurent, E. (2016): *L'envers de la biopolitique*. Paris: Navarin
- Laurent, E. (2018): “Disrupciones del goce en las locuras bajo transferencia”, en *Virtualia* #36, Año XVIII, Marzo de 2019.
- Laurent, E. (2019): *Discourses et jouissances mauvaises*, en *Lacan Quotidien*, n° 810, Janvie 2019.
- Leguil, F. (1981): “La fobia antes de Freud”, en *Ornicar?* n° 3. Barcelona: Ed. Petrel.
- Linardou-Blanchet, N. (2008): “Fobia”, en AA.VV: *Scilicet. Los objetos a en la experiencia analítica. VI Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Grama.
- Mazzotti, M. (1988): *Les promenades d'une phobique*, en *Ornicar?* n° 45, Paris: Navarin, pp. 75-83.
- Mazzuca, R. (2012): “Soluciones de la fobia. El caso de fobia a las gallinas de Helene Deutsch”, en Schejtman, F. [comp.] (2012): *Elaboraciones lacanianas sobre la neurosis*. Buenos Aires: Grama.

- Merlet, A. (2004): “La face cachée des dites phobies sociales”, en *Revue de La Cause Freudienne*, n° 58. Paris: ECF, Navarin. pp. 11-22.
- Mildiner, K. (2015): “Primer testimonio”, en *Lacanianana* n° 19, Año X, Octubre de 2005. Buenos Aires: Grama, pp.119-129.
- Miller, J.-A. (1995a): “Le cas Sandy selon Jacques Lacan”, en Boletín Groupe petit enfance CEREDA. N° 6/7, Paris, 1995, pp.5-20.
- Miller, J.-A. (1996): “El inconsciente intérprete”, en *Revista Freudiana* n° 17, Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, Barcelona, 1996.
- Miller, J.-A. (2004) “El aparato de psicoanalizar”, en *Virtualia* #9, Año III, EOL Marzo de 2009.
- Miller, J.-A (2005).: *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2006) “La era del hombre sin atributos”, en *Virtualia* #15, Año V, EOL, Julio-Agosto 2006.
- Miller, J.-A. (2007): “La invención psicótica”, en *Virtualia* #16, Año VI, Febrero-Marzo 2007.
- Miller, J.-A. (2008): *El partenaire síntoma*. Buenos Aires: Paidós. Capítulo I y III.
- Miller, J.-A. (2009a): “El fantasma fundamental” (1983), en *Conferencias porteñas*. Tomo I. Buenos Aires. Paidós.
- Miller, J.-A. (2009b): “Introducción a la lógica de la cura de Juanito”, en *Conferencias porteñas II*. Buenos Aires, Paidós, 2009. Traducción de Rosa L. López.
- Miller, J.-A. (2011): “El Ser y el Uno”, curso inédito, clase de 2 de marzo de 2011.
- Miller, J.-A. (2010): *Extimidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2011): “El concepto de deseo”, en *Donc*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A (2013a): *La angustia lacaniana*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2013b): *Piezas sueltas*. Buenos Aires: Paidós. Caps. III, V, VI y VII.

- Miller, J.-A. (2014): “El inconsciente y el cuerpo hablante. Presentación del tema del X Congreso de la AMP, en Río de Janeiro 2016”, en *Lacanianana* n° 17, Año IX, EOL, Noviembre de 2014, pp. 17-32.
- Miller, J.-A. (2017): “El niño y el saber “, en J.-A. y otros: *Los miedos de los niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Millot, C. (2014): *¡Oh, soledad!*. Barcelona: Ned Ediciones.
- Nancy, J.-L. (2003): *Corpus*. Madrid: Arena Libros.
- Naparstek, F. (2016): “Nuevos cuerpos, nuevo goce”, en *Virtualia* #32, Año XV, Agosto 2016.
- Nominé, B. (1995): “Fobia y perversión”, en *Comentario sobre el Seminario de Lacan ‘La relación del objeto’*. Seminarios Itinerante, Guayaquil.
- Paskvan, E. (2004): “La aparición del síntoma fóbico en la disyunción entre saber y poder”, en Salman, S. (comp.) (2004): *Psicoanálisis con niños. Fundamentos de la práctica*. Buenos Aires: Grama.
- Paulozky, M. (1998): “Juanito, un síntoma”, en *Mediodicho* n°13, EOL-Córdoba, Septiembre de 1998.
- Perec, G. (1990): *Especies de espacios*. Barcelona: Montesinos.
- Pernicone, A. y Benítez, M. (2010): *Fobias en la infancia. De la historia biográfica de la familia Graf a la fobia en el discurso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Rankin, S. (2000): “Pijotadas: ideas cociéndose”, en *Francesca Woodman*. Paris: Fondation Cartier pour l’art contemporain et Actes du Sud.
- Recalde, M. (comp.): *Púberes y adolescentes. Lecturas lacanianas*. Buenos Aires Grama.
- Rabanel, J.-R. (2019): “Une entame a la violence”, en la web del *Institut Psychanalytique de la enfance*. Disponible en: <http://institut-enfant.fr/2019/01/22>
- Reich, W. (1957): *Análisis del carácter*. Buenos Aires: Paidós. Cap. 9.
- Rizzo, Franz (1972): “Memorias de un hombre invisible. Herbert Graff recuerda medio siglo de vida en el teatro”, entrevista para la revista *Opera News*, febrero de 1972, en *Revista Fort-Da* n° 10, noviembre de 2008, disponible en: <http://www.fort-da.org/fort-da10/herbertgraf.htm>

- Roy, D. (2017): “Un niño dice: ‘Tengo miedo’” y “Cuatro curas de niños: Introducción”, en J.-A. y otros: *Los miedos de los niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Roybaud, M.-J. (2017): “Calu y los monstruos”, en J.-A. y otros: *Los miedos de los niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Ruffieux, C. (2010): “Fobia”, en AA.VV: *Scilicet. Semblantes y sinthoma. VII Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Grama.
- Schejtman, F. (2013): “Nudos neuróticos”, en *Sinthome. Ensayos de clínica nodal*. Buenos Aires: Grama.
- Schreiber, F. (1989): “Une voix de passage dans une phobie”, en *Actes de l'École de la Cause Freudienne*, n° 3. Paris: ECF, pp. 33-38
- Schnurmann, A. (1949): "Observación de una fobia (el caso de la inglesita)". Publicado en *Psychoanalytic Study of the Child*, vols. 3-4, 1949. Versión traducida al español en *Revista Bibliográfica*, n° 3, Barcelona: Biblioteca del Campo Freudiano, 2000, pp. 31-49.
- Sinatra, E. (2009): “Blasones de la fobia”, en *Las Neurosis. Jeroglíficos, blasones, laberintos*. Buenos Aires, Ed. ICdeBA.
- Solano-Suárez, E. (2003): “El síntoma del niño y el Otro que no existe”, en *Clínica lacaniana*. Buenos Aires: Tres Haches.
- Sollers, P. (2000): “La bruja”, en *Francesca Woodman*. Paris: Fondation Cartier pour l'art contemporain et Actes du Sud.
- Spielrein, S. (2005): “Analyse brève d'une phobie infantile”, en: *La Cause freudienne*, n° 59, 2005/1, pp. 215-217. Traducción de Daniel Roy de “Schnellanalyse einer kindlichen Phobie”, *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse*, vol. 7, 1921, p. 473-474.
- Stiglitz, G. (2019): “Las ‘Avanzadas’ de Lacan. Ajustar la orientación por lo real”, en Battista, G. y Negro, M. (comp.): *Incidencias clínicas de la carencia paterna. ¿Cómo se analiza hoy?*. Buenos Aires: Grama. pp. 51-59.
- Tarrab, M. (2015): “Escabel”, en *Lacaniana* n°18, Año X, EOL, Junio de 2015, pp. 67-71.

- Trías, E. (2003): *El árbol de la vida. Memorias*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Udenio, B. (2001) “Fobia. La dignidad de la fobia”, en AA.VV: *Scilicet. El orden simbólico en el siglo XXI. No es más lo que era. ¿Qué consecuencias para la cura?. VIII Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Grama.
- Vicens, A (2004): “Inhibición, síntoma y angustia como signos de goce”, en *Revista Freudiana* n°41, mayo/agosto 2004.
- Westphal, C. (1892): "Die Agoraphobie", eine neuropatische Erscheinung. *Archiv für Psychiatrie und Nervenkrankheiten* (1872), Gesammelte Abhandlungen, Band 1, Berlin: Psychiatrische Abhandlungen
- Winnicott, D. (1980): *Psicoanálisis de una niña pequeña. The Piggle*. Barcelona: Gedisa.
- Yacoi, A. (2012): “Cocodrilos de papel”, en Acevedo, L. y Glaze, A. (comps.): *No locas-del-Todo*. Buenos Aires: Grama.
- Zack, O. (2016): “La muralla de la fobia”, en *Vigencia de las neurosis*. Buenos Aires: Grama.